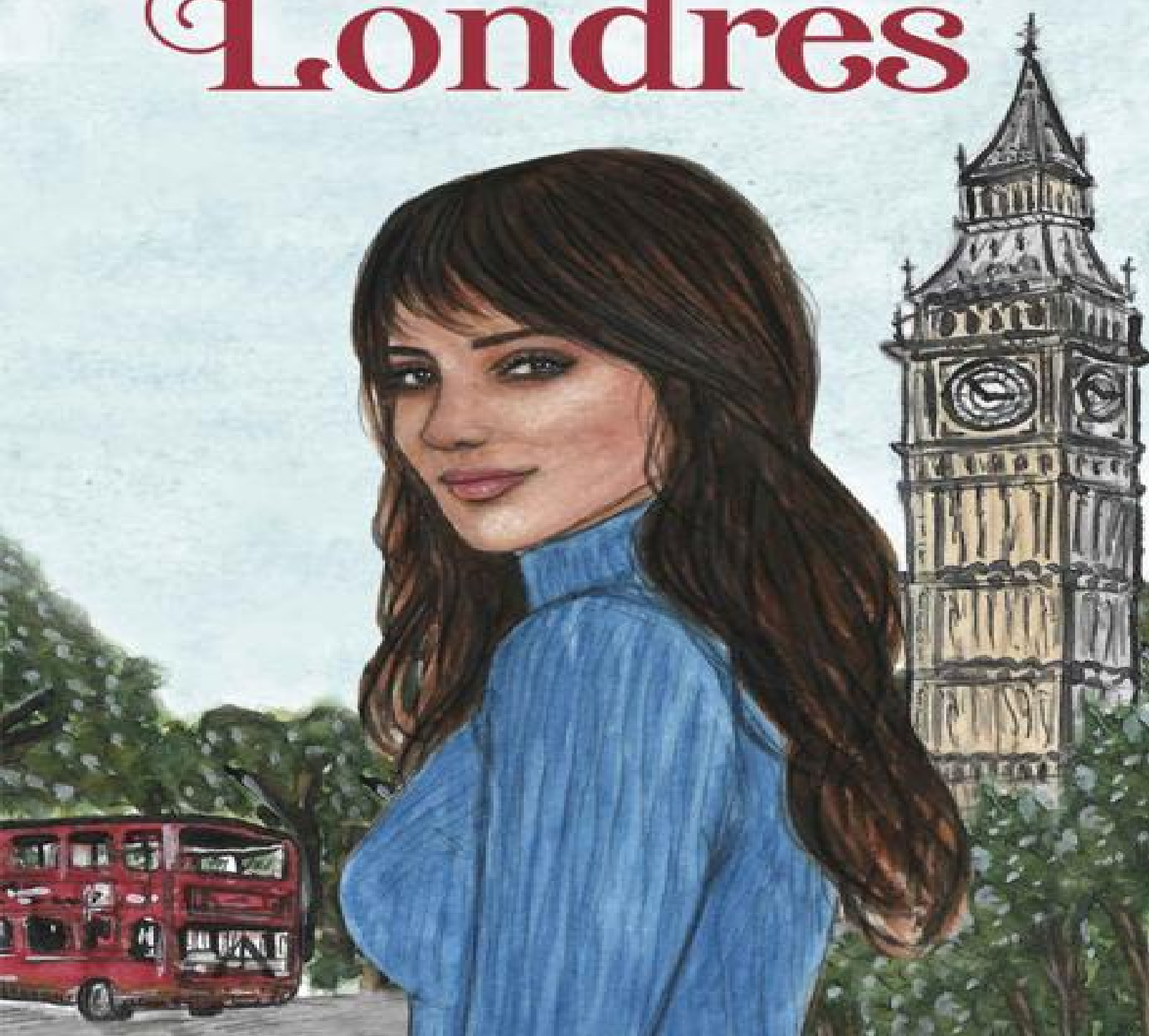


Roma García

Seremos la lluvia de Londres



Seremos
la lluvia de
Londres

Título: Seremos la lluvia de Londres.

© 2021, Roma García.

De la cubierta y maquetación: 2020, Roma García.

De la ilustración de la cubierta e interior: 2020, Lorena Pacheco @lopafie.

Para que la trama goce de más realismo y se ajuste a mi idea de ficción, he tomado ciertas licencias sobre determinados lugares. Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Roma García

Seremos
la lluvia de
Londres

*Toñi, este libro es el tuyo.
Eres mi amiga, mi hermana
y mi confidente.
Te quiero.*

*Late, corazón.
Te echaba tanto en falta yo también;
Creía estar parado, pero fue mirarla
y mirarnos...*

Andrés Suárez.

Preámbulo Toñi Fernández

Siempre me han gustado las novelas románticas. Sentir ese cosquilleo en el estómago con el primer encuentro, el corazón latiendo con fuerza con el primer beso, que la piel se me erice con cada caricia de sus personajes y, por supuesto, sentir el nudo en la garganta cuando algo va mal. Porque no todo en las novelas románticas es bonito, ¿verdad?

¿Y qué sería de nosotros, los lectores, si no hubiese ese revés que lo pone todo patas arriba y cambia el rumbo de la historia por completo? Sentirnos identificados con los personajes, aunque sea en algo tan sencillo como el color del pelo o el sabor de su helado favorito; nos llena hasta tal punto de convertirnos en ellos. Y si, además, también sienten y padecen como lo hacemos nosotros, mejor. ¿Por qué? Porque la vida, al fin y al cabo, es eso. Sonreír y llorar; caer y levantarse. Es como si leyéramos una saga de libros una y otra vez en la que en cada tomo sucede algo. Primero bueno, después malo. Y vuelta a empezar. Sin quererlo, nos convertimos en los pasajeros de una montaña rusa que disfrutamos cuando estamos arriba, sintiendo el mundo a nuestros pies, pero que nos atemoriza con la estrepitosa bajada.

Sin embargo, no podría imaginarme una novela romántica sin el dolor que se siente al romperse el corazón, sin la congoja, o las lágrimas a punto de derramarse de los ojos, fruto de la frustración por ver a los personajes metidos en un callejón desde el que ellos no ven la salida, aunque tú sí. Porque para el lector todo parece muy fácil, ¿a que sí? Dicen que el amor entre dos personas lo puede todo, aunque en realidad tal vez no sea así porque el amor más bonito y puro que existe, y existirá, es aquel que se tiene a uno mismo.

Aitana es un claro reflejo de lo que digo. Ella, tan insegura y a la vez tan valiente. Tan humana que abruma, con sus defectos y sus virtudes, nos demuestra en esta historia que los miedos existen y que hay que convivir con ellos porque si no, no seríamos quienes somos. Tal vez te suene a algo que ya sabías, ¿no? Aitana no te va a ayudar a descubrir un mundo nuevo. Es más, puede que te cuente lo que te ha podido pasar a ti también, a tu amiga o a tu vecina. Pero es que no debes olvidar que esta es su historia y que solo te pide, desde este momento, que la acompañes. Que descubras cuál es su color favorito, que veas cómo el viento mece su flequillo que casi roza sus pestañas y que sepas que las manualidades se le dan bien siempre que no haya unas tijeras de por medio.

Y también que descubras cada detalle que llevó a Noah a convertirse en parte de su caos londinense. Porque Noah también es una parte importante de esta historia; no podría dejarlo atrás, aunque quisiera, pero no es el pilar de Aitana, porque ella misma sostiene el suyo entre sus manos.

Porque, a pesar de que a veces creamos que el mundo se va a derrumbar, siempre habrá alguien que lo sostenga unos instantes por ti. El tiempo suficiente para coger fuerza, limpiarnos las lágrimas y reírnos de la vida.

Tal y como hacen Aitana y Noah en esta historia bajo la lluvia de Londres.

Ya siento el petricor...

¿Tú también? Prepara el paraguas.

Prólogo

Barcelona, 2012

Hacía tiempo que no estábamos las cuatro juntas, así que celebramos por todo lo alto que habíamos coincidido después de muchos meses intentándolo. Jimena y Valeria acababan de terminar los exámenes y Tanisha, la mayor de todas, se había mudado a Barcelona para trabajar en un bar de copas durante el verano. Yo era la única que me había decantado por ser una bala perdida. O una jodida rebelde sin causa.

—Pues *Wannabe* es mi canción favorita del grupo —afirmó Valeria con rotundidad—. Aunque sé que no es la mejor, es la más pegadiza. Me dan ganas de bailar con solo pensar en ella —terminó diciendo a la vez que comenzaba a tararear en un susurro uno de los mayores éxitos de las británicas.

Nos conocían por ser las Spice Girls desde que Marcos, un profesor que compartimos en el instituto, nos encontrase parecido físico con las cantantes. El rubio platino natural de Jimena la hacía encajar con Emma Buton, mientras que el pelirrojo de Valeria la asemejaba a Geri Halliwell; de hecho, comenzamos a llamarla Ginger, en parte, también, por la canción de Winehouse. El tono de piel de Mel B era similar al de Tanisha, que a pesar de ser española, era de nacionalidad senegalesa y yo, según mis amigas, tenía la misma nariz respingona que Victoria, aunque creo que me llamaban así porque me encantaba la ropa y era un poco borde cuando me enfadaba, pero ninguna de ellas me lo tenía en cuenta.

—Mi favorita es *Viva Forever*, aunque he de reconocer que mucho ritmo no tiene —soltó Jimena, terminando de pasar la máscara por sus largas pestañas—. Por cierto, ¿a qué hora se supone que tenemos que estar listas?

Habíamos reservado mesa en uno de los restaurantes de moda de Barcelona en el que tendríamos que estar en apenas veinte minutos y al que, seguramente, llegaríamos tarde. Algo ya característico de nosotras cuando conseguíamos salir. Eso y llegar pasada la madrugada con mil anécdotas unidas a nuestro álbum invisible de recuerdos.

—El coche está aparcado en la acera de enfrente, pero no seré yo quien conduzca, la última vez no pude probar ni una gota de alcohol —sentencié, levantando las llaves y haciéndolas sonar en el aire, a la espera de que alguien tomase el relevo—. Si queréis, podéis quedaros a dormir en mi casa como contraprestación —ofrecí, intentando que la oferta fuese más irresistible.

—Conduzco yo, entonces. Prefiero quedarme aquí a dormir que aguantar una bronca de Vicky cuando llegue —respondió Tanisha, aludiendo a su compañera de piso: una chica rubia y repelente a la que no terminaba de aguantar, pero la única que le perdonaba que le pagase el alquiler la segunda semana del mes.

Que estuviésemos juntas este fin de semana no había sido fruto de la coincidencia, ni siquiera de las ganas de emborracharnos y terminar riendo por cualquier minucia sin atinar a introducir la llave en la cerradura y chistando por el bien de los vecinos. Que estuviésemos juntas era porque Gael y yo habíamos roto. Y no podía plantarme delante de la ventana de su habitación para gritarle enfurecida por haberme dejado, porque el amor, simplemente, había terminado de la mejor de las maneras. Ni yo estaba enamorada de él, ni él estaba enamorado de mí. O quizás sí, pero no era el momento de empezar una relación. Porque no sentía que fuese a poner mi mundo patas arriba como decían que era el amor. Así que hablamos, sentados a la orilla del mar y manchándonos el trasero de arena, y acordamos que lo mejor era no seguir.

Y mis amigas lo habían entendido. Joder si lo habían hecho. Consiguieron reordenar su vida

para ayudarme a ordenar la mía y, en apenas unas horas, supimos que nos veríamos ese mismo fin de semana para intentar olvidar. Para que todo se quedase en una graciosa historieta, de esas que luego terminas comentando con tus amigas en un viaje rápido por Edimburgo; porque juntas formábamos un equipo, un tanto extraño, pero un equipo, al fin y al cabo.

Y disfrutábamos juntas, con cada vivencia, cada fiesta y cada fracaso que luego nos hacía sentir más fuerte. Contábamos con la suerte de que todas teníamos una forma de ver la vida parecida: éramos decididas, perseverantes y valientes, y siempre tomábamos decisiones por meros y propios impulsos para, luego, más tarde, lamentarnos con las demás por el motivo por el que habíamos actuado de esa manera tan inconsciente. Escuchábamos a las Spice Girls, comíamos helado de vainilla con nueces de macadamia cuando hacíamos videollamada y compartíamos todas nuestras compras para que las demás diesen su aprobado.

Pero todo eso terminó de un plumazo.

El mismo día que Valeria se fue de nuestro grupo.

Como nunca habíamos imaginado.

Y como siempre...

Joder.

Como siempre íbamos a recordar.

Capítulo 1 Aitana

Dos años después...

La lluvia caía sobre mis pies, mojando mis zapatos azules que había comprado hacía apenas unos días. El jersey de lana del mismo color se ceñía sobre mi pecho y las piernas comenzaban a escocer por la humedad de los vaqueros. La gente llevaba unos paraguas enormes que cubrían gran parte de su cuerpo, pero yo prefería que la lluvia siguiera haciendo su trabajo. Me gustaba aquella sensación. Mi madre siempre me había dicho que sin lluvia no existirían las flores, y tal vez por eso empecé a amarla como si fuera un rayo de sol por la mañana. O una puesta de sol en el Mediterráneo.

Algunos me miraban con semblante serio y mirada compasiva, buscándome entre las gotas de lluvia que se interponían entre nosotros, pero hacía caso omiso a sus pupilas acusatorias. Supuse que serían importantes para mi padre, al mismo tiempo que pensaba que escondía más secretos de los que creía y que me había quedado completamente huérfana demasiado joven.

El ataúd entró con lentitud en el nicho, mientras solo se escuchaba el sollozo de alguien a mis espaldas a quien no me molesté en mirar. A diferencia de ellos, no derramé ni una lágrima. Tal vez no había asimilado aún la noticia, o igual es que no me dolía demasiado su pérdida después de haber estado diez años sin vernos. Recordé en ese mismo momento la llamada solitaria y sorpresiva, en mitad de una cafetería, en la que me informaban de la muerte de mi padre sin ningún tipo de piedad.

Levanté la mirada antes de sorber por la nariz a causa del frío y me abracé para intentar entrar en calor en esa helada tarde de noviembre. El personal de mantenimiento del cementerio ya había enyesado y las pisadas que se oían alrededor de mí indicaban que mucha gente ya se estaba yendo de allí. La lluvia comenzó poco a poco a ser más intensa y todos iban a resguardarse en sus respectivos coches para llegar pronto a casa.

Yo seguía de pie en el mismo lugar. Anclada a él con unas pequeñas puntillas invisibles que me impedían dar un paso. Miraba su nombre, casi sin pestañear y escrito con una fina línea de lápiz, a la espera de la lápida, junto a unas guitarras eléctricas dibujadas por los compañeros de su banda de rock. Di un leve brinco cuando el sonido de un fuerte trueno estalló en el cielo e impactó cerca de donde estaba, tiñendo las nubes de un suave color oscuro y grisáceo. Volví a mirar de nuevo al que ahora era su nuevo hogar y giré sobre mis talones con gesto serio y una lágrima recorriendo gran parte de mis mejillas sonrojadas.

Nadie está preparado para saber que está solo. Incluso aquel que piensa que ya lo está. Porque no es lo mismo sentirse solo que estarlo; uno no tiene a nadie y el otro nunca se tuvo a sí mismo. Y yo, ahora mismo, había perdido a Aitana Martí. La chica de la sonrisa eterna había desaparecido por completo porque era más consciente que nunca de que ya no había ningún motivo para reír a carcajadas hasta que te doliesen las costillas.

Negué con la cabeza, aceptando mi situación con resignación y me subí al coche con la misma rapidez con que puse la calefacción. Junté mis manos y me las llevé a mis labios, exhalando, para intentar entrar en calor y poder conducir. Arranqué el coche y puse mi disco favorito, y justo cuando acababa de meter la primera marcha, escuché el sonido de alguien golpeando el cristal del lado del conductor.

Sobresaltada, miré hacia la ventanilla, extrañada y arqueando una ceja. No conocía a aquella señora que había al otro lado de la puerta, morena y con el pelo enmarañado debido a la humedad, pero a juzgar por su expresión, ella sí me conocía a mí. Llevaba una rebeca marrón no

muy abrigada, una coleta baja y unas diminutas gafas de medialuna muy extravagantes que apenas cubrían parte de sus ojos.

—Tu madre me dijo que esto era para ti, Aitana —afirmó con seguridad en cuanto bajé la ventanilla, sin decir nada más y ni siquiera presentarse.

—¿Qué es esto y quién es usted? —contesté mirando la carta que llevaba en la mano con cierto recelo— ¿Cómo sabe mi nombre?

—Lee la carta y lo entenderás. Ahora debo irme.

Tiró con suavidad la carta dentro del coche, cayendo sobre mis piernas, y se fue con la misma facilidad con la que había venido. Pausé a Backstreet Boys y miré el sobre con detenimiento, sin saber muy bien qué hacer ante la situación. Hacía años de aquel día, también lluvioso, en el que tuve que despedirme de mi madre.

Sentía cómo el alma se me rompía en pedazos al saber que ya no estaba allí, que se había esfumado como el agua de la lluvia lo hacía entre mis manos. «El amor no cambia, solo se transforma», decía. Decía muchas cosas, y sentenciaba otras tantas, pero nunca me dio las claves para vivir sin ella y conjugar en pasado todos los verbos que antes vivíamos en presente. «Que, si me voy, nunca me echés de menos».

Me llevé la mano al pelo y lo alboroté justo antes de resoplar mientras centraba mi mirada en la inicial de su nombre, tatuada en mi antebrazo desde hacía unos años. Medité durante unos segundos y, cuando la curiosidad me invadió, me lancé a por el sobre amarillento, víctima del paso del tiempo, que tenía en mis manos y al que realmente no sabía si tenía fuerzas para enfrentarme.

Cogí aire y decidí, después de unos segundos eternos, que debía hacer frente a ello con la pequeña esperanza de que fuese una broma de mal gusto.

Pequeña Aitana...

Si estás leyendo esto es porque ha llegado el día que tanto temí que llegase. Ahora estás completamente sola, sin nadie que te respalde. Como me siento yo cada vez que piso el mar: libre, provocándome una loca encerrona a mí misma de la que a veces no sé cómo salir. Libre sin miedos, libre sin ataduras, pero también libre para caer al vacío en cualquier momento y no saber cómo salir de allí.

Tu padre siempre estuvo ahí, pero nunca supo cómo hacerlo bien. Tal vez fue error mío empezar con una persona a la que no quería, pero los tiempos han cambiado mucho y ahora nada es como antes. Tu abuela me convenció para que contrajese matrimonio de una vez por todas y así lo hice, sin oponerme demasiado y haciendo caso a todas las normas sociales establecidas. Una buena mujer debía tener un hombre al lado al que cuidar, y créeme que yo me sentía la mujer más torpe del mundo porque no sabía cuidar de mí misma todavía.

Antes de que toda mi vida cambiase, y gracias a Regina, la mujer que te ha dado esta carta, pude cumplir uno de mis sueños: visitar Londres. La abuela no hacía más que contarme cientos de historias de sus calles. De los rincones más recónditos de la ciudad. De la casa que había abandonado en Bywater Street por amor a un español que se había cruzado con ella en Oxford Street. Y, aunque había estado allí en alguna visita rutinaria cuando era pequeña, no guardaba muchos recuerdos de ella, salvo lo frío que estaba el suelo cuando lo pisaba descalza.

En los años noventa no había billetes de avión tan baratos como los de ahora, por lo que era muy difícil que una mujer como yo, de una familia tan estricta, se fuese sola de viaje sin dar ninguna explicación y con un sueldo de camarera que apenas me alcanzaba para comprar un par de telas de raso.

Regina fue mi Valeria. Un soplo de aire fresco. Y he tenido más amigas, como también tienes a Jimena, o a Tanisha, pero ninguna me ha entendido tan bien como ella. No han sabido complementarme. Regina apostó por mí y se vino conmigo a Londres sin mirar atrás. Sin esperar una aprobación de sus padres ni mirar cuánto dinero le quedaba en el monedero después de gastar sus ahorros. Y, Aitana, allí descubrí el amor verdadero. El de verdad. El que duele en cada despedida. Por el que lo dejarías todo. Por el que cometerías cualquier locura, hasta la más descabellada, la más pretenciosa.

Las calles de Londres hablaban de mí y de Greyson. De los dos, porque no nos separamos durante el mes que allí estuve. Todo fue muy rápido, quizá demasiado fugaz, pero fue lo que ambos sentimos aquel día en que nos encontramos en Rose Street. Estaba leyendo a Charles Dickens y no pude evitar quedarme mirando. Ya sabes lo fan que soy de una buena novela. Me confesó que había nacido en la medianoche de Navidad y que Dickens había sido uno de los clientes del Lamb&Flag. Enarqué una ceja antes de mirar al suelo, mojado por el rocío de la mañana, y tragué saliva, algo nerviosa, sin saber qué decir para no quedar como una auténtica analfabeta y aparentar ser una verdadera cosmopolita.

Me invitó a un famoso té de mandarina con canela con una pequeña sonrisa y yo no pude evitar aceptar levantando la mirada, aunque nunca antes había probado el té y sabía que no me iba a gustar. Ahí fue la primera vez que nuestros ojos tomaron contacto. Y también la primera vez que acepté algo a sabiendas de que no me apetecía lo más mínimo, salvo porque estaba a su lado. Yo era pelirroja natural debido a mi ligera ascendencia irlandesa y con unos ojos oscuros y muy, muy grandes que servían de punto de encuentro para mis pecas. Él era como el Clint Eastwood de mi época: con tupé y ojos claros, pero con unos pequeños hoyuelos que acompañaban su risa.

Sus ojos, tan azules como el Támesis a mediodía, me miraban, dejándome sin saber muy bien qué decir. Por eso me quedé sin decir nada. Y estoy segura de que fue mi imaginación, pero allí comenzó a sonar una ligera melodía de violín que me dejó embelesada y nos acompañó mientras tomábamos el té. Reímos como nunca antes me había reído y nos enamoramos. Sin un manual de instrucciones que nos dijese cómo teníamos que hacerlo.

No lo hicimos allí, pero sí en Londres. Eran las ocho de la tarde y las calles ya estaban vacías. El Big Ben marcaba la hora de cenar londinense y todo el mundo ya estaba en sus casas. Menos nosotros. Nosotros fuimos Londres, nos hicimos dueños de la ciudad. Corrimos, bailamos, bebimos y disfrutamos como nunca supe que podía disfrutar. Nos sentamos en un parque a hablar, cenamos pizza y probé comida que aún no había llegado a España.

Saboreé la felicidad, la importancia de cada instante y el valor de ser tú mismo bajo cualquier circunstancia. Porque sabía, de veras, que era mi momento. El momento de Juliet Ferrer. Y tenía que dejarme llevar de la mejor de las maneras si quería estar conmigo misma un ratito más, antes de volver a Barcelona.

Pero decidí quedarme en Londres. ¿Cómo iba a irme de esa ciudad? Esa ciudad que me había dado el amor, donde había descubierto el verdadero sentido de todo y encontrado el rumbo perfecto de mi vida. Greyson estaba dispuesto a todo por mí, pero yo fui la valiente que quiso dar el paso. Ni siquiera recogí mis cosas de la calle del Tallers. Me quedé allí, con lo puesto, y compré un par de cosas en Harrods que aún conservo en uno de los armarios de la casa de Bywater.

Al principio todo era maravilloso, Greyson y yo habíamos formado una familia de dos y aunque quisimos tener hijos, nunca pudimos. El periodo me sorprendía cada mes mientras yoladeaba una sonrisa escueta con el test de embarazo en las manos y la mirada convaleciente.

Pero Greyson nunca se entristecía. Sonreía con determinación y lo seguíamos intentando de nuevo. Hasta que nos quedamos sin huecos vacíos en el calendario y supimos que algo no iba bien y no podíamos luchar contra el destino.

Por eso, decidimos embarcarnos juntos en un nuevo proyecto. Algo que nos uniera. Que nos hiciese sentir como un verdadero equipo que rema en el mismo sentido para conseguir llegar a la meta: abrimos nuestro propio negocio, frente al Big Ben.

Así nació White Roses, una pequeña floristería en la que pasé tardes llenas de felicidad. Al principio me acercaba cada tarde a llamar a mi madre desde la cabina de la esquina de la calle, pero nunca obtuve su aprobación. A veces, ni siquiera era capaz de descolgar el teléfono y yo maldecía en voz baja por haber desperdiciado unas libras. A ella no le gustaba Greyson, ni tampoco mi fantasía en la ciudad británica de la que tanto me había hablado.

Ella quería que me quedase en casa y fuese una buena mujer. Que dejasen de hablar de mí en el barrio porque «la hija de la Eli se ha ido a vivir a Londres». Tenía que cuidar de Aníbal, el chico que vivía encima de nuestro piso y que soñaba con tener un futuro a mi lado. Creo que, en ese momento, nadie me entendió, Aitana. Necesitaba hacer mi vida. Vivir libre y respirar. Sentir que me apoyaban, por muy alocado que fuese todo.

Y con el paso de los meses, comencé a sentir mariposas en el estómago, pero de las malas. Revoloteaban a todas horas, haciéndome sentir culpable de la tristeza de mi madre. Y volví a su lado, muy a mi pesar, para cumplir una promesa que realmente nunca hice. Porque nunca pensé que podía ser una buena esposa, mucho menos una buena ama de casa.

Aníbal lo comprendió y me dio todo el tiempo que necesité para volver a la realidad de mi vida en Barcelona, acostumbrarme a sus calles y a las vecinas que me preguntaban cómo había sido mi experiencia, como si acabase de llegar de las Américas. Volví a tu padre cuando todo se había calmado, cuando pensé que ya nada podía atormentarme y podía hacerle feliz. Pero nada salió como esperaba. Él se había cansado de esperar y quería cumplir su sueño de pertenecer a una banda de rock de carretera, de esas que viajan en una camioneta que amenaza con averiarse en mitad de la autopista. Yo nunca mostré especial interés en ello, me gustaban más las canciones de Ana Torroja y M-Clan que el rock que ponía a veces en su casa y se colaba por las rendijas de mi persiana.

Tal vez fue un error tenerte, aunque me pareciese la mejor idea de todas, porque nunca pude olvidar a Greyson. Y lo intenté. Mucho. Por eso volví a Londres contigo, cuando Aníbal empezó una de sus torpes giras por Albacete y Ciudad Real. ¿Y si volvía Greyson en algún momento?

Aún no había perdido la esperanza de que entrase por aquella puerta, haciendo sonar la campana que indicaba la entrada de clientes y esbozando una de esas sonrisas que hacen daño en la comisura de los labios. Pero no regresó. Nunca más lo hizo y, cansada de atender a jóvenes ingleses que venían a por ramos grandiosos para sus parejas, abandoné Londres en el primer vuelo directo a Barcelona que encontré.

Y aprendí la mayor lección de todas. Fue su error culparte a ti de mis fallos, pero también el mío por cometerlos.

Ahora solo quiero una cosa: vuela a Londres en cuanto puedas. Dentro del sobre tienes dinero para los billetes de avión. Espero que hayan hecho bien el cambio a euros, aún me manejo con pesetas; tienes unas cincuenta mil. Cuida de White Roses como si fuese tuya, porque lo es.

Allí estará Lilly, una chica que se ha encargado de ella hasta ahora. Sabrá qué tienes que hacer, no te preocupes por nada. White Roses me dio la vida y, aunque cuando leas esto ya no la

tenga, esa floristería seguirá siendo parte de mi corazón, de mi historia con aquel chico londinense del que nunca supe nada más.

Aitana, te quiero. No estás sola y nunca vas a estarlo por toda la distancia que separe el cielo de la tierra.

Atentamente, mamá.

Juliet

Barcelona, sábado 23 de octubre de 1999.

Leí la carta hasta en dos ocasiones, comprobando que la información que había recibido era cierta y nadie me estaba gastando una broma pesada. Nunca me planteé el distanciamiento de mis padres; a pesar de que no era muy común en la época en la que se conocieron, algunos conseguían el divorcio y comenzaban nuevas vidas, pero ellos nunca lo hicieron. Siguieron juntos hasta el final, encubriendo un matrimonio que, a decir verdad, no navegaba hacia ningún puerto.

Volví a abrir el sobre para comprobar el dinero que había dentro y sonreí con nostalgia mientras una lágrima acariciaba mis mejillas. Miré por la ventanilla antes de arrancar mi coche para agradecerle a la mujer no solamente haberme entregado la carta y cumplir con la voluntad de mi madre después de tantos años, sino que hubiese sido tan buena amiga. Solo pude divisar su fina silueta, o tal vez fuesen mis ganas de verla y mi deseo por darle las gracias.

White Roses era mi nueva meta. Mi nueva vida. El motor que necesitaba para abandonar la monotonía de la rutina.

Capítulo 2 Aitana

Me dolía cada parte de mi cuerpo. A pesar de llevar unos seis meses en Londres, aún no me había acostumbrado a las inmensas tardes entre los cristales de mi pequeña floristería. Winter me había enseñado a desempeñar las labores que tenía que hacer detrás del mostrador; sin ella, White Roses no habría salido adelante.

—Winter, puedes marcharte. Son más de las cinco y creo que deberías llegar a tu casa para la cena, llevas dos días llegando bastante tarde y no quiero sentirme culpable. Lilly no parece muy amigable cuando te retrasas... —dije con una sonrisa al soltar un pequeño ramillete de flores.

—¿Bromeas? Ella también ha invertido mucho tiempo en la floristería —comentó—, sabe a la perfección que los horarios son indefinidos.

—Como quieras, pero no dudes en irte cuando lo consideres. No tienes ni siquiera que comentarlo, ¿de acuerdo?

Cuando pisé la capital británica, no esperé encontrarme con una chica rubia de pelo largo y ojos azules al otro lado del mostrador de mi floristería con un nombre desconocido en una pequeña placa de metal que colgaba de su pecho. Parecía simpática, tenía una amplia sonrisa y ganas de atenderme, todavía sin saber de quién se trataba. Llevaba un delantal blanco manchado de colores y algún que otro trozo de cinta pegado, pero podía ver su complexión delgada y elegante a pesar de que la ropa le quedaba un poco grande. Después de darle un largo repaso con la mirada, volví a entrar en contacto con sus celestes pupilas para preguntar por Lilly, la mujer con la que, según mi madre, tenía que toparme al llegar.

Lilly se había jubilado hacía años y ahora era su hija, Winter, la que se encargaba del negocio. Cuando le comenté que me llamaba Aitana y que era la hija de Juliet, se quitó el delantal rápidamente y me lo entregó con la misma sonrisa infinita con la que me había recibido. Me explicó el funcionamiento de la caja registradora que había instalado Greyson y adelantó el paso hacia la salida con una mueca. Descubrí entonces que era igual de tímida y reservada que yo y que ambas podríamos llegar a complementarnos bien a pesar de que las ventas no me dieran muchos beneficios. Fui hasta ella antes de que abriese la puerta y la agarré del brazo con suavidad, intentando detener su paso.

—No te he dicho que te marches. Puedes quedarte, creo que..., bueno, que a fin de cuentas esto también es vuestro. Más que mío, incluso.

La miré con detenimiento y comprobé que tenía una margarita tatuada en la muñeca. Era diminuta y especial, pues a pesar de su tamaño, las líneas eran finas y completamente nítidas y ni siquiera parecía emborronada con el paso del tiempo. Estaba segura de que habría guardado cientos de recuerdos en esa tienda que yo ahora iba a hacer mía y no era justo, no lo era en absoluto. No podía echarla de aquellas maneras, ni hacerme dueña del negocio borrándola de un plumazo.

—Aquí no se gana mucho dinero, solo lo justo para reponer la mercancía y pagar el alquiler, por lo que el margen de beneficio es escaso. No quiero que pierdas dinero por mantenerme, mi madre ya me había informado del trato. «En el momento en que Aitana aparezca, nos tendremos que ir. Fue lo que le prometí a Juliet». Me lo he repetido cientos de veces desde que empecé a mostrar interés por las flores.

—¿Quieres irte? Adelante. No voy a ser yo quien te obligue a hacer algo que no quieres,

pero ambas sabemos que amas esta floristería tanto como mi madre amaba a Greyson, y es imposible amar más que como lo hacía ella. Está impoluta —sentencié echando una mirada rápida a toda la estancia— y muy bien decorada, por cierto. Tienes cuatro encargos detrás del mostrador, que creo que vienen dentro de una hora, y hay un señor con un bastón saludándote desde el escaparate con una sonrisa debajo de su bigote.

—Es Ridge... —dijo sonriente, devolviéndole el gesto—. Pasa todas las mañanas por aquí cuando compra el periódico. A veces entra a por unas rosas para su mujer y otras solo me da los buenos días.

—Eres el corazón de esta floristería. No creo que debas irte, y tu media sonrisa marca más nostalgia que alegría, Winter. Este es tu sitio, ¿de verdad quieres irte? ¿De verdad quieres abandonarlo y hacer como si nada? ¿Como si nunca te hubiese servido para ahogar tus fracasos o celebrar tus victorias?

—No, no quiero irme —confesó casi en un susurro—, pero debo hacerlo. White Roses ha sido mucho más que una floristería. Lo ha sido todo, y ahora entiendo por qué tu madre no dudó ni un segundo en dejarla en mis manos, porque este sitio es especial, Aitana. Aquí los sueños se cumplen, y ahora es tu turno.

—Siempre quedarán sueños por cumplir mientras sigamos con los ojos abiertos, Winter. Coge de nuevo este delantal que me has dado, sonríele a Ridge, que se ha quedado como un pasmarote al otro lado viendo qué pasaba y atiende a la chica que va a entrar en cuestión de segundos. Déjame ver cómo te desenvuelves, tengo que aprender mucho de ti.

Y con esas palabras y el transcurso de los meses, conseguimos hacer el buen equipo que esperábamos formar. Ella se encargaba de atender a la clientela que conocía desde hacía tiempo y yo de hacer los encargos y reponer las flores que se agotaban desde el almacén. El dinero que había no nos daba para tener un sueldo elevado, pero ella vivía con su madre y yo me mantenía en una pequeña casa azul de Bywater Street heredada de mi abuela Elizabeth.

A pesar de que no pagaba nada por ella, era consciente de que vivía en una de las zonas residenciales más caras de Londres y, además, necesitaba casi el doble de dinero para poder mantenerme después de pagar todo lo que guardaba relación con mi negocio. Pensé, en varios momentos de arrebatos, en vender la casa para hacerme con alguna más barata, pero en cuanto se me pasaba, sabía que no era una solución y que era afortunada por andar por los pasillos en los que mi madre corrió con apenas unos años. No podía vender los recuerdos de mi abuela así como así. Ni tampoco los primeros pasos de mi madre en su primer verano.

En algunos portafotos había retratos de mis abuelos, a veces con mi madre y en otros completamente solos, mientras que, en la habitación principal, había varios junto al que supuse era Greyson. A sus espaldas se conseguía acertar a ver el letrero del Lamb&Flag, el bar donde se conocieron.

Al igual que la floristería, las esquinas estaban llenas de magia. De la magia de una Juliet que realmente no conocí y de lo que me lamentaba hacer tan tarde. Pensaba en ella en cada momento, pero aún más cuando colocaba las flores en cada recipiente de metal que Winter había colocado en la fachada enladrillada a modo de escaparate. Seguía inmersa en mis pensamientos a la misma vez que la chica rubia atendía a Maggie, una joven de no más de dieciocho años que venía todos los meses a hacerse con flores para su apartamento a las afueras de la ciudad.

Ya habíamos cerrado con llave la puerta y girado el cartel que indicaba si estábamos abiertos o cerrados. Después de Maggie, no atenderíamos a más clientes y le daría ya, y de una vez por todas, la tarde libre a Winter. Hablamos un poco de los temas de actualidad de la capital y le sonreí por última vez antes de verla atravesar la puerta. Hoy yo me quedaría haciendo

inventario hasta bien entrada la noche. A mí nadie me esperaba en casa, la cena sería una lasaña congelada del día anterior y justo había terminado una serie ayer, por lo que no tenía nada pendiente.

Puse mi lista de reproducción de Amy Winehouse, que tanto me hacía recordar a mis atardeceres en Barcelona junto a las Spice Girls, y canté en un susurro mi canción favorita. Miré a través de las ventanas: la gente ya se estaba yendo a sus casas con prisa. Algunos no dejaban de mirar sus teléfonos, otros iban gritando mientras hablaban por el manos libres a través de sus auriculares inalámbricos, y algunos turistas iban sorteando londinenses estresados. Una chica llevaba un libro en sus manos y miraba fijamente a un músico que estaba cerca del London Eye aún con sus páginas abiertas. Llevaba un ukelele y cantaba muy bien a juzgar por el dinero que tenía en su funda y el público que, a pesar de la hora, lo estaba admirando.

Sin casi darme cuenta, en apenas un par de horas había terminado con todas las tareas pendientes. Recogí el dinero de la caja, no sin antes contrastarlo con el cuaderno de notas de ventas que llevaba Winter, y salí más tarde de lo normal de la floristería. Con el pelo enmarañado saludé a Charles, que ya estaba cerrando su pequeño puesto de periódicos y regalos y siempre se quedaba hasta tarde, como yo, vendiendo imanes y caretas de cartón de la reina Isabel. Entré rápidamente en la estación de Westminster, cabizbaja y agobiada por el ruido. Aunque Barcelona era una de las ciudades con más gentío de la península, Londres llevaba un ritmo mucho más frenético y, aunque lejos de ser Nueva York, también era una ciudad que dormía bastante poco.

Esperé al metro pacientemente mientras miraba mis redes sociales, aunque no las usaba mucho. El grupo de amigos que antes frecuentaba estaba en una fiesta que me hizo recordar que era sábado y el que fue mi novio durante un tiempo había empezado una relación con otra chica. Resoplé, maldiciendo mi vida en Londres, y entré en la aplicación de mi libro electrónico para seguir leyendo «Mujercitas».

Me acomodé en el asiento acolchado y algo manido por el paso del tiempo y observé de nuevo a la gente que me rodeaba. Una mujer asiática hablaba con su hijo en coreano sobre algo que hacía mucha ilusión al niño. Otra familia, sin embargo, venía en silencio y cargada de bolsas de Harrods y una mujer tan solitaria como yo hablaba por teléfono en un perfecto francés que me hacía sentir un poco de envidia. Volví a centrar la vista en mi móvil, vacío de notificaciones, y bufé antes de intentar seguir leyendo.

«Aitana, te quiero, no estás sola».

Las palabras de mi madre estaban más presentes que nunca, retumbando en mi cabeza de manera constante. Como si fuese un trueno que amenazaba con una fuerte tormenta de verano. Gael y yo lo habíamos dejado hacía un par de años, pero parecía que la ruptura en la playa había sido hace unas semanas. Mi madre falleció y Valeria lo hizo después en un jodido accidente de coche que aún recordaba con rabia. Y mi padre...

No tenía relación con él, pero me hacía pensar que, a fin de cuentas, había alguien en el mundo que podría estar ahí si lo necesitaba. No como ahora. White Roses se llevaba todas las horas del día y no me daba la oportunidad de conocer gente. Winter vivía con su madre, enferma desde hacía unos años, y no disponía de mucho tiempo libre para dedicarle a sus amigas. Y yo tampoco podía exigirle más de lo que ya me daba al trabajar por un sueldo irrisorio.

Pasé Landon Victoria y cuando presté un poco más de atención al trayecto, supe que había llegado a Sloane Square; aún me quedaban unos diez minutos a pie hasta llegar a mi casa. Tuve suerte, y aunque el suelo estaba un poco húmedo, no había llovido ni hacía demasiado frío, no como otras veces, que ni siquiera podía sacar mi mano de los bolsillos porque se quedaban completamente congeladas.

En cuanto subí los escalones que me llevaban hasta mi casa, solté las llaves en el mueble que había justo en la entrada y exhalé una bocanada de aire para calentar mis dedos antes de ponerme con la cena. Ojeé el periódico mientras el microondas hacía el trabajo sucio y encendí la televisión para que la voz de la chica de las noticias me hiciera sentir acompañada. El sonido de mi ayudante de cocina me ayudó a volver a la realidad indicándome que la lasaña estaba lista y poco tiempo después decidí llamar a mi mejor amiga.

—¿Qué tal? ¿Te pillo en mal momento? Te he llamado porque creo que no has salido con los chicos. Al menos, no he leído en el grupo que hayas ido y no te he visto en las fotos que han subido.

—Ya sabes que no me gustan las fiestas desde lo que pasó. Estoy en mi habitación escuchando música. Hoy no es un...

Parecía mentira que estuviese hablando con Jimena. Con la misma Jimena que siempre había aprovechado cada ocasión para disfrutar y beber hasta la madrugada. La rubia que había preferido pintarse los labios de rojo a quedarse en casa leyendo un libro, la chica a la que le encantaba trasnochar y volver al día siguiente. Pero todo cambió con la muerte de Valeria. Las Spice Girls se habían quedado rotas desde que una de nosotras desapareció para siempre, pero los demás habían salido indemnes y se hicieron más fuertes que nunca. Nosotras, sin embargo, no queríamos estrechar lazos, sino arreglar los que se habían roto tras ese trágico accidente. No queríamos recomponer nuestro corazón, sino poder vivir con él roto.

—Para mí tampoco está siendo un buen día —resoplé continuando la frase que había dejado a medias, pero que me repetía cientos de veces—. Me siento un poco sola aquí, ¿sabes? Como si fuese un fantasma al que nadie presta atención y pasa de largo por las calles. La gente tiene su vida, sus amigos, su familia... Yo no tengo nada, Jimena. Después de seis meses aquí, no tengo nada. No voy hablando por teléfono, agitada, discutiendo con alguien sobre algo del trabajo, ni tampoco salgo a visitar los garitos de la ciudad con los que tanto soñaba de pequeña y de los que tanto me hablaba mi madre.

—Aitana... —suspiró—, ya no sabemos hacer amigos. ¿Por qué no pruebas a conocer a alguien por alguna de esas aplicaciones para ligar?

—Porque son para ligar —respondí con cierta obviedad y desgana—. No quiero hacerlo y nadie entra en esas aplicaciones para hacer amigos. Tú me entiendes, ¿verdad?

—Y que lo digas. Yo tampoco encuentro mi sitio. Tanisha ha decidido empezar de cero en Alemania, cree que tiene oportunidades de entrar en un bufete internacional y yo sigo aquí, en Barcelona, sin saber muy bien qué hacer.

—Con Valeria la vida siempre supo mejor... —mascullé sin decir mucho más al respecto.

Suspiramos y dimos paso a un largo silencio que tenía mucho más que decir que nosotras, pero que ninguna interrumpió. No eran pocas las veces que le decía a su madre que venía a mi casa a dormir para pasar la noche en pijama encima de la cama con el aire puesto y sin nada que decir. Solo escuchando nuestras respiraciones y disfrutando del silencio hasta que alguna de las dos lo rompía. Nos dimos cuenta de que no eran incómodos y aprendimos de ellos.

—Oye, y si... ¿Por qué no vienes a Barcelona unos días? Tómate unas vacaciones. Igual nos ayuda pasar un tiempo juntas

Tomé aire y medité durante unos segundos su propuesta. Podría ser una buena opción si mi intención no fuese aprender a vivir sola. A fin de cuentas, no tenemos a nadie más que nosotras mismas, pero nadie nos enseña a vivir en la soledad hasta quererla. Estar solo no es algo negativo, es una opción que toman muchas personas para sentirse más libres, y justo eso era lo que necesitaba aprender. Estar sola, conmigo misma, y ser feliz.

—Huir no puede ser siempre la solución a nuestros problemas... Necesito aprender a estar sola, Jimena. Y... creo que tú también.

Torcí una mueca y bajé la mirada. Jimena siempre tenía la solución a mis problemas cuando ni siquiera yo sabía que estaba en uno. Se empeñaba y daba todo, hasta lo último que podía, por encontrar mi vía de escape, la luz al final del túnel. Pero esta vez largarme no podía ser la respuesta.

Capítulo 3 Noah

Ya tenía las maletas hechas y todo listo para irme a Londres. Tal vez huir no era la mejor opción, pero sí la única que veía viable después de todo. Mis padres habían intentado que cambiase de opinión, pero ambos sabían que no lo iban a conseguir, así que terminaron cediendo a que me mudase a la casa de soltera de mi madre.

Lo peor de descubrir que Christine mantenía una relación paralela con otra persona fue saber que lo hacía con Zac, uno de mis mejores amigos de la infancia y con el que había compartido parte de mi vida.

Eso y haber sido el último en enterarme de la noticia, porque todos nuestros amigos sabían lo que pasaba entre ellos desde hacía unos meses. Aún recuerdo con bastante claridad el momento en el que me enteré de todo. Negué con la cabeza para intentar sacar de mis pensamientos la imagen que acababa de venírseme. Pensarlo de nuevo me hacía sentir la persona más idiota de Edimburgo y, enfadado y con los puños cerrados conteniendo la fuerza, me dirigí hacia la ventana de mi habitación para fumarme un cigarrillo a escondidas.

Echaría de menos las vistas que tenía desde mi ventana, la niebla que abrumaba los árboles y me impedían ver más allá de la casa de los Taylor y el viejo todoterreno de los Walter, que rara vez conseguía arrancar y siempre estaba aparcado en la puerta del garaje.

Nunca imaginé que podría enamorarme del frío de Edimburgo cuando tuvimos que dejar Londres para venir hasta aquí una noche de tormenta de verano. Los asuntos laborales de mi padre así lo decidieron y, aunque al principio estuve enfadado con el mundo, pronto me acostumbré a la ciudad de la que ahora no quería irme. Solo lo hacía con la excusa de alejarme de Christine y olvidarme tanto de ella como de Zac. Tal vez empezar una nueva vida en otro lugar era lo que necesitaba para volver a ser yo, para dejar a un lado la nostalgia que me provocaba romper una relación después de cinco años y un baile de fin de curso. Londres era el destino perfecto, el lugar donde nací, pero del que no tuve la oportunidad de conocer, salvo a un pequeño Martin de pelo moreno y ojos castaños con el que coincidía todos los días en la puerta del colegio y con el que tenía cientos de fotos.

—¿Estás fumando otra vez? —La dulce voz de mi madre hizo que volviese a la realidad de la que me había evadido, poniendo en peligro la estabilidad del cigarrillo.

Giré sobre mis talones con una sonrisa y lo escondí detrás de mi espalda con cuidado de no quemar la chaqueta de cuero nueva que llevaba puesta; no sería la primera vez que me pasaba por ocultar mi pequeño vicio, que ya se sabía a voces, y por el que era constantemente regañado.

—Perdona, yo... —titubeé—. Lo necesitaba y no quería salir, fuera hace demasiado frío y... —terminé reconociendo.

—No te preocupes... —susurró viniendo hacia mí—. Pero ya sabes que no me gusta que lo hagas. Prométeme que lo dejarás cuando te vayas, o al menos, que fingirás haberlo hecho cuando vaya a verte en unas semanas.

—Prometido —contesté con una sonrisa no muy convincente.

—Ahora, baja. Tu padre está haciendo una tarta de despedida con Harper y la nata montada ha llegado al techo. Ve a poner orden o será un completo desastre.

Apagué el cigarrillo en el cenicero que tenía escondido en el alféizar y miré la maleta, aún abierta y con poca ropa. La cerré sin ningún problema porque no cupiese todo lo que llevaba y bajé las escaleras siguiendo los pasos de los finos tacones de mi madre. La mesa de la cocina

estaba llena de harina, Harper tenía la nariz manchada de nata y mi padre la camisa empapada de lo que parecía ser un extraño sirope de fresa.

A juzgar por las manos pringosas que podía ver en Harper, no me costó mucho deducir que había sido ella la causante del desastre. Sonreí emocionado por ver tal escena y me acerqué a mi hermana para darle un pequeño susto por la espalda, algo que siempre odiaba pero que me encantaba hacer porque se quejaba de una manera demasiado graciosa como para no querer escucharla una vez al día.

—Pero ¿qué haces? Eres un pelador de nueces —gritó enfadada frunciendo el ceño.

Solté una carcajada al recordarlo. Christine y yo estábamos hablando por teléfono la madrugada en que lo dejamos. Yo estaba tumbado en la cama, mirando al techo y con la ventana abierta; el olor a pastel de carne típico de los Walters se colaba por la habitación y las risas de Harper se oían al otro lado de la puerta, que correteaba por el pasillo.

Le dije que había sido un imbécil por haber estado con ella todo ese tiempo y maldije una y mil veces por lo ocurrido en la soledad de mi habitación. Sentí que había perdido parte de mi vida, que aquella pedida de baile había sido una completa tontería y una jodida mierda haber compartido tiempo con alguien capaz de hacer algo así.

Harper entró tiempo después en la habitación preguntando qué había pasado y qué significaba ser imbécil. Hasta ahora, no había conocido ninguna palabra de las prohibidas por mi madre, así que no pude más que inventarme que significaba ser pelador de nueces y que hablaba con Zac sobre la nueva temporada de otoño. Algo que solo podía creérselo alguien tan inocente como ella.

—El pelador de nueces quiere saber de qué es esta tarta con tan buena pinta que estáis haciendo papá y tú.

—Es un intento de pastel de chocolate blanco y frambuesas, tu favorita, pero no sé si nos ha salido bien —contestó mi padre riendo y quitándole la oportunidad a Harper, que se había encogido de hombros—. Hemos seguido la receta de la abuela, pero...

Le di un abrazo y noté en el ritmo de su pecho cómo reprimía un par de lágrimas. Para mí tan solo era una pausa en mi vida, tomar una bocanada de aire para seguir, pero ellos lo veían como el último día que pasaría en casa. Me habían repetido varias veces que si salía ya no volvería y que si lo hacía, ya no sería el mismo; me habría convertido en un adulto preso de sus rutinas y no en el niño que disfrutaba de cada segundo como si no hubiese ningún otro.

El avión salía en apenas cinco horas, tiempo suficiente para disfrutar de la última merienda y hacerles ver que Londres no estaba tan lejos como parecía, aunque ellos lo sabían mucho mejor que yo, y que podían venir a verme cada vez que quisieran.

—Si todo va bien, en un par de semanas estaremos allí. Creo que tu padre se tomará unos días de descanso, Claire necesita doblar turno para pedir vacaciones y es casi seguro que se quede libre.

—¡No vais a darme tiempo ni siquiera a instalarme! —bromeé haciendo que mis padres estallasen en una carcajada bajo la atenta mirada de Harper, que arqueaba sus cejas sin entender nada.

—Harper cuidará de vosotros, ¿verdad, princesa?

Le lancé de nuevo una mirada, pero esta vez al color rojizo de la comisura de sus labios, manchados de frambuesa, y a juego con sus mejillas, mientras se llevaba una cuchara de tarta a la boca.

—A mí me gusta Fiona y Fiona no es una princesa —claudicó aún masticando y con los brazos cruzados.

—Vale. Lo siento, Fiona, pues... Señores Holdem, una pequeña ogra verde y preciosa cuidará de vosotros.

—¡Ajá!

Me abalancé sobre ella y le hice cosquillas hasta que mi madre me pidió que parase para irme a mi habitación con los pasos de Harper a mis espaldas. Teníamos que ir ya al aeropuerto si no quería perder el avión, así que me apresuré en coger mis cosas y salir al garaje con una media sonrisa. Por un lado, tenía ganas de dejar Edimburgo, de dejar atrás de una vez por todas todo lo que escondía la ciudad de los fantasmas, pero por otro, no podía no sentir cierta nostalgia por abandonar todo lo que me rodeaba.

Subimos todos al coche en un completo silencio que solo fue interrumpido por las canciones infantiles de la emisora de radio cantadas por la viva voz de Harper y el carraspeo de mi padre al divisar el cartel que indicaba la salida de la ciudad. Yo miraba por la ventanilla cómo Edimburgo se alejaba rápidamente ante mis ojos. La casa de Megan, el jardín de Zac, la cafetería de Evan y la librería de Allie. Todo quedaba atrás, tornándose en lo que parecía ser un color blanco y negro que solo mi imaginación era capaz de ver.

—Te irá bien —dijo mi madre, haciéndome girar la cabeza con rapidez para que nuestros ojos se encontrasen.

—Lo sé —respondí con una sonrisa, liberándola de cualquier preocupación. No quería hacerles sentir mal con mi marcha.

El camino se hizo corto y pronto estábamos en el aeropuerto, al que acababa de llegar un autobús lleno de turistas. Esta vez sí me permití llorar, porque, aunque no era una despedida para siempre y estábamos cerca, era la primera vez que me separaba de ellos durante tanto tiempo. Los abracé con fuerza y cogí en brazos a Harper para tenerla a mi altura e inundarla de besos hasta que me pidiese que parara porque necesitaba respirar. Le revolví el flequillo por última vez antes de que se enfadase y me fui hasta la zona de control sin mirar atrás ni una sola vez.

El viaje se hizo bastante ameno y las azafatas pasaron amablemente para ofrecernos algo de comida. No era muy apetecible, pero tenía tanta hambre que opté por una lata de refresco y un cruasán seco de jamón york que aparentaba tener varios días. Lo saboreé en completo silencio escuchando la voz de Freddie Mercury en mis auriculares mientras las nubes iban desapareciendo lentamente para dar paso a una vista panorámica perfecta de la ciudad de Londres.

El aviso del piloto nos alertó de que aterrizaríamos en apenas diez minutos, así que abroché de nuevo mi cinturón y recogí un poco el desastre que tenía en el asiento libre de al lado para dárselo a la azafata que, con una sonrisa, pasó para llevárselo todo. Bajé las escaleras del avión minutos después con cierta torpeza debido al peso de la maleta y salí del aeropuerto con rapidez, sorteando turistas y estudiantes en sus viajes de fin de curso. Una manta de aire frío golpeó mis mejillas en cuanto atravesé la puerta, pero pronto lo apacigué al entrar en el taxi que había pedido por una aplicación y que llegó puntual.

Llegamos pronto a Kensington, tiempo que empleé para buscar mi nueva casa, una estancia de fachada enladrillada en Drayson Mews que resultaba bastante acogedora. Solté las cosas antes de prestar atención a todas las fotografías donde salía mi madre con veinte años menos junto a mi abuela y la fina capa de polvo que descansaba sobre cada mueble. Tras su repentina muerte, heredó este pequeño sitio acogedor en pleno centro de Londres.

Verifiqué que mis padres habían leído el mensaje de que todo había ido bien y les hice una llamada que duró poco tiempo. Comprobaron que había llegado sano y salvo y pude salir con total seguridad por la ciudad para conocer un poco el que sería mi nuevo hogar.

Mi nueva aventura.
Mi nueva vida.

Capítulo 4 Aitana

Rechazar la idea de Jimena no era lo que quería, pero sí lo que debía hacer en esas circunstancias. Mi amiga siempre había pensado que huir era la única solución a sus problemas y era lo que quería hacer una vez más. Y es que, aunque no habíamos superado la muerte de Valeria, teníamos que intentar seguir viviendo. Seguir bailando con ella en la distancia.

De haberle dicho que sí, no solamente yo hubiese conseguido escapar de Londres, sino que también nos serviría de excusa, una vez más, para no construir los planes que tanto habíamos anhelado cuando apenas levantábamos dos palmos del suelo. Ya lo sabíamos. Joder si lo sabíamos. Hacer amigos nunca había sido fácil, tampoco no estar rodeada de gente a quien sientes que le importas. Pero la vida se trataba de eso, al fin y al cabo. Debíamos mirar al miedo de frente y a los ojos.

Porque no éramos más que una de cientos. De cientos de personas perdidas que luchaban por encontrarse en algún momento y volver a ser lo que un día fueron. Respiré hondo, bloqueé el móvil y salí de casa, no sin antes tropezar con el último escalón antes de ir a la panadería de George; era el único lugar en el que había encontrado, uno que no fuese el mío. Siempre olía a pan recién horneado, a rosquillas de vainilla y a té de manzana con canela.

Saludé a aquel entrañable hombre de pelo canoso y bigote frondoso y salí de allí con una sonrisa después de haber hecho mi encargo y recolocarme mi abrigo azul. Estaba nublado y se pondría a llover de un momento a otro, pero parecía que ya me había acostumbrado a la lluvia, al olor a tierra mojada, a tener siempre las ventanas cerradas empapadas de gotas de agua que parecían competir entre ellas por ver quien llegaba antes a una meta invisible.

Aún tenía pendiente por ir a bastantes sitios y hoy, el único día que verdaderamente había tenido de descanso en todo este tiempo, sería el día perfecto. Comenzaría por visitar Camden Town mientras escuchaba a Winehouse a través de mis pequeños auriculares. Todas sus canciones me hacían pensar en Ginger, la chica pelirroja de pelo corto y ojos verdes amante del chocolate caliente en verano y horchata fresca en invierno.

Todo era diferente cuando estaba ella y tornaba a un color inimaginable. Como si todo lo que hubieses vivido previamente hubiese sido una mentira, una obra de teatro en la que eras un mero espectador. Y fue así desde que nos conocimos al ser compañeras de cascos en el autobús de camino al colegio. A ella se le habían olvidado los suyos en casa y no quería perderse el estreno de lo nuevo de Amy, así que nos sentamos juntas y cada una cogió un auricular. Y empezamos a conocer las cosas más insignificantes de la otra: Valeria amaba el helado invierno, los musicales franceses y las fresas sin nata. Yo prefería el café, los musicales neoyorquinos y las fresas con mucha nata.

Pero las dos preferíamos los días largos, las noches de tormenta, el color negro de sus gafas redondas de pasta y la futura promesa británica del soul. Esa misma que parecía haberle escrito una de sus canciones más famosas.

*Since I've come home^[1]
Well, my body's been a mess
And I miss your ginger hair
And the way you like to dress
Oh, won't you come on over?
Stop making a fool out of me*

Why don't you come on over, Valerie?

Fue justamente esa la canción que sonaba en la radio de aquel coche en el que perdió la vida por culpa de un alcohólico que no supo respetar la velocidad ni el carril contrario. Parecía que la había escrito para ella, para esa chica que no me habría dejado llorar como lo estaba haciendo en ese momento. Porque me habría dicho que tendría que ser fuerte y disfrazar el pasado de presente.

Limpié la lágrima que estaba saboreando en la comisura de mis labios y pillé el primer metro que llegó a pesar de que el vagón estaba lleno y olía bastante a sudor. Tardaría casi una hora en llegar, pero merecía la pena cumplir el sueño de Ginger de alguna manera. De hacerle saber que la promesa que le hice ese día, cuando ya no me escuchaba, iba a ser cumplida en una noche de noviembre londinense.

El trayecto se hizo pesado y aburrido. Una señora hablaba con su marido de la cena que él le había preparado para cuando llegase a casa, un par de adolescentes se besaban en mitad del vagón como si no tuviesen el peligro de caer en cualquier momento a causa de un frenazo inesperado y un hombre miraba las musarañas con la misma intensidad con la que yo lo hacía. Todos me hacían pensar que tenían a alguien a quien dedicarle su tiempo, alguien a quien contarle cómo había ido su día, a quien abrazar cuando todo salía mal. Alguien en casa que les estuviese esperando.

Yo no podía hacer más que mirar la pantalla desbloqueada de mi móvil, donde salía la cantante con su característico vestido blanco y cinturón rojo, sentada en el taburete en mitad del estudio. Sonreí al ver el álbum que estaba escuchando y salí del vagón en la parada que había escogido antes de llegar a Camden Market.

Subí las escaleras de la estación con firmeza y avancé por Camden High Street en búsqueda de la famosa estatua de bronce creada por Scott Eaton. Estaba a tan solo unos minutos, pero andar sorteando turistas hizo que llegase un poco más tarde a ver sus labios pintados de rojo, la rosa de su pelo y el desgaste de sus brazos, cubierto de pañuelos de mil colores.

Limpié otra lágrima y maldije en voz baja por no ser tan fuerte como debía antes de sacar la fotografía de Ginger de la carcasa de mi teléfono. Salía con un jersey negro tapándose los labios y su flequillo rozando sus uñas pintadas de rosa. Me puse en cuclillas y la dejé a los pies de Amy, la mujer que la hacía sentir imparable. Me senté en el suelo y le hablé a la nada, aunque era bonito pensar que me escuchaba de algún modo. Que podía oír todo lo que le decía, todo lo que me hubiese gustado confesarle de haber sabido que iba a irse tan rápido y sin avisar.

Conseguí cerrar algunas heridas, aunque otras las estaba dejando más abiertas casi sin darme cuenta. Le conté cómo me sentía, como si estuviese esperando en el andén un tren que nunca llegaba y parecía no hacerlo nunca. Me abrí como nunca lo había hecho. Me permití llorar, sentirme débil. Vulnerable.

—Disculpe, señorita.... Debe irse, tenemos que cerrar el mercado. Si es tan amable de acompañarme a la salida...

Miré desde el suelo al corpulento agente de seguridad que había aparecido a mis pies sin haberme percatado. Tenía razón. Ya era hora de irme a casa y dejar de estar sentada en un suelo que comenzaba a humedecerse a causa de la ligera lluvia que no tardaría en intensificarse.

—Sí, lo siento, no había mirado la hora. ¿Por dónde dice que está la salida?

Me disculpé un par de veces más y aligeré el paso hasta llegar a la puerta por la que hacía horas había entrado. Ya no había autobuses y la línea de metro estaba llena de gente a la que no quería acercarme si quería mantenerme a salvo. Vi mucho más viable llamar al característico taxi

de color negro que todos tenían como imán en la nevera junto a un autobús rojo después de un viaje a Londres.

Me senté en el bordillo de la acera a esperar a aquel coche que no parecía que llegase pronto. Y lo que antes eran pequeñas gotas, ahora se habían convertido en un torrente de agua que estaba empapando mi ropa de la misma manera que lo hizo en el funeral de mi padre hacía un año.

Allí fue donde mi vida cambió, donde todo comenzó y donde todo tomó un rumbo diferente.

Un rumbo del que muchas veces me arrepentía; por más interés que pusiese en encontrar mi lugar, Londres no era mi sitio. Mi hogar estaba en Barcelona, en la calle del Tallers, en la ciudad de la que nunca debí irme por el bien de mi propia estabilidad. Comencé a llorar, una vez más en el día, apoyando mi frente en el pantalón vaquero, que se había tornado en un color oscuro a causa de la humedad.

—¿Quieres mi paraguas?

Una voz detrás de mí me hizo levantar la cabeza.

Capítulo 5 Noah

Di una vuelta por Kensington y alrededores hasta dar con los lugares necesarios para la vida cotidiana. Más tarde pasaría por The Hawley Arms, el garito de Camden en el que mi madre me había conseguido trabajo gracias a una compañera de la universidad con la que aún mantenía una buena amistad. Era lo único en lo que tenía experiencia suficiente para ganar algunas libras.

Debía asistir todas las noches y los fines de semana tendría que doblar turno, pero ya conocía las condiciones, incluso desde antes de salir de Edimburgo, y estaba más que conforme y agradecido con Kate, que me consoló diciéndome que se hacían cuadrantes semanales y el horario era bastante cambiante y flexible. Mientras pensaba en mis asuntos, me di cuenta de que la noche ya había caído, por lo que era la hora perfecta para visitar a mi nueva jefa.

—¡Buenas noches! —exclamé al atravesar la puerta—. Vengo buscando a Kate, ¿está por aquí? —Habíamos preferido tener una pequeña entrevista en ese momento para conocer a mi compañera.

Una chica morena de ojos oscuros y tez nívea apareció detrás de una puerta roja mostrando sus alineados dientes en una sonrisa de oreja a oreja. Se sacudió en un delantal sucio y vino hasta para mí para saludarme con un fuerte apretón de manos.

—Kate Coleman. Eres el hijo de Nancy, ¿verdad? Tu nombre... ¡Noah! No me lo tengas en cuenta, soy mala para recordarlos —Asentí con una sonrisa—. Tu compañera Eddie te ayudará con todo lo que tienes que aprender y si puedes y te ves capaz, quiero que empieces mañana mismo, ¿de acuerdo?

Volví a asentir con la cabeza, en completo silencio, y busqué con la mirada a la chica, mientras sorteaba mis pupilas por la estancia llena de gente bebiendo cerveza. Al fondo había una pequeña terraza de muros enladrillados que me hicieron recordar, irremediablemente, a la fachada de mi casa. Las paredes tenían el mismo color del vino, acompañado de unas lámparas antiguas que daban un toque muy hogareño y acogedor, y unas fotografías firmadas por algunos cantantes famosos.

—Hola, soy Eddie.

Ante mí se presentó una chica de pelo naranja y flequillo recto, con un mechón negro que llegaba desde su raíz hasta las puntas en la parte frontal de su cara. Llevaba los ojos delineados con una gruesa línea negra y unos tatuajes que cubrían gran parte de su pecho.

—Seré tu nueva jefa, al menos por ahora. El trabajo es simple, solo tienes que servir algunas copas tras la barra. De la comida me encargo yo. ¿Alguna duda?

—No puedo tener ninguna con tan poca información, no creo que se me dé del todo mal —admití sonriendo.

—Genial entonces. Procedo a explicarte dónde está cada bebida, ¿de acuerdo?

Seguí sus pasos y anoté en mi cabeza todo lo que decía, con la esperanza de que no desapareciera en cuanto me fuese a dormir. No contaba con que hoy recibiría las primeras indicaciones, por lo que no venía lo suficientemente preparado, pero tampoco tenía la confianza de pedirle que parase porque Kate me había dado una gran oportunidad. No quería sonar grosero, pero cuando me ponía nervioso tendía a comportarme así por no saber qué expresiones utilizar.

Un par de horas después, una clase rápida, dos copas y una charla con Eddie, decidí salir del local e irme a casa. A pesar de que no tenía que madrugar y había comenzado a llover, tenía la intención de aprovechar la mañana siguiente para hacer algo productivo. Le dediqué una sonrisa a mi compañera y a mi nueva jefa para, seguidamente, dirigirme a casa.

Abrí mi paraguas y, con dificultad, inicié el navegador del móvil para que me indicase el camino de vuelta. La noche y la poca iluminación me estaban confundiendo y lo último que quería en mi primer día en Londres era terminar perdido en un barrio que no conocía. Aunque iba en la dirección indicada, me terminé dando cuenta minutos después de que solo había malgastado mi tiempo en rodear una y otra vez *Cartlehaven*, un parque de la zona que estaba completamente desierto. Ni siquiera oía el corretear de las ardillas al que estaba acostumbrado en Edimburgo o el sonido de las familias cenando en sus casas.

Las ventanas no desprendían luz y la lluvia no cesaba, sino que cada vez era más intensa. Retiré el paraguas con cuidado para comprobar si el cielo estaba demasiado nublado, pero no conseguí ver nada entre tanta niebla y centré de nuevo la mirada en ese aparato cuya pantalla estaba cubierta por un par de gotas. Poco después, reanudé la marcha intentando encontrar la estación.

Pero un llanto me interrumpió.

Uno lento, pero desgarrador.

Quien fuese la persona que estuviese llorando parecía tener su propio corazón en las manos.

Busqué por todos sitios a ver si podía dar con quien se escondía detrás del sollozo, pero no encontré a nadie. Pero el sonido seguía, camuflado con el de las gotas chocando con el acerado. Comencé a andar, siguiéndola, di un par de vueltas y rehíce mis pasos un par de veces hasta que la vi.

Allí estaba. Una chica morena, con el pelo del mismo color que el café y un flequillo que cubría parte de su frente. Llevaba un abrigo azul y unos vaqueros completamente mojados. Cualquiera lo estaría si, como ella, hubiesen optado por sentarse en el bordillo de la calle antes que irse a casa o llevar un paraguas encima. Dudé si acercarme o no, porque ¿qué hacía una chica joven en mitad de Camden Town llorando bajo la lluvia, sentada en el suelo y escuchando algo de lo que parecía ser Winehouse en unos diminutos auriculares?

Di un paso, pero retrocedí por miedo. Miedo a lo desconocido, a entrar en temas en los que no debía, por hacerme partícipe de algo que desconocía, por incomodar a alguien que estaba tranquila en la calle. Pero, joder, la chica se estaba mojando. Sus labios, ya violetas por el frío, temblaban y el pelo, enmarañado, solo hacía dejar un reguero de agua que calaba por su espalda.

—¿Quieres mi paraguas? —pregunté con cierta incertidumbre.

—No te molestes —hipó—. Estoy esperando un taxi.

Hablaba un inglés casi perfecto, pero no era de aquí. Eso, o que el sonido de su voz, teniendo la nariz atascada después de llorar, me estaba confundiendo.

—No sé si dejarán que entres así en un taxi. En este país son muy recelosos para esas cosas.

Se inclinó hacia atrás hasta tener una vista completa de su atuendo y negó con la cabeza antes de mirarme. Sus ojos hacían una de las mejores combinaciones jamás vistas con los pequeños rizos de las puntas de su melena. Pero su sonrisa...

Su sonrisa parecía haberse esfumado como el gentío de Londres, como si llevase tiempo sin ser feliz, como esas personas que sabes que están rotas por dentro.

—Quizá tengas razón. Debería irme a casa andando.

—¿Vives cerca? —pregunté.

—Una hora y media, más o menos. Buenas noches.

—¡Espera! —exclamé dando una zancada para llegar hasta ella, que ya se había girado en dirección contraria—. No puedo dejar que te vayas así... Vivo en Drayson Mews, ¿está muy lejos de tu casa?

—A unos cuarenta minutos andando —contestó después de una pausa para mirar la pantalla de su móvil.

—Permíteme que te acompañe entonces.

—No te conozco de nada.

—Ni yo a ti. Podemos hacerlo por el camino, ¿no crees?

La chica levantó una ceja y me miró con gesto extraño. Cualquiera en su lugar pensaría que era un asesino en serie como Ted Bundy, que quería terminar con su vida en cuanto llegase a su casa o, en el mejor de los casos, un hombre con ganas de tener algo más con ella, pero no era así. Yo no era así.

—No sé si quiero hacerlo. Sinceramente, no sé cuáles son tus intenciones.

—Déjame entonces darte mi paraguas. Puedo resguardarme en algún sitio, aún estoy seco y puedo entrar en el metro. No tardaré mucho en encontrar transporte para llegar a casa.

—No, no puedo dejarte sin paraguas.

—¿Y yo a ti sí?

—No me conoces de nada y no puedo quitarte algo que es tuyo.

—Si no me dejas acompañarte, te daré el paraguas. Si prefieres no decirme dónde vives, me quedaré donde me indiques, pero si paso de largo no dejaré de pensar en que tendría que haberte ofrecido ayuda.

—Está bien —admitió rodando los ojos—. Pero si no te es mucha molestia, debemos salir ya. Mañana tengo que trabajar y debo madrugar.

—¿En qué trabajas? —quise saber una vez ya habíamos emprendido el camino.

—Tengo un negocio con una amiga, de una herencia familiar a la que no pude negarme. Era el sueño de mi madre y vine a vivir aquí solo por eso.

—Entonces no eres de Londres, ¿verdad?

—Aitana, me llamo Aitana. Vivía en Barcelona, pero llevo aquí unos meses.

—Yo soy Noah. Controlas muy bien el inglés para no ser londinense.

—Bueno, nunca se me dio mal del todo cuando lo estudiaba en el colegio... —comentó encogiéndose de hombros—. Y tú, ¿en qué trabajas? Porque sí eres de aquí, ¿verdad?

—Mañana empiezo en un garito de la zona, espero que me vaya bien. Y sí, soy de aquí, aunque llevo varios años viviendo en Edimburgo. Trasladaron a mi padre de sede y ahora... Bueno, simplemente creo que necesitaba salir de allí por un tiempo.

—Siempre le digo a mi amiga que huir no es una opción.

—A veces es la única que ves viable —reconocí—. ¿Qué harías tú si, de repente, te enteras de que tu novio te es infiel con tu mejor amiga después de cinco años de relación?

—No lo sé. Le hubiese hecho caso a mi corazón, tal vez.

—¿Sabes cuál es el problema? Que mi corazón se rompió en mil pedazos y... No sé a qué trozo seguir. Igual me he ido en dirección al equivocado, de un trozo insensato que no mide las consecuencias de sus actos. O tal vez con el tranquilo y sosegado; no creo que lo sepa nunca.

—Nunca me han roto el corazón, pero... imagino que tiene que ser una decisión complicada, cuanto menos.

Fruncí el ceño extrañado. Aunque había mil y un motivos para llorar, el amor siempre era el causante de muchos. Tal vez fue un error mío suponer que se trataba de algo relacionado con eso, así que, tras un silencio agradable, intervine de nuevo:

—Si no es mucha la indiscreción... ¿Por qué llorabas entonces?

Escuché el suspiro de Aitana a mi lado. El hecho de compartir paraguas nos hacía estar más

cerca de lo que lo estaríamos en una situación normal, pero no estábamos incómodos. O al menos, yo no me sentía así.

—Pensabas que me había dejado mi pareja, ¿verdad? —cuestionó con una sonrisa—. Ojalá fuese así —continuó sin darme la oportunidad de contestar—. Perdí a una amiga en un accidente de tráfico. Se llamaba Valeria, pero yo le decía Ginger, por su color del pelo. Amy Winehouse tenía una canción que llevaba su nombre y mencionaba la manera de vestir tan característica que solo ella tenía. Me prometí a mí misma venir alguna vez a Londres, a dejar una de sus fotografías favoritas a los pies de su cantante favorita. ¿Sabes? Siempre que todo iba mal, encendía su aplicación y se dejaba llevar por el ritmo del soul. Decía que Amy arreglaba incluso lo que no rompía. Pero la única que se ha roto hoy he sido yo al recordar todos los momentos que habíamos vivido juntas y que se habían esfumado en una carretera de montaña. Ni siquiera me despedí de ella, nunca supo lo importante que era para mí a pesar de que se lo había demostrado cientos de veces.

»Ahora Jimena y yo somos un equipo. Tanisha ha encontrado un bufete importante en Alemania y creo que quiere emprender una nueva vida alejada de nosotras, que no dejamos de lamentarnos por la muerte de nuestra amiga. Por eso, Jimena y yo somos un equipo. Un equipo de dos, pero un equipo al fin y al cabo. Aunque nos falte la pieza central. Las tres compartíamos la misma forma de ver el mundo. No éramos tímidas, nos gustaba pintarnos los labios y salir hasta las tantas de la madrugada. Los estudios los llevábamos regular, pero no nos preocupábamos porque ninguna de nosotras quería hacer algo en concreto con su vida en aquel momento. Eso sí, seguimos siendo desconfiadas. Y mucho, además. Pero cuando nos entregamos, lo damos todo, hasta el límite —bufó haciendo una pausa para sorber por la nariz—. Nunca pensé que terminaría pisando estas calles, ni que estaría sola como una colilla, sin tener familia ni amigos con los que desconectar de todo lo que me rodea, y nunca pensé estar haciendo esto con un completo desconocido.

Volvió a suspirar, pero esta vez de alivio. Como si hubiese soltado de una vez por todas todo lo que llevaba en su interior y que reprimía por miedo. Sonreí para mí, por haber ayudado a que esa chica se abriese y se liberase de aquello que no podía dejar escapar tan fácilmente. Ahora estaría inquieta, pensando que un chico moreno de ojos castaños al igual que ella, y que acababa de conocer, tenía demasiada información.

—¿No has pensado en salir más en tus días libres?

—¿Sola? Es difícil hacer amigos si eres tan tímido como yo. Desde que murió Valeria todo ha cambiado. Si hubiese visto a alguien en mi situación, sentado en la acera y con una tromba de agua encima, estoy segura de que no lo hubiese ayudado. Hubiese pasado de largo, lamentándome por no saber cómo hacer para entablar una conversación y me costaría dormir al llegar a casa.

—Puede que te estés olvidando de lo más importante para poder entregarte a los demás.

—¿El qué?

—¿Has entregado todo de ti a ti misma?

Capítulo 6 Aitana

Lo miré con los ojos muy abiertos, sin saber muy bien qué decir. Había sido un jodido error mantener una conversación con él, aunque siempre me habían dicho que era todo más fácil cuando nos desahogábamos con desconocidos. Parecía que entonces nadie podía juzgarnos como podía hacerlo alguien a quien veíamos o con quien compartíamos nuestro día a día.

Noah seguía callado, esperando una respuesta, y yo estaba esperando lo mismo, pero de mí misma. No fui capaz de contestar; eso, o es que no sabía qué responder a su pregunta. Nunca antes me lo había planteado y una noche en Londres y con los calcetines mojados no eran el mejor lugar ni el momento para hacerlo. Continuamos el camino en silencio, él respetó mi espacio y agradecí que no ahondase en la herida para sacar tema de conversación y evitar un silencio incómodo propio de una escena en un ascensor entre vecinos.

—Ya hemos llegado —le dije cuando divisé a lo lejos la panadería de George—. Muchas gracias por haberme acompañado, pero no hacía falta.

—No hay de qué. ¿Te dejo el paraguas?

—No creo que lo use, estoy cerca de casa y no me mojaré demasiado hasta llegar a la puerta, pero gracias de nuevo. Has sido la persona más amable que me he encontrado por Londres durante estos meses —contesté con una sonrisa.

Me puse la chaqueta sobre la cabeza a modo de protección y salí corriendo hasta que crucé la esquina de la panadería, sintiendo la humedad en mis calcetines desparejados de corazones. Pisé los charcos con alegría y miré atrás cuando llegué al primer peldaño de mi casa. La silueta de Noah se iba desvaneciendo entre los chubascos que hacían un boceto sobre el cielo oscuro de Londres. Volví a mirar hacia mis pies y abrí la puerta con especial cuidado de no mojar el suelo de madera.

Dejé las llaves en el recibidor y sonreí ante la fotografía que tenía en el mueble antes de meter la ropa en la lavadora; con suerte, estaría seca para mañana si no me quedaba dormida esperando que terminase la secadora, aunque lo dudaba. Siempre me había ido a dormir tarde y hoy no iba a ser una excepción, así que después de haberme dado una ducha de agua caliente y haber cogido el pijama más calentito del armario me fui a la sala de estar para relajarme después de un día agotador.

Abrí mi tocadiscos rosa palo que me había dejado mi madre aquí como regalo y puse mi vinilo favorito antes de coger el libro que ayer dejé a medias y que quería terminar esta noche, antes de que acabase el día. El sonido de la lluvia me acompañaba y la suave luz que me servía para ver las páginas de la novela hacían el contraste perfecto junto con la gran ventana a mi espalda. Me encantaba sentarme en aquel ancho alféizar todos los días; podía pasar horas y horas acompañada de música y un buen libro.

Cerré la novela una hora más tarde, emocionada por la gran relación que mantenían las amigas de la protagonista. Puse mis ojos en blanco y me presioné el puente de la nariz después del día tan importante que había tenido hoy y el final que acababa de leer. Por fin había cumplido el sueño de mi amiga Ginger, aunque no de la manera que esperaba.

—Lo he cumplido, pelirroja, al fin lo he hecho —dije al vacío después de un largo rato—. He hecho lo que más querías, he dejado tu foto allí, en el lugar al que siempre habías querido ir. Seguramente ahora esté mojada y desplazada algunos metros, pero ¿qué más da? Donde quiera que estés, seguro que estás sonriendo por haber estado con ella.

Sonreí, pero solo escuché como respuesta la voz de John Lennon en *Yellow Submarine*. Ni siquiera había sido consciente de que había sido ese el vinilo que había elegido, pero era uno de los favoritos de mi madre y de Jimena.

You're the Monica to my Rachel **00:04**

Sonreí al enviarle aquel mensaje y volví a guardar el móvil. No esperaba respuesta a esa hora, mañana tenía clase y le gustaba irse a dormir temprano para que no le costase madrugar. Desde que dejé mis estudios un par de años atrás, me había olvidado de lo que era tener esa presión y levantarme temprano. Hoy parecía ser una de esas noches en las que el sueño parecía haberse olvidado de ti y comenzabas a divagar sobre tus sentimientos. Meditar sobre esas decisiones que parecían correctas, pero que, con el paso del tiempo, veías que carecían de todo sentido.

Mi madre siempre decía que lo único bueno que tenían las decisiones tomadas cuando éramos jóvenes era que teníamos mucho tiempo para poder remediarlas, pero ahora no veía remedio alguno a la incertidumbre que planteaba mi futuro. Volví a maldecir en voz baja por haberme venido a Londres sin meditarlo mucho y pensé en la conversación que había mantenido con Noah. ¿De verdad había entregado todo de mí a mí misma, o me había centrado en los problemas de los demás tanto que me había olvidado de los míos?

Negué con la cabeza, huyendo del pensamiento, y cerré el tocadiscos, no sin antes retirar la aguja del vinilo; no sería la primera vez que lo hacía y rezaba por no haber roto la reliquia de mi madre que probablemente sería, a su vez, de mi abuela. Apagué las luces y subí las escaleras echando una mirada a la soledad del salón. En momentos como este era cuando más echaba de menos tener la compañía de mi familia, o de Jimena.

Igual había desechado la idea de que viniese demasiado rápido. Tenía que parar de dejarme llevar por impulsos, porque la vida no era eso. La vida a veces necesitaba frenos, tiempos, momentos para conocernos a nosotros mismos y tomar así las mejores decisiones. La vida era saber aprovechar cada momento, pero siendo justo con el tiempo, acompañar a las personas que más queríamos en sus momentos complicados, comer helado en enero y escuchar *La vie en rose* en la ducha.

Puede que estuviese viviendo mal, pero, a decir verdad, era de la única manera que sabía y, por más que era consciente de que tenía que parar antes a mirar el cartel para ver a dónde iba el tren, prefería viajar sin destino fijo. Sin pensar cuáles serían las consecuencias porque, al fin y al cabo, todo tenía solución y lo que ahora parecía un gran problema, más tarde no sería más que una nimiedad, aunque me siguiera ahogando una y otra vez cada vez que algo no salía como quería.

Viajar sin destino. Eso era.

Noah

Fumar me obligaba a tener las manos congeladas si quería sujetar el cigarrillo. La lluvia cada vez era más intensa y ahora no era capaz de ver más allá de dos metros de distancia, así que caminaba con cautela; estaba seguro de que llegaría mucho más tarde de lo que me indicaba el mapa de mi teléfono, pero me daba un poco igual. En mis auriculares sonaba la voz estridente del robot, que me ordenaba que ahora tenía que girar a la derecha y yo, como un autómatas, lo hice sin dudar. Las calles estaban vacías, mientras que las ventanas de las casas tenían las luces encendidas. Podía ver la silueta de algunas parejas viendo la televisión a través de las cortinas, y otros más rezagados que aún estaban sacando cucharas de la sopera.

Sonreí al acordarme de mis padres y anoté mentalmente que debía llamarlos mañana para que supiesen que todo había ido bien y me encontraba cómodo en Londres, aunque no me había dado tiempo de nada más que de presentarme a Kate y Eddie. Llegué a casa pensando en Aitana y en sus ojos del color de la Coca-cola, en sus problemas y en la bonita historia que me había contado de sus amigas. Aún quedaban amistades que duraban para siempre, y eso me hizo recordar con cierta nostalgia que lo mío con Zac se había esfumado como lo había hecho el humo del cigarro que me acababa de terminar.

Lo tiré al suelo en cuanto llegué a la puerta de casa y entré después de haberme sacudido un poco el agua que había terminado en mis pantalones. Un crujido me alertó de que debía arreglar las bisagras cuanto antes y avancé con un abrigo de mi madre hasta el baño, donde terminé cambiándome de ropa.

Seguía pensando en la chica de azul. ¿Me había pasado haciéndole aquella pregunta? Al fin y al cabo, ¿quién era yo para decirle algo sobre sus sentimientos si ni siquiera yo tenía claros los míos? Aún quería a Christine, todo estaba demasiado reciente y había huido a Londres con la excusa de encontrarme para poder olvidarme de sus rizos rubios y sus ojos claros. Pero los sentimientos no se iban en un día y, probablemente, seguiría queriéndola por mucho tiempo, pero no de la manera que se quería a la persona con la que deseabas pasar el resto de tu vida.

Negué con la cabeza y encendí la televisión para continuar viendo cualquier serie, pero esperaba no quedarme dormido antes. Era la típica persona que tardaba mucho en elegir qué ver para luego caer rendido en el sofá con una manta abrigada a los cinco minutos. A veces, encendía mi discman para escuchar Queen; mi amigo Dylan siempre decía que estaba anclado en el siglo pasado, pero prefería estar ahí que sujeto a todo lo moderno con lo que no me sentía identificado.

—Ella es el pasado. El pasado no es mi problema. Y el futuro tampoco es una de mis preocupaciones —escuché, de repente, en la televisión, a la que, siendo sincero, no le estaba prestando demasiada atención hasta ahora.

La frase retumbó en mi cabeza como un trueno en Trafalgar Square, y comencé a pensar en Christine. La rubia tenía que estar en el pasado y el pasado, como decían, no era ya mi problema. Si ahora estaba en Londres, ¿por qué no podía dejar atrás aquello definitivamente? Pensar no iba a hacer que desapareciese, que cambiase el pasado de alguna manera, pero el futuro... El futuro sí era una de mis preocupaciones. No podía negar que me moría de miedo. Cualquiera lo haría si tuviese que irse a otro lugar a vivir completamente solo.

Aitana también tendría miedo. Pensé de nuevo en el flequillo moreno que rozaba sus pestañas, en el jersey que no combinaba con los zapatos amarillos y su ladina y dulce sonrisa. Tal vez esa combinación de sucesos de que nos encontrásemos estaba predestinada. O tal vez no. Estaba seguro de que no volvería a ver a esa chica, pero no lograba encontrar esa explicación de la que Sherlock hablaba en sus libros con tanta seguridad. Si el destino no nos iba a volver a juntar, ¿por qué había hecho que nos encontrásemos? O mejor aún, ¿por qué pensaba en ella? ¿Por qué esa chica de ojos rasgados estaba ocupando mis pensamientos hasta la madrugada? Culpé a mi metedura de pata, a mi atrevimiento, sin saber poco más que nuestros nombres, por saber por qué lloraba desesperada en la acera de Camden Town.

Recibí un mensaje de Kate que me hizo salir de mi ensimismamiento en unos segundos. Comentaba que mañana me veía temprano en el bar para firmar mi contrato y servir un par de desayunos que preparaban para clientes especiales, cambiando todos mis planes. Apuntó que mi asistencia le venía de perlas porque Eddie tenía que ir a Oxford una temporada por motivos personales y no tenía sustituto hasta dentro de un par de días. Contesté con un emoticono que

mostraba el pulgar en señal de aprobación y me fui a la cama esperando que mi estancia en Londres no fuese lo que parecía ser.

Capítulo 7 Juliet

En mi tocadiscos sonaba Lionel Richie y su *Say you, say me*. Me moría por dentro cada vez que la escuchaba, Greyson. Fue la primera canción que escuchamos juntos en aquel bar de carretera, ¿lo recuerdas? Porque yo lo hago a diario. Pediste unas *fish and chips*, que estaban tremendamente secas, y la camarera te guiñó el ojo cuando me fui al baño, dejando su número de teléfono apuntado en el ticket.

Te miré arqueando una ceja y sonreíste a la misma vez que arrugabas el papel en tus manos, haciéndolo una bola para dejarlo en la barra bajo la atenta mirada de la rubia y esbelta camarera, que nos observaba con cara de pocos amigos. No sé qué le hizo pensar que podrías devolverle la llamada si nos había visto dándonos un beso, pero yo tampoco me hubiese quedado con las ganas de intentarlo si estuviese en su lugar.

Nos subimos a tu Ford Cortina verde menta y recorrimos toda Inglaterra con él. Llevábamos las ventanillas bajadas, pero seguía oliendo a tabaco y Chanel y se escuchaba lo último de Beach Boys por toda la carretera, donde no había muchos coches a esas horas de la tarde. Me dijiste que tu plan era simplemente estar conmigo, porque sabías que algún día todo se acabaría. Yo te decía entre risas que no, que siempre estaría contigo y que tendríamos unos hijos preciosos si compartían tus ojos claros y los hoyuelos de tu sonrisa.

Ahora debo decirte que tenías razón, Greyson. Que se acabó. Dejé de oler tus camisas y me olvidé del insoportable olor del tabaco que tanto odiaba, pero que ahora moriría por tener a mi lado. Ya no sonaba Beach Boys, porque me recordaban a ti todas y cada una de sus canciones. Y dejé de usar el perfume de Chanel que tanto te gustaba. Todo me recordaba a ese viaje que hicimos, ese viaje que parecía ser eterno cuando me senté en la caliente tela de cuadros que tenías para proteger los asientos.

Solo a ti se te hubiese ocurrido hacerlo en pleno agosto, con sandalias de goma y una camiseta de tirantes blanca que te sentaba demasiado bien por increíble que pareciese. Nunca te lo confesé, pero me encantaba que me dijese que estaba muy guapa con mi combinación de colores y el pañuelo a lo Audrey Hepburn.

Y nunca te lo dije, Greyson.

Nunca te dije que cada uno de tus besos era una deuda con la verdad.

Capítulo 8 Aitana

Miré cómo Winter saludaba un día más a Ridge, que mostraba una sonrisa perfecta bajo su frondoso bigote desde el otro lado de la puerta. Yo estaba en la trastienda, pero el espejo que tenía tras el mostrador me permitía ver al anciano de ojos verdes que pasaba siempre a la misma hora, por la misma calle y que solo algunos días entraba. Me centré, segundos más tarde, en continuar ordenando las facturas que teníamos en papel. Desde que me propuse informatizar toda la contabilidad, la floristería había sido un caos y todo el almacén estaba lleno de carpetas.

Por si fuera poco todo el ajetreo, aún no tendría días libres hasta nuevo aviso. Winter tenía que ausentarse unos días porque quería visitar a su familia, que hacía tiempo que no lo hacía por haberse estado encargando de mi negocio. Siempre que me pedía algún favor se lo concedía, me sentía en deuda con ella por haber estado al cuidado de White Roses durante tanto tiempo sin esperar nada a cambio ni negarse a darme mi sitio cuando lo pidiese.

—¿Puedes cerrar tú hoy? —me interrumpió la rubia de ojos azules al entrar en la oficina, limpiándose las manos en su delantal.

—Claro. No tengo planes, pensaba hacerlo yo igualmente, aunque no me lo hubieses pedido —respondí sin mostrar demasiado interés en el asunto.

—Muchas gracias, Aitana. Prometo que no te fallaré más, ¿de acuerdo?

Sonreí inocentemente y retiré la mirada de los papeles, dejándolos a un lado.

—No me has fallado, Winter. Ni lo has hecho, ni lo estás haciendo. Entiendo que..., que tienes tu vida. Que vives aquí y, aunque no se te dé bien hacer amigos, tienes algunos, tienes familia...

Notaba cómo mi ánimo iba bajando. El volumen de mi voz lo acompañaba sin ser consciente y comencé a susurrar sin darme cuenta de que lo estaba haciendo. Acto seguido, sentí la caricia de una fría lágrima sobre mi rostro, dejando un reguero limpio y libre del escaso maquillaje que llevaba para disimular mis grandes ojeras.

—No llevas bien todo esto, ¿verdad?

—A veces pienso que sí, otras que solamente pretendo engañarme a mí misma... —Negué lentamente con la cabeza—. Creo que es algo que tenía que hacer, y no me arrepiento, pero no era lo que más me convenía.

—Sin intención de decirte lo que tienes que hacer... Creo que deberías, no sé, relativizar un poco. Párate a pensar, pero no lo hagas ahora. Cuando llegues a casa, ponte tu disco favorito, date una ducha y siéntate en el sofá. Tranquilamente y con la mente fría. Pásate por Poundland y cómprate chocolatinas para que te acompañen viendo *Friends*, y cuando hayas terminado el capítulo y hayas desconectado completamente de la realidad, entonces pones todo en una balanza. ¿Qué tenías en Barcelona que aquí no? ¿Puedes llegar a sustituirlo, aunque sea algo momentáneo?

Me encogí de hombros, sin saber muy bien qué decir.

—No sientas que estás dejando de lado tu vida en España, ni que pones a una persona para suplir lo que Jimena te da, por ejemplo. Son cosas diferentes, cosas que te aportarán algo en momentos concretos de tu vida, no es algo definitivo. Todo volverá a su cauce y su lugar cuando tú también lo hagas, pero si no estás en tu casa, tienes que hacer del nuevo sitio un hogar —asentí en completo silencio—. ¿Me prometes que lo harás?

—Te lo prometo, Winter.

—Yo prometo estar también para ti, aunque a veces mi ausencia hable más por mí de lo que me gustaría. Nunca me ha gustado abrirme a los demás, me cuesta mucho, pero lo intentaré.

—Gracias, pero... de verdad, no hace falta que cambies por mí, ni mucho menos. ¡Faltaría más! Con tus consejos me sobra, supongo que solo me hacía falta que alguien me diese un pequeño empujón. Seguro que es eso —sonreí.

—Vete a casa, ¿quieres? Yo me encargo de cerrar la floristería.

—Pero...

—No era nada, llamo ahora y pospongo lo que tenía que hacer.

—No quiero que cambies tus planes por...

—¡Aitana! No era nada importante. Si lo fuese, créeme que no me habría ofrecido para hacerlo, ¿de acuerdo?

Volví a asentir y guardé todos los documentos en una carpeta violeta, a juego con mis zapatos, para irme rápidamente antes de que mi compañera se arrepintiese de su decisión. Salí de allí, no sin antes despedirme de ella, y tomé aire en cuanto cerré la puerta tras de mí. Comprobé en mi móvil que había un Poundland a apenas media hora andando, pero estaba en dirección contraria a mi casa, por lo que preferí ir al de Camden Town; aunque estuviese algo más lejos, me pillaba de camino.

Así, también podía sanar algunas heridas que dejé abiertas y parecían no cerrarse con facilidad. Culpé a la lluvia de que me impidiese estar más tiempo allí, pero también le agradecí que así fuese; de lo contrario, no hubiese sabido cómo salir. Ni con la misma entereza ni con la misma fuerza con la que había pisado al principio, con la decisión de ir a los pies de la cantante. Anduve durante bastante tiempo, inmersa en mis pensamientos. Por suerte, esta vez no estaba lloviendo, ni parecía que fuese a llover en poco tiempo, así que disfruté. Disfruté del paseo y de las calles de Londres. Eran mis mejores amigas, pero también mis mayores enemigas al mismo tiempo.

Siempre había soñado con vivir aquí, no sé si porque mi madre de manera inconsciente me inculcó el amor por este sitio, pero tenía mi habitación llena de lienzos y pequeñas figuras del Big Ben. Por eso, me emocionó por un momento la idea de venir aquí, de empezar una nueva vida desde cero. Pero nunca imaginé que iba a ser tan difícil como estaba siendo. Recibí un mensaje de Winter que me hizo salir de mi ensimismamiento, informándome de que ya había cerrado y se iba a casa. Me limité a contestar con un emoji de una carita sonriente dándole las gracias y bloqueé el móvil al instante. No era el momento de iniciar una conversación y estaba segura de que ella también querría irse pronto. Dejé el teléfono en el bolsillo y coloqué mis auriculares con cierto cuidado en mis oídos.

La fachada de Mornington Crescent me recordó que ya estaba a apenas unos metros de mi destino, así que aceleré el paso y entré en la tienda donde todo costaba una mísera libra. Arrasé con las estanterías, pillé un par de películas que nunca había visto y una bolsa de tela para guardar todas las chokolatinas que había comprado. Salí después de sonreírle a la dependienta y valoré la idea de volver en metro al tener una parada tan cerca. Me llevé la mano al bolsillo y me alegré al escuchar el sonido de varias monedas al chocar. Tenía el dinero justo para volver a casa y me ahorraría bastante tiempo andando.

Me acerqué a la máquina expendedora de tickets, no sin antes revisar a dónde tenía que ir. El metro en Londres, con más de diez líneas, era mucho más enrevesado que el de Barcelona, que tampoco usaba mucho porque mi trabajo estaba demasiado cerca de casa. Comencé a hacer mis conjeturas para ver a dónde me tenía que subir cuando la mirada de un chico se cruzó en mi camino.

Era Noah.

Llevaba una chupa de cuero negra con un bordado detrás que simulaban unas llamas y un par de pájaros alrededor junto a un jersey de cuello alto que endurecía sus rasgos. Con una sonrisa, le entregaba un pequeño folleto a todo el que pasaba por su lado. Él aún no me había visto. O se había olvidado de la noche de lluvia en Camden. No tenía nada que me hiciese menos común al resto como para que se acordase de mí dos semanas después, así que agité la cabeza y me giré para seguir con lo mío y llegar pronto a casa.

Metí la primera moneda en la máquina, nerviosa. No sería la primera vez, ni tampoco la última, que me equivocase al elegir mi destino, perder dinero y ver que realmente tenía que pagar más sin poder recuperar lo que ya había introducido en la ranura. Al meter la mano en el bolsillo para coger la otra moneda, una mano en mi hombro me hizo girar de un brinco.

—¿Aitana? —reconocí su voz al instante.

—¡Noah! Te había visto antes, pero no he querido interrumpirte. Parecías muy concentrado entregando eso —contesté mirando sus manos.

—Como te dije, trabajo en un bar como relaciones públicas. Está a unos diez minutos de aquí, demasiado lejos, pero Kate, o sea... mi jefa, dice que es buena opción para la gente que llega a Camden a pasar la noche desde el metro.

—¡Ojalá te vaya bien y llesves a muchos clientes! Yo me voy ya a casa, se me ha hecho un poco tarde —respondí señalando la máquina expendedora de tickets—. Ha estado bien volver a verte.

—¡Espera! —exclamó cogiéndome del hombro justo cuando había vuelto—. ¿Por qué no vienes? Al bar, digo. Podríamos pasar un buen rato, es sábado y...

—Bueno..., tengo cosas que hacer —improvisé mintiendo.

—¿Un sábado? —contraatacó arqueando una ceja—. ¿Es que mañana abres tu negocio?

Me quedé en silencio, pensativa, buscando otra excusa para decirle que no es que no me apeteciese salir con él, sino que me moría de la vergüenza y de miedo por hacerlo con alguien a quien apenas conocía. La timidez que se había apoderado de mí los últimos años me había imposibilitado hacer amigos y eso era justamente lo que me frenaba a la hora de hacer una vida en Londres como la que tenía en Barcelona.

—Además, ya he pagado una libra por el viaje...

Comenzó a reírse a carcajadas y abrió su cazadora. Sacó de su bolsillo interior una cartera del mismo tono de su ropa; parecía que le gustaba el rollo de ir siempre vestido tan oscuro y rebuscó en ella hasta ofrecerme una libra completamente brillante que parecía recién sacada del banco.

—Toma, la libra de tu viaje.

—Me lo estás poniendo demasiado difícil para poner otra excusa, Noah... —admití, revolviéndome el pelo, algo nerviosa.

—¿Vienes entonces?

Me encogí de hombros y acepté con una sonrisa. ¿Qué podía salir mal? El chico no parecía mal tipo. Me había dejado su paraguas y había evitado que cayese enferma en un día de noviembre en Londres. Habían pasado quince días; de ser alguien con alguna intención de hacerme daño, lo habría visto merodeando por los alrededores de mi casa, justo en el lugar en el que le dije que nuestros caminos se separaban porque ya había llegado.

Repartió más folletos a medida que íbamos saliendo de la estación. Según me había comentado, todo aquel que fuese al garito con él en la mano, además de tener un descuento especial, indicaba que había sido gracias a él por el que habían conocido el sitio. Iban a comisión

y luchaba con un tal Jake por un aumento de sueldo, a quien había desbancado en ventas en tan solo una semana a pesar de llevar un año en el puesto.

—Realmente, Kate me contrató para ser camarero, pero me dijo que también podía dedicarme algunos días a otras cosas. Jake faltó un día y tuve que suplir su puesto, y a partir de esa noche, también me he encargado yo de hacerlo. Ayer fueron diez clientes de mi parte y tan solo tres de los suyos. Supongo que me merezco más ese aumento, ¿no? Vivir en Londres es demasiado caro, así que me vendría genial para poder seguir manteniéndome sin pedirle nada a mis padres.

—Vives solo, ¿verdad?

—Vine a buscarme, porque estaba demasiado perdido. Así que sí, vine solo y así sigo.

Cuando llegamos al local, la voz de una chica morena y delgada de labios finos, con un jersey color café y unos vaqueros estrechos, se interpuso entre nosotros justo cuando iba a contestarle.

—El aumento es tuyo —sentenció—. Hoy han venido veinte personas de tu parte, es una cantidad que no habíamos conseguido desde hacía meses. Jake ha dejado el puesto.

—Pero...

—No le gusta que lo superen en algo, es bastante competitivo. Siempre había superado a todos los contrincantes en apenas unos días, pero contigo no ha sido así. Por ahora, vas a encargarte de atraer gente, solo estarás en el *pub* cuando más lo necesite. Ten siempre el móvil operativo porque te podré llamar en cualquier momento para que cambies de puesto, ¿de acuerdo? Ahora te necesito aquí para atender a todos los que han venido por tu culpa —susurró con una sonrisa—. Eddie está agobiada con tanto adolescente hormonado. Por cierto, la próxima vez no traigas novias al trabajo, debemos ser profesionales.

Fruncí el ceño, sorprendida, y miré a Noah, esperando que diese una respuesta. A pesar de ser muy tímida en algunas ocasiones, en otras podía ser algo imbécil al intentar caer bien, y no quería estropear su trabajo ni hacer que, quien supuse era Kate, se llevase una mala impresión de él a causa de una desconocida.

—No, no. No es mi novia, Kate. Es Aitana, una... no sé, ¿amiga? —preguntó más que afirmó—. Tan solo viene a tomar algo y conocer el sitio, todo lo que pida corre a mi cuenta, ¿vale? Informaré a Eddie de ello para que no haya descuadres en la caja.

—No, pero... —quise intervenir.

—Te recuerdo que solo tienes tres libras, una la has dejado en la máquina y no has cogido la que te he ofrecido.

—Deja que Noah te invite, no lo hace nunca. Además, con tres libras... —rio—. Con tres libras poco podrás hacer aquí, muchacha. Pasadlo bien y, Noah, no desatiendas tus funciones, recuerda que sigues en el trabajo, por favor.

Noah asintió y despidió a Kate con una sonrisa, haciendo que yo la imitase. La mujer se fue con un contoneo de caderas que pasó a ser el objetivo de todo el local. Centré mis ojos en todos ellos, con cierto descaro, esperando que alguno de ellos se sintiese lo suficientemente incómodo como para retirar la mirada y saber que mirar a alguien de manera incisiva no los hacían más atractivos ni aumentaban sus ganas de ligar, sino todo lo contrario.

—Vamos, ven, te voy a enseñar una cosa que seguro te va a encantar —comentó Noah a mis espaldas, haciendo que mi cara de asco se esfumase de un plumazo.

Y así, con esa frase, comenzó una noche inolvidable.

Capítulo 9 Noah

Todos mis amigos me dijeron que era un privilegio trabajar donde lo hacía. Amábamos la música y ya habíamos intentado grabar alguna maqueta en el garaje de Niall, pero no nos había salido nada decente y ninguna discográfica se había interesado por nosotros como lo hacen en las películas. *The Hawley Arms* había sido el refugio de muchos famosos; Liam Gallagher y Pete Doherty habían compuesto canciones delante de sus rojas paredes y Wolf Alice tenía enmarcada la tapa de uno de sus discos que fue presentado en la tasca.

Había fotos de muchísimos otros cantantes. Algunos los conocía de oídas, otros estaban en mi lista de reproducción desde hacía bastante y otros, sin embargo, no tenía ni idea de quiénes eran. No me había fijado en nada de eso la primera vez que entré y es que, cuando todos se fueron después de mi primer día de prueba, investigué y me paré a leer todos los autógrafos y recortes de periódico que tenían como decoración.

—¿Sabes una cosa? Amy venía aquí. Era uno de sus locales favoritos —le comenté a Aitana señalando uno de los cuadros firmados por ella—. Dicen que pasaba horas y horas aquí dentro con una buena copa.

Supe que le gustaba la cantante en el momento que vi cómo escuchaba una lista de reproducción en su móvil cuando la conocí. Por eso me devolvió rápidamente la mirada, boquiabierta, con las cejas levantadas y una sonrisa nerviosa a causa de la sorpresa.

—¿En serio?

—Eddie la atendió un par de veces, pero no coincidieron mucho tiempo —continué asintiendo con la cabeza—. Es una pena que no hayas podido conocerla, porque estaría por aquí seguro, tocando algunos acordes inéditos para nosotros. Solo puedo asegurarte un viaje en el tiempo, al menos eso es lo que dicen todos los clientes.

—A Valeria le hubiese encantado estar aquí —susurró sin dejar de mirar a su alrededor y girando sobre sí misma—. Gracias por enseñarme este rincón. ¿Puedo quedarme aquí a tomar algo?

—Creo que está reservado, pero quédate. Ya me encargo yo de entretener a los clientes cuando vengan —contesté guiñando un ojo.

La dejé allí para continuar con mi trabajo, aunque hubiese preferido quedarme con ella, tomarme un buen cóctel de los que preparaba Eddie y sentarme a conocer un poco más lo que se escondía tras ese flequillo color canela. Mientras tanto, Kate me miraba desde la puerta del almacén con una sonrisa y de brazos cruzados; parecía saber lo que estaba pasando por mi cabeza en ese mismo instante y me regañaba con la mirada para que no dejase de cumplir con mis funciones.

Continué mi labor y serví cientos de bebidas. La gente se estaba divirtiendo, y aunque deberíamos haber cerrado hacía una hora, seguían entrando sin parar. No sabíamos qué había podido pasar hoy, pero Kate sonreía cada vez que la caja se abría y escuchaba su peculiar sonido. Nunca había tenido problemas para llevar los gastos, pero sabía que este mes tendríamos una cifra bastante alta de beneficios, y eso le gustaba a cualquiera.

Me alegraba por ella, porque no solo podía conservar así mi trabajo, sino que, además, a una amiga de mi madre le iba bien con su negocio. En el poco tiempo que llevaba aquí, se había convertido en la figura materna más próxima que podía encontrar en Londres. Se encargaba de dejarme comida en alguna fiambarrera de vez en cuando y pasaba por mi casa casi cada día porque

le pillaba cerca de su terapeuta.

—Comenzad a recoger ya y bajad las persianas, por el amor de Dios. No puede entrar nadie más, ¡os lo ruego! —exclamó Kate juntando sus manos después de unos minutos—. Tu amiga sigue ahí, con el móvil, seguro que no se ha dado cuenta de que estamos a punto de cerrar.

—Creo que se quedará conmigo hasta que nos vayamos, ¿tienes algún inconveniente, Kate?

—En absoluto. Me voy a casa —contestó, lanzándole las llaves a Eddie—. Cerrad, confío en vosotros. Eddie, mañana te quiero aquí a las doce de la mañana, ¿de acuerdo? Noah tendrá la primera parte del día libre por haber atraído clientela.

Eddie asintió con la cabeza, mirándome de soslayo y susurrando un «eres un caradura». Le devolví la mirada con una sonrisa; aunque al principio fuese un poco seca conmigo, al final habíamos conseguido hacer buenas migas, o al menos lo suficiente para que el trabajo fuese cordial. Pero no éramos amigos.

—Si no fuese porque mañana tengo que abrir yo, me iba y te dejaba las llaves. Estoy agotada, acabo de llegar de Oxford y me encuentro con que hemos tenido más clientes que cuando presentamos *Visions of a life*.

—Déjame las llaves. Luego paso por tu casa y las dejo en tu buzón. —Eddie me miró con la ceja arqueada, algo incrédula—. ¿Alguien va a tener acceso a tu buzón a esta hora? ¡Te estoy haciendo un favor para que te puedas ir ya y no tengas que recoger!

—No sé si terminaré despedida después de esto, pero... vale. Nos vemos mañana por la tarde entonces. Gracias, Noah —susurró amablemente.

Respondí sonriente, al igual que ella, y miré hacia el sillón en el que estaba sentada Aitana. Al final la reserva no había venido, así que pudo quedarse en ese rincón casi toda la noche sin ningún problema. Era un sitio acogedor, tenía una gran mesa y un amplio sofá que lo acompañaba. Normalmente estaba dirigido a un público en grupo, pero hoy la gente había preferido quedarse de pie en la terraza de la parte trasera.

—¿Me ayudas a cerrar?

—¡Lo siento! Me he quedado aquí leyendo y ni siquiera me había dado cuenta de que la gente se había ido. ¿En qué puedo ayudarte?

—Era una broma... —respondí, riendo—. No hace falta que me ayudes, tampoco tengo mucho trabajo. ¿Quieres que te acompañe a casa? Luego vendré y recogeré todo esto un poco para que mañana no despidan a Eddie.

Aitana se levantó de su sitio y echó un vistazo a su alrededor mirándome con el ceño fruncido y los brazos cruzados. Se dio una vuelta por todo el local, señalando todos y cada uno de los vasos que había en la barra. El fregadero estaba lleno, rozando el límite, y el lavavajillas emitía un sonido que indicaba que había terminado de lavar los platos.

Había servilletas tiradas por el suelo, algún trozo de comida y un hielo parecía estar derritiéndose en la puerta del almacén. Viéndolo así, solo podía extraer dos conclusiones: la primera, que la gente era demasiado sucia, y la segunda, que me había apresurado demasiado al mandar a Eddie a su casa.

—Vale, sí, necesitaría ayuda, pero no va a ser la tuya. He mandado a Eddie a casa, necesita descansar después de haberse ido a Oxford dos semanas. Me encargaré de todo, tengo la mañana libre.

—Ni hablar. ¿Te acuerdas de que tú me ayudaste cuando mis lágrimas se confundían con la lluvia? —Asentí con la cabeza—. Pues ahora me toca ayudarte a ti.

—No tienes por qué hacerlo.

—Tú tampoco tenías que haberme dado tu paraguas.

—Estamos empatados.

—Ahora sí —zanjó sonriendo.

Se fue detrás de la barra y se remangó su jersey hasta los codos para no mojarlo al comenzar a fregar los platos. Me miraba con una ceja alzada mientras yo recogía la comida del suelo con cierto recelo. Nunca me había gustado barrer esta parte del garito, pero hoy debía hacerlo por mi compañera, que era quien siempre se encargaba mientras yo limpiaba los baños.

Las horas pasaban mientras unas miradas furtivas hacían el silencio algo más cómodo de lo que parecía en un principio. Pasadas las dos de la madrugada, ya solo nos quedaba limpiar las hojas del patio trasero, comprobar la caja y hacer un recuento del inventario para dejarle una lista a Kate para que fuese a comprar la tarde siguiente.

—Oye, y..., bueno, si quieres contestar, claro. ¿Por qué crees que sigues igual de perdido? —preguntó rompiendo el hielo.

Levanté la mirada del suelo y me dirigí a ella extrañado, sin saber a qué se refería. Pocos segundos después, caí en la cuenta por la conversación que habíamos tenido antes de que Kate me dijese que había conseguido el puesto de Jake.

—Aún sigo sin saber qué trozo de corazón seguir. Pensaba que sería más fácil. Si te digo que sigo enamorado de Christine, te estaría mintiendo, porque no siento nada más por ella que no sea cariño por lo que fuimos. Al principio pensé que me costaría más, pero tal vez el desengaño amoroso ha servido para que la olvide por completo. Nada me duele.

—Te duele tu amigo.

—Zac —susurré.

—Te duele Zac.

—No esperaba que fuese a comportarse así conmigo. La amistad está sobrevalorada, te entregas al máximo, crees que todo lo que estás dando de ti es poco, pero luego te das cuenta de que no van a devolverte lo mismo. Y ahí es cuando abres los ojos y te estrellas contra una pared sin posibilidad de frenar.

—Yo también me entrego al límite... Tal vez tengamos más cosas en común de lo que podamos pensar.

—¿Tú crees? —cuestioné— ¿También te gusta el helado de vainilla con sirope de mantequilla de cacahuete en pleno invierno? ¡Me comería ahora mismo una bola gigante! —exclamé cambiando el rumbo de la conversación para no entristecer la noche. No me apetecía seguir hablando de Zac y de Christine en un momento tan bonito como podía ser este.

—¿Helado en invierno? Soy de las de chocolate con magdalenas. Si fuera llueve, mejor. Me encanta la lluvia, aunque todos me decían que la terminaría odiando al vivir aquí. ¡Lo que sí odio son los paraguas, por encima de todas las cosas!

—Por eso no llevabas el día que te conocí, ¿no?

—Nunca me verás con un paraguas. Me gusta que la lluvia caiga sobre mí, el olor a calzada mojada, pisar los charcos con mis botas de agua negras con estampado de abejas doradas.

—¿Te gusta el petricor? —me miró extrañada—. Es el nombre que recibe el olor de la lluvia cuando cae sobre algo seco. Lo que dices de la calzada, exactamente.

—Entonces sí, me gusta el petricor. También el olor a naranja. Mi abuela siempre hacía pastel de naranja cuando teníamos algo que celebrar. El último fue cuando conseguí trabajo en una cafetería cerca de casa. Nunca se me había dado bien estudiar, así que...

—A mí tampoco se me da bien estudiar. Aquí estoy —comenté, haciendo aspavientos con las manos, señalando el lugar en el que nos encontrábamos—. En mi casa hacemos pastel de chocolate blanco y frambuesas, es mi favorito y ahora también el de Harper, mi hermana

pequeña.

Aitana contestó con un silencio y una media sonrisa. Bajó la mirada al suelo y añadió poco tiempo después:

—Mi madre murió y, años más tarde, también lo hizo mi padre, con el que nunca tuve relación. No tengo hermanos.

—No tienes que contarme nada si no quieres —interrumpí.

—Quiero hacerlo. Al fin y al cabo, no puedo contárselo a nadie más. Eres uno de los pocos conocidos que tengo cerca.

—Mi madre se enamoró de un inglés. Greyson... Walker creo que se llamaba. Y pasó bastantes años aquí, desafiando a mi abuela, que era muy tradicional, y eso de que mi madre estuviese de aquí para allá con un inglés que no conocía de nada no le agradaba en absoluto, aunque ella era inglesa también. Mi madre ya estaba emparejada con Aníbal, mi padre. Según me he ido enterado luego, eran vecinos en un pueblo donde ambos iban a veranear.

»Mi padre la esperó hasta que Greyson desapareció y la presión de mi abuela surtió su efecto y Juliet, mi madre, decidió que era momento de volver a España y continuar con la vida que su madre había hecho para ella, resignada porque no quería seguir así. Ambos me tuvieron a mí para poder superar sus problemas, pero Juliet era incapaz de ver a mi padre como algo más y él huyó queriendo cumplir su sueño de ser cantante de rock. Al final no llegó a nada, solo se paseó en una caravana de mala muerte por toda Europa creyendo que llenaría estadios de fútbol.

»Los dos han muerto, mi madre me ha dejado en herencia una floristería en Westminster Bridge Road que comparto con Winter, la hija de la amiga de Greyson, que se quedó a su cuidado mientras mi madre lo intentaba con Aníbal. Valeria murió, Jimena está en Barcelona con ganas de venir a Londres y yo aquí, sin ningún amigo, contándole de nuevo a un desconocido lo que siento, y con ganas de socializar a pesar de haberme vuelto la persona más tímida.

Soltó todo casi sin respirar y suspiró cuando ya había sacado las palabras que guardaba. Me sorprendí después de todo. No juzgues a nadie por su sonrisa, no sabes el mal por el que puede estar pasando; ese era el claro ejemplo de Aitana. Nadie sabía realmente lo que sufría, lo que le atormentaba no tener a su madre, no haber sido aceptada por su padre. La pérdida de su mejor amiga y la timidez que le azotaba cada vez que quería hacer su vida.

—No soy un desconocido, soy Noah Holdem. Y juntos vamos a encontrar la luz que ahora pareces no ver.

—Gracias, Noah.

—Para eso están los amigos.

Capítulo 10 Aitana

Noah llevaba una Harley Davidson de su padre que le hacía parecer uno de esos moteros de carretera de cualquier película americana en la Ruta 66 al atravesar Oklahoma. Tardó un poco, pero al final me convenció para subir detrás de él, me dio un casco negro y aplasté mi pelo dentro hasta llegar a mi casa, que no estaba muy lejos si íbamos sobre ruedas.

Esquivaba los coches con especial soltura, a pesar de que le había dicho que no lo hiciera porque no me gustaban las motos. Giró su cabeza y gritó un «agárrate» que me hizo preguntarme si verdaderamente llegaría con vida a Bywater Street. Lo hice minutos después de que me hiciese pensar lo contrario, y, aunque no lo esperaba, maldije por dentro por haber alcanzado mi destino.

Me sentía a salvo tras su espalda, protegiéndome de cualquier mal como un niño pequeño se esconde tras las piernas de sus padres. El viento me daba en la cara, el flequillo rozaba mis pestañas y el poco pelo que quedaba a mi espalda sin aplastar por el casco volaba como lo hacían ahora mismo mis manos. Agarraba su chaqueta con fuerza e incluso llegué a preguntarme si le estaba haciendo daño, pero le resté importancia cuando, en un semáforo, paró para sonreírme y no dijo nada al respecto.

Mi corazón iba a mil por hora y mis ojos no hacían más que ver pasar miles de luces de colores de todos los comercios, casas y edificios que iluminaban la ciudad. Algunos coches con las ventanillas bajadas nos permitían escuchar lo último de los cantantes de moda que tan poco me gustaban.

Sentía su respiración agitada sobre mi pecho, el movimiento de su brazo a la par que movía el manillar y su pierna agitarse cada vez que nos parábamos a causa de un pequeño atasco. No se lo dije, pero lo hubiese invitado a casa si no fuese por mi timidez, por mi miedo a que algo saliese mal y todo se estropease. Y tampoco se lo dije, pero me hubiese quedado en cualquier parque hasta las tantas, contándole mi vida y escuchando cómo había sido la suya.

Me hubiese gustado que esa misma noche viera mi tocadiscos y enseñarle mis vinilos favoritos porque seguro que encontraríamos alguno que le gustase tanto como a mí. Aunque solo nos habíamos visto un par de veces, la conversación fluía y el tiempo junto a él pasaba tan rápido que ni siquiera me daba cuenta.

—Ya hemos llegado —afirmó dejándome en el mismo lugar en el que hacía días nos habíamos despedido.

—Vivo en Bywater Street. Si sigues un poco...

—Seguro que no me equivoco si digo que vives en la casa celeste, ¿no? —interrumpió con una sonrisa en cuanto avanzamos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté extrañada, con el ceño fruncido.

—Es tu color favorito.

Me quedé pensativa, guardando silencio y repasando mentalmente las conversaciones que habíamos tenido, tanto el día que nos conocimos bajo la lluvia como la intensa charla después de que The Hawley Arms se quedase vacío, pero no se lo había confesado. En ningún momento había dicho que el color azul fuese mi favorito, aunque lo era.

—Aitana, tu pulsera, tu diadema y tu bolso son del mismo color. —Quise interrumpir, pero prosiguió—. Y, bueno, el día que te conocí llevabas un abrigo azul y unos pantalones a juego. Me gusta fijarme en los detalles, lo hago por inercia y desde pequeño; soy una persona observadora y no se me suele escapar nada. El día que te presté el paraguas escuchabas a Amy

Winehouse y los zapatos que llevas hoy puestos son violetas —afirmó sin ni siquiera mirarlos de nuevo.

Me quedé boquiabierta; yo siempre había sido un desastre para todas esas cosas. Siempre se me olvidaba contestar los mensajes, acudir a las citas porque pensaba que era otro día o comprar la cartulina blanca para llevar al colegio. Me encantaba el ambientador de algodón porque era el que mejor disipaba el olor a quemado del horno cada vez que hacía galletas y siempre tenía que ver las series de seguido porque si no se me olvidaba el argumento.

—Soy una despistada y no me fijo nunca en ningún detalle. Ni siquiera me acordaba de que llevaba el abrigo azul cuando nos conocimos. Pero sí, es mi color favorito, y lo es porque también era el de mi abuela Elizabeth, que era la dueña de la casa.

—Tienes suerte de que compartáis el mismo color favorito entonces. Sería un fastidio vivir en una casa de un color que no te guste, ¿no? —bromeó—. Bueno, y de que te haya dejado esta casa, claro.

—En realidad, se la dejó a mi madre. Tal vez ella tampoco creía en la maldición de los Brown y por eso confió en que ella la disfrutaría cuando volviese de España.... Te lo contaré, prometido —me adelanté, en vista de que quería saber a qué me refería.

—Bueno, pues... Otro día nos vemos, ¿no? —preguntó—. Al menos me darás tu teléfono para que estemos en contacto, supongo. No quiero quedarme con las ganas de saber sobre esa supuesta maldición.

Sonreí e introduje mi mano en el bolso, donde siempre tenía una libreta con un bolígrafo colgando de las anillas. Anoté mi teléfono en una hoja y se la di, esperando su reacción al ver el número.

—Pero...

—Es un teléfono fijo.

—Pero... —repitió—. ¿No tienes móvil? ¿WhatsApp? ¿Alguna red social? Yo también soy de los que está anclado en el siglo pasado, pero he de reconocer que el móvil facilita mucho las cosas.

Arqueé una ceja antes de estallar en una carcajada. Nunca había sido muy amiga de las nuevas tecnologías, pero al final había caído en las redes de la mensajería instantánea, al igual que él. No podía negar que era muy útil y siempre encontraba a mis amigas antes con un mensaje de texto que con una llamada.

—Sí tengo móvil, pero me gustaría que mantuviésemos el contacto por aquí primero.

—No confías en mí, ¿verdad? —cuestionó con una sonrisa ladina que me hizo sentir escalofríos por la espalda—. Yo tampoco lo haría.

—Prefiero pensar que quiero conservar la magia de los noventa antes que eso —esquivé, con su mismo tono chulesco.

—Pues... te llamaré entonces. Espero que no estés usando internet, que mis padres decían que era una odisea hablar por fijo cuando se querían conectar a cualquier chat en línea —volvió a bromear.

—No te preocupes. Estaré viendo *Friends*.

—Yo soy más de *Peaky Blinders*.

Sonreí y susurré un «dicen que está bien» antes de girar sobre mis talones y subir los escalones de casa. Me despedí de Noah levantando la mano y él me respondió lanzando un beso al aire como gesto jocoso. Abrí la puerta y me tumbé en el sofá de mi abuela que tanto me gustaba, tapizado en un estampado de tonos azules con rosas blancas y encendía la televisión.

No había hecho más que sentarme cuando el sonido característico del teléfono que tenía en

la mesilla, justo debajo de las escaleras, comenzó a sonar. A pesar de que mi madre había muerto hacía años, aún conservaba la esperanza de que fuera su voz la que escuchase al otro lado y eso me hacía temblar. Pausé la serie y me levanté hasta llegar al teléfono rápido, con la intención de que no colgase quien estuviese al otro lado de la línea.

A veces me llamaban comerciales de compañías telefónicas para ofrecerme una buena tarifa, otras, tan solo era Jimena, que prefería hablar por ahí porque tenía llamadas ilimitadas y, muy rara vez, era Sophie preguntando por Nemo.

—¿Cuál es tu escena favorita de *Friends*?

La voz ronca de Noah sonaba al otro lado el teléfono. Resopló justo después de hacerme la pregunta, lo que me hizo pensar que estaría fumándose un cigarrillo, como de costumbre; su olor era inconfundible.

—Cuando Monica entra en escena con un pavo desplumado y con gafas amarillas en la cabeza —rei—. No esperaba tu llamada tan pronto. ¿Querías comprobar que había llegado bien a casa? —bromeé.

—¿Sabes una cosa, Aitana? No me creo que nunca te hayan roto el corazón.

El rumbo de la conversación había cambiado en cuestión de segundos. Fruncí el ceño y separé el auricular de la cara, mirándolo extrañada y sin saber muy bien qué decir. Pasados unos segundos, volví a colocármelo en la oreja, algo desconcertada.

—¿Cómo?

—Lo que he dicho, que no me creo que nunca te hayan roto el corazón —repitió—. Eres sensible, tan solo hay que observarte; te entregas, y lo haces de verdad, dando todo de ti sin esperar nada a cambio, como hice yo con Zac. Y no, no digo que la muerte de tus padres o de... Valeria no te lo hayan roto. Que te lo hayan roto por amor, en mil pedazos, en tantos que no sepas a cuál seguir para continuar el camino correcto, así, como a mí.

—No me conoces como para...

—No hace falta —interrumpió—. No hace falta saber mucho más de ti, porque te conozco a través de lo que cuentas, de lo que te ocurre, de tu alrededor. Tal vez me estoy tomando demasiada confianza en esta conversación, no lo niego, pero, de una manera u otra, tenía que romper el hielo, y no estaba dispuesto a esperar mucho más.

—Nunca me han roto el corazón por amor, Noah, la que se lo ha roto a sí misma he sido yo. No tengo que culpar a nadie de mi fractura, porque solo yo soy la culpable de lo que pasó entre Gael y yo. Era consciente de las consecuencias y aun así me puse una venda para dejarlo pasar.

—¿Gael?

—La primera vez que miré a Gael a los ojos supe que me iba a joder la vida... —pausé—. Recuerdo que parpadeé un par de veces, volví a mirarle a los ojos y pensé: «A la mierda, que me destroce por completo». En ese momento me dejé llevar por un impulso, porque antes de que muriese Valeria lo hacía. Me dejaba llevar, no medía las consecuencias; llegaba a casa, me pintaba los labios con el labial morado que tanto me gustaba, daba un beso al aire mirándome al espejo y decía: «ya lo solucionaremos», como si la Aitana del futuro supiese de qué forma podía encontrar solución a todo lo que hacía.

—Siento si...

—No, no lo sientas. Tenía que contarlo en algún momento, supongo. Aunque no esperaba que fuese a ti, ni de esta forma. Para eso están los amigos, ¿no? Para contar cosas, desvelar secretos, apoyarse...

—Supongo que...

—Hablamos otro día, ¿vale?

Colgué el teléfono sin darle más explicaciones y me acerqué hasta el sofá para coger el mando de la televisión y apagarla. Miré las escaleras, dudando si irme ya a la cama o quedarme un rato más en el salón; aún era temprano y me costaría bastante conciliar el sueño. Sin embargo, y tras unos segundos de indecisión, subí el primer peldaño para ir a mi habitación.

La cama aún estaba sin hacer, pero no me importó tumbarme dejando caer mi peso hacia atrás. Desbloquéé mi móvil y puse varias canciones de fondo que ni siquiera elegí y miré el techo durante unos minutos. Pensé en todo, y también en lo que me había dicho Noah. Me entregaba, siempre terminaba dando todo por los demás, pero nadie daba lo mismo por mí. Por eso había momentos en los que explotaba, en los que sentía que me derrumbaba, que era demasiado pequeña para afrontar la situación.

Pero, por otro lado, me encontraba completamente sola. ¿Quién entonces se iba a dar cuenta ya de todo lo que podía llegar a entregarme a otra persona? Nadie podía venir a abrazarme, a acariciarme el pelo para decirme que todo iba a ir bien. Nadie podría decirme que iba a estar ahí como lo había estado yo para otros.

Estaba sola.

Y tenía que lidiar con ello.

Capítulo 11 Juliet

En mi tocadiscos sonaba Fergie y su *Big girls don't cry* y algo en mi interior me decía que mi viaje iba a acabar pronto. Que sería una de las últimas veces que escucharía el disco de Fergie que tanto amé cuando lo encontré en una tienda de segunda mano.

Siempre que la escuchaba pensaba que, quizá, no había hecho bien. Porque lloré cuando te fuiste. Y las chicas grandes no lloran. Y tal vez fue por esa despedida que nunca tuvimos. Me quedé sola, mirando cómo la gente seguía cruzando la carretera al otro lado de la cristalera de White Roses.

Me dejaste tu ejemplar firmado de Dickens, tu olor a tabaco y la libreta estropeada que siempre llevabas contigo para apuntar todo lo que se te pasaba por la cabeza. Soñabas con ser poeta, y no sé si alguna vez lo conseguiste, porque nuestros ojos dejaron de mirarse. Dejaron de sentirse. Dejaron de ser los que habían sido antes de que se rompieran por las lágrimas.

Te busqué por Londres cientos de veces. Y le pregunté a todos tus amigos dónde podrías haberte metido, pero nadie tenía ni la más remota idea. Pensé en ponerlo en conocimiento de la policía, pero ninguno de los agentes de comisaría me hizo caso. «Ya aparecerá», «quizá tenía una amante». Incluso me quisieron culpar de tu desaparición, cuando yo era la única que quería encontrarte en esos momentos. Necesitaba volver a abrazarte, sentir tu olor y acurrucarme en las camisas lisas y blancas que te hacía tu madre con el lino que compraba importado de África.

Joder, Greyson, nunca volviste. Y ahora estoy al borde de la muerte sin haber visto los hoyuelos de tu sonrisa por última vez. Y lo intenté. Porque viajé a Londres siempre que pude y lidiando con una madre que prefería mil veces verme triste en Barcelona que feliz en un país desconocido para mí, que no para ella.

Pero soy la que rompe los esquemas y se sale del tiesto, como siempre. La chica rebelde que siempre fui cuando decidí irme a Londres con Regina. Mi madre decía que en el barrio todos hablaban de mí, pero me dio igual. Yo había salido de la jaula en la que todas las mujeres parecían estar metidas. Nacer, crecer, casarse, reproducirse y morir. Y no quería hacer eso; quería nacer, crecer, sentirme viva, viajar, conocer otras culturas, comer pollo al curry, bailar, conocer la música de Daisy and The Six en directo, la seda de China y, por qué no, la jodida droga de Estados Unidos.

Lo cumplí, pero me quedó algo en el tintero: vivir con amor. Con ese amor puro que solo es capaz de darte una persona que te conoce mejor que tú. Confiaba en ti, Greyson. ¿Sabes lo que es confiar? Darte todas las armas. Darte las armas suficientes para destruirme y saber, por encima de todo, que nunca lo vas a hacer.

Ahora me encontraba sola, en la gigantesca cama de la casa azul que heredé de mi madre. Por la ventana veía al panadero y un autobús rojo de dos plantas con una señora al estilo Mary Poppins corriendo detrás. Así que puse el tocadiscos y me dejé llevar. Por todas esas canciones que contenía el disco sin pensar muy bien cuáles eran ni quiénes las habían compuesto. Me dejaba llevar por la melodía, porque era la única capaz de hacerme olvidar el dolor que sentía al no tenerte, al haber pasado mi vida con un cantante de rock frustrado recorriendo pueblos y no con el verdadero amor que

soñaba con escribir como Bécquer.

Ahora sonaba *Stand by me*.

Y como dice la canción, también podrías haberte quedado a pesar de los obstáculos, pero nunca te juzgaré por algo que no hiciste, sino que me preocuparé en cualquier sitio en el que la muerte me deje por conocer tus motivos.

Capítulo 12 Noah

No. No tendría que haber preguntado nada, y cuantas más vueltas le daba al asunto, más convencido estaba de ello. Ni siquiera llamarle a esa hora para decirle aquella estupidez. Maldije para mí y tiré el móvil al sofá antes de irme a la cocina, desesperado por tomar un poco el ligero fresco de aquella noche cerrada y recordando de nuevo la conversación. Cogí la cajetilla de tabaco del bolsillo interior de mi chaqueta y me llevé el cigarro a los labios de mala gana.

No solía entrometerme en la vida de los demás, pero estaba completamente seguro de que Aitana era una de esas personas que necesitaban hablar, pero no lo sabía. De las que tenía que decir en voz alta lo que les rondaba la cabeza para sentirse un poco más libres. Quería ayudarla. Saber por qué había dejado de pintarse los labios de morado y había pasado a escuchar a su cantante favorita con nostalgia en vez de con alegría.

Aunque no fuese nadie para saber qué necesitaban los demás.

Pensé en buscarla en alguna red social, pero recordé que solo sabía su nombre. Ni su primer apellido ni el segundo que solían utilizar los españoles. No tenía ningún dato de ella para encontrarla entre todas las personas que se movían por internet, así que ni lo intenté. Demasiada intromisión por el día de hoy.

Respiré profundamente y asumí que no tenía nada que hacer. Ni nadie a quien contarle cómo me sentía para que me diera un buen consejo. Mis padres siempre me habían apoyado, pero había ciertas cosas que prefería confiar a un amigo, o a cualquier otra persona diferente que no fuese quien me había dado la vida. Ahora no necesitaba la compresión incondicional de mi madre, ni tampoco el intento de mi padre por parecer un adolescente al utilizar cuatro palabras de su época que ya no estaban de moda.

Necesitaba a alguien como yo. Alguien perdido. Un adolescente sin saber muy bien cómo actuar después de que le hubiesen roto el corazón. Alguien como Aitana. Aunque no fuese más que una desconocida con la que podría haber tenido una relación de amistad que parecía haberse ido al garete. Le di la última calada al cigarrillo y lo aplasté contra el fregadero, donde aún quedaba un poco de agua que me aseguraba que quedaba completamente apagado antes de cambiarme e irme a la cama.

Hoy no tendría mi dosis de series hasta altas horas de la madrugada. Ni tampoco iba ponerme a ver cientos de fotografías de la gente que seguía en redes. Ni a escuchar uno de los éxitos de Queen.

Hoy me iba a dormir.

Capítulo 13 Aitana

El sonido de unos nudillos sobre la puerta de la entrada hizo que abriese los ojos de repente aquella mañana. Me desesperé como pude y miré a través del ventanal de mi habitación si podía ver de quién se trataba antes de abrir, pero solo veía unas pequeñas botas rojas y unas medias verdes que no combinaban en absoluto. Fruncí el ceño y me froté los ojos con tranquilidad para bajar por las escaleras; no sería la primera vez que terminase en la primera planta sin poner el pie en ningún peldaño.

—¿Hay alguien? —escuché de una voz bastante aguda al otro lado de la puerta—. Soy Bernadette, aunque todo el mundo me dice Dette.

Extrañada, y sin saber muy bien si abrir o no la puerta, me acerqué hasta la mirilla para verle la cara. Era una chica no mucho mayor que yo, con un conjunto llamativo y colorido que me hizo soltar una risilla de la que estoy segura se enteró. Tenía los ojos rasgados, el rostro completamente lleno de pecas y unos hilos pelirrojos le acariciaban los pómulos.

—¡Buenos días... ¿Aitana?! Eh... Perdona, lo he leído en tu buzón —exclamó con el mismo timbre y mucho entusiasmo—. Soy Bernadette, aunque puedes llamarme Dette, como casi todo el mundo de Arizona. De hecho, casi nadie me conoce por mi nombre de pila, a decir verdad —repitió como si fuese una máquina automática con un discurso más que aprendido justo antes de que abriese la puerta un tanto asombrada.

La miré de arriba abajo con una sonrisa, aguantando las ganas de hacerle cientos de preguntas. Era la primera vez que un vecino se presentaba en mi casa de una manera tan alegre. Que yo supiese, al lado solo vivía un hombre mayor y malhumorado que nunca salía de casa y una señora soltera con su gato, Nemo, poco sociable. Ella no, claro, sino el gato.

—Disculpa... Me acabo de despertar, lo confieso. No sé muy bien qué decir en estos momentos. Eh... ¿¡Bienvenida a Bywater Street!? ¿Qué ha sido del señor que vivía ahí? —pregunté, desconcertada, cuando vi cajas de mudanza en la puerta y una furgoneta blanca.

—Ha decidido internarse en una residencia de manera voluntaria. Dice que así no les dará quehaceres a sus hijos y ya está muy mayor para mantenerse solo. Puso la casa en venta y, aunque yo estaba mirando vivienda cerca del rancho de mis padres, era una gran oferta. Sé que es un poco arriesgado, pero...

—Yo también estoy aquí casi por casualidad, así que puedo entenderte mejor que nadie. Por cierto, no me he presentado. Me llamo Aitana Martí, soy de Barcelona, una ciudad de España.

—¡Siempre he querido visitar España! Supongo que ahora que estoy más cerca, pasaré por el norte en alguna ocasión. No has desayunado, ¿verdad? —reí mientras miraba mi pijama, intentando responderle con el simple gesto—. Pues he hecho un pastel de manzana buenísimo, paso a por él y desayunamos juntas, ¿te parece?

No la conocía de nada, pero la tal Dette me transmitía buenas vibras y quién sabe, tal vez podría convertirse en ese pequeño empujoncito que necesitaba en Londres. Por un momento, me recordó a la primera conversación que mantuve con Jimena. El intercambio de casos con Valeria. O la clase de biología en la que Tanisha me pasó los deberes ya hechos porque se me había olvidado hacerlos.

Hacer amigos siendo adultos era complicado. O quizás habíamos sido nosotros los que lo habíamos hecho así. Quizá eso explicaría por qué de niños conseguimos hacer amigos tan rápido. Aunque no tengamos en cuenta que ser amigos es mucho más que jugar y ahí, solo ahí, es

cuando eres consciente de que no todo el mundo sabe estar a tu lado cuando lo necesitas. Y no es estar en lo bueno y en lo malo. Tampoco en lo malo, que todo el mundo comenta que es cuando nadie está. Yo siempre he creído que es al revés. Estar al lado de alguien en un momento malo es fácil. Porque consolar lo es. Lo que no es fácil es estar en las buenas y alegrarte sin envidia. Sin la intención de querer pisarte para conseguir lo mismo. O hundirte para que no te vuelva a salir bien.

No sabía si Dette iba a ser esa amiga que se alegrase de mis logros, pero podría intentarlo. Podría recuperar la ilusión que la pérdida de mis seres queridos me había provocado. Pero tampoco quería hacerme ilusiones; mi abuela siempre decía que, a veces, podrían ser traicioneras. Así que cerré la puerta mientras veía cómo Dette se iba a su casa y subí las escaleras para adecentarme. Me decanté por un perfume que había dejado mi madre y un jersey amarillo con una patita Daisy en el pecho que había comprado en un mercadillo no muy lejos de mi casa.

—¡Eh, abre, que soy yo! —escuché al otro lado de la puerta mientras aún no había ni siquiera colocado los platos en la mesa.

Aún era pronto para decirle que la puerta trasera de la cocina siempre se quedaba abierta, por lo que obedecí con una sonrisa y abrí para dejar entrar a la chica con trenzas pelirrojas que había al otro lado. Sujetaba un gran pastel de manzana entre sus manos y cubierto con una mermelada de fresa que hacía rugir mi estómago, que se había ido a dormir sin probar bocado.

—¿Vives sola? —preguntó justo al entrar y mirar hacia el salón—. Yo también. Quería independizarme de una vez por todas. Quiero decir, adoro a mis padres, pero... Ahora están enfadados. Supongo que es difícil asumir que tu hija se ha ido a vivir a Londres, tan lejos y...

—¿Te has venido desde Arizona hasta Londres solamente porque has encontrado una casa que te gustaba? Pensaba que era una broma —la interrumpí en cuanto pude. En los pocos minutos que llevaba en casa, me había dado cuenta de que era una chica muy habladora.

—Así es. Bueno, después de meditarlo, por supuesto. Ahora creo que ha sido una buena decisión. La distancia nos ha venido bien a todos. Ahora puedo ser yo. ¿Tú por qué estás aquí?

—Toda la familia de mi madre es británica, pero decidieron mudarse a España por cuestiones de trabajo. Mi madre, que nació en Barcelona, vino de visita antes de casarse y abrió una floristería —comenté omitiendo ciertos detalles clave para comprender la historia—. Antes de morir, se encargó de hacerme saber que quería que continuara con el negocio, así que vine hasta aquí y comencé mano a mano con Winter, una compañera.

Nos quedamos durante gran parte de la mañana conociéndonos y haciéndonos partícipes de cosas que seguramente otros no podrían entender. Desde aquella noche con Noah, había comprendido que lo mejor para soltar lo que teníamos dentro era tener al lado un desconocido que nos escuchase con atención y no nos juzgase. Y allí estaba Dette, con el codo encima de la mesa y la cabeza apoyada en su mano derecha, parpadeando lentamente y con un brillo especial en los ojos.

La hice cómplice de lo que necesité, igual que ella me hizo cómplice a mí de ciertos temas de su vida que parecía no haber confesado a nadie. Sentí por un momento que estaba traicionando a Jimena, porque contaba con otra persona que acababa de conocer antes que con la amiga que siempre había estado a mi lado, pero no era el momento de estar con ella. La amistad también implicaba saber irse cuando la otra persona lo pedía en silencio, y ahora yo no era capaz de darle a Jimena el ánimo que necesitaba porque estaba igual de hundida que ella.

Quizá dos personas ahogadas en un pozo pueden intentar reflotar, pero por más que lo habíamos intentado, no habíamos podido. Lo mejor era que cada una se tomase el tiempo suficiente para curar sus heridas y una vez estuviesen curadas, poder compartir todo el proceso

que habíamos vivido para superarlo.

—Ha sido muy agradable la charla que hemos tenido Aitana —mencionó con un acento americano que me encantó—. Espero que nos veamos pronto. ¿Tienes planes para mañana? Podemos salir y así me enseñas la ciudad.

—Tengo que atender la floristería durante varios días seguidos —dije con desgana, recordando que debería salir pronto si no quería llegar tarde—. Debería irme dentro de una media hora; no tenemos ningún cuadrante con turnos, así que no sé con seguridad cuándo estoy libre. Si me das tu teléfono, puedo avistarte cuando cierre temprano o Winter vuelva.

—¡Claro!

Me dejó apuntado su teléfono en una libreta que tenía al lado del perchero y se despidió de mí sonriente. En cuanto cerró la puerta, subí las escaleras a toda prisa para coger el bolso y cambiarme de jersey y me fui directa a abrir el negocio que tenía desatendido desde hacía unos días. Saludé a Ridge en cuanto estuve a escasos metros de White Flowers y ordené a nuestros proveedores los pedidos que Winter me había dejado pendientes.

Sonreí al ver una nota encima del mostrador y comencé a preparar todos los encargos que debían estar listos para el día de hoy: dos ramos de novia, una corona para un funeral y un conjunto de rosas para la reconciliación de una pareja que estaba en plena crisis a juzgar por la nota que teníamos que escribir. Inmersa en mi trabajo, me acordé de la conversación con Noah de hacía un par de días y sonreí de manera inmediata.

Aún no habíamos vuelto a hablar, y aunque tampoco nos conocíamos de mucho, me apetecía hablar con él. Hablarle realmente de lo ocurrido con Gael hace unos años. De lo pizpireta que fui y lo rápido que me apagué después de la muerte que aún no había aprendido a normalizar. Abrí el portátil que Winter tenía para llevar la contabilidad de la floristería y navegué hasta llegar a Camden Town. Sabía llegar a la perfección al garito de Noah, pero no me sabía el nombre como para saber a qué distancia me encontraba.

Lo encontré poco tiempo después junto a un artículo de Amy y unos cantantes londinenses que no conocía muy bien asegurando que era el mejor lugar para tomarse unas copas. Sonreí al ser consciente de nuevo de que había estado en el mismo lugar que mi cantante favorita y me apunté el nombre de la calle en la palma de la mano para ir en cuanto pasasen a recoger los encargos que me quedaba por terminar.

Seguí trabajando, escuchando la radio que tenía de fondo, y entré en el almacén después de cerrar la puerta con llave para seguir con mi cometido. Terminé tan solo un par de horas después, cuando justamente escuché el timbre que indicaba que alguien quería entrar en la tienda. Era una chica rubia y muy alta que se iba a casar en un par de días y venía a por su ramo de claveles y rosas azules. Un poco excéntrico, pero original. Sonreí al dárselo y abandoné el local tras ella para dirigirme a ver a Noah.

El camino se me hizo largo, pero creo que era debido a las ganas que tenía de llegar y no a la distancia que nos separaba, que tampoco era mucha teniendo en cuenta que la ciudad se unía con un complejo sistema de metro que te hacía llegar de una esquina a otra en cuestión de minutos. Pensé si dejarme llevar por el momento o ensayar qué decir antes de verle: «Hola, Noah, fuiste un capullo, pero tampoco ha sido para tanto, te perdono». No, eso no... «Hola, Noah, ¿qué tal? No hemos vuelto a hablar, ¿va todo bien?». Eso... ¿tampoco?

Negué con la cabeza y decidí improvisar, así que no le di más vueltas hasta que levanté la mirada para toparme con el cartel que anunciaba que había llegado. Entré y busqué con la mirada su pelo enmarañado, pero solo encontré la sonrisa de Eddie. Estaba lavando un vaso de una manera bastante ágil con una mano, mientras con la otra los iba apilando al lado de un

lavavajillas antiguo.

—¿Buscas a Noah? —Asentí con la cabeza—. Está en la trastienda, la puerta roja. Entra, Kate no está hoy por aquí.

Hice caso a sus indicaciones y me dirigí hasta la puerta que me había señalado. La abrí con cuidado de no darle en caso de que estuviese cerca y ojeé sin mucho éxito todos los rincones.

—¿A quién buscas? —La voz cavernosa de Noah era muy reconocible—. Estaba en el baño.

Me giré con una sonrisa para encontrarme con un chico que llevaría trabajando bastantes horas a juzgar por su aspecto y sus pronunciadas ojeras. Tenía la frente manchada de sudor y restos de polvo en la cara. Los pantalones marcaban la señal de sus dedos al haberse limpiado en ellos en más de una ocasión, y la camiseta blanca se había tornado en un ligero grisáceo que me hizo reír sin poder casi evitarlo. Supuse que con ese atuendo no le tocaría atender a ningún cliente o, de lo contrario, se hubiesen espantado por su presencia.

—Quería decirte que... Bueno... Aquella conversación por teléfono, ¿recuerdas? Que... no fue para tanto, entiendo que te interesases por mí en cierta manera. No sé, igual yo hubiese actuado igual que tú, ¿sabes? Es un poco difícil actuar de la manera que los demás esperan que hagas, porque cada uno ve bien una forma diferente de ver las cosas. Y bueno, la verdad es que echo un poco de menos saber que puedes estar ahí a pesar de que no hemos tenido mucho contacto. La soledad me ha enseñado a valorar más y mejor la compañía de los demás, aunque sea efímera. Deberíamos dejar esa tontería a un lado.

—Lo siento mucho, Aitana. Lo siento, porque fui un gilipollas y lo sé. No era el momento de preguntar, ni tampoco la pregunta más adecuada. Debería haberme esperado a que me lo contaras, si es que lo ibas a hacer en algún momento, pero no pude aguantarme y...

—No te disculpes, no importa, de verdad. ¿Te espero y damos un paseo por Londres? Tengo toda la tarde libre.

—Voy a llevarte a un sitio que te va a encantar —claudicó señalando mi jersey con la R de Ron Weasley—. Espérame unos minutos.

Capítulo 14 Noah

Terminé de fregar un par de vasos de los clientes de la terraza y recibí al chico que traía la nueva gramola que había comprado Kate en una subasta de Manchester hacía un par de semanas. Ahora, los que quisieran disfrutar de alguna canción en especial, podrían hacerlo si tenían un par de libras en el bolsillo. Yo ya lo había estrenado con uno de los últimos discos de Queen y había sido una experiencia muy vintage y ochentera, así que estaba seguro de que sería un jodido éxito.

En cuanto terminé, repasé mentalmente el plan que había preparado en unos minutos con Aitana. Todo fan de Harry Potter que hubiese estado en Londres tendría que haber visitado King's Cross, la estación de tren donde estaba el andén nueve y tres cuartos que te llevaba a Hogwarts, y la tienda de recuerdos más famosa de la saga.

—Vamos a King's Cross —sentenció una vez salí del garito y haberme cambiado en el almacén—. Está a unos veinticinco minutos andando.

—¿Acaso tienes que recoger a alguien de allí o...

—¿Desde cuándo eres fan de Harry Potter? —pregunté extrañado y con una sonrisa.

—Hará un mes, más o menos, que empecé a leer los libros, ahora estoy con el tercero, justo cuando Harry va hasta el Caldero Chorreante en el autobús noctámbulo y termina haciéndose pasar por Neville algo desesperado... —comentó emocionada, sin dejar de mirar su jersey ni tan solo un momento.

—En cualquier caso, no estás muy al día del turismo que los fans pueden hacer por aquí. Desde Lambeth Bridge, justamente donde el autobús noctámbulo se estrecha para pasar, hasta King's Cross. En la estación hay una tienda oficial de Harry Potter y la mitad de un carrito pegado a una de las paredes del andén imaginario. Todos los amantes de Potter han visitado la estación alguna vez, más aún cuando se acerca septiembre. El primer día del mes ponen en la pantalla el expreso a Hogwarts como si fuese un destino real más.

»Por cierto, te queda muy bien el jersey. Eres toda una Weasley.

—Gracias... —contestó al cumplido—. No tenía ni idea de que podíamos ir a todos esos sitios. Aunque, claro, sabiendo que las novelas transcurren en Londres... ¿Habías ido alguna vez? A King's Cross, me refiero.

—Fui hace mucho tiempo, cuando era pequeño. A mi madre siempre le ha gustado leer y conocimos la saga prácticamente juntos. Luego volvimos cuando Harper se hizo fan Hermione Granger.

Aitana asintió con la cabeza y giró sobre sus talones después de haber puesto la dirección en su móvil y salir hacia la estación. Por el camino, hablamos de lo que había pasado entre nosotros desde la primera vez que le presté el paraguas hasta nuestra tarde en Hawley Arms. Le quitó importancia a nuestro desencuentro telefónico y me dijo que tenía que sustituir la última conversación con una bonita porque el teléfono de rueda verde menta le traía malos recuerdos.

Me comentó algo más acerca de Gael, y yo hice lo mismo con Christine. Nos desahogamos todo lo que pudimos y me confesó algunos de sus miedos, aunque admitió que no eran todos. Hablamos de nuestros lugares favoritos. De lo bonito que sería recorrerlos juntos algún día y de Jimena y Zac. Yo no pude apartar la mirada de sus ojos marrones. La escuchaba con atención y, a su vez, no me enteraba de nada porque no podía sino estar concentrado en su sonrisa. En su jersey de lana y en cómo el pelo se le metía dentro del cuello poco a poco. En sus labios tiritando de frío y su pecho hinchándose de emoción cuando contaba algo que la hacía feliz.

Quizás por eso el trayecto se hizo demasiado corto y en unos minutos estábamos entrando en la estación bajo la atenta mirada de Aitana y el objetivo de la cámara de su iPhone, enfocando la fachada. Entramos entre turistas y londinenses llegando de sus trabajos, recorrimos los andenes y esperó la inmensa cola para hacerse la famosa fotografía con la bufanda de Hufflepuff.

Después entramos en la tienda de recuerdos para comprar un ejemplar del primer libro de la saga en una réplica de su edición original inglesa y la varita de Ginny Weasley, uno de sus personajes favoritos junto a Myrtle la llorona, Draco y Neville. Decía que Hermione, Harry y Cedric Diggory gustaban a todos y ella era de gustos más extraños, como la profesora Trelawney.

—Eh... —balbuceó—, ¿te apetece... venir a casa y pedimos unas pizzas? —preguntó atropelladamente mirando las cervezas de mantequilla que había comprado para ambos con la intención de terminar la tarde viendo el anochecer Saint George Gardens.

—¿Qué? —respondí con otra pregunta.

—Lo has oído perfectamente —añadió levantando una ceja y con cara de pocos amigos—. No pienso repetirlo.

Sabía que su timidez le impedía decir las cosas con seguridad y determinación. Pero cuando te golpeaban tan fuerte de una sola vez, era imposible no querer protegerte con una coraza. Una grande y firme que nos proteja de cualquier caída, frente a cualquier persona.

—¿Pillamos un taxi? Estamos a hora y media andando y se nos va a hacer de noche si queremos cenar pronto —aseguré comprobando la información en mi móvil.

Aitana asintió y, en poco tiempo, uno de los pequeños y característicos coches negros que llevan a los transeúntes de un lado a otro saltándose semáforos estaba frente a nosotros. Le indicamos el nombre de la calle amablemente y el hombre nos respondió con una sonrisa. No tendría más de setenta años, pero su aspecto lucía mucho mayor; un poco calvo, con más de una cana y un frondoso bigote que me recordó a Ridge, el abuelo de Martin.

—Qué pareja tan bonita hacéis, muchachos —susurró casi en un suspiro. Fui a interrumpir para decirle que no éramos más que amigos, pero Aitana puso su mano en mi regazo y negó con gesto serio.

»Mi mujer falleció hace dos años y aún sigo acordándome de ella todas las noches. Y todos los días, claro que sí. Me habéis recordado a cuando salíamos por Londres cuando éramos jóvenes y regresábamos tarde a casa. Su padre siempre le reñía y le decía que no era una buena influencia, pero no dejábamos de vernos siempre que podíamos. Tuvimos un hijo, Ben. Ahora vive en Minnesota, pero...

Miré a Aitana, que no apartaba la vista de los ojos de Edward, el taxista, reflejados en el retrovisor. El hombre seguía contándonos anécdotas de su mujer mientras ella le escuchaba con atención. Estaba seguro de que estaba pensando en su madre. Porque era muy fácil verse reflejada en Ben. Yo también lo hacía, pero de distinta manera. Ella añoraría la forma en que su madre le acariciaba el pelo y le preparaba el desayuno, y yo estaba sumergido en todas esas veces que no había aprovechado el tiempo suficiente con mi madre. En esas veces que he preferido ir al garaje de Niall a ensayar con mis amigos alguna maqueta compuesta por Dylan que no iba a tener ningún éxito.

Aún con nostalgia, cogí el móvil del bolsillo trasero de mi pantalón y le escribí diciéndole que había conocido a una chica en Londres y que pasaría la noche con ella, que luego la llamaría cuando me fuese a dormir a casa. Me estaba arriesgando a que me inundase a preguntas sobre Aitana, que supusiera que sería mi novia durante mi estancia en Londres y que insistiese en conocerla, aunque fuese por videollamada. Seguramente mañana me habré arrepentido de mi

confesión, pero ahora era lo que más sentía que debía hacer.

La conversación con Edward duró hasta que llegamos a Bywater Street. Le dimos unas cinco libras de propina y bajamos del coche con un sabor de boca agridulce que cambió en el momento en que nos quedamos solos delante de la casa de Aitana.

—Pasamos, ¿no?

—Si eres tan amable de dejarme... —bromeé.

Capítulo 15 Aitana

Nunca supe muy bien en qué momento reuní la valentía suficiente para decirle a Noah que pasase por casa a cenar, pero sí estaba segura de que era lo que más me apetecía en ese momento. Después de haberse empeñado en comprar dos botellines de cerveza de mantequilla, no podía evitar pensar en otra cosa que no fuese una noche con pizzas y muchas risas. Le enseñé la casa nada más entrar para que se sintiese como en la suya propia. Justo en la entrada estaba el teléfono fijo y las escaleras que llevaban al segundo piso, donde había un baño, tres habitaciones y una pequeña biblioteca que usaba Greyson como despacho. Frente a la puerta, en la planta baja, estaba la cocina, que conectaba por uno de los laterales con el amplio salón, y un pequeño porche trasero que solo servía para acumular hojas en otoño.

—Bienvenido a Bywater Street —comenté con una sonrisa mientras bajábamos las escaleras—. Fue mi madre quien me contagió la costumbre de enseñar la casa a los invitados.

—Muchas gracias —contestó mirando todos los rincones del pasillo—. Mi abuela también lo hacía. Lo de enseñarle la casa a los invitados, digo.

—Si te parece bien, puedes ir cogiendo unos platos y vasos de la cocina mientras yo pido unas pizzas. La chica me conoce y me suele hacer descuento cada vez que llamo. Siento el desorden —me excusé mirando hacia los platos sin lavar que estaban en el fregadero—. Es que esta mañana ha venido Dette y no me ha dado tiempo a organizar la casa.

—¿Y Dette es...?

Gesticulé con la mano que luego se lo contaba mientras pedía una cuatro quesos y otra de jamón york y queso a la pizzería de Agnes. Era la que más me gustaba y estaba cerca, por lo que el servicio a domicilio era el más barato. Le conté todo lo que tenía que ver con la vivaracha de Dette hasta que Gilbert tocó al timbre como cualquier otro viernes en el que no tenía ganas de cocinar.

—Quédate con el cambio —le dije dándole unas libras como propina, como siempre hacía. Trabajaba en la pizzería de su madre para conseguir ahorros e ir a Harvard a estudiar el próximo año.

Dejé las pizzas en la cocina y las repartí como pude en los platos que había limpiado Noah a toda prisa. Sopesé la idea de coger unos cubiertos, pero rápidamente me acordé de Antonella, una chica italiana que conocí en un viaje y se espantó cuando me vio cortar una porción de pizza con el cuchillo. Con una sonrisa por haberla recordado, cerré el cajón con un movimiento rápido de cadera y llevé los platos hasta la mesa.

—¿Necesitas ayuda? ¿Quieres que traiga algo más? ¿Servilletas? ¿Cubiertos?

—En esta casa no se puede comer la pizza con cubiertos, Noah. Está terminantemente prohibido por Antonella, una chica italiana que me crucificó por cortarla con un cuchillo —reí recordando de nuevo a Antonella.

Rio conmigo y fui en busca de las servilletas rojas que siempre compraba en el supermercado de al lado. Comer la pizza con las manos era tradición italiana, pero siempre terminaba manchada de la harina de la masa especial de Agnes. Cuando regresé, encendí la televisión y dejé caer el peso de mi cuerpo sobre el sofá de antelina.

—¿Te apetece ver algo? —pregunté una vez habíamos dispuesto la mesa y estábamos a punto de empezar a cenar.

—Sería demasiado cliché que ahora pusiéramos Harry Potter y la piedra filosofal, ¿verdad?

—Demasiado —solté estallando en una carcajada que pronto fue secundada por Noah—. Pero a mí también me apetece ver las películas después de haber leído los libros. ¡Tiene que ser una pasada ver la cámara de los secretos!

—¿Sí? ¿No vas a terminar un poco saturada de la saga?

—Un verdadero fan nunca se satura —sonreí.

Buscó la película en una de las tantas plataformas que tenía la televisión y le dimos al reproductor a la misma vez que empezábamos con la pizza. Poco tiempo después, la profesora McGonagall acababa de dejar de ser un gato y entablaba conversación con Dumbledore en Privet Drive.

—Me lo he pasado muy bien contigo, ¿sabes? Hacía mucho tiempo que no me sentía así desde mi llegada Londres y desde que..., bueno, ya sabes —confesé mirando la fotografía enmarcada de Valeria.

—Yo también me lo he pasado muy bien contigo, Aitana. Ha sido una tarde muy divertida —Encima de la mesilla del sofá descansaban un par de fotografías que nos habíamos hecho en el carrito de Potter, las cervezas de mantequilla y la varita de Ginny—. ¿Has vuelto a hablar con Jimena?

No había vuelto a hablar con ella desde el último par de mensajes que intercambiamos hacía unos días, pero tampoco nos apetece. De lo contrario, ella ya me habría mandado algún mensaje o directamente me habría llamado por teléfono. A veces nos dábamos un tiempo hasta que alguna de las dos se veía preparada para hablar con la otra. En la amistad no había que forzar las cosas; era mucho mejor dejar espacio a la otra persona, que fuese la que eligiese cuándo y con quién.

—No, no he hablado con ella. Creo que está liada con la universidad, supongo que hablaremos cuando tengamos algo de tiempo —mentí. No muchos entendían la relación que teníamos—. Podemos pasar días hablando a todas horas o una semana sin que sepamos nada una de la otra. Pero siempre sabemos que estamos ahí si alguna lo necesita.

—¿Y de Tanisha tampoco sabes nada?

—Lo mismo que tú de Zac, supongo. Tanisha es una chica muy independiente. Aunque siempre ha sido nuestra amiga, ella misma cuenta que desde que perdió a su novio, se ha vuelto algo más huraña.

—No deberías depender tanto de los demás para conseguir tu felicidad —dijo llevándose un trozo de pizza a la boca.

Lo miré con la ceja arqueada. No dependía de los demás para conseguir mi felicidad, pero también eran otros los que te ayudaban a seguir adelante cuando sentías que todo se desmoronaba. Que estaba a punto de joderse.

—Es difícil decir eso cuando sientes que la vida no deja de darte golpes, Noah.

Lo miré de soslayo y vi cómo su flequillo caía por su frente y sus labios se manchaban de harina. Por primera vez después de Gael, sentí que podía ser diferente. Que podría no ser una amistad de años como con otros chicos. Que quizá podríamos llegar a sentir cosas el uno por el otro. Las cosquillas en el estómago de las que tanto hablaban los enamorados y los nervios que todos tenían ante una cita.

—Puedo entenderlo, aunque no podría compararme nunca contigo. Lo mío no fue más que una ruptura amorosa. Al lado de todo lo que te ha pasado a ti, no es más que una tontería.

—No se trata de comparar situaciones, sino que...

—Es cuestión de trabajo, Aitana. Estoy seguro de que podrás alcanzar tú sola todo lo que te propongas con un poco de terapia enfocada en la seguridad en ti misma y la autoestima —lo miré

ojiplática—. Estuve un par de años en la universidad, pero no llegué a terminar el grado —aclaró en cuanto vio mi reacción.

—¿Por qué lo dejaste?

—Mis padres nunca me obligaron a estudiar, pero sabía que querían que entrara en la universidad, así que pedí una beca para ir a Napier y me dieron plaza en la primera adjudicación. El primer año fue bastante interesante, pero el segundo fue un poco peor. Niall y Alan se habían cambiado a otro campus y su tiempo libre lo dedicaban a grabar maquetas que no tenían éxito en ninguna discográfica. Ni siquiera en las más noveles. Comencé a grabar con ellos, empeoraron mis notas y mi madre comenzó de nuevo a trabajar, por lo que tenía que quedarme a cuidar de Harper. Perdí la motivación y el tiempo que tenía para estudiar lo empecé a dedicar a mi hermana.

—Entiendo...

—Luego conocí a Christine y las noches fueron eternas. Nos sentábamos en el tejado de su casa en verano mientras hablábamos con las estrellas. Su hermana nos hacía fotos con una Polaroid antigua, de su abuela, y siempre poníamos algo de música hasta que Margaret, su vecina, nos mandaba a la cama después de habernos aguantado hasta la madrugada. Comíamos palomitas de mantequilla y *s'mores* recién horneados.

—No parece un mal plan.

—No lo era, pero contarle ya no me remueve por dentro.

—Eso significa que has crecido.

—Y aprendido. ¿Tú no aprendiste nada?

—Una lección de amor cuando lo mandé todo a la mierda.

—¿De amor? —preguntó extrañado.

—De amor propio.

Mientras de fondo se escuchaba al sombrero seleccionador anunciándole a Hermione que su casa era Gryffindor, Noah y yo nos acercamos poco a poco, hasta que nuestras narices tuvieron un primer y tímido contacto. Vi su sonrisa a escasos milímetros de la mía y nos quedamos en silencio durante unos segundos. Disfrutando. De las sonrisas. Del olor a pizza caliente. Del frío que calaba por debajo de nuestros jerséis. De nosotros. Y nos fundimos. Nos fundimos en un beso que parecía interminable.

Capítulo 16 Noah

Nos dimos un primer beso sin planearlo. Sin saber muy bien qué estábamos haciendo, pero con muchas ganas. Nunca entenderé por qué para algunas cosas pensaba tanto las consecuencias y para otras no. Pero me alegré de no haber pensado mucho, de haberme dejado llevar por los sentimientos y acabar con lo que tantas ganas tenía de hacer desde que la había visto por primera vez.

Nos quedamos a la deriva y nos separamos lentamente para sonreír, cómplices de la pequeña travesura que habíamos realizado. Ambos, en silencio, comenzamos a hablar con nuestras miradas. Sus ojos marrones se clavaron en los míos, y yo no podía dejar de mirar el pelo de su flequillo acariciando sus pestañas. Su perfecta sonrisa alineada y las pecas saltarinas de su nariz respingona que adornaban su rostro de manera dulce.

—¿Lo siento...? —titubeé para romper el hielo.

—¿Te arrepientes? Yo no.

—Yo tampoco... —admití después de un breve silencio ante la tajante respuesta de Aitana.

—¿Entonces por qué te disculpas?

Fui a contestar cuando el ruido de un plato roto nos interrumpió. Di un leve brinco por el susto en el sofá y la miré esperando respuesta. Ella, tranquilamente, se levantó y fue a la cocina con paso lento y una sonrisa. Parecía saber a la perfección que no era algo fruto del azar ni de un ladrón dispuesto a desvalijarnos la casa.

—Es Nemo, no te preocupes.

—¿Nemo?

—El gato de la vecina, Sophie. Llevaba tiempo sin venir, creo que han estado de vacaciones en Italia con su hermana. Es una mujer que frecuenta una cafetería cerca de aquí y apenas tiene tiempo de estar en casa. Al principio era de Adam, un chico que trabajaba con ella, pero tampoco pudo hacerse cargo de él y ahora campa a sus anchas por los porches ajenos. A veces le pongo algo de comida, si es que me acuerdo de comprarle —explicó con una sonrisa— Se sabe la casa de memoria porque soy la única que lo alimenta.

Acto seguido, buscó algo de paté en el mueble inferior de la cocina y dispuso una gran cantidad en un comedero de plástico con el nombre del gato naranja con rayas blancas.

—Bueno, yo... Creo que me voy ya —comenté en vista de que ya habíamos terminado de cenar—. Es tarde y ha empezado a llover un poco. No quiero que me pille el chaparrón. Mi casa está lejos de aquí y...

—¿Te quieres... te quieres quedar a dormir? Bueno, puedes quedarte en una de las habitaciones, claro. El sofá es bastante amplio y puedes dormir bien, pero no hay nada mejor como una cama, ¿verdad? Es imposible que me despiertes cuando me quede dormida, así que no tendría problemas por la incomodidad o algo parecido. Aunque, bueno, también puedes irte, claro. Puedo pedir un taxi si te parece bien, o puedes irte andando. Está un poco lejos, pero creo tengo un paraguas por aquí —se dirigió rápidamente a un paragüero que tenía al lado de la puerta a buscar uno plegable—. Este, justo. Bueno, igual no te gusta porque es de Hello Kitty, pero es el que tengo, está un poco pasado de moda. ¡También puedes irte en metro, o en autobús, pero no sé cuál tienes que coger! ¡Joder, di algo! —pidió tras una breve pausa—. Cállame de una vez.

Contuve una carcajada y la agarré del hombro hasta llevarla a mi pecho. Le di un beso en el pelo y la apreté contra mí con cariño antes de revolvérselo un poco.

—Si quieres que me quede, lo haré, pero creo que dormiré en el sofá. No quiero incomodarte estando en la misma planta que tú.

—Eso es una tontería.

—Dormiré en el sofá, te debo una. ¿Recuerdas que me ayudaste a limpiar el bar hace unas semanas?

—¡Pero lo hice porque te la debía por haberme dado el paraguas! Que lo hubiese hecho igualmente, pero ¡no me debes nada!

—¿Cerveza de mantequilla? —dije cambiando radicalmente de tema.

Aitana sonrió y juntos nos fuimos al sofá mientras Nemo comía en una esquina del salón. La película ya estaba bastante avanzada: el profesor Quirell ya se había quitado el turbante, descubriendo a Voldemort al otro lado de la cabeza y Harry intentaba luchar contra él.

—¿De qué manera volverías lo oscuro claro? —preguntó Aitana de repente, haciendo alusión a unas palabras de la película—. Quiero decir, yo antes brillaba, ¿sabes? Y me he apagado como una luciérnaga muerta. Ya no ciego a nadie, ya mis ojos no hacen chiribitas. La gente no ve en mí la ilusión de antes.

—Ya no te pintas los labios de morado —añadí.

—Hace años que no lo hago.

—¿Lo tienes? El pintalabios —asintió—. Ve a por él y tráelo.

Me miró extraña y tardó en reaccionar, pero a los pocos segundos se levantó del sofá y subió las escaleras. Nemo ya no estaba comiendo, pero seguía en el salón tumbado al lado de la chimenea, que no estaba encendida.

—Aquí está.

—Vamos al baño, va.

Ambos salimos del salón y fuimos directos al baño, que estaba perfectamente limpio y recogido. Encima del espejo había un par de focos que simulaban los de los camerinos de las estrellas de Hollywood y una gran cantidad de cremas que no sabía ni para qué se usaban.

—Píntate los labios, pero hazlo despacio. Piensa en todas las cosas que un día te hicieron brillar y ahora no. Piensa en tu madre, y en tu padre. Piensa en Valeria, y en Jimena. Piensa en ti, en el sol que un día fuiste... En lo que puedes llegar a ser si te lo propones.

Aitana me miraba con atención, asintiendo con la cabeza y con una sonrisa tímida.

—¿Ya?

Miré en el espejo cómo iba pasando el labial por la comisura de sus labios hasta llegar al centro. Hacía muecas extrañas para que el color cubriese bien los labios y sonrió cuando terminó de hacerlo.

—Estás muy guapa.

Estaba jodidamente guapa. Sus labios hacían un contraste perfecto con su tez nívea y sus pecas de color melocotón. Me permití pensar en ella como algo más que una amiga, como alguien con quien subir a los tejados a comer palomitas de mantequilla y supiesen diferente.

—Gracias... —contestó tímidamente.

—Ahora, desgasta ese color en la boquilla del botellín de cerveza de mantequilla. Mancha la almohada y levántate mañana con la misma sonrisa que tienes ahora.

—Voy a brillar.

—Vas a ser la estrella más brillante del firmamento.

—Nunca voy a olvidar lo que has hecho por mí.

—No lo he hecho yo. Lo has hecho tú por ti.

Aitana

Me fui a la cama después de una noche de Harry Potter sin saber muy bien qué pasaba en la película. De risas, de muchas risas y pocas cosquillas. Risas de verdad, de las que hacen que te duela el estómago y enseñes la encía. Me enseñó a intentar quererme un poco más, viajamos a Neptuno y aterrizamos en la Luna. Planeamos un futuro imaginario. Él quería seguir viviendo en Londres, pero yo quería irme a Barcelona de nuevo. Acordamos mandarnos cartas, porque, aunque tuviésemos el teléfono móvil, preferíamos enviarnos alguna postal de vez en cuando. Escuchamos música juntos, le enseñé cómo funcionaba la aguja del tocadiscos y llamamos a su madre por teléfono porque le hacía ilusión meter los dedos en el disco de marcar de la reliquia verde menta de mi entrada.

Y fui feliz. Por primera vez en mucho tiempo.

«Hoy me gusta mi sonrisa», pensé mientras acariciaba mis labios de color morado.

Capítulo 17 Aitana

Me desperté porque olvidé bajar la persiana de mi habitación. Comprobé la hora en mi móvil, tan solo eran las nueve, por lo que seguramente Noah seguiría dormido teniendo en cuenta que nos fuimos de madrugada a la cama. Me arreglé un poco el pelo delante del espejo y pasé mis manos por el pijama de invierno para quitarle alguna arruga que se había formado al dormir.

Bajé las escaleras con cuidado de no hacer mucho ruido. La moqueta y los calcetines gordos que llevaba eran la combinación perfecta para parecer que andaba entre nubes y no despertar a nadie. Noah estaba en el sofá despeinado. Había cogido mi manta amarilla del alféizar de la ventana y se había acurrucado en una de las esquinas. Me quedé mirándole fijamente desde el primer peldaño de las escaleras. Era realmente guapo, de eso no cabía ninguna duda, y me daba miedo sentir algo para lo que no estuviese preparada todavía.

Sacudí la cabeza eliminando cualquier pensamiento de mi mente. No era lo que tenía que ocupar mi mente ahora mismo. Era un chico que, a fin de cuentas, acababa de conocer. Como dijimos anoche, cada uno terminaría en un destino diferente, y en ningún momento pensamos en que nuestro futuro pudiese ser estar juntos.

Bajé el último escalón que me quedaba y me dirigí a la cocina decidida a tomar unas magdalenas para desayunar. Hoy era sábado y no abríamos la floristería, por lo que tenía todo el tiempo del mundo para calentarme la leche y ponerme un capítulo de *Friends* en el iPad. Desbloquéé el dispositivo y entré en la aplicación donde tenía miles de vídeos guardados, seleccionando un capítulo al azar. Justo cuando fui a darle a reproducir y me puse los cascos, la melodía estridente del teléfono fijo comenzó a sonar. Corriendo, fui hasta la pequeña mesa donde lo tenía, pero Noah ya se había despertado y contemplaba la escena con el ceño fruncido y los labios hinchados, sin saber muy bien qué estaba pasando.

—¡Buenos días! Soy Nancy, la madre de Noah. ¿Cómo estáis? Perdona que llame tan temprano, es que me resultó muy raro que mi hijo me dijese que iba a dormir en casa de una chica y luego me llamase por teléfono. ¿Está todo bien?

Tapé el auricular con la mano y le susurré a Noah que su madre estaba al otro lado del teléfono. Sacudió la cabeza, poniendo, sin querer, el pelo en su sitio y saltó de un brinco por la parte de atrás del sofá, despertándose en cuestión de segundos.

—¡Mamá, pero qué haces llamando aquí?! ¿Habías anotado el número? ¡Pero, mamá! Sí, estoy en casa de la chica. Sí, me he quedado a dormir... ¿Qué? ¡No! ¡Eres mi madre, no pienso contestarte a eso! Pues no sé, me iré a casa pronto. No, hoy no trabajo, dobla turno Eddie. ¿Kate? No lo sé. ¿Cómo está Harper? ¿Que me ha enviado una carta? Qué mona, ¿y papá? Vale. Bueno, mamá, voy a dejarte. Pues hombre, no voy a estar aquí, en una casa ajena hablando por teléfono como si estuviera en la mía, ¿qué modales me has enseñado? —bromeó—. Perfecto.

Noah colgó y resopló justo después. Me miró sin saber muy bien qué decir y comenzó a reírse como un niño pequeño cuando hace alguna trastada.

—Lo siento. No se me hubiese ocurrido nunca que fuese a llamar aquí, la verdad. Ayer le envié un mensaje diciéndole que había conocido a una chica en Londres y sabía que iban a venir las preguntas, pero no tan pronto y de esta manera.

—No te preocupes —dije sonriendo—. Tu madre tiene una voz muy bonita. No me esperaba que fuese ella, nadie me llama por teléfono. ¿Te apetece desayunar? Me estaba preparando unas magdalenas con chocolate.

Asintió con la cabeza y nos dirigimos a la cocina. Cada uno se sentó en una de las sillas de madera que tenía y la mesa quedó llena en poco tiempo de magdalenas, unos vasos de chocolate caliente y un poco de pastel que había sobrado de la visita de Dette.

—Me tomo esto y me voy. Tengo mil cosas que hacer en mi casa. Hoy quería ordenar un poco mi habitación, limpiar el salón... Ya sabes, la vida adulta.

Sabía que tenía que irse, pero me había gustado tanto tener su compañía que era una idea que mi cerebro había dejado aparcada. Entristecí mi rostro de manera automática y me llevé un trozo de pastel de manzana a la boca, sin decir nada hasta pasados unos segundos.

—Ha estado bien tener tu compañía durante un rato más largo que las pocas horas que nos hemos visto —confesé.

—Aún tienes los labios de color morado.

Sonreí tímidamente y me llevé la mano a los labios para intentar retirar el resto de pintalabios que aún quedaba.

—No te lo quites, estás muy guapa con los labios a medio pintar y los ojos manchados de negro, como un mapache —No me acordaba de que también me pinté un poco el contorno de los ojos cuando fui a trabajar el día anterior.

—¡Debo estar feísima!

—Que no lo estás, te lo promete un pelador de nueces.

—¿Pelador de nueces?

—Te lo contaré cuando tú me cuentes cuál era la maldición de las Brown.

Ni siquiera recordaba que en algún momento le hablé de la maldición de las Brown, pero eso solo aseguraba una cosa: tenía muy buena memoria y yo era más como el pecesito azul de *Buscando a Nemo*, que nunca se acordaba de nada y tenía pérdidas de memoria a corto plazo.

—Bueno, mi abuela siempre decía que las Brown moríamos muy pronto. A medida que ha ido aumentando la familia, también ha ido aumentando la edad, pero todas han muerto muy jóvenes. Según me contaba, desde mi tatarabuela hasta su madre habían fallecido sin rozar la cincuentena. Tenía advertida a mi madre para que tuviese siempre el testamento hecho por si alguna vez no regresaba a casa. Y así fue —zanjé rápidamente— Te toca a ti, ¿qué es un pelador de nueces?

—Espero que no te mueras tan pronto, si no me aburriré demasiado en Londres sin ti —bromeó con una sonrisa para quitarle tensión al asunto—. Un pelador de nueces es un hombre que pela nueces.

—¡No es eso!

—Cuando Christine me dejó por teléfono le dije que había sido un imbécil y mi hermana me preguntó qué significaba, así que me inventé eso para evitar que repitiese la palabra, sobre todo delante de mis padres o sus compañeros de clase —admitió.

Comencé a reír. No cabía la menor duda de que la idea de Noah para que su hermana no hiciese muchas preguntas era perfecta. Recogí los platos de la mesa y dejé el resto de las magdalenas que quedaban por si Nemo venía más tarde, a la hora de la merienda.

—Pues... ya nos vemos otro día, ¿no?

No supe qué decir cuando vi que había cogido su abrigo del perchero. No quería despedirme de él porque no sabía con seguridad cuándo nos volveríamos a ver.

—¿El lunes trabajas? —me preguntó.

—Sí, estaré todo el día allí.

—Me pasaré a verte entonces, ¿te parece bien? Tengo que comprar unas flores para el salón. Mi madre me ha dicho que le gustan los lirios y no creo que tarde mucho en venir a

hacerme una visita después de saber que he conocido a una chica.

—Allí estaré con un ramo de lirios para ti. Ahora se lo pido al proveedor, porque creo que no tenemos ninguno en la tienda. Bueno, pues... ¿hasta el lunes?

—Hasta el lunes —contestó.

Después de despedirse, vino hasta mí para darme un beso en la mejilla y bajar después las escaleras de la entrada. Ambos nos miramos con ganas de más, de repetir lo que había pasado anoche, pero ninguno de los dos se atrevió a dar el paso. Ninguno de los dos era lo suficientemente valiente para hacerlo. Esperé hasta que desapareció al doblar la esquina, miré al cielo y entré en casa antes de que empezase a llover, pero un pie, con un zapato de color turquesa, se interpuso entre la puerta.

—¡Dette!

—¡Por fin estás sola! Llevo desde ayer mirando por la ventana. ¡Oh, no! No pienses mal de mí, por favor. No es que sea una cotilla, pero no quería interrumpir tu cita. ¿Te apetece un pastel de melocotón para desayunar?

—Acabo de comerme unas magdalenas y un poco de pastel de manzana del que me trajiste.

—¡Bueno, pues desayuno yo! ¿Qué me dices?

—Pasa, anda, pasa —terminé diciendo entre risas.

Capítulo 18 Noah

Me desperté el lunes con ganas de ver a Aitana. Apenas habíamos intercambiado un par de mensajes por WhatsApp, pero hoy habíamos quedado en su floristería. Así, además de verla, podía comprar unas flores para mi madre, que ya me había confirmado por mensaje que vendría el fin de semana siguiente para conocer a Aitana, aunque ella no sabía que no se la iba a presentar.

Hoy no tendría que ir al garito hasta por la noche y, siendo un lunes cualquiera, no pensábamos que fuésemos a tener mucha gente. Normalmente venían más durante los fines de semana, los jueves y viernes, así que no habría mucho trabajo. Eddie le había dicho a Kate miles de veces que debería cerrar el lunes por falta de clientela, pero la morena renunciaba a hacerlo porque decía que perdería dinero, por poco que fuese.

Me peiné justo antes de encenderme un cigarrillo en la ventana de mi habitación, mirando los árboles cubiertos de niebla, como hacía en Edimburgo. Aunque desde aquí no veía la casa de los Taylor, ni tampoco la de los Miller, al otro lado, pues siempre tenía las persianas bajadas.

Me retiré del alféizar apagando el cigarro en mi ya famoso cenicero de ventana y me cambié rápidamente de ropa para no pasar mucho frío. No medité mucho qué ponerme y me puse lo primero que encontré cuando abrí el cajón de enfrente de la cama: un jersey negro y unos pantalones del mismo color a juego con una chaqueta y unas deportivas blancas.

Puse la dirección de la floristería en mi móvil y arranqué la moto que me había encontrado en el garaje en una de mis expediciones de la casa. Por lo visto, era de mi padre, de esos años dorados en los que iba a recoger a mi madre que, con una tímida falda que rozaba sus rodillas, esperaba en la puerta a que la recogiese su Elvis Presley. Me abrigué más de lo que estaba y emprendí el camino hasta la tienda. Me preocupaba no saber dónde aparcar, pues su negocio estaba justo enfrente del Big Ben y la concurrencia de personas y tráfico era bastante alta.

En cuanto llegué, encontré un pequeño hueco no muy lejos de donde ponía White Roses. La puerta de la tienda estaba llena de maceteros preciosos con flores de colores cuyos nombres desconocía. Una señora de mediana edad las miraba y olía todas mientras se llevaba unas margaritas en la mano para comprarlas y otra chica miraba el escaparate, completamente embelesada.

—¿Noah?

Escuché una voz que no reconocí a mi espalda. Giré sobre mis talones y encontré a un hombre mayor, bajito, con una barriga que sobresalía de su cinturón, con un frondoso y blanco bigote. Necesitaba la ayuda de un bastón de madera para poder andar. A su derecha, un chico alto de pelo corto y barba bien arreglada le acompañaba. Llevaba un aro en su oreja izquierda y un tatuaje enorme de plumas que ocupaba parte de su brazo.

—¡Martin! Pero... ¡qué alegría verte!

Martin había sido mi amigo en la guardería y lo fue hasta que tuve que mudarme a Edimburgo. Conseguimos mantener el contacto por redes sociales hasta que él se fue a Australia a probar suerte y cada uno siguió con su vida. Nunca teníamos tiempo para enviarnos mensajes y la relación se fue enfriando poco a poco al mismo tiempo que conocí a Zac. Digamos que, de manera inconsciente, conseguí suplir el sitio que tenía Martin con otra persona que, aparentemente, me aportaba lo mismo y estaba mucho más cerca.

—¿Qué haces tú por aquí? ¡Por cierto! Este es Ridge, ¿lo has conocido? ¡Ha engordado

muchísimo el jodido! —exclamó riendo y señalando a Ridge con la mano, quien le miraba con cara de pocos amigos, haciendo sonar el bastón contra el suelo como gesto de enfado.

—¡Claro que me acuerdo! Si no fuese por él, no hubiese sobrevivido a muchas tardes. Esos sándwiches de mantequilla de cacahuete eran inigualables.

La música era una afición que empezó a llamar a mi puerta en la adolescencia, pero cuando era pequeño prefería pasar las tardes jugando a la videoconsola con mis amigos. El único que la tenía en aquel momento era Martin, el chico con la familia más acomodada del colegio. Sus padres eran médicos en el Hospital Saint Thomas y ganaban mucho dinero, a diferencia del resto. A Martin le encantaba compartir, por lo que no era problema que él tuviese lo último del mercado, porque al final todos terminábamos probándolas.

Tuvimos suerte de encajar, como lo hacían los niños, pero con algo más de química. Ambos nos compenetrábamos a la perfección y con solo una mirada éramos capaces de saber lo que pensaba el otro. Por eso, Martin y yo nos convertimos en una pareja inseparable. Nos quedábamos por las tardes en su casa, pero era su abuelo quien se quedaba con nosotros, porque sus padres solían estar de urgencias en los horarios diurnos para pasar la noche con su hijo. Ridge nos hacía unos sándwiches de mantequilla de cacahuete que estaban de rechupete y a veces los acompañaba de una montaña de tortitas.

—Ahora vivo aquí —retomé contestando a su pregunta—. Necesitaba... ya sabes, cambiar de aires. Lo mismo que hiciste tú cuando te fuiste a Glasgow, ¿recuerdas? —Su abuelo nunca supo que tenía a su nieto a tantísimos kilómetros, de lo contrario, habría enfermado por pensar que no volvería a verle.

—¡Yo también! Bueno, me iba bien en Aus... Glasglow, pero al final me despidieron del trabajo y me sentí un poco solo. Conocí a Ivy, una chica encantadora con la que empecé una relación y aún hablamos, pero ella no quiere una relación a distancia y hemos roto.

—¿Qué te parece si nos tomamos algo esta noche? Así podremos ponernos al día y también te cuento a quién he conocido. ¿Te pilla muy lejos el Hawley Arms? Ahora trabajo allí y no creo que salga muy tarde, podemos dar una vuelta por Camden Town. Si salgo del barrio voy a llegar tardísimo a casa y termino bastante cansado de mi turno. Nos falta algo de personal para ir más despejados, pero Kate aún está buscando candidatos.

—No está precisamente cerca, pero hace tiempo que no paso por allí. Hecho, ¿a las once te va bien o más tarde?

—Once y media —guiñé un ojo.

—Allí te espero. Voy a entrar ahora en la floristería, mi abuelo le ha cogido cariño a una tal Aitana y la saluda todas las tardes.

No supe qué responder en ese momento. ¿Le contaba que Aitana era la chica a la que estaba conociendo? ¿Me esperaba a que saliese de la floristería? ¿Entraba con él y hacía como que Aitana y yo no nos conocíamos de nada? No, definitivamente esa última opción había sido una auténtica chorrada que no tendría que haber cruzado mi mente.

—Aitana es la chica a la que... he conocido, ¡pero no es nada más que mi amiga! —terminé aclarando. Ya sabía a la perfección lo que mi amigo pensaba, por mucho que la relación se hubiese enfriado.

—¡Qué me dices! Es una chica muy agradable, querido. Winter, la chica rubia, también es muy simpática, pero Aitana es española, y se nota. Es mucho más cercana que Winter, ¡y eso que vengo a esta floristería a comprar desde que estaba Greyson, un amigo de mi hermano!

—Sí que lo es, Ridge. Los cambios de aires traen cosas buenas, pero también malas. Y es que estaba un poco desanimado hasta que la conocí. Nos compenetramos bien, pero bueno, no es

más que una amiga. Ahora mismo, ni ella ni yo podemos ni debemos conocer a nadie, porque solamente nos haríamos el daño que llevamos dentro.

—Si tú lo crees así es porque seguramente así sea. Nadie puede conocerte mejor que tú, al fin y al cabo —afirmó Ridge.

—Tendré que conocer a Aitana para ver si es tan encantadora como dices, ¿no? Seguro que sí, porque mi abuelo nunca se equivoca y a ti no se te da muy bien eso de hacer amigas... ni amigos.

Aunque ya no lo era tanto, de pequeño me caracterizaba la misma timidez e inseguridad que ahora tenía Aitana cada vez que abría la boca. Los amigos, más que hacerlos, me terminaban adoptando después de algunas pequeñas amenazas de los profesores con castigarlos en el recreo por no hacerme ni caso. Algunos se mostraban temerosos al principio por una reprimenda, pero luego se lo terminaban pasando bien conmigo.

Entramos los tres con una sonrisa, hablando de alguna anécdota del colegio a la misma vez que la pequeña campanita que tenía sobre la puerta sonaba. Aitana nos miró con cara de asombro sin saber qué decir. Yo sonreía, entendía que la situación era, cuanto menos, algo incomprensible si no conocía la relación que Martin y yo teníamos.

—He venido con unos amigos, ¿te importa? —volví a sonreír.

—¿Ridge?

—El mismo que viste y calza, señorita —dijo el abuelo muy educadamente.

Capítulo 19 Aitana

Abrí los ojos como platos cuando vi a Ridge entrando con un chico moreno con un brazo tatuado y Noah. Los tres sonreían entre ellos, dejando palpable una confianza de la que yo era completamente desconocedora, porque Noah también acababa de llegar como yo a la ciudad y apenas conocía a nadie. Guardé silencio, esperando que dijese algo y cuando fui a preguntar, el chico moreno al que no conocía de nada me interrumpió.

—Buenas, soy Martin, el nieto mayor de Ridge. Disculpa si viene muchas tardes a verte, pero es que está un poco solo y necesita alguna distracción por la tarde. Me he mudado a Londres para hacerle compañía.

—No... no te preocupes, Martin. Para mí es un placer saludar a mis clientes y estar con ellos. Winter me habló muy bien de él. Por cierto, soy Aitana.

—Hablando de eso... ¿dónde está Winter? —preguntó el susodicho extrañado.

—Le he dado unos días libres, hacía tiempo que no se tomaba un descanso. No sé si volverá a la floristería o no, dice que está muy bien sin responsabilidades. Creo que ahora que ha conocido la otra cara de la moneda no quiere volver donde estaba —sonreí con tristeza. Winter había sido el alma de White Roses durante mucho tiempo y me apenaba el hecho de que se desvinculase así del negocio, pero ella debía mirar por su bienestar y no por el de la floristería. En el fondo, sabía con certeza que no iba a volver y tenía que continuar sin su trabajo.

—Vaya. Espero que no tengas demasiado trabajo, aunque Winter lo llevaba bien y no creo que sea un impedimento para ti. A veces venía Lilly, su madre, a echarle una mano. Sobre todo en esos días en los que todo el mundo compramos flores, como en Navidad. Por cierto, ponme unas rosas rojas bien hermosas, que voy ahora al cementerio.

Ridge siempre paseaba cerca de la floristería, pero una vez al mes entraba a comprar unas rosas rojas para llevárselas a Madison, su mujer, que había fallecido hacía unos años. Entré en la cámara frigorífica donde las guardaba y escogí las mejores para acomodarlas en un ramo de los que tanto le gustaba. Ni siquiera había hablado con Noah desde que había entrado en la floristería, pero me daba un poco de pudor hacerlo con los clientes delante. No sabía cómo dirigirme a él.

—Aquí tienes, Ridge. ¿Quieres un café? Hoy no te lo he ofrecido, perdona.

El hombre sonrió a la par que negaba con la cabeza y me hizo entrega de las veinte libras que costaba el ramo. Se sabía a la perfección el precio de cada flor de la tienda. Dirigí mi mirada a Noah, esperando que me pidiese las flores que me comentó el fin de semana, pero todos estaban callados y mirándose entre sí.

—¡Noah! —exclamé esperando llamar su atención—. ¿Tú no querías unas flores?

—¡Joder, casi se me olvidaba! Si no tienes los lirios, ponme las que quieras, algunas que creas que le pueden gustar a mi madre, pero solamente traigo diez libras —contestó llevándose una mano a la nuca.

Arqué una ceja y lo miré sin saber muy bien qué clase de ramo quería comprar con tan poco dinero. Con eso solamente tenía para un par de flores. Entré de nuevo y elaboré un buen ramo con flores rosadas que a mi madre le hubiese encantado, porque los lirios se habían retrasado y no llegarían hasta la semana que viene. A mi espalda escuchaba las risas de Martin y Noah junto al repiqueteo del bastón de Ridge recorriendo toda la tienda; le gustaba mirar todas las flores de temporada que tenía fuera como entretenimiento para que el tiempo pasase más

rápido.

—Tu ramo —dije interrumpiendo la conversación que mantenía con Martin. Centró su mirada en mí e hizo ademán de darme las diez libras que llevaba, pero negué con la cabeza—. Me debes una copa mañana por la noche en Hawley Arms. ¿Te parece? Creo que hoy ya tienes una cita —sentencié mirando a Martin.

—Es un amigo de la infancia, pero poco a poco fuimos perdiendo el contacto. Se fue a Glasgow...

—Australia, pero es un secreto —susurró Martin tapándose los labios—. Cambié de móvil —continuó, esta vez alzando la voz para recuperar el discurso de Noah—. Conocí a una chica que me robaba todo el tiempo del mundo y me olvidé por completo de él.

—Nos olvidamos mutuamente —contestó Noah con intención de excusarle—. Perdona, porque pensaba tener un plan para nosotros esta noche, pero lo de Martin...

Negué con la cabeza y le comenté la idea de ir a casa de Dette. Después de que anoche se fuese de la mía, me comentó que le apetecía mucho que viese cómo había decorado su nuevo hogar. Decía que no estaba muy segura de si lo había hecho bien después de haber vivido en un rancho durante casi veintidós años.

Martin, Ridge y Noah se fueron minutos después. El nieto de Ridge me había parecido de lo más simpático y me gustaba que Noah tuviese algo de compañía en Londres y no se limitase a sus compañeros del trabajo y yo. Así podía desconectar de vez en cuando, de la misma manera que podía hacerlo yo con Dette, porque yo era una de las personas más difíciles de llevar que había conocido nunca.

Dette y yo habíamos congeniado a la perfección. Ambas nos encontrábamos en un momento similar de nuestra vida, por lo que parecía que podríamos convertirnos en el punto de apoyo de la otra, aunque éramos completamente diferentes. Diferentes incluso para la Aitana anterior, esa chica dicharachera y alegre a la que nada le preocupaba. Dette era aún más impulsiva de lo que yo un día fui, pizpireta y desvergonzada. Londres había sido para ella la liberación que muchos necesitaban, como cuando un adolescente se iba solo a Madrid a estudiar para ser libre. Nadie la miraba mal por llevar dos trenzas largas por los hombros, o por combinar el rojo y el morado en un vestido largo lleno de pequeñas fresas como estampado. Sonreí al recordar la primera vez que atravesó mi puerta y comencé a limpiar un poco la floristería para que no se me hiciese demasiado tarde a la hora del cierre.

Hoy no habían venido muchos clientes, y eso era mala señal. Mala señal porque la floristería era mi único sustento desde que había venido a Londres. Mi madre me había dejado dinero guardado, del que Regina se hizo cargo hasta la muerte de mi padre, pero no era suficiente para vivir sin ningún tipo de ingreso durante mucho más tiempo. Contaba con la suerte de que la casa era completamente mía, por lo que no tenía que hacer frente al gasto de una hipoteca, que era lo más caro a lo que los jóvenes de la ciudad, ahogados, debían enfrentarse.

Hice unos cálculos con ayuda de mi inseparable ordenador y, si la clientela seguía siendo la misma que desde hacía unos días, solo podría aguantar el negocio abierto durante seis meses más. Cerré el ordenador con desánimo y atendí a la chica que estaba a punto de entrar con una rosa que había cogido de los cubos de latón de fuera. Me quedaba por delante un día bastante largo, pero tenía que afrontarlo con la mejor sonrisa posible.



No sabía si estaba dentro de la casa de Bernadette Johnson o en la Madriguera de los Weasley. Estaba todo un poco desordenado, pero muy limpio, y con una decoración un tanto exótica. Un reloj de cuco antiguo adornaba una de las paredes, y debajo descansaba un teléfono fijo parecido al mío, pero de color rojo. La ropa, de diferentes tonalidades y colores, descansaba en el sofá verde lima que tenía en el salón. Me comentó, con una sonrisa avergonzada, que tenía que plancharlo todo antes de meterlo en el armario.

Yo era una obsesa del orden, por lo que entrar allí no sé si me provocó angustia o nerviosismo, pero me gustó. Porque, en el fondo, parecía ser un lugar acogedor y era lo que más se ajustaba a quien era Dette. En la cocina había dos pasteles, y la luz del horno indicaba que había otro haciéndose dentro, que, por cierto, tenía muy buena pinta. Sonreí después de haberle echado un vistazo a toda la casa y me dirigí a Dette, que se mostraba bastante expectante e impaciente por conocer mi opinión.

—Es acogedora... Sí, acogedora —repetí para convencerme—. Y algo ecléctico tal vez.

—Sé que está todo muy desordenado, pero bueno..., por más que intento organizarme nunca lo consigo. Es la primera vez que vivo sola y apenas entiendo los electrodomésticos del señor Davis. Aún debo investigar un poco más. ¿Qué tal la decoración? No parecerá un rancho de Texas, ¿verdad?

—Más bien se parece a la casa de Ron Weasley, el de Harry Potter —me miró extrañada, sin saber muy bien a lo que me estaba refiriendo—. Son unos libros, te los recomiendo. Es original, cuanto menos. Tu estilo. Yo no tendría mi casa decorada como la tuya, pero un hogar tiene que ser el sitio donde seamos nosotros mismos y tú aquí seguro que lo eres.

Asintió con una sonrisa y respiró aliviada. De la misma manera que tomaba decisiones impulsivas y era una cotilla que quería enterarse de todo, tenía el lado sensible que necesitaba aprobación ajena de cualquier persona para tomar una decisión con firmeza. Y eso me encantaba, porque lo que le hacía débil también le hacía sentirse una mujer decidida y valiente.

—Al final no terminaste de contarme quién era Noah —dijo con una sonrisa. Aquel fin de semana hablamos de él, pero no lo suficiente. Justo ese mismo día terminamos hablando más de ella que de mí por una llamada inesperada de sus padres donde no hacían más que reclamarle atención.

—Es simplemente un chico que conocí hace tiempo en Camden Town. Coincidimos después en el metro y a partir de ahí comenzamos a quedar cada vez que tenemos un hueco. Hasta hoy. Pero nada más de lo que te puedas imaginar.

—Ya, pero... ¿cuánto es «hace tiempo»? —preguntó ignorando todo lo demás.

Me paré a pensar con detenimiento cuándo fue esa noche en la que me ofreció el paraguas con una sonrisa. Cuando vi los zapatos reflejados en el charco gracias a una farola que había justo encima de mí, pero no lo recordé con exactitud, o no la que Dette quería.

—Igual un mes... O un poco más, quizá. No lo sé muy bien.

—¿Y te gusta?

—Es un chico guapo, sí. Pero creo que no estamos preparados para entrar en una relación. Noah acaba de romper con Christine y yo... Además, ¡apenas nos estamos conociendo!

—Y tú nada. Tú solamente tienes miedo a vivir por si te vuelven a fallar. Y créeme, Aitana,

si te fallan solo tienes que volver a intentarlo.

Se llevó un trozo de pastel de cereza a la boca y sonrió segundos después esperando mi respuesta.

—Puede ser que tenga miedo de que me vuelvan a fallar, sí, pero ahora mismo tampoco me apetece intentarlo. ¿Qué quieres que intente cuando no hay nada que me haga querer hacerlo?

—¿Estás segura de eso?

—Segurísima.

O eso pensaba yo.

Capítulo 20 Noah

Aunque Martin insistió más de una vez en que fuéramos al garito donde trabajaba, intenté que cambiase de opinión antes de que llegase la hora a la que habíamos quedado. *The Hawley Arms* me robaba bastante tiempo y, además, las veces que había quedado con Aitana también había sido ahí, por lo que me apetecía descansar. No tenía muchas ganas de volver a verle la cara a Kate y a Eddie, por muy simpáticas que fuesen.

Al final nos decantamos por un bar que estaba a unos cinco minutos andando desde mi trabajo. Jazz Café era un lugar sofisticado de jazz y rock y, aunque pensábamos que el lunes no habría mucha gente, estaba al completo. Las noches de los sábados hacían el *I love The 80's vs I love The 90's*, pero el sábado pasado no pudieron hacerlo porque el personal se había tomado el día libre. La gente disfrutaba con copas de ginebra en la mano y bailaba al son de algunos cantantes *indies* que parecían ser demasiados conocidos en el local.

—Este sitio es lo más. Sabía que podría gustarte, aunque no me imaginaba que iba a estar tan lleno. Los lunes no suele haber mucha gente, pero se ve que han atrasado la fiesta del sábado. Ni siquiera lo ponía en su página web...

—No te preocupes, hacía tiempo que no salía de fiesta, supongo que necesitaba algo así, con más bullicio —sonreí—. Ponme dos ginebras, por favor —le pedí seguidamente a la camarera cuando vi que me prestó un poco de atención.

Me giré al lado de Martin para ver cómo la gente seguía bailando en la pista, mientras nosotros estábamos en la barra, apoyados, escuchando levemente a nuestra espalda el repiqueteo de los cubitos de hielo en los vasos y oliendo el suave olor de la hierbabuena del mojito del chico de al lado que invadía casi todo el local.

—Fui yo el culpable de que nos separásemos —soltó Martin de repente, llevándose toda mi atención—. Hablo de nosotros, claro, que ha sido culpa mía. No tendría que haberle hecho tanto caso a Ivy, pero... estaba enamorado.

—Yo también lo estaba de Christine...

—Pero nunca me dejaste de lado.

—No creo que sea momento de martirizarse, Martin.

—Lo siento, ¿vale?

—No quiero tus disculpas. No es culpa tuya, ni mía. Hay cosas que pasan porque tienen que pasar, ¿entiendes? No hay culpables ni causantes, simplemente eso, cosas que pasan. Y hay que afrontarlo de la mejor manera posible. Y nosotros, al final, lo hemos hecho demasiado bien. Tú eras feliz con Ivy y yo, hasta que me enteré, también era feliz con Christine. Y con Zac. Y con todos mis amigos en Edimburgo. Salíamos a vender limonada cuando éramos más pequeños, quedábamos para esquiar en un trineo que nos hizo mi padre cuando nevaba y se cancelaban las clases, creé un grupo de música junto a Niall y Dylan y a veces visitábamos algún castillo de Edimburgo, porque a Allie le encantaban.

Sonreí con nostalgia al recordar todo lo que hacía por las tardes en Edimburgo y lo eché de menos por primera vez desde que estaba en Londres. Martin también sonreía, pero no sabía si lo hacía al escuchar mis recuerdos o porque él había empezado a hacer lo mismo que yo y había traído a su cabeza los momentos más felices que había vivido desde que era pequeño.

—Sigo pensando que fui el único culpable. Y ahora... estás conociendo a Aitana, ¿no? —Quiso saber, cambiando de tema. Cuando se encontraba acorralado y no quería seguir un camino,

tomaba otro diferente.

—Sí... somos buenos amigos.

Martin arqueó una ceja y se giró en busca de las copas que había pedido. La chica de detrás de la barra ya nos había avisado un par de veces de que nos estaba esperando y pagamos no sin antes pedir disculpas.

—Solo sois amigos entonces, ¿no?

—Sí, eso. Ya sabes... Una mudanza, gente nueva... No conocía a nadie hasta que me la encontré. Nos lo pasamos bien. Le gusta Amy Winehouse y hace poco ha perdido a su padre, aunque creo que no se llevaba muy bien con él. También perdió a su madre y a su mejor amiga. Dice que vino aquí porque la floristería era una herencia de su madre, pero yo pienso que era la única vía de escape que tenía en ese momento.

—Pobre chica, no es justo que haya personas que tengan que sufrir tanto, ¿no crees? La vi poco tiempo, pero no dejó de sonreír en ningún momento y eso me hace sentir mal por lamentarme de problemas que no tienen importancia.

—El flequillo a veces le roza las pestañas y yo siempre me pregunto cómo puede vivir con el pelo en la cara, pero a ella se la ve de lo más cómoda porque nunca se aparta ningún mechón de sus ojos.

—¿Crees que... en algún momento puedes enamorarte de ella?

Si dijese que nunca me había planteado aquella pregunta, estaría faltando a la verdad. Sabía que no era nuestro momento, pero me gustaba pensar que podría serlo algún día. Que podríamos hacer todos los planes que tenemos pendientes, pero juntos. Y visitar todos los rincones de Londres y Barcelona hasta terminar con los pies hinchados de andar.

—¿Y tú qué tal? ¿Todo igual que antes?

Mi amigo sonrió y me miró con gesto cómplice, acercando su vaso al mío para hacer un gracioso brindis antes de contestar.

—Desde que vine de Australia me he dedicado a cuidar de mi abuelo. Mi madre ya no tiene la suficiente fuerza y mi padre está trabajando todo el día, por lo que solo puedo encargarme yo de él. Mi tía Callie se lo lleva a su casa cuando descansa, pero al menos hasta que se jubile no podrá dedicarle más tiempo. Los médicos dicen que debemos tener asumida ya la noticia, pero creo que nadie está preparado para ver morir a alguien que quieres. Igualmente, no es algo en lo que piense mucho, ya sabes que soy de maquinar cientos de teorías en la cabeza y necesito desconectar. Ahora mismo quiero disfrutar de la noche que nos queda por delante. Mi abuelo se ha quedado con mi madre y hoy estaba bastante animado porque había ido a ver a mi abuela antes de irse a dormir. Si no cambio mi forma de pensar, nunca seré feliz, Noah, medito demasiado las cosas —terminó diciendo casi en un susurro inaudible por la música en directo que estaba a unos metros.

—Si prefieres no hacerlo, creo que esa chica de ahí te está invitando a bailar. Ya tendremos tiempo de hablar sobre esto en otro momento —respondí guiñando un ojo.

—Gracias por no ahondar en la herida.

—¿Pero te está invitando, o no? —pregunté sonriendo de forma pícaro.

Comenzó a reír descaradamente y soltó el vaso en la barra para dirigirse a la pista de baile. Me indicó con la mano que siguiese sus pasos, pero preferí quedarme en la grada, viendo si aquella chica lo había llamado o simplemente era una fanática de alguna coreografía extraña de las que ahora bailaban algunos. Me concentré en la sonrisa de Martin; parecía haber encajado con la rubia, o al menos eso me parecía ver con la luz del garito, hasta que el sonido de mi teléfono me hizo volver a la realidad.



INSTAGRAM

ahora

(@holdem_noah): @aitmartibcn ha comenzado a seguirte

Capítulo 21 Juliet

En mi tocadiscos sonaba Bryan Adams con *Heaven*. No sé cuántas veces cantamos la canción en tu coche mientras íbamos al cine de verano del pueblo de al lado, porque tú siempre decías que en Londres había demasiada gente y terminabas un poco agobiado. También sonó la primera noche que nos vimos en Lamb&Flag, justo después de un concierto de piano en el que me enseñaste que incluso eso se te daba bien. Regina me miró con la ceja alzada mientras cantaba y dejaba mis pendientes encima del recibidor, pero la ignoré.

Me atusé el pelo frente al espejo y subí las escaleras para cambiarme y ponerme el pijama rosa de seda que me había hecho mi madre cuando le dije que me venía a Londres una temporada. Desde la habitación, la escuché mover algunos platos, así que deduje que estaba preparando algo para cenar, aunque ya era demasiado tarde. Dudé si bajar o no, ¿sabes? Porque hacerlo suponía enfrentarme a una serie de preguntas que no quería responder y yo me lo había pasado muy bien conociéndote aquella noche.

Me enamoré de ti mientras sonaba una canción de rock en la barra y me hablabas de tu pasión por Dickens. Y desde ese momento no pude dejar de pensar en ti, ni siquiera esa noche en la que apenas habíamos compartido más de unas horas. Yo siempre había sido muy enamoradiza, por eso, cuando mi madre me dijo una y otra vez que le diese una oportunidad a Aníbal y vi en tan solo un segundo que no había conexión, desistí y no le puse mucho empeño.

Desistí y me pillé el primer vuelo y la primera amiga que accedió a mi locura. Y ahora estoy aquí, mirando el libro de Virginia Woolf de la mesita de noche y sin saber muy bien qué hacer. Resoplé y lo abrí por una página cualquiera «¿Qué más puedo decir que os incite a entregaros a la labor de vivir?», decía la escritora británica.

Y entonces comprendí que la mejor manera de entregarme a la labor de vivir era quedándome en la ciudad. Siendo fiel a mis sentimientos, porque no solamente estaban ahí por ti, sino también por todo lo que sentía hacia mí misma. No lo sabía con certeza, pero sí sabía que mi sitio no estaba en Barcelona, ni tampoco en el pueblo de Soria donde vivía mi tía Adelina y al que mi madre me amenazaba con ir cuando me portaba mal.

Así que me quedé allí, contigo. Y volvimos a quedar otro día. Y volví a sentir las mismas mariposas, pero ya no me hablaste de Dickens. Me hablaste de ti, de tu sueño de ser como Bécquer, me contaste tus ganas de montar en interrail para conocer el resto de Europa y me llevaste a casa de tus padres para probar el *roast beef*.

Hoy miro a Aitana y me pregunto muchas veces cómo hubiese sido si tú fueses su padre. Si hubiese heredado tus grandes ojos azules, tu creatividad para crear poemas maravillosos y tu manera de encontrar siempre el lado positivo a las situaciones más insospechadas.

Hoy he quedado con Regina para explicarle todo lo que tiene que hacer el día que Aníbal muera. Créeme que no será muy tarde, y me duele. Me duele porque sé que mi hija se quedará sola, pero no fui demasiado buena eligiendo. Por un momento, pensé más en contentar a mi madre y a la tradición que a mí misma, porque ya me sentía

culpable por haberlo hecho antes.

Te quise, y te quiero. Pero me tortura no saber dónde estás.

Capítulo 22 Aitana

Negué con la cabeza mientras iba hacia la cocina con las manos sobre mi cara. Lo primero que le dije a Dette, después de haber cedido a buscar a Noah en Instagram, es que tuviese cuidado con los botones a los que podría dar sin querer. No utilizaba mucho las redes sociales y no me importaba que Noah me siguiese, pero no sabía cómo le iba a sentar que hubiese hecho una búsqueda tan exhaustiva de su perfil. Respiré aliviada cuando vi que no había muchas fotos más allá de la que habíamos encontrado al buscar *The Hawley Arms* en las ubicaciones; eso sería un indicio de que no habíamos buscado como unas auténticas locas.

Entré en su perfil, que lo tenía sin candado, y me detuve a ver lo que había subido. Junto a un par de fotografías en las que salía fumando en Londres y otras tantas con sus amigos de Edimburgo, tenía aún otra junto a Zac y una última en la que salía un grupo de amigos en un garaje al más puro estilo americano. Sonreí al verlo feliz en la foto con su amigo y entendí mejor cómo podía llegarse a sentir con tan solo ver una imagen. Porque ambos se miraban sonriendo mientras tocaban una guitarra eléctrica, y parecían decirse todo con aquel simple gesto.

—Lo siento, Aitana... —susurró a mis espaldas, mientras seguía mis pasos saliendo del salón—. Ha sido sin querer, pero estoy segura de que no se va a molestar, ¿no? ¿Tú crees que sí?

Levanté la mirada para encontrarme con unas trenzas pelirrojas despeinadas y un atuendo amarillo y rosa tan característico de ella. Me detuve, por vez primera, en las pecas que sorteaban su nariz y, por un momento, la imagen de Ginger vino a mi mente como un rayo. Todos los momentos vividos con ella pasaron por mi cabeza como si fuese una película de Charles Chaplin. En silencio, blanco y negro y por fotogramas. Sacudí la cabeza para volver a la realidad y reí en una carcajada al ver la cara de pena que aparentaba tener Dette para conseguir mi perdón. Tenía la frente y la nariz arrugadas y los ojos a punto de estallar en unas lágrimas que seguramente fuesen más fingidas que reales.

—No te preocupes... Eso ya no se puede cancelar, ¿no?

—Sí, pero ya le habrá llegado la notificación, así que sabrá que le has seguido. ¡Acaba de seguirte! —exclamó sin darme tiempo a responderle.

Cogí mi móvil emocionada y acepté la petición. Revisé mis fotos una a una, aunque no había demasiadas, y me di cuenta de que no tenía ninguna desde que había llegado a la ciudad en la que llevaba ya varios meses. Me fui hasta el extravagante espejo del pasillo y tomé a Dette de la mano para inmortalizar el momento. Ambas salíamos sonrientes, con un pijama de invierno enterizo y el pelo despeinado, pero nunca me había importado en exceso mi apariencia ante los pocos seguidores que tenía.

Era demasiado selectiva con quién me seguía y quién no, así que nadie que no fuese de mi entorno vería aquella fotografía. Le enseñé la pantalla a Dette para que me diera su aprobación y en cuanto la recibí, fui a darle al botón de publicar, pero un mensaje de Noah ocupó la parte superior de la pantalla, haciéndome saltar de un brinco.

¿Cómo tú por aquí? Por mi perfil, quiero decir...

Lo leí con la boca abierta y comencé a escribir. Y a borrar. Y a escribir. Y a volver a borrar. Dette me miraba riéndose por debajo de la nariz, mientras elegía algo en la televisión y sacaba una fuente llena de gominolas.

¿Pensabas que no iba a llegar este día?

No sé, aún estoy esperando que me des tu teléfono

—¿Cómo que no tiene tu teléfono? Si me dijiste que habéis hablado, ¿no? —Ahora Dette leía tras mi espalda los mensajes que nos estábamos intercambiando, aunque ni siquiera me di cuenta de que se había levantado del sofá.

—¡Tiene mi teléfono fijo! —exclamé riendo.

Dette se separó de mí y me miró arqueando una ceja.

—¿Pero ese aparato todavía funciona? Yo pensaba que lo tenías de decoración. —Avanzó hasta la mesita donde tenía el suyo y lo levantó, sin que sonase ninguna señal al otro lado.

—Pues el mío funciona bien —levanté los hombros sonriendo.

Sabía de antemano que era algo raro dar el número del teléfono fijo en la primera cita, pero me gustaba mantener esa esencia, por muy inusual que fuese. Así como lo habría hecho mi madre con Greyson la primera vez que se vieron. Me gustaba pensar que su oreja también había estado ahí mientras escuchaba la voz del británico al que acababa de conocer. Me quedé mirando la pantalla para ver si Noah contestaba algo más, pero ante su silencio comencé a teclear mi número de teléfono.

Dudé un poco; no sabía si quedarme esperando a que escribiese algo o dedicar mi noche a estar con Dette, como habíamos acordado al principio. Al final, y tras un rato de espera, me decanté por lo segundo. Dejé el móvil dentro de la mochila de Daisy que me había comprado hacía poco y me senté de un brinco en su sofá rojo.

Me había puesto *Friends*. Pero no cualquier capítulo, sino *Friends 'The Reunion'*.



Me desperté por culpa del gran ventanal del salón de Dette, idéntico al mío; todas las casas de aquella calle sin salida tenían la misma distribución. Me incorporé a la misma vez que me quitaba el pelo enmarañado de la cara y observé cómo Dette seguía durmiendo en el sofá. Era bastante estrecho, pero decía que dormía más cómoda allí.

Me levanté y fui hasta la cocina a por algo de desayuno. Con suerte, aún quedaría algún trozo de pastel de cereza. Dette era muy buena repostera y capaz de crear las tartas de sabores más variados y sorprendentemente deliciosas. Vi a Nemo a través de la puerta de la cocina, esperando en mi porche a que le diese algo de comer, relamiéndose el hocico y sentado pacientemente. Salí con una sonrisa con el resto de pastel que quedaba y se lo dejé encima de la madera húmeda por el rocío de la mañana.

No tardó mucho en venir ronroneando hasta mis pies y me agaché para estar a su altura y acariciar su lomo anaranjado. Noté el temblor de su cuerpo, propio de una mañana fría de principios de diciembre en Londres, lo cogí entre mis brazos para llevarlo a la cocina y envolverlo en una de las bufandas que Dette tenía sobre un gran perchero parecido al de Mary Poppins.

Me asomé de nuevo al salón. La pelirroja seguía durmiendo plácidamente, así que decidí

acercarme a la mesa para coger mi teléfono. Tenía un mensaje de Noah y una llamada perdida de Jimena. Me extrañó verla después de haber estado semanas sin hablar, pero mi reloj aún marcaba las nueve y probablemente no me cogería el teléfono si se la devolvía.

Tienes una foto de perfil preciosa. Estás muy guapa ♥

Era un mensaje de la noche anterior que no había visto. Ni siquiera me acordaba de la foto que tenía puesta, así que fui a los ajustes para recordar que era una de hacía unos años en Madrid. Era muy especial porque fueron las últimas vacaciones que hicimos las Spice Girls. Tanisha se había quedado en Atocha durante un buen rato porque fue el sitio en el que se reencontró con Noel después de mucho tiempo, y nosotras aprovechamos el momento de soledad que necesitaba para hacer algo de turismo cerca.

Llevaba un jersey amarillo metido por dentro de un pantalón negro de campana que me encantaba y un cinturón ancho con estampado de cebra. Pero seguramente Noah se habría fijado en mis labios. Porque estaban pintados de morado, como el fin de semana pasado. Los mismos labios que se reflejaron en el espejo de mi baño cuando Noah me dijo que me los pintase porque mi vida iba a cambiar.

Muchas gracias. Tu foto también es muy bonita

Volví a ampliarla para ver a un Noah sonriente abrazando a la que parecía ser su hermana, una pequeña con su misma nariz y una sonrisa preciosa.

¿Nos vemos esta noche? Quedamos en eso ayer, pero igual estás cansada. Además, hoy tendrás que ir a la floristería también, ¿no?

Le contesté que no me importaba volver a salir hoy porque no tenía pensado abrir por la tarde y que podríamos vernos antes. Ayer no tuve apenas clientes y los martes nunca habían sido de mucha afluencia porque era el día elegido por Lilly y Winter como descanso, al igual que los miércoles por la mañana. Después de tanto tiempo, los clientes se habían habituado a que ese día siempre se cerraba. Recibí un emoticono con el pulgar hacia arriba y dejé del móvil a un lado para irme a casa con Nemo envuelto en la bufanda.

Cogí un post-it con forma de corazón que tenía Dette en la mesa y le escribí que me lo había pasado genial con ella, pero que tenía que ir a trabajar. Aunque hoy no iba a desgana. Hoy no pensaba en las posibles pérdidas ni en lo que hacer si tuviese que cerrar. Hoy solo pensaba en que esta tarde estaría con Noah. Y que iba a ser una tarde de llevar los labios pintados de morado.

Capítulo 23 Noah

El brillo de los ojos de Aitana hoy era diferente, como si supiese de antemano que el día iba a ser bueno, de esos que cuando terminaban, comenzabas a repasar en la cama antes de dormir, mirando al techo. Los que se llenaban de anécdotas que contar más tarde en un almuerzo con algunas cervezas y patatas fritas.

Habíamos quedado en Greenwich, un distrito a orillas del Támesis que no había visitado con mucha frecuencia, pero en el que había una de las mejores tiendas de vinilos de Londres, *Casbah Records*: soul de los sesenta, rock, indie, grupos de chicas y originales de los Beatles. Sabía que aquel sitio le podía gustar cuando vi el tocadiscos rosa, simulando el que estaba de moda en los años ochenta, en su salón y un cesto lleno de discos que parecían usarse con frecuencia.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó en cuanto la vi bajar del autobús en Greenwich Church Street.

—No querrás que nos quedemos siempre en Westminster, ¿no? Es una zona que tenemos demasiado vista, ¿no crees? Londres tiene rincones preciosos que visitar.

—Mejor dicho, es una zona que conozco bien... —contestó poniéndose bien la bufanda, que se le había caído de un lado.

—Ya que la conoces tan bien, podemos seguir conociendo el resto de la ciudad. Creo que el sitio que he escogido te va a gustar mucho, pero aún está cerrado. ¿Te apetece tomar unos cereales con leche azul para merendar? Hay un sitio cerca con cientos de tipos de cereales diferentes.

Me miró extrañada, pero solo le faltó un segundo para sonreír y aceptar con la misma ilusión que una niña pequeña. Tardamos poco en acudir a una cafetería donde solo servían meriendas a base de cereales y leche de colores. Ella optó por unos de avellana y yo por otros de cacahuetes; ella con leche azul, yo preferí la original.

—¿Dónde dices que vamos?

—No te lo he dicho —contesté llevándome una buena cucharada de cereales a la boca—. Es una sorpresa.

—¿No puedes darme una pista? —inquirió con la boca llena.

—Ya te he dicho que creo que te va a gustar mucho.

—¡Hay muchas cosas que me gustan! Los erizos, los dálmatas, el cine, la música, la lectura...

—¿Te gusta leer? —respondí desviando su atención para que tuviese la menor información posible del sitio y no fuese difícil guardar la sorpresa—. ¿Cuál es tu libro favorito?

—Una habitación propia, de Virginia Woolf. Aunque los de Dickens también me gustan. A mi madre le encantaban y siempre me leía algún fragmento de *Oliver Twist*, uno de sus favoritos. También leo a Charlotte Brönte y Jane Austen.

Continuamos conversando de manera alegre hasta que los cereales absorbieron la leche y dejamos los cuencos vacíos. Me habló un poco más de Gael, aquel chico que le rompió el corazón porque, según ella, se lo había dejado muy a la intemperie. De Jimena, que por lo visto habían retomado el contacto. De su madre, Juliet, de su bonita relación de amor con Greyson y de cómo se truncaron los planes con Aníbal. Yo le hablé de Nancy, mi madre, de mi padre y del pequeño torbellino de Harper, que se llevaba todas mis sonrisas. También de Christine y de

cómo llegó a mi vida después de un baile de primavera. Intentamos llegar a un acuerdo sobre si la tarta de frambuesa estaba más buena que el pastel de cereza.

Y sobre si *Friends* había sido la mejor serie de la televisión. Tuvimos tiempo de debatir si era mejor John Lenon o Paul MacCartney y si el rey del rock era Presley o Mercury. Reímos mientras compartíamos opiniones y disfrutábamos intentando ofrecer argumentos para dejar al otro en tablas. Intentamos hablar de nosotros, pero ninguno se atrevió a pensar en un futuro en plural y preferimos susurrarlo en singular.

—¿Nos vamos ya? —propuse mirando la hora en el móvil. La tienda no llevaría abierta más de un cuarto de hora.

Aitana asintió y se levantó de la mesa para ir conmigo a la barra y pagar su merienda. Intenté invitarla, en vano, pues sacó su monedero amarillo pastel y no dejó que pagase ni una sola libra de lo que había comido. Nos giramos para salir, pero la lluvia había entrado en acción hacía unos segundos. Los cristales de la puerta estaban llenos de pequeñas carreras de gotas que luchaban por ver cuál llegaba antes al suelo, que aún conservaba algunas partes secas.

Miré a Aitana, esperando encontrar en ella alguna solución. Tal vez un paraguas extensible metido en su pequeño bolso, pero negó mientras se llevaba la mano a la cara y se reía de la situación. No le gustaban los paraguas, recordé, así que me sentí ridículo tan solo por pensarlo.

—No puede ser que nos haya pasado esto —siguió riendo.

—Pensándolo bien, es lo más probable que puede pasar estando en Londres en pleno mes de diciembre. Esperaremos a que deje de llover, espero que no esté cerrado cuando salgamos...

—¡Chicos! —exclamó una chica que no tendría más edad que nosotros—. Yo me he traído un paraguas, os lo puedo dejar para que vayáis al sitio del que habláis. —El que parecía ser su jefe la miraba con mala cara—. ¿Qué? Lleva un buen rato hablando del plan que tienen hoy, ¡pobres! Que no estaba escuchando vuestra conversación, solo que... llevar cereales de un lado a otro... Bueno, ¿queréis el paraguas?

—Esto...

—Parece que solo sé conocer a gente nueva si me prestan un paraguas —comentó Aitana con sorna—. ¿Serías tan amable? Tengo muchas ganas de ir y no sé a dónde me va a llevar. ¿A qué hora cierra la cafetería?

—Hoy, a las ocho; tengo que hacer inventario con mi padre. Nos quedaremos hasta tarde —nos indicó señalando al señor de antes.

Acepté el paraguas de la chica. Contamos con la suerte de que era bastante grande y cabíamos los dos sin ningún problema. Nos miramos recordando el primer día que nos vimos, porque parecía ser que todo iba en la misma dirección. Solo que en este viaje no nos mostrábamos tímidos, ni tampoco hacíamos las típicas preguntas incómodas que todos hacían cuando conocían a alguien por primera vez.

No estábamos a más de dos minutos andando, así que el trayecto se nos hizo corto y apenas llegamos mojados. Ya desde el escaparate se podía ver la gran colección de vinilos que el chico tenía en su tienda. Algunos de ellos eran auténticas reliquias y otros, sin embargo, acababan de salir al mercado. Junto a ellos había un sillón orejero verde y unos tocadiscos que hacían del escaparate la estampa ideal de cualquier casa londinense en los años ochenta.

—¡Una tienda de vinilos! ¡Nunca había ido a una! Todos los que tengo son de mi madre... Estaban aquí en Londres, ni siquiera usaba el tocadiscos cuando volvió a Barcelona.

Cerré el paraguas y cedí el paso a Aitana a la entrada. Debido a la lluvia, estaba completamente llena. Se había unido el gentío usual de la tienda con todos los que estaban allí resguardados. No dudó ni un segundo en hacerse hueco entre la gente para escabullirse a la

sección dónde solo encontraría discos de Amy Winehouse y Aretha Franklin. Estuvo allí durante unos minutos para luego marcharse a la sección de los discos de Los Beatles, Queen y los más actuales de Lady Gaga con Bradley Cooper de *Ha nacido una estrella*.

—¡Joder! Si hubiese sabido que vendría aquí, habría roto la hucha del cerdito que tengo debajo de la cama —comentó más con rabia que con humor.

—Puedes coger el vinilo que quieras, yo te invito —me miró con la misma cara que puso cuando me ofrecí a pagarle la merienda—. Tranquila, luego cuando llegues a casa me lo devuelves, fiero.

Su cara cambió por completo, pero tardó unos segundos en reaccionar. Empezó a buscar vinilos como auténtica fan de la música que era. Yo me aparté, en vista de que no dejaba de moverse de un lado a otro y no quería entorpecerla. A mí me gustaba la música, pero todos los vinilos que podía tener de Queen ya los había conseguido gracias a mi madre, que también había sido una auténtica fan de Mercury.

—¿De verdad que no te importa? —se aseguró mirándome a los ojos.

—De verdad, coge el que quieras, me he traído la tarjeta y Kate me ingresó ayer los extras por haber llevado clientela.

Se escondió tras un hombre alto y con barba pelirroja y salió de detrás suya con mucho esfuerzo y cuidado con dos vinilos en la mano, uno de Amy Winehouse y otro de Los Beatles. Ambos habían sido superventas en su momento.

—¿Estás segura de que no quieres llevarte nada más?

Aitana asintió y se fue al mostrador sin avisar. Una mujer no muy mayor nos atendió amablemente y le dio un par de consejos para el guardado y cuidado de los discos. Ella no se molestó en interrumpirla, aunque yo sabía a la perfección que todo lo que estaba diciendo ya lo sabía. Sin embargo, la escuchaba con atención, haciéndole ver a Anne, según el nombre que rezaba en su placa, que lo que estaba contando le importaba.

Pagué casi las sesenta libras y salimos de allí con una bolsa preciosa con un estampado de vinilos en diferentes tamaños. La lluvia había parado cuando salimos, así que Aitana se quedó allí mientras yo aproveché para darle las gracias a la chica de la cafetería por habernos prestado su paraguas y dejarle algo de propina por el detalle.

—¿Y ahora qué? —preguntó en cuanto volví.

—¿Probamos los vinilos en mi casa?

Capítulo 24 Aitana

No nos fuimos a Drayson Mews hasta que terminamos de dar una vuelta por Greenwich. Apenas eran las cuatro de la tarde, por lo que llegaríamos a su casa a la hora justa para estar allí un rato antes de volver a la mía. Fuimos al Greenwich Market, disfrutamos en el observatorio y comimos unos sándwiches envasados en Flower Garden, haciendo piruetas para esquivar las pelotas de los niños que jugaban en los jardines.

Cuando el reloj amenazaba con la hora de la puesta de sol, nos fuimos hasta la puerta de la cafetería, donde Noah había encontrado aparcamiento para la moto de su padre, que era bastante grande y no podía llevarnos a todos sitios por no encontrar un hueco en el que entrase.

—¿Quieres mi casco o el que usaste la última vez? —No respondí y de manera automática cogí el otro casco que me estaba ofreciendo, de color negro y con la letra N en la parte trasera—. Toma, vas a pasar frío.

Se quitó la chaqueta de cuero negra que siempre llevaba encima y la puso sobre mis hombros, quedándose con un jersey gris que apenas abrigaba.

—No hace falta, Noah, no tengo tanto frío.

—Lo tendrás. En los viajes en moto tienes el viento en tu contra y son un poco más de cincuenta minutos. No quiero que enfermes. Si no, ¿quién va a seguir atendiendo a Martin y a Ridge? —bromeó.

—Tú no llevas nada de abrigo —afirmé mirando su jersey con la ceja arqueada.

—No te preocupes, estoy bastante acostumbrado a hacer viajes en moto, ya el frío no consigue helarme. Va, venga, ponte la chaqueta y no le des más vueltas. ¡Y no la dejes sobre los hombros, eh! Como salga volando en una curva y la pierda, te mato. Es una de mis favoritas —amenazó con una sonrisa y un dedo acusador.

Me senté a su espalda, como la noche en que nos quedamos hasta tarde en el Hawley Arms. Apoyé mi cabeza sobre él y miré las luces que comenzaban a encenderse de los locales que se mantenían abiertos a pesar de estar anocheciendo. Los semáforos me permitían darme un descanso e intercambiar algunas palabras con Noah, que no hacía más que bromear sobre mi ensimismamiento con la ciudad.

En algunas calles ya habían colocado los adornos de Navidad; tan solo quedaba unas semanas y los comercios decoraban sus escaparates con pequeños abetos cubiertos de nieve artificial y figuras de Santa Claus con algunos renos a sus pies. No era una época que me gustase especialmente, aunque cuando era pequeña era la que más disfrutaba, esperando los regalos debajo del árbol.

Después de varias palabras, bromas y cincuenta minutos, llegamos a su casa, una muy diferente a la mía. Ubicada en un callejón precioso, pero, según Noah, no eran más que establos que se construyeron antiguamente en la parte trasera de las casas. Con una fachada enladrillada en blanco y unas pocas ventanas de color negro, su casa resultaba bastante acogedora.

Tenía un salón enorme lleno de fotografías de su madre con un niño pequeño que supuse que era él, algunos lienzos con la firma de Peter Holdem y otros más novatos de manos de Harper Holdem. Al igual que yo, tenía un tocadiscos precioso, pero el suyo era de color marrón y negro y se notaba que muchos años habían pasado por él, porque estaba un poco estropeado.

—Era de mi tatarabuelo, luego lo heredó mi abuelo y después mi padre. Él no lo usaba mucho y se lo regaló a mi madre. Esta casa era de ella, pero luego vivieron juntos aquí hasta que

nos mudamos a Edimburgo.

Continué recorriendo la parte inferior de la casa bajo su atenta mirada. Algunos muebles eran bastante antiguos, pero estaban tan bien conservados que parecían tener tan solo algunos años. En uno de ellos había varias novelas antiguas con las páginas amarillentas y unos álbumes de fotos con etiquetas que marcaban que eran del verano del noventa y siete.

—¿Te apetece cenar? Tengo algo de pasta del mediodía y...

—Tu intención es que me quede aquí a dormir, ¿verdad?

—Bueno... Es lo justo, ¿no? Yo me quedé en tu casa.

—Si quieres que me quede, espero que tengas en casa palomitas, algunas gominolas de cereza, que me encantan, y unos cereales para desayunar mañana.

—No tengo gominolas con forma de cereza, porque me gustan más las que parecen huevos fritos, y... no soy mucho de comer cereales, pero igual la vecina puede... —dijo llevándose la mano a la nuca y dirigiendo sus pasos hasta la puerta, dispuesto a ir a la casa de la mujer que vivía al lado.

—Era broma, no te preocupes. Ahora explícame cómo funciona esto —indiqué señalándole el tocadiscos—. La voz de Amy se va a escuchar hasta en la calle del Tallers —terminé, dándole un beso en la mejilla.

Me devolvió el beso con ganas y se dirigió al tocadiscos de su abuelo para explicarme su funcionamiento. Era muy parecido al mío, pero con más botones que no entendía. Después de saber que era una gran reliquia de los Holdem, no quería toquetear sin saber. Era demasiado torpe a veces y tenía la capacidad de romper las cosas con solo rozarlas. Justo cuando terminó su breve explicación y me fui hasta el sillón donde había dejado mi bolsa, vi que aún me salía la notificación de la llamada perdida de Jimena. No vi apropiado llamarla cuando la vi y ahora se me había hecho demasiado tarde. Desbloquéé el teléfono y tecleé su número, que me lo sabía de memoria.

Después de cuatro tonos, y cuando ya estaba a punto de colgar, escuché la voz de Jimena al otro lado del teléfono. Tapé el auricular y le dije a Noah que me iba a la puerta para no molestar y que volvería en un segundo mientras señalaba el móvil, haciéndole ver que tenía a alguien esperando. Noah asintió con una sonrisa y se dirigió a la cocina.

—Siento no haberte llamado antes. Vi tu llamada esta mañana temprano y creí que estarías durmiendo. Sé que es un poco tarde, pero se me iba a volver a olvidar si no te llamaba hoy, ya sabes que soy algo despistada con estas cosas.

—No te preocupes, todos sabemos que eres bastante olvidadiza, no me sorprende —comenzó a reír—. Te preguntarás por qué no te he hablado, ¿no?

—Yo tampoco te he hablado a ti —interrumpí intentando quitarle el sentimiento de culpa.

—Pero no lo has hecho porque yo siempre te escribo después de unos días preguntando cómo estás, pero esta vez no ha sido así.

—Igual no me has hablado porque pensabas que era yo la que necesitaba el tiempo —volví a interrumpir.

—No funcionamos así, y lo sabes... Eh... Bueno... —comenzó a titubear—, creo que voy a soltarlo todo, así que no me cortes aunque empiece a llorar. Cuando lo cuente todo, entonces podrás decirme lo que piensas, ¿vale? He dejado la universidad. Es la carrera de mis sueños, lo sé, pero no es el momento de estudiarla. Ahora mismo tengo otros frentes abiertos, debo estar bien conmigo misma para poder entregarme a otra cosa.

La voz de Jimena comenzó a resquebrajarse e hizo una pausa, pero no dije nada, tal y como ella me había pedido. Escuché cómo tragaba saliva, resoplaba y tomaba aire para continuar con

lo que me estaba contando.

»He estado mucho tiempo sola en mi habitación meditando sobre lo que quiero hacer con mi vida. Desde que Valeria murió y tú te fuiste a Londres todo ha sido un desastre. Necesito encontrarme a mí misma, tener nuevas metas... Conseguir algo que me haga latir de nuevo como un volcán. Y creo que voy a ir a verte a Londres, aunque aún no he comprado los billetes. Pasaré la Navidad allí y... no sé, quizá encuentre un trabajo o algo para quedarme, o igual me doy cuenta de que mi sitio está aquí y quiero volver, o tal vez esté en cualquier otra ciudad del mundo. Sé que huir nunca es una opción, ya me lo has dicho muchísimas veces, pero creo que es lo que necesito —volvió a detenerse y cogió aire de nuevo—. Ya. Ya puedes decirme todo lo que quieras, regañarme por haber dejado la carrera a tan solo un año de terminar, volver a decirme que huir no es una opción y que debería seguir en Barcelona, pensando qué hacer con mi vida. Pero, Aitana, me he liberado.

—¿Quién soy yo para decirte lo contrario? Compra los billetes y envíamelos para saber cuándo vienes. Te espero en el número siete de Bywater Street. Y que no se te olvide nunca que te quiero.

Huir nunca había sido una buena opción para solucionar problemas. Pero Jimena me había enseñado que, a veces, lo necesitabas para ser un poco más feliz.

Capítulo 25 Aitana

Volví a enviarle un mensaje a Jimena para recordarle que me enviase los billetes de avión en cuanto los comprase y aparté el móvil para ver qué hacía Noah. Estaba de espaldas, haciendo una salsa que olía de maravilla para acompañarlo con unos raviolis. Los macarrones de los que me había hablado estaban descansando, bastante resecos, en una bolsa de basura en la esquina de la cocina.

—¿No te han convencido los macarrones? —pregunté riendo en cuanto entré después de la llamada de Jimena.

—Si no se me hubiese olvidado taparlos, igual estarían buenos, pero soy un poco desastre en la cocina —rio—. Espero que te guste lo que estoy haciendo. Acabo de sacar los raviolis de la olla y a la salsa le quedan unos diez minutos. ¿Me ayudas a poner la mesa?

Asentí y cogí un par de vasos y los cubiertos. Los dejé encima de la mesa y fui a por los vinilos para probarlos. Opté en un primer lugar por el de Amy; mañana pondría en mi casa el de Los Beatles. La voz característica de la cantante comenzó a sonar por todo el salón, al compás del sonido de la aguja con el roce del disco. Me apoyé en el respaldo del sofá y comencé a cantar en un susurro la canción que se escuchaba.

—Nunca podría imaginar que supieses cantar tan bien...

Me callé de repente cuando escuché la voz de Noah saliendo de la cocina con un plato humeante en cada mano. Siempre me habían dicho que cantaba muy bien, pero me moría de la vergüenza si alguien, además de yo misma, me escuchaba, así que solo lo hacía si estaba sola o cuando me duchaba.

—Olvida que me has escuchado cantar. Me da mucha vergüenza que me oigan. Solo lo hacía delante de mi madre y de Valeria. Desde que murieron, no...

—No prometo conseguirlo, es una voz demasiado bonita.

—Gracias —contesté, tímidamente, mirando hacia mis pies—. Por cierto, Jimena viene a pasar las Navidades a Londres —solté, de repente, cambiando de tema. Me daba pavor pensar que me pidiese cantar alguna canción.

Le conté la conversación que había tenido con mi amiga mientras esperábamos a que los platos estuviesen un poco más fríos. Comentamos que si Jimena había tomado esa decisión sería porque consideraría que era lo mejor. A mí me seguía pareciendo descabellado dejarlo todo por un simple impulso, pero justamente eso era lo que siempre hacíamos cuando vivíamos sin miedo.

—Quedaremos con Martin cuando venga, ¿te parece bien? Creo que Ridge se va a Irlanda con su hija Callie durante Navidad y el chico se queda solo en Londres. No creo que nadie quiera pasar las Navidades solo, ¿no?

—No sé si a Jimena le apetecerá, pero se lo comentaré en cuanto venga —dije, con cierta incertidumbre. No estaba segura de si le gustaría estar acompañada—. ¿Qué tal os lo pasasteis ayer?

—Muy bien, sí. Estuvo contándome un poco sobre su vida, la ruptura con Ivy hace unos meses y los cuidados que hace a su abuelo. Ahora está muy bien aquí en Londres, parece que es una ciudad dispuesta a curar heridas.

—No sé si a mí me ha curado precisamente una herida, o me ha abierto alguna que desconocía...

—La herida que tienes abierta es provocada por tus intentos de curar otras.

Sonreí con tristeza y me llevé el tenedor, del que caía un poco de salsa, a la boca. Soplé antes y saboreé la comida que con cariño me había preparado. Amy seguía sonando de fondo, pero ahora era otra canción la que acompañaba el ambiente. Me detuve unos segundos en mirar a Noah a los ojos por primera vez desde que llegamos a su casa. Sus ojos color marrón, a juego con su pelo, hacía el mejor conjunto que había visto nunca.

No tenía la misma mirada que Gael. No veía en sus ojos esa intención de querer joderme la vida. Me cuidaba, me hacía reír y me divertía cuando estábamos juntos. Conocía mis gustos, los suficientes en el poco tiempo desde que nos habíamos conocido. Tan solo había pasado un mes y, aunque las dos primeras semanas no tuvimos ningún contacto, las demás habían sido frenéticas.

Sonreí de manera automática al recordar de nuevo la escena del paraguas. Mi trasero estaba completamente empapado; haberme sentado en el bordillo de la calle cuando no hacía más que diluviar no había sido la mejor idea, pero no tenía otra opción en aquel momento. Noah me miraba sin saber muy bien qué decir, pero eso me hizo volver en sí. Le incomodaba de una manera graciosa que tuviese mis ojos clavados en los suyos y me preguntaba, con un solo movimiento de la cabeza, qué era lo que quería.

—Simplemente te estaba mirando, me apetecía... Tienes el mismo color de ojos que la miel, ¿te lo han dicho alguna vez?

—Mi madre de pequeño me decía *honey*^[2], pero perdí el apodo cuando nació Harper. Tiene el mismo color de ojos que yo y dejó de llamarme así para evitar confusiones —comentó sonriendo.

—Noah, ¿eres feliz? —pregunté sin retirar mi mirada de sus brillantes ojos.

—Ahora sí, pero he tenido malos momentos. Ya me he recuperado de la ruptura y de la decepción con Zac. ¿De qué me sirve seguir torturándome por algo que ha pasado hace meses? Además, conocerte me ha sido de gran ayuda, me he apoyado en ti, he contado contigo cada vez que me he venido abajo sin que casi te dices cuenta.

—Conmigo nunca te has desahogado como dices...

—La noche que dormí contigo, en tu casa, era mi aniversario con Christine y se cumplían nueve meses desde lo que pasó. La primera vez que te vi, venía de dar una vuelta por Londres para conocer un poco mejor la nueva ciudad en la que me había instalado, triste, sin saber muy bien si había tomado una buena decisión. Cuando te encontré en el metro, casi dos semanas después, estaba decaído porque, aunque me iba bastante bien en el trabajo, no hacía más que ver a grupos de amigos yendo de un lado a otro mientras yo estaba solo, allí, de pie, esperando que alguien me cogiera un folleto de las manos. Y hoy...

—¿Hoy...?

—Hoy he quedado contigo porque tenía necesidad de pasar tiempo con tu flequillo, tus ojos color Coca-Cola y tus labios morados.

—No sé si estamos confundiendo sentimientos...

—Prefiero comprobarlo a quedarme con las ganas de saberlo.

Se acercó a mí lentamente y me besó. Nos acomodamos hacia atrás en el sofá y comencé a sentir la frialdad de su mano recorriendo mi espalda. Me estremecí de frío, momento que aprovechó para acercarme más a su cuerpo. La distancia perfecta para acariciar su nuca y juntar sus labios con los míos.

Me sentí en casa, resguardada. Refugiada. Como si todo este tiempo hubiese vivido en una tormenta y ahora se hubiese calmado. Como si Noah tuviese el poder para hacerme sentir lo que hacía mucho tiempo no sentía. Y sentí miedo. De fallar de nuevo. Pero esta vez podría ser el

error más bonito de los que había cometido.

Capítulo 26 Noah

Después de aquel beso, cenamos con más tranquilidad y debatimos acerca de los muchísimos temas que nos dejamos a medias en la cafetería esta tarde. El vinilo de Winehouse ya se había reproducido por segunda vez, pero ninguno de los dos quería quitarlo de la aguja. *Tears dry on their own* era una de las canciones con más ritmo de la cantante y nos hacía sentir bien.

Nos fuimos a dormir a altas horas de la madrugada. Ella se quedó en la habitación en la que siempre había dormido Harper, de paredes rosas con pósteres de Hannah Montana y Alex Russo. Aún conservábamos un fino dosel enganchado en cada esquina de la cama. Aitana enmudeció en cuanto vio la estancia y dejó caer su peso sobre la cama.

—¡Es preciosa!

—Si necesitas algo, estaré en la habitación de al lado.

Cerré la puerta despacio y me fui a la cama pensando en ella. En lo que podíamos ser, pero todavía no nos habíamos atrevido a verbalizar. Supe esa noche que su película favorita era *Ha nacido una estrella*, y ella supo que la mía era *La lista de Schindler*. Su canción favorita era de Fergie, y la mía de Ellie Goulding. Le gustaba leer novela romántica histórica, y yo era más de centrarme en ensayos. Pero ambos teníamos algo en común, y es que escuchábamos al otro con la misma ilusión con la que contábamos nuestros gustos. Por eso esa noche fue especial y me costó despedirme de ella.

La luz del sol entró por las rendijas de la persiana, iluminando cada mota de polvo que pululaba por la habitación. Me desperecé con desgana y comprobé en el despertador que no eran más de las once de la mañana. Algo tarde si... ¡Mierda! Aitana debería estar en la floristería desde la nueve.

Me levanté de un brinco y fui hasta su habitación. Puse la mano en el pomo e hice el amago de girarlo para entrar, pero solo tardé unos segundos en darme cuenta de que no era buena idea. Igual no estaba visible, o simplemente no le apetecía que nadie entrase en su habitación mientras dormía.

—¿Aitana? —la llamé en voz alta pegando mis labios a la puerta para que me oyese mejor —. ¡Aitana!

No recibí respuesta, así que pegué la oreja y dejé caer mi peso sobre la puerta con el fin de escuchar cualquier ruido que me indicase que estaba despierta y todo en orden, pero no oí nada. Volví a llamarla por su nombre y toqué en dos ocasiones a la puerta; o era de esas personas que ni un terremoto podía despertarlas o se había escapado por la misma ventana por la que yo me iba a buscar ardillas cuando me castigaban.

Volví a golpear la puerta, esta vez un poco más fuerte, y logré escuchar el crujido de la cama cuando alguien se levantaba; Harper siempre se había quejado de que los muelles sonaban demasiado. Sus pisadas descalzas sobre el suelo se escuchaban cada vez más cerca, así que me aparté y esperé a que me abriese. Segundos después, una Aitana despeinada con el flequillo hacia arriba y las ojeras tintadas del negro de sus pestañas me recibió con cara somnolienta.

—¿Has dormido bien? —pregunté riendo cuando le vi las pintas.

—Mejor de lo que pensaba. Siempre que duermo fuera de casa me cuesta mucho conciliar el sueño, pero me quedé dormida bastante rápido —bostezó—. ¿Qué pasa?

—Son las once, la floristería debería estar abierta desde las nueve. ¿No crees que deberíamos darnos prisa?

—Pues... verás. Lilly y Winter nunca abrían los martes ni los miércoles por la mañana, porque eran sus días de descanso. Yo he abierto solo algunos, y salvo un cliente o dos, no ha entrado nadie más, así que no me compensa si solo hago unas veinte o treinta libras de caja y abrir me cuesta casi el doble. Pensé en hacerlo solo por la tarde, pero creo que tampoco me sale rentable. No quiero tener que cerrar la floristería, es mi único sustento y los ahorros se están acabando.

—Entiendo. Mi madre trabaja administrando empresas, igual puedo pedirle consejo para que te eche una mano y puedas reflotar el negocio. ¿Qué te parece?

—Genial, aunque creo que lo que necesito es dinero para invertir, pero no me vendrán mal algunas sugerencias —comentó cabizbaja—. Por cierto, ¿tienes tortitas? Es mi segunda opción después de los cereales —Tenía la capacidad para cambiar de humor en tan solo un segundo, y eso me hacía sentir bien; Aitana era fuerte y capaz de recomponerse de cualquier golpe.

Desayunamos tranquilamente y en silencio y terminamos bastante rápido. Mientras yo recogí la cocina, ella subió a cambiarse; le había dejado un pijama de mi madre, aunque le estaba un poco grande. Más tarde, quitó el vinilo del tocadiscos y lo metió todo en la bolsa de tela que le habían regalado en la tienda. La llevaría en moto a su casa, así evitaba coger el metro o andar durante más de cuarenta minutos.

—¿Estás lista? Coge el casco y la chaqueta que te dejé anoche, aún hace algo de frío para ir solamente con un jersey en la moto... ¿Tienes un tatuaje en el brazo?

Se apartó el jersey y dejó ver una letra diminuta en el surco de su piel nívea. Me comentó que era la inicial de su madre y que ella también llevaba la de Aitana. Me acerqué a ella para darle un beso en la mejilla y cogió la chaqueta con una sonrisa. Ayer, a pesar de que iba abrigada, fue testigo del frío que hacía cada vez que cogíamos una curva o arrancaba de nuevo después de entrar en calor al pararnos en un semáforo. Disfrutaba cada vez que pisaba el acelerador.

Llegamos pronto, tanto que Dette seguía aún dormida, o eso dijo Aitana cuando vio la ventana del salón con la persiana y las cortinas, rojas con estampado de zanahorias, corridas sin que se pudiese ver el interior. Aitana quería que nos conociéramos, así que me invitó a su casa hasta que se hiciera un poco más tarde y Dette se despertase.

—En cuanto se despierte, vendrá a casa a desayunar. Lo hace todos los días.

—Pero si ya hemos desayunado...

—No pasa nada —rio—. Ella entra con un pastel, da igual si es de melocotón, de cereza, de plátano, de zanahoria..., de cualquier sabor, y entra a tu cocina a desayunar mientras te cuenta algo, o te escucha.

—Dette es muy particular —comenté sonriendo.

—Lo es, pero a mí me ha aportado mucho desde que la conozco. Me siento como más acompañada. Bueno, ahora Jimena tiene más tiempo libre y creo que está mucho mejor para que retomemos nuestra amistad a distancia, pero Dette ha sido una especie de refugio sin saberlo. Ella se ha desahogado más conmigo que yo con ella, pero he desconectado del mundo cada vez que venía a casa y la escuchaba.

Continuamos la conversación durante un largo rato. Nemo entró por la ventana de la cocina a pedir algo para desayunar y Aitana insistió mil veces en devolverme el dinero de los vinilos. Solamente fui capaz de aceptar la mitad, la otra mitad era de ella por el precioso ramo que había preparado para la visita de mis padres, que sería pronto. Al cabo de pocos minutos, y cuando el reloj marcaba más de las doce y media, sonó el timbre; Aitana comentó que era un poco tarde para ser Dette. Dejó el trapo que estaba utilizando para limpiar la cocina y se dirigió sonriendo

hacia la mirilla.

—Dette. Y trae un pastel verde, ¿apostamos a que es de aguacate? Es una combinación tan rara que solamente lo haría ella.

—Yo digo que es de kiwi con una base de galleta oreo. —Aitana me miró enarcando una ceja, aguantando la risa—. ¡Oye! Podría ser, ¿no?

Aitana negó con la cabeza y abrió la puerta con una sonrisa.

—¡Dette! ¿De qué es el pastel de hoy?

—De mango y manzana, es una receta de mi abuela y es la primera vez que lo hago. De hecho, creo que no debería ser tan verde.

Aitana y yo estallamos en una carcajada que fue pronto secundada por Dette, quien sujetaba el pastel con parsimonia.

—Desayunamos, ¿no? Hoy me he levantado un poco tarde. ¿Tú eres Noah? —preguntó de repente. Parecía haber sido consciente de mi presencia en ese mismo instante y no cuando Aitana abrió.

—Noah Holdem, sí —me presenté—. ¿Y tú?

—Bernadette Coleman, pero todos me llaman Dette. Es más corto y, además, más bonito. Mi madre escogió el nombre de una novela romántica antiquísima de una autora británica. Siempre le digo que podría haber leído otra cosa porque no me gusta nada mi nombre.

La pelirroja seguía hablando mientras entraba hasta la cocina con el pastel. Aitana y yo no nos movimos de la entrada y ella aún sujetaba la puerta. Me miraba con una sonrisa y me hizo comprender la gran compañía que podría hacer una chica como Dette. Tal vez no era la persona ideal a quien contar tus secretos, no porque los fuese a contar, sino porque no había tiempo entre palabra y palabra para decir algo.

Se sentó y cortó tres trozos bastantes grandes de pastel, aunque ya le dijimos que ya habíamos desayunado. Se empeñó en que probáramos el dulce y le diésemos nuestra más sincera opinión. Aunque no estaba muy seguro de si la combinación del mango con la manzana en un pastel de horno iba a estar muy buena, me atreví y cogí el plato extrañado, pero con una sonrisa de oreja a oreja.



Dette ya se había ido cuando yo también decidí marcharme. Al final pasamos casi toda la tarde juntos y yo tenía que trabajar esta noche porque antes de ayer ya le pasé el marrón a Eddie y la dejé sola mientras me iba con Martin.

—Nos vemos otro día, ¿no?

—Esta semana estaré bastante ocupada con la floristería. No creo que podamos vernos mucho, tengo que estudiar alguna estrategia para sacar algo más de dinero. Es muy extraño que hayan bajado tanto las ventas desde que Winter se fue, es algo que no debería afectar tanto.

—No te preocupes, cuando puedas me escribes. Te mandaré un par de mensajes cuando mi madre me diga algo, ¿de acuerdo?

Me fui hasta la puerta y me quedé quieto en el primer escalón. Ambos nos miramos sin saber cómo despedirnos. Si me atrevía a darle un beso igual se incomodaba, pero si no lo hacía

igual lo echaría de menos durante toda la semana. Ambos nos acercamos con el mismo propósito y nuestros labios se unieron en un beso que no supe exactamente cuánto duró.

Me abracé a ella como si fuese el último abrazo que iba a darle. Como si todo se acabase, aunque no supiésemos qué era lo que estaba empezando.

—Aitana, me gustas mucho —me atreví a decir cuando nos separamos.

—Y tú a mí. Más de lo que nunca imaginé.

Capítulo 27 Aitana

Cada vez tenía más ganas de que el viernes llegase a su fin de una vez por todas. Winter ya había decidido irse de la floristería para siempre, después de haberme pedido un descanso para pensar con tranquilidad. Le di las gracias al conocer su decisión por haber cuidado de mi negocio durante tantos años junto a su madre e intenté darle una recompensa, pero no aceptó dinero bajo ningún concepto. En el fondo, lo agradecí, porque no me quedaba mucho y la suma que le correspondía era bastante alta.

La madre de Noah me había enviado unos consejos de marketing que me vendrían mejor si tuviese dinero, pero no estaban mal. Tal y como me comentó, creé un perfil para la floristería en diferentes redes sociales y hablé con una chica que crearía una página web para que la gente hiciese pedidos online de diferentes flores preservadas. Sería el doble de trabajo porque no solo tendría que encargarme de la venta en la tienda, sino también de enviar los pedidos que me hicieran por la web.

Me consolaba el hecho de tener una empresa de mensajería enfrente de la tienda, por lo que no tardaría en llevar los paquetes y solo invertiría en el envoltorio, que, según Nancy, cuanto más bonito y trabajado fuese, más clientela atraería. Compré por internet diferentes tipos de papeles, pegatinas y unas bolsas de gominolas que no incluían más que cinco o seis para cada cliente y hablé con Charles, el quiosquero de al lado de la floristería, para acordar la compra de unos imanes preciosos de la ciudad.

Los ingresos de esta semana habían sido más altos que los de la semana pasada, así que, en parte, estaba bastante contenta con el avance. Quedaba muy poco para la fecha más señalada en la que la gente compraba flores y es que la Navidad, según me había contado Lilly hacía tiempo, era la época perfecta para recuperar todas las pérdidas que pudiéramos haber tenido meses anteriores, aunque no imaginaba que pudiesen rozar picos tan altos.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y las calles ya estaban abarrotadas de personas comprando regalos, vestidas con chaquetas gruesas para no pasar frío. Había luces por todos sitios, sonaban villancicos en varias tiendas y algunos niños ya iban pidiendo el aguinaldo por los barrios más adinerados de la ciudad a cambio de unas galletas humeantes recién horneadas.

Noah y yo no habíamos intercambiado muchas palabras desde que nos vimos. Él había estado ocupado en el bar y yo llegaba a casa tan cansada que solo me apetecía comer palomitas y ver una serie, o mejor dos, y dormir. Apenas nos enviábamos unos mensajes para desearnos las buenas noches, o los buenos días, junto a algunas fotos donde salíamos haciendo nuestras tareas. Yo arreglando flores y él limpiando una montaña de platos, desesperado, pero con una sonrisa.

—¡Dette! Pero ¿qué haces aquí? —pregunté exaltada cuando escuché el sonido de la campana de la puerta y levanté la mirada.

—Vengo a despedirme —contestó en tono serio.

Me quedé en silencio y me desaté el delantal manchado de savia que tenía puesto para dejarlo encima del mostrador. Avancé hasta ella despacio y me crucé de brazos delante suya, esperando una explicación. Dette no podía irse, pero si así lo había decidido, no podía hacerlo de esa manera. No sin un pastel, sin una noche de confesiones y una película de fondo.

—¡No sabía que te fuese a entristecer tanto que me fuese a pasar la Navidad a Texas! —exclamó riendo a carcajadas.

Ella misma sabía que había creado un clima de tensión, yo solté todo el aire que había

acumulado sin querer y la empujé de manera cariñosa y sin mucha fuerza. Recogí el delantal y volví a mis quehaceres mientras Dette seguía contándome cuáles eran sus planes a partir de ese mismo instante.

—Mis padres me han llamado y creo que debo irme, me han comprado un billete para esta misma tarde. Es vuelo directo, así que llegaré en unas catorce horas, más o menos. Como todo ha sido una sorpresa, solo me quedaba venir a verte para decirte que nos vemos el año que viene. Ya sé que es la típica broma que gasta todo el mundo cuando se acerca esta fecha, pero a mí me hace mucha gracia.

—Me parece genial que vayas a Texas con tu familia, creo que..., bueno, que son fechas que todo el mundo debe pasar en compañía —dije con una sonrisa—. Tus padres van a estar muy felices de tenerte allí. ¡Por cierto! Colecciono bolas de nieve de todos los sitios a los que voy. Aún no he tenido la oportunidad de visitar Estados Unidos, así que me haría mucha ilusión tener una. ¿Te acordarás? ¡Sería un recuerdo precioso! —comenté levantando el dedo con gracia hasta golpear su nariz.

—Solo habrá trato si a cambio me cuentas por teléfono cualquier cosa que pase con Noah. Es un chico que me gusta para ti y creo que puede ayudarte a cerrar muchas de tus heridas.

—Trato hecho, aunque no creo que haya demasiadas novedades. Voy a echar de menos este mes tus pasteles de frutas extrañas y las combinaciones de sabores tan particulares que haces, pero sé que te lo pasarás genial volviendo a tu rancho y a la vida a la que renunciaste para estar aquí.

—No te has librado de ellos, ¿eh? Amenazo con aprender más recetas extrañas y traer un pastel de pera con uva y pasas o algo así. Mi abuela es una maestra de la cocina y está deseando enseñarme más recetas que ella misma ha inventado y que dice que están riquísimas.

Torcí el gesto cuando escuché aquello y volví a abrazarla antes de que se fuese. Era la única que podía hacer algo así; luego, giró y cogió la enorme maleta de ruedas que la esperaba para ir al aeropuerto. Hablamos tan solo un poco más y unos minutos después, volví a escuchar la campana de la puerta, aunque esta vez era porque alguien se marchaba.

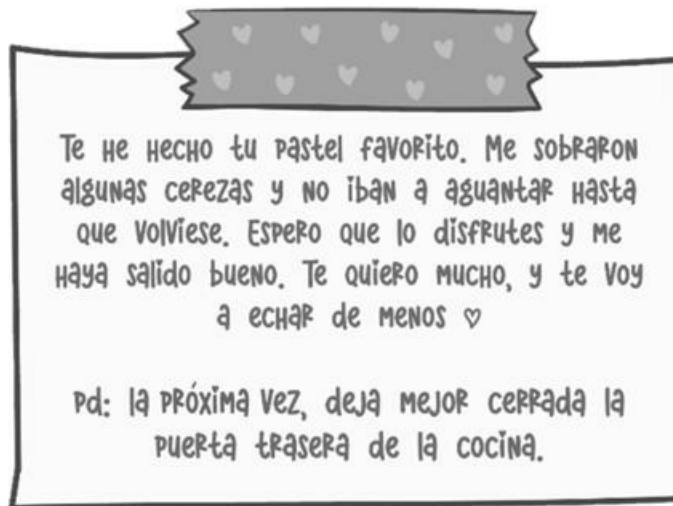
Vi por el espejo cómo ahuecaba sus manos para exhalar algo de vaho sobre ellas y entrar en calor antes de ponerse sus guantes y dirigirse con paso decidido hasta la estación de metro. Yo, sonriente porque sabía que serían unas Navidades únicas para ella, seguí con mi tarea hasta que la luz del sol había desaparecido y me di cuenta de que quedaba poco para la hora de cenar y debía recoger pronto si no quería llegar muy tarde.

Cerré la tienda y fui al supermercado, decidida a comprar algo para cenar, pero todo estaba cerrado o ya no admitían nuevos clientes porque estaba cerca la hora del cierre. Desistí de encontrar algo y me fui a casa; con suerte, encontraría algo que me pudiese servir de cena. Estaba atareada con la tienda y mi tiempo libre lo dedicaba a estar con Noah, así que me había olvidado casi por completo de muchas de las tareas del hogar que tenía pendientes.

Entré en casa con gesto cansado. Ni siquiera me molesté en dejar el bolso en el perchero y lo tiré al sofá con el convencimiento de que caería sobre el cojín mullido. Me descalcé en la misma puerta, dejé las zapatillas cerca de la escalera y me fui a la cocina, de donde venía un olor muy peculiar que me hizo pensar que algo malo estaba pasando por ahí.

Con lo despistada que podía llegar a ser a veces, era muy probable que me hubiese dejado algo encendido y ahora tuviese media estancia quemada. Sin embargo, cuando me acerqué, me encontré con algo completamente diferente a lo que había pasado por mi mente. En la mesa descansaba un plato enorme con un pastel rojo que no podía ser de otra persona que no fuese Dette. A juzgar por el color y olor que desprendía, era el que más me gustaba de todos los que

hacía: el pastel de cereza. Al lado había un pequeño post-it.



Despegué la cinta de corazones de la mesa y guardé la nota en el bolsillo trasero del pantalón para disfrutar de aquel postre que iba a servirme de cena. La floristería había remontado respecto a días anteriores, tenía el pastel que más me gustaba del mundo para cenar, Jimena vendría pronto y, con suerte, mañana sábado podría ver a Noah. Diciembre parecía que iba bien.

¿Nos vemos mañana?

Capítulo 28 Noah

La semana había sido agotadora. Kate se ausentó más de lo normal y Eddie y yo tuvimos que hacer todo el trabajo, incluso el que no habíamos hecho antes porque era exclusivo de la gerencia de Kate. No había visto a Aitana, y aunque pareciese poco tiempo, la había echado de menos durante estos días.

Mis padres no me habían dicho nada acerca de su visita, y era algo que había pasado a preocuparme, porque eran demasiado organizados y siempre cumplían con su palabra. Si me habían dicho que vendrían en esa fecha era porque estaban totalmente seguros de que podían cumplirla; además, Claire iba a hacer el trabajo de mi padre durante su ausencia y estaba todo perfectamente calculado para poder verme. Miré el móvil y comprobé que era la hora en la que mi madre salía del trabajo para almorzar con unas amigas, así que le pedí un tiempo de descanso a Eddie y salí a la puerta con el delantal mojado.

—¡Noah, cariño! Perdona, pero no encontraba el móvil en este bolso tan grande —contestó al otro lado de la línea justo cuando iba a colgar, después de varios intentos.

—¿Qué tal? Bueno, no tengo mucho tiempo, hay bastante trabajo y Eddie ya me está riñendo por el cristal, así que, seré breve. Mamá, ¿está todo bien en casa? Me llamó papá hace unas semanas diciendo que vendríais a verme antes de Navidad, pero no habéis hablado más del tema y me extraña. Quedan pocos días y no tengo ninguna noticia de vosotros.

—Pues... ¿no te ha dicho nada más, de verdad?

—No.

—Será porque aún no es seguro...

—Me gusta que contéis conmigo, aunque no lo sea —respondí, un poco enfadado. No era la primera vez que lo hacían, y aunque las cosas no fueran definitivas, me gustaba estar al tanto de lo que sucedía.

—La empresa de tu padre tiene un proyecto bastante importante en Nueva York. Como te he dicho, aún no es seguro, pero de serlo, tendremos que irnos inmediatamente y no podríamos hacer ningún plan.

Cogí aire y conté internamente hasta diez para no volcar en mi madre la furia que podía llegar a sentir en ese momento. ¿Cómo que se irían a Nueva York? ¿Y si me hubiese enterado tan tarde de la noticia que no me hubiese dado tiempo a despedirme? Cogí del bolsillo trasero de mi pantalón el paquete de tabaco y me encendí un cigarrillo, aún sin mediar palabra con mi madre; las caladas eran tan seguidas como el palmeo de mi pie sobre el suelo.

—¿Cuándo pensabais contarme todo esto, mamá? ¿Tal vez cuando no me diese tiempo a despedirme? —terminé diciendo—. ¿No crees que me apetecerá veros antes de que os vayáis?

—Tranquilo, Noah. Estaba todo pensado. Si nos hubiésemos tenido que ir, te habrías enterado y habríamos ido a verte antes. Además, no será un viaje de muchos días.

—¿Cuándo? ¿Un día antes para irnos al día siguiente desde Londres al aeropuerto porque desde la capital hay vuelo directo?

La conversación había cogido un tinte que no me gustaba, y no había otro culpable que no fuese yo, pero aquello me había molestado, y demasiado. Porque, además de querer formar parte de todas las decisiones que tomase mi familia, o tuviese que tomar, como si estuviese en Edimburgo, me gustaba pasar tiempo con ellos. Tiempo que debería aprovechar en caso de que tuviesen que irse a Nueva York durante unas semanas, o cualquiera que fuese el tiempo que mis

padres tuviesen que estar allí.

—¿Cuándo sabrá papá su destino definitivo?

—Creo que el viernes, pero no estoy segura.

Miré hacia atrás, rezando porque Eddie no tuviese muchos clientes. No esperaba que la conversación fuese tan larga y había bastante trabajo por hacer, pero tenía que seguir hablando con ella para enterarme de todo con más detalle.

—Pero entonces... —comencé a contar—. ¡Es solamente una semana antes de Navidad! Hablaré con Kate para que me adelante las vacaciones y poder ir a veros. No puedo esperar a que vengáis y solamente estéis aquí un día, ¡llevo demasiado tiempo sin ver a Harper!

—Haz lo que quieras, Noah, pero no te preocupes si Kate no puede darte unos días. Nosotros estamos encantados de verte, pero por favor, no quiero que llegues enfadado, no queríamos que estuvieses mal allí. Estás solo y cualquier cosa puede tambalearte y hacer que caigas en picado.

—¿Por qué me va a tambalear que os vayáis unos días a Nueva York? —pregunté en un susurro.

—No hagas como que no sabes y no te preocupa el miedo que tiene tu hermana por los aviones. Hemos estado mirando el barco, pero es demasiado caro e incómodo y, además, tarda bastante más. Tendremos que ir al médico para que le suministre algún calmante inofensivo o no podremos volar tranquilos.

—En cuanto termine mi turno, miraré qué vuelos hay disponibles. Si estáis trabajando, llamaré a Niall para que venga a por mí al aeropuerto. Ya hablamos, te quiero.

Escuché un escueto “te quiero” al otro lado de la línea y colgué la llamada a la misma vez que tiraba la colilla en el cenicero que teníamos en la entrada del bar. Eddie ya no se mostraba tan enfadada y es que, en los pocos minutos en los que me había ausentado, la clientela parecía haberse apaciguado. La hora del cierre se acercaba y solamente quedaban unas mesas completas que estaba seguro de que se vaciarían pronto.

Justo cuando fui a guardar el móvil, vi que tenía un mensaje de Aitana en el que no había reparado antes.

Sonreí mirando la pantalla del teléfono y escribí un: «Vale. Hablamos luego». Cuanto antes me dispusiera a trabajar, antes cerraría el bar y, por consiguiente, antes echaríamos la persiana del cierre. El segundo turno lo iba a hacer Kate, con la ayuda de Robert, un chico que buscaba trabajo y estaba en prácticas durante unos días. No tardamos mucho en recogerlo todo a medida que se iban yendo los clientes y cerramos para, tranquilamente, limpiar la barra y el suelo.

Eddie me contó uno de sus tantos problemas que tenía en Oxford y yo le conté lo que había pasado con mis padres. Ambos nos caíamos bien, nos utilizábamos para desahogarnos en las eternas horas de trabajo, pero ninguno de los dos consideraba al otro como un amigo. Más bien como un conocido cercano, pero nada más allá de eso. Eddie era una chica muy reservada y selectiva con la gente que entraba en su vida, dicho textualmente por ella, y no se llevaba compañeros a su vida personal.

Cuando salimos de allí, nos despedimos alzando la mano y cada uno siguió su camino, contrario, por cierto, para llegar a casa. Tenía la moto aparcada a apenas unos metros, me subí y corrí a toda velocidad por todo Londres. A veces, sin motivo alguno, me gustaba hacerlo. Dar un rodeo, seguir conduciendo durante más tiempo mientras sentía el viento. Si Aitana fuese detrás, estaría mirando las luces, porque le encantan. Y yo sentiría una leve presión en mis costados, de tanto como tiraría de mi chaqueta para sentirse segura, a pesar de tenerlo todo bajo control.

Me gustaba la sensación de vivir la vida con Aitana. Con esa chica que la lluvia me había

regalado. Una chica que había llegado para romper mis esquemas, porque lo último que quería al venir a Londres era conocer el amor. No quería dedicarle ni un minuto de mi vida. Ni siquiera un segundo. Pero ahora parte de mis pensamientos se centraban en ella y en su bonita forma de sonreír. No sabía si estaba enamorado, pero me daba miedo lo que sentía ahora mismo, porque estaba cien por cien seguro de que podría estarlo en cualquier momento.



Sorprendí la mañana del sábado de Aitana llegando a su casa por sorpresa. Porque no habíamos hablado más allá de aquel mensaje del viernes por la noche. Yo había estado demasiado ocupado para seguir con la conversación en ese mismo momento, y después llegué a casa tarde; me quedé bastante tiempo al volante liberando adrenalina.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con cara de sorpresa cuando me abrió la puerta.

Llevaba el pelo suelto y despeinado y un pijama rosa de conejitos. Miré hacia sus pies para encontrarme con unas zapatillas a juego enormes con las que parecía llevar un peluche en los pies.

—He estado a punto de llamarte. No tenía noticias tuyas desde ayer y pensaba que no podríamos vernos.

—He estado un poco liado, pero tengo una explicación, te lo prometo —dije juntando las manos en señal de perdón.

Ella arqueó una ceja y abrió la puerta para darme paso con una cara de enfado que no le salía demasiado bien; no podía evitar reírse por debajo de la nariz mientras arrastraba sus grandes zapatillas por el suelo de madera.

—Cuéntame —retomó al sentarse en el sofá y coger un trozo de chocolate que había dejado a medias encima de la mesa.

Comencé a contarle todo lo que había pasado, desde la pequeña discusión con mi madre al teléfono hasta casi las dos horas que pasé encima de la moto dando vueltas por Londres. Me sirvió como una de las mejores terapias de cualquier psicólogo de prestigio.

—No sé muy bien qué decirte... No me parece bien la actitud de tus padres, pero estoy segura de que no lo han hecho con mala intención, Noah. ¿Quién en su sano juicio haría algo que pudiese herir a su hijo? —sacudió la cabeza despacio—. Nadie, créeme. Y me parece genial que vayas a Edimburgo a verlos. ¿Un vaso de leche con canela? —terminó ofreciendo, mordisqueando el chocolate.

Asentí con una sonrisa y continué:

—No creo que esté más de unos días. Creo que hoy le dicen algo a mi padre, así que quiero salir mañana mismo.

Aitana se levantó sin previo aviso y subió las escaleras para bajarlas rápidamente con paso ligero. En sus manos traía un pequeño portátil blanco con una funda de color violeta y se fue hasta el sofá dando pequeños saltitos.

—Mañana sale un vuelo a las ocho. Tengo un descuento en la web de veinticinco libras. Solamente tienes que pagar ciento cincuenta, la vuelta está incluida —anunció después de unos minutos mirando el ordenador—. No es demasiado barato, pero no tenemos mucho tiempo.

—No puedo aceptar que gastes tu descuento en mi viaje, seguro que te sirve para cuando quieras volverte a Barcelona.

—No sé cuándo me voy a ir —se encogió los hombros—. Y el descuento tiene fecha de caducidad. A lo mejor cuando quiera usarlo, ya no puedo.

Acepté después de unos minutos discutiendo y saqué de mi cartera la tarjeta de crédito para hacer el pago desde el ordenador de Aitana. Poco tiempo después, tenía las tarjetas de embarque en mi teléfono móvil, listas para ser escaneadas en el aeropuerto. Le envié un mensaje a mi madre, avisándola de que iba y de la hora estimada de llegada, y le escribí a Niall para ver si podía venir a recogerme. Dejé el móvil antes de recibir respuesta de alguno de los dos y volví a centrarme en Aitana, porque mañana volaría hasta Edimburgo y no volvería a verla de nuevo.

—¿Quieres venirte a Edimburgo? Puedo enseñarte un montón de sitios chulísimos — comenté bromeando, a sabiendas de que no iba a venir—. El castillo, Calton Hill...

—Ojalá pudiese tener una Kate a la que poder pedirle vacaciones cuando las necesitase. Debo tener la floristería abierta hasta el mismo día de Navidad. Espero tener ventas en la víspera de la cena y que todo el mundo quiera adornar sus mesas con ramos de White Roses. La venta ha mejorado desde que tu madre me ayudó, y la web estará lista en unos días.

—Va a ir todo mejor de lo que crees y vas a convertir tu negocio en uno de los mejores de Londres, estoy seguro. Ya verás como terminas haciéndole un ramo a Kate Middleton. ¡Qué digo Kate Middleton, a la mismísima reina!

—Sí, claro, y el ramo de Meghan Markle, que se casará en unos años con el príncipe Harry... ¡Sería un sueño! —exclamó en voz baja—. No por Meghan, porque me gusta más Kate, pero la corona británica siempre me ha fascinado. Me parece tan curiosa, tan llena de detalles, protocolos...

Seguimos hablando de datos irrelevantes, de aquellos de los que realmente ninguna pareja hablaba. Porque ni éramos una pareja, ni tampoco lo más convencional que existiese. Ambos teníamos temas de conversación muy dispares, éramos curiosos y también algo habladores. Nos interesaba todo lo que contaba el otro y aprendíamos algo nuevo en cada conversación hasta que el sonido de un trueno hizo que dejásemos de hablar.

Aitana se levantó rápidamente y se acercó al ventanal del salón, que estaba abierto, en cuanto vio las gotas en el cojín del alféizar interior en el que descansaban un par de libros. Nerviosa, volvió a sentarse en el sofá en el que antes estaba y cogió otra tableta de chocolate, escondida en un lateral de un sillón cercano justo después de morderse las uñas de manera nerviosa.

—Me dan miedo los relámpagos, los truenos y la tormenta. Todo me da miedo. Desde que soy pequeña, nunca he soportado el sonido, ni siquiera la luz; me genera un fuerte escalofrío por todo mi cuerpo. Puede sonar muy infantil, pero ahora mismo solo me apetece ser pequeñita para esconderme debajo de la cama.

Sonreí con ternura y me cambié de sitio para sentarme al lado de ella. Sentía la necesidad de protegerla todo el tiempo, aunque ella tenía una de las mejores armas para defenderse sola: ser ella misma. Le acaricié el regazo, algo húmedo por la fuerte lluvia que había comenzado a caer cuando se acercó a la ventana, y la miré fijamente a los ojos.

—Pues a mí la lluvia me gusta. Me gusta mucho, de hecho. ¿Te acuerdas de la palabra petricor? Me la enseñó mi padre cuando, después de una gran tormenta de verano en Edimburgo, salí con un triciclo a recorrer toda la calle porque me gustaba aquel olor. Las hojas de los árboles se quedan húmedas, como si aún no hubiese amanecido y estuviesen cubiertas de rocío.

—Y pisotearlas, aunque no hagan ruido porque ya están mojadas y no crujen bajo tus pies.

Leer mientras escuchas el sonido, o quedarte embobada mirando las gotas para ver cuál gana. La lluvia viene siempre después de la tormenta y parece que calma más que el sol. Es como si la luz de todos los relámpagos ya se hubiese apagado y ahora solo quedase el agua. Y pisar charcos con mis botas negras de abejas doradas. Sin un poco de lluvia, nunca nacerán las flores, ¿no?

—Te voy a contar un secreto. Creo que arriba, en tu terraza, se forman unos charcos enormes. El suelo no está en las mejores condiciones, o eso veo desde fuera, y estoy segurísimo de que queda algún recoveco donde se acumule algo de agua. Y ha dejado de tronar, te lo prometo. No vas a oír ninguno más, palabra de meteorólogo de mentira —reí.

Aitana sonrió alegre y volvió a subir las escaleras rápidamente. Con su mano, me indicó que la acompañase. Con paso lento, miré por primera vez las fotografías que tenía en la pared, algunas en blanco y negro, casi todas de su madre, Juliet. La última, antes de subir a la primera planta, era junto a Greyson, en la puerta de la floristería el día de la inauguración en los años ochenta.

Mientras yo seguía embelesado con la vestimenta y la apariencia de Londres por aquel entonces, Aitana apareció detrás de mí con la misma ropa, pero con unas botas que le rozaban las rodillas. Tal y como me las había descrito, tenían unos pequeños dibujos de abejas doradas muy divertidas que brillaban. Me invitó, de nuevo, a subir la siguiente escalera, que daba acceso a la segunda y última planta, y abrió una puerta de forja blanca donde rezaba el nombre de Elizabeth.

—No habría apostado nunca a que aquí arriba se formaban estos charcos. No son precisamente pequeños...

Tal y como me había imaginado, teniendo en cuenta el año de construcción de la casa y lo que podía ver desde la calle, el suelo no estaba en muy buenas condiciones, por lo que se formaban los huecos que antes le había comentado. Lo que nunca me hubiese imaginado era que fuesen tan grandes como para que Aitana pudiese saltar sobre ellos y mancharse parte del pijama que aún llevaba puesto.

—¡Va, venga! ¿No vas a pisar los charcos?

—No traigo más ropa y debo irme, mañana tengo que madrugar, hacer la maleta, ir al aeropuerto...

—¿En serio me has incitado a que venga aquí a pisar charcos a las... —miró su reloj de pulsera— doce de la mañana para que, ahora, no lo hagas conmigo? Si te mojas el pantalón, seguro que puedo dejarte otros —bromeó—, aunque pueden quedarte un poco estrechos.

Estallé en una carcajada y atravesé la puerta para sentir la lluvia sobre mí. No era mentira, siempre había amado esta sensación. Porque me hacía sentir libre, como si no hubiese nadie más sobre mí, salvo el agua. Me hacía sentir poderoso, porque parecía que el mundo estaba llorando conmigo, en mis momentos tristes por mí y en mis momentos divertidos conmigo. No sé cómo lo conseguía, pero el agua siempre tenía un poder sanador, capaz de hacerte curar todas las heridas que alguien te hubiese causado. Capaz de no dar puntada sin hilo.

Me acerqué hasta Aitana y pisé con ella los charcos de la enorme terraza que tenía en el centro de Chelsea. Desde allí se podía ver la luz del Big Ben y las pequeñas cápsulas del London Eye gracias a que la lluvia no era demasiado intensa y las nubes no habían acaparado la ciudad. La gente, aunque poca, no se resguardaba cuando comenzaba a llover y seguía haciendo su vida, aunque con algo más de prisa. Algunos estarían tan acostumbrados al clima de Londres que les era totalmente familiar llevar siempre un paraguas encima.

—La última vez que sentí la lluvia...

—Fue cuando fuiste a Camden Town para cumplir el sueño de Valeria.

—Y ahora estoy cumpliendo el mío.

—¿Pisar charcos en una terraza con vistas al Big Ben?

—Ser feliz.

Se acercó a mí para sellar sus palabras con un beso y yo le correspondí, sin pedirnos permiso. Allí mismo, bajo de la lluvia, como si no importase nada más que nosotros y el agua. Acaricié su cintura cuando sentí su mano mojada entrando por debajo de mi camiseta a la altura de la nuca y arqueó su espalda a causa del frío.

Con sumo cuidado, sus pies se iban moviendo hasta llegar a la puerta de forja, pero sin dejar de besarnos, ni de sentirnos. Dejé de notar el frío de Londres en mi espalda y el agua sobre mi cabeza, pero nuestro beso seguía estando húmedo a causa de la lluvia. A causa de la excitación que me provocaba tenerla a tan poca distancia de mi cuerpo. Me quité la camiseta de manera instintiva, tirándola al suelo sin dejar de besarla y mirarla a los ojos.

Ella siguió mis pasos y dejó a la vista un pequeño sujetador negro de encaje que le quedaba sumamente bien. De fondo se seguía escuchando la lluvia, pero ninguno de los dos quiso seguir jugando con el agua porque habíamos encontrado el momento de jugar el uno con el otro. Me olvidé de todo, del tiempo y de mí. De la ropa que ya nos habíamos quitado, de aquello que nos daba más de mil motivos para no hacerlo allí mismo. Pero me quedé en su boca sin darme a mí mismo muchas explicaciones.

Dejé por primera vez que el amor que nos sentíamos, cualquiera que fuese su forma, hablase por nosotros. Habló y gimió. A mi oído, muy cerca de mi cuello. Sentí su aliento recorriendo mis hombros y sus uñas rasgando los lunares de mi espalda. Yo no podía dejar de acariciar su cuerpo y un pequeño tatuaje de sus caderas que me hacía sentir vivo.

La luna, la lluvia y la luz del Big Ben fueron testigos del poco miedo que sentimos aquella noche, de lo bonito que podía ser hacer el amor en pleno diciembre y de que la ropa seguía molestando a casi tres grados bajo cero.



Capítulo 29 Juliet

En mi tocadiscos sonaba Edith Piaf y su *La vie est rose*. Hoy era un día de celebración, aunque esa canción me generaba sentimientos encontrados. Fue la primera que pusimos en mi tocadiscos rosa, recién comprado en unos grandes almacenes británicos de los que ya no recuerdo el nombre.

Nunca quise explicarle a Aitana lo que significaba para mí esta canción. Pero era inevitable no acordarme de tu risa, de cada pisada sobre mis pies cuando intentábamos bailar en mi casa y de tu preferencia por otro tipo de música. Y un día me vio en el sillón orejero de mi habitación. Solo se escuchaba el tocadiscos y mi llanto. Mi llanto y el tocadiscos. Aníbal había salido a trabajar y no llegaría hasta bien entrada la noche.

Supuse mal que Aitana no saldría de su habitación; aún tenía que hacer algunos exámenes. Pero me equivoqué, y en la segunda estrofa escuché sus pasos, dirigiéndose a mi habitación. Greyson, aquel día no me molestó en limpiar mis lágrimas, ni tampoco en disimular que no pasaba nada. Seguí llorando de la misma manera que lo hacía sin ella. Tal vez era lo que necesitaba. Estar donde nadie me molestase, soltar mis maletas, quemar todos mis pensamientos, llamar a alguien a quien contar todo lo sentía. Volver a querer, pero a querer de verdad. No a un compañero de vida, sino al amor de ella. Y sé que ese eres tú, pero me resignaba a pensar que no podía venir nadie más.

Aitana me miró y ni siquiera se molestó en preguntar qué pasaba. Vio las cartas que te había escrito durante todo este tiempo encima de la mesilla. Algunas estaban amarillentas y otras manchadas de café porque me gustaba escribirlas durante el desayuno. Se sentó en la cama detrás de mí y me susurró al oído: cuéntame lo que te pase cuando estés mal. No es justo que riamos juntas y llores sola.

Y eso hice. Bajé el telón de aquel teatro y lloré con ella. Con mi cometa Halley. Con quien intentó enseñarme con más éxito del que pensaba que a veces las cosas pasaban sin poder evitarlo. Y mi llanto no iba a hacerte volver, ni saber dónde estabas. Pero me prometió buscarte, y encontrarte.

Y sé que se le olvidará.

Porque yo me olvidé de todo cuando pisé Londres.

Y quise soñar despierta.

Ver el Big Ben al anochecer.

Y bailar todas las canciones del Lamb&Flag.

Pero espero que vea las cartas.

Y escuche música en mi tocadiscos.

Y recuerde la promesa que me hizo con solo trece años.

Y vaya a por ti.

Yo ya no podré verte.

Pero sentiré vuestras risas.

Y seré tan feliz como cuando estábamos juntos.

Capítulo 30 Aitana

Nos quedamos allí, con la espalda reposando en el frío suelo, sin sentir una pizca de él. Extasiados, con dificultad para respirar y sin muchas ganas de intercambiar palabra. Nos miramos, aún desnudos, y comenzamos a hablarnos con nuestras pupilas. Descubrí que él también tenía el mismo miedo que yo. Y ganas, muchas ganas, las mismas que las mías de que todo pudiese salir bien.

Intentarlo estaba siendo la mejor opción. Y aunque fuese un error, estábamos seguros de que volveríamos a cometerlo. No sabía si me arrepentiría de esto más adelante, pero me dejé llevar por el motor del pecho, lo único que me hacía sentir viva, el único al que hacer caso cuando había que tomar una decisión.

Las consecuencias las vería después. Los sentimientos los vería después. Y los miedos no los iba a ver más, porque Noah iba a ser diferente. Noah iba a romper mis esquemas, iba a cambiar mi mundo, iba a darme todo aquello que nunca me habían dado.

—¿Qué será de nosotros después de todo?

—Seremos la lluvia de Londres.

Y con su respuesta en un susurro, dejé de pensar en nada más.

Capítulo 31 Aitana

El lunes llegó muy rápido. El fin de semana no hice más que estar pendiente del móvil para ver si Noah y Dette habían llegado bien a sus destinos. Noah había tardado poco más de una hora y ya estaba con su familia, mientras que a Dette aún le quedaban algunas horas más para llegar a su casa. Una tormenta en mitad del océano le había retrasado el vuelo sin previo aviso, por lo que le llevaría más de trece horas llegar para estar con sus padres.

Jimena llegaría en poco tiempo. La aplicación que utilizaba para rastrear su vuelo indicaba que ya había aterrizado y estaba a la espera de su mensaje para ver si todo había ido bien. Entre tanto, comencé a preparar la habitación en la que se quedaría a pasar las Navidades. Era idéntica a la mía, pero esta tenía las vistas al otro lado de la calle, por lo que no disfrutaría mucho del horizonte al anochecer como lo hacía yo.

El sonido de mi teléfono me hizo salir de mi ensimismamiento. Era Jimena, que en un mensaje me decía que ya había llegado a Londres y que estaba esperando al taxi. Una vez hubiese llegado al centro, cogería el metro para llegar hasta mi casa; a pesar de tener el carné de conducir desde hacía tiempo, en Londres no tenía vehículo para moverme e ir a recogerla. Pensé que podría haber cogido la moto de Noah durante su ausencia y reí por lo bajo por mi propia ocurrencia.

Me vestí con lo primero que pillé del armario y fui hasta la panadería de George para comprar unos dulces de los que le gustaban a mi amiga. Nunca se había caracterizado por ser una persona delgada, y era algo que no le preocupaba en absoluto. Le encantaba comer dulces en todos los momentos importantes. Una napolitana de chocolate, un par cruasanes y una buena porción de tarta de zanahoria.

Paseé por Chelsea con los dulces en una mano y las llaves de casa colgando del cuello. Sin quererlo, llegué hasta Sloane Square, el lugar donde el metro me dejaba todos los días desde la floristería y me senté en uno de los bancos a dejar que el tiempo pasase. Por un momento, eché de menos el ambiente de Barcelona. Esa simpatía entre los vecinos que se conocen de toda la vida cuando coinciden en el supermercado.

Aquí la gente no era así, ni siquiera los que vivían puerta con puerta desde hacía años. La gente, en general, era bastante reservada y cada uno iba con la idea clara de tener que hacer sus recados, sin entretenerse con nadie más. No escuchaba de fondo el sonido de los besos en las mejillas a modo de saludo, ni los gritos de un amigo que se encontraba con otro después de un largo tiempo.

Agarré el gorro de lana que me había puesto para salir y tapé mis orejas antes de coger el móvil para ver las redes sociales. Noah había subido una foto con su hermana, ambos con una amplia sonrisa, mirando una tarta que parecía ser de frambuesas y chocolate blanco. La favorita de Noah.

Dejé un comentario con un corazón amarillo y continué mirando las demás fotografías. Tanisha había subido una en Colmar, y Jimena otra en el aeropuerto donde solo se podían ver las dos enormes maletas que traía consigo. Sonreí al pensar en toda la ropa que tendría que dejar dentro por el poco espacio que tenía en los armarios y le pregunté si le quedaba mucho para llegar.

¿Por dónde vienes? ¿Te queda mucho?

Estoy en Sloane Square.

Acabo de llegar al Big Ben.
En quince minutos estoy por allí,
según mi móvil. Tenemos que
volver por aquí, ¿eh?

No voy a dejar que te vayas de
aquí sin que conozcas la ciudad, boba.
Cuando terminemos de contarnos
todo lo que debemos,
nos vamos a conquistar Londres.

Por cierto, no te olvides de que tienes
que bajarte en Sloane Square. Yo estoy
aquí sentada en un banco. Si necesitas
ayuda para subir las maletas, avísame.

Me contestó con el emoji del pulgar hacia arriba y a los pocos minutos escuché su voz detrás de mi espalda. Si hubiésemos estado en Barcelona, la gente estaría mirándola con los ojos abiertos como platos por el escándalo, pero aquí, con tanto excentricismo, pasaba desapercibida. Llevaba un vestido blanco de tela calada con los hombros descubiertos que resaltaba completamente su figura y sus pronunciadas curvas, unos pendientes largos y unas zapatillas en tonos amarillos que solo a ella se le hubiese ocurrido combinar con una flor en el pelo.

Chillaba mi nombre a viva voz mientras llevaba en cada mano las maletas que antes había visto en la foto. Me acerqué a ella sin dejar de mirarla con los ojos vidriosos, intentando ordenar y colocar en mi cabeza todas sus pertenencias en una habitación pequeña en la que, además, aún guardaba algunos muebles bastante aparatosos que mi madre había dejado en esa casa cuando estuvo viviendo en ella y que yo solo usaba para acumular algo de polvo, libros que ya había leído y ropa que quería donar.

—¿Es que no piensas darme un abrazo? —pregunté riendo.

—¡Ayúdame con las maletas! —contestó—. ¡Qué demonios! Llevo mucho tiempo sin verte.

Soltó las maletas, dejando que cayesen al suelo y, ahora sí, el sonido provocó que fuéramos, durante una milésima de segundo, el centro de miradas de Sloane Square, pero no nos importó en absoluto. Di un salto hasta llegar hasta a ella y me abracé mientras me sostenía en el aire con cariño. Desde que nos conocimos, habíamos disfrutado de aquel saludo tan peculiar.

—¡Te he echado mucho de menos! —sollocé.

Jimena me abrazó con fuerza y me susurró al oído que ella también me había echado de menos. Nos quedamos así durante unos segundos y nos separamos solo para coger las maletas, que estaban al alcance de cualquiera, y volver a casa para que viese mi nuevo hogar. Tardamos poco en llegar y las conversaciones que surgieron entre nosotras fueron infinitas, pero no dejamos que ninguna fluyese con normalidad porque preferíamos hacerlo desde la tranquilidad

del sofá.

—Bienvenida a tu nuevo hogar. Número siete de Bywater Street, en Chelsea —comencé a enseñarle la casa como si fuese la jefa superventas de una inmobiliaria y ella se acopló instantes después. Dejó las maletas sin deshacer encima de la cama e inspeccionó las fotografías que tenía en la planta baja sin reparar en la que salíamos junto a Valeria.

—Has pasado de largo por la fotografía más bonita de la casa.

Comenzó a andar hacia atrás para buscar la imagen de la que hablaba y se llevó la mano a la boca a la par que sonreía.

—¡No me acordaba de esta foto! ¿Cómo es que la tenías? Nos la dio el profesor Martínez, pero se nos perdió en el viaje de fin de curso que hicimos por Madrid. ¿Por qué nadie me había dicho que la tenías aquí?

Las tres salíamos en el autobús del colegio, aunque no el amarillo de todas las películas y series que tanto nos gustaba ver. Habíamos ocupado el asiento trasero y el profesor de filosofía se había agachado frente a nosotras para capturar el momento. Yo estaba en medio de ambas y sujetaba el cuello de mis amigas haciendo, tras ellas, el símbolo de la victoria.

—La encontré en la mudanza, cuando recogí mis cosas. Creo que la imprimí para un trabajo de francés porque me gustaba mucho como salía y al final no la usé.

Jimena cogió el marco, convencida de darle un lugar nuevo a juzgar por las miradas que lanzaba al resto de la casa, y la llevó hasta la mesa que había en mitad del salón. Apartó la bolsa con lo que había comprado en la panadería y la colocó en el centro del cristal.

—Este es su sitio y no merece un no por respuesta.

Acepté, asintiendo con la cabeza, y le enseñé todos los dulces que había comprado para aquel día. Se levantó de un respingo y tardó menos de un segundo en preguntar dónde guardaba el chocolate para preparar dos tazas humeantes en el microondas.

—Tengo muchas cosas que contarte... —dijo antes de probar bocado del cruasán.

—Yo también, ¿quién empieza?

—Lo más importante te lo conté por teléfono, pero hay algo que no te comenté. ¿Te acuerdas de que te dije que igual este era mi sitio? Pues, bueno, durante el vuelo he decidido que voy a mudarme, aunque aún no sé a dónde. Debo salir de Barcelona, al menos una temporada, como has hecho tú. Ya lo he hablado con mi madre y apoya mi decisión. No sé si irme a Madrid, a Valencia... Son ciudades bonitas, ¿verdad? Mudarme a un pueblo no es lo mío, creo que no terminaría de encajar bien entre un par de vacas y calles sin cobertura —rio.

—¿No te apetece cambiar de país? Nuevas costumbres, nueva gente... Es empezar una vida desde cero, como yo. Es difícil, y mucho, pero también conoces gente que luego se vuelve importante en tu vida. Yo he conocido a Dette, una vecina natural de Texas que ahora mismo está en Estados Unidos pasando el mes, y estoy segura de que es una chica que no hubiese entrado en mi vida si siguiese viviendo en España.

—No, tengo decidido que no quiero salir de España, aunque antes no lo tenía tan claro. Tal vez me decante por Madrid porque es la ciudad que más facilidades me da para encontrar trabajo. Me vendría aquí, contigo, pero ahora sé que este no es mi lugar.

—Si me permites un consejo, al final creas un hogar allá donde pongas amor. Yo nunca imaginé que iba a tener esa sensación aquí y lo he hecho. Pero tienes que ir donde creas que mejor vas a estar, y si esa opción es Madrid, las próximas vacaciones las pasaré en Gran Vía.

—Si es que te invito.

—Si es que me invitas —repetí.

—¿Qué tienes que contarme?

Resoplé y eché mi espalda hacia atrás, llegando a tocar el sofá. No sabía muy bien por dónde empezar, así que le indiqué con la mano que se esperase y me terminé el último bocado del cruasán mojado en chocolate mientras pensaba. Lo más lógico sería dejar lo que pasó el sábado para lo último, pero me moría de ganas de compartirlo con alguien que no fuese yo misma.

Empecé a contarle todo del revés y sin ningún orden lógico. Iba saltando de un día a otro y terminé relatando cómo nos conocimos después de nuestro primer beso. Le confié todos mis sentimientos, mis miedos y mi pavor a que todo fuese igual que con Gael, aunque algo dentro de mí me decía que Noah era una persona diferente. Ella me escuchaba con atención. A veces abría los ojos como platos; otras, intentaba interrumpirme sin éxito alguno y en ocasiones guardaba silencio frunciendo el ceño.

—¿Todo esto ha pasado en...?

—En noviembre. Bueno, y en diciembre, sí.

—¿Y estás enamorada?

—No lo sé.

—Pero, ¿quieres estarlo?

—Tampoco lo sé... ¿Supongo?

—¿Lo quieres?

—Sí, creo que sí.

—¿En la cama todo fue bien?

—Mejor de lo que imaginaba.

—¿Mejor que Gael?

—Mejor que Gael.

—¿No te ha hecho mil promesas extrañas?

—Ninguna, que yo recuerde.

—¿El pintalabios morado que siempre usabas es cosa de él?

—¿Dónde lo has visto?

—En el lavabo del baño de arriba. ¿Es cosa de él?

—Sí.

—Entonces adelante.

Me hizo cientos de preguntas. Siempre me decía que era el interrogatorio de las películas policíacas: preguntas cortas, respuestas cortas. Sin que me diese tiempo a pensar, prometíamos contestar lo primero que pasase por nuestra cabeza. La noche se acercó antes de lo esperado y terminamos pidiendo unas pizzas en el restaurante de Agnes que no tardaron mucho en venir.

Ella la pidió de barbacoa y yo me resistí a cambiar de la típica de jamón york y queso. Lloramos, reímos y fuimos lo que nunca habíamos dejado de ser: dos chicas con sed de vivir de nuevo, de resurgir de los escombros y de creer que todo, al fin y al cabo, podía mejorar.

Capítulo 32 Noah

Haber pasado unos días con mi familia me había servido de completa desconexión. Harper estaba muy contenta de verme, pero decía que aún lo estaba más de irse a Nueva York porque era la ciudad de los famosos y ella soñaba con ser como Debby Ryan en Jessie. Se había pasado todos los días mirando fotos desde su pequeña tableta y guardó cientos de ellas en un álbum que tenía por nombre el emoticono de la estatua de la libertad.

Mis padres me ofrecieron en un par de ocasiones irme con ellos a pasar la Navidad a Nueva York, pero Kate no podía permitirse darme más días libres y yo debía mantener mi trabajo para seguir manteniéndome en Londres. Mi madre intentó convencerla por teléfono, pero se mantuvo firme en su decisión. Irme parte de diciembre y enero conllevaría tener que buscar a otra persona, algo que no podía hacer ahora por falta de tiempo.

No me disgustaba la idea de quedarme en Londres, a pesar de que también me hacía bastante ilusión ver a una Harper ilusionada por la Quinta Avenida, pero dejamos apalabrado un viaje en cuanto todos pudiésemos y nadie tuviese que desentender su trabajo. Todas las noches, cuando conseguía que a Harper le venciese el sueño, quedaba con Niall. Cenamos juntos un par de veces y descubrí que Zac y Christine seguían juntos y vivían a las afueras de la ciudad, en un pequeño apartamento que habían alquilado entre los dos. Por lo demás, todo seguía igual que cuando me fui. Mis amigos continuaban quedando para ensayar en alguna ocasión, pero ya no le ponían tanto empeño como antes porque sabían que nunca llegaría esa oportunidad de alguna discográfica importante con la que tanto ansiaban grabar; Allie seguía frecuentando su librería y Evan su cafetería, pero nuestro grupo de amigos ya no era el mismo.

Hoy saldría mi avión de vuelta a Londres e iría acompañado de mis padres, que tenían vuelo directo a Nueva York. Allí nos despediríamos y ellos irían a una de las ciudades soñadas por mi hermana. Iba feliz en el coche hasta Londres, completamente seguro de que no se le había pasado aún por la cabeza la idea de que me quedaba aquí y que tendría que viajar en avión.

Ambos formábamos un buen tándem, diría que de los mejores que conocía. Yo siempre quería protegerla, al igual que ella a mí, y ambos lo hacíamos, a nuestra manera, pero lo hacíamos. Porque no habían sido pocas las veces que, sin saberlo, había estado conmigo en momentos en los que ni yo mismo quería. Llegamos a Londres y dejamos el coche de alquiler en el aeropuerto. Más adelante tendría que buscar la manera de irme a casa con las maletas, aunque no llevaba mucho equipaje, solo el justo para la semana que había pasado en Edimburgo.

—Espero que todo vaya bien, papá. Estoy seguro de que vas a cerrar ese negocio sea como sea. Mantenedme informado de todo y no hagáis la misma tontería de la última vez —advertí llevando mi dedo índice cerca de su cara.

Me agaché para coger a Harper y le di un beso a mi madre aún con mi hermana en brazos. Después de intercambiar unas palabras, me despedí de Harper de la forma que más nos gustaba: con cosquillas hasta dejarla exhausta.

—Pásatelo bien en Nueva York. Y haz muchas fotos, ¿vale? Quiero verlas todas. Pídele a mamá el móvil y me las pasas por las noches, cuando estés en el hotel. Si te encuentras con Jessie o con la cantante rubia que te gusta, pídeles una foto, ya verás qué bonitas van a quedar en tu habitación.

—¡Tiffany Road! —exclamó cruzándose de brazos, enfadada por no haber dicho el nombre de la cantante.

Asentí con una sonrisa y le llené la cara de besos, para, posteriormente, hacer lo mismo con mis padres antes de verlos marchar al control de seguridad. Me quedé quieto hasta que los tres pasaron sin ningún incidente y se volvieron para decirme adiós antes de embarcar. Quise aprovechar la espera mientras venía un taxi para hablar con Aitana y ver qué tal le habían ido estos cinco días con Jimena, pero en menos de lo que esperé, tenía uno delante de mí que me hacía señales para que entrase.

En cuanto me senté en el asiento del copiloto, mi teléfono comenzó a sonar. Extrañado, levanté la pantalla y vi una foto de Martin. Estaba al otro lado de la línea, queriéndose poner en contacto conmigo.

—¡Ey! ¿Dónde estás? ¿Todo bien por Edimburgo?

—He aterrizado hace poco, estoy yendo de camino a casa, ¿por? Mañana empiezo a trabajar de nuevo, así que si quieres algo, pídemelo ahora —bromeé.

—Sé de otra persona que tiene más ganas de verte que yo...

Arqueeé una ceja y me separé el teléfono de la oreja para ver que todo estaba en orden y la llamada no se había cortado, porque dejé de oír la voz de Martin por un momento.

—¿Noah?

—¿Aitana?

Sonreí con tanta efusividad que el chófer me miró de soslayo diciéndome con la mirada que lo mejor era que guardase silencio si no quería desconcentrarlo. Automáticamente, bajé el tono de voz y puse la mano sobre mis labios para evitar que el hombre se enterase de la conversación.

—¿Cómo es que estás con Martin? —pregunté alegre.

—Ha venido a la floristería a comprar unas flores para Ridge, que está enfermo y no ha podido acercarse por el frío. Ahora está hablando con Jimena... Creo que han encajado bien —terminó susurrando—. Por cierto, creo que es un buen día para que conozcas a Jimena, ¿no crees? Cerraré la floristería dentro de poco y tú aún estás disfrutando de tu último día de vacaciones. ¿Nos vemos en tu casa a las... nueve?

Comprobé la hora en mi teléfono. Aún me quedaban unas dos horas y media para llegar, deshacer las maletas y limpiar un poco el desastre de casa después de cinco días sin estar allí.

—Así le enseño a Jimena otro sitio de Londres, Kensington está muy chulo. Ya nos guiais Martin y tú por allí —añadió.

—No se hable más, a las nueve en mi casa. Por cierto, Aitana...

—Dime...

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti.

Capítulo 33 Aitana

Llegamos a casa de Noah sin ser demasiado puntuales. Martin había decidido irse por su cuenta para estar más tiempo con su amigo y echarle una mano y nosotras nos decantamos por irnos en metro. Jimena lo odiaba, decía que olía mal y se agobiaba con tanta gente, pero era la mejor forma de que llegásemos a tiempo sin que fuese demasiado caro.

Habíamos mirado en internet algunos planes para hacer en Londres en Navidad. La casa de Noah estaba a tan solo media hora de Harrods, unos grandes almacenes que decoraban su fachada y el interior con muchas luces, grandes árboles y decoración navideña de ensueño. No era la primera vez que había visto anunciado el gran trabajo que hacían en Harrods, así que tanto Jimena como yo nos moríamos de ganas por ir.

—No conocía esta zona de Londres...Ni siquiera sale en las guías de viajes —susurró Jimena entrando a Drayson Mews.

—No es muy turística, pero es bastante bonita. Yo no la conocía hasta que vine a casa de Noah, aunque Kensington sí me sonaba mucho de alguna que otra novela romántica de las que leía mi madre.

Vimos la moto aparcada en la puerta y llamamos al timbre en cuanto llegamos. Jimena aprovechó para dar una vuelta por la calle de Noah y hacerse algunas fotos. Desde que conoció a Priscila Rose, una influencer de fitness, decidió hacerse un perfil en el que ya contaba con bastantes seguidores donde mostraba orgullosa su cuerpo, sin ningún tipo de filtros ni retoques.

—¡Ya estamos todos! —exclamó Martin cuando abrió la puerta—. ¡Noah, han llegado Aitana y Jimena! —terminó diciendo, con un acento inglés que me hizo sonreír.

Jimena sonrió y miró a Martin de una forma especial, pero no lo suficiente como para levantar mis sospechas sobre algo que pudiese suceder entre ellos. Noah no estaba en la planta baja, pero nos sentamos en el sofá como si fuera nuestra propia casa mientras esperábamos.

—Está arriba, terminando de vestirse. Es un poco impuntual a veces, no se lo tengáis en cuenta.

—Odio a las personas impuntuales —apostilló Jimena, aunque no en un tono serio.

—¡Pues no me odies a mí, que ya estoy aquí! —dijo Noah, bajando las escaleras de dos en dos—. Lo siento, pero tenía algo que limpiar y cuando he mirado el reloj, ya era un poco tarde. ¿Tenéis algún plan interesante?

—¿Qué os parece si vamos a Brompton Road? Jimena y yo tenemos muchas ganas de pasar por Harrods. Creo que hoy tienen un horario especial, se lo he visto a una actriz que lo ha compartido en redes sociales.

—No... ¿Vamos a ir de tiendas y ver adornos navideños? ¿De verdad? —se lamentó Martin

—. ¡Yo pensaba que me había librado de eso cuando mi hermana se hizo mayor!

Jimena y yo sonreímos. A las dos nos gustaba esta época del año, pero ninguna la habíamos disfrutado desde hacía varios años. Yo siempre me compraba una bola de nieve, con cualquier cosa que tuviese dentro: una ciudad, un paisaje, o incluso una vez conseguí una de unos delfines con gorros de Santa Claus. Las dos salíamos por Barcelona a comer castañas asadas y siempre nos hacíamos algunas fotos delante de los árboles de luces gigantes que ponían para adornar el centro de la ciudad.

—Venga, anda, no seas quejica. Al final siempre lo pasamos bien escuchando a Mariah Carey en todas las tiendas y dando algunas libras de aguinaldo —insistió Noah bromeando.

—*Don't care about the presents...* —canturreó Martin ofreciéndole la mano a Jimena, que lo miraba con la ceja arqueada—. *All I want for Christmas is you* —continuó, alargando la última vocal y dejándose la garganta en la canción, mal cantada.

Al final, todos cedimos al compás de Martin y terminamos bailando en mitad del salón al ritmo de la archiconocida canción de Carey. Noah había puesto la canción en el móvil y ahora, sin los intentos de afinar de Martin, parecía algo más serio. La canción terminó, reímos ante el momento y nos fuimos a Harrods. Preferimos hacerlo andando, así Noah le enseñaría a Jimena la zona en la que vivía y algunos museos y sitios emblemáticos. Era la primera vez que paseaba por allí y había edificios preciosos a los que las guías no le daban mucho valor.

—La próxima vez que quedemos juntos, tengo que llevarte a un sitio que te va a encantar... Espero que no se me olvide, porque soy bastante despistado —me susurró Noah cuando Martin y Jimena aligeraron el paso y nos adelantaron.

Asentí con la cabeza y sonreí justo antes de que pasase su brazo por mis hombros. Yo era bastante más baja que él e hizo que volviese a sentirme como en casa. Protegida, aunque no había ningún monstruo que pudiese derribarme. Y con esa sensación, llegamos hasta el lugar al que tantas ganas tenía de ir: Brompton Road. Repleta de luces, entre ellas las más grandes de toda la calle, las de Harrods, y la gente no dejaba de ir de un lado a otro con bolsas llenas de regalos.

Algunos hablaban por teléfono, otros iban en compañía; algunos contentos porque habían conseguido comprar el regalo perfecto, y otros enfadados porque lo que querían comprar ya estaba agotado. Los niños llevaban caramelos en sus manos, y a alguno que otro le sobresalía el papel de colores del bolsillo del pantalón. Felices, llevaban unos globos con el rostro de Santa Claus y una firma que no sería de otro que de la persona encargada de sentar a los niños en su regazo durante todo el mes a cambio de unas pocas libras.

—Coged aire, porque ahí dentro habrá tanta gente que no podremos ni respirar con normalidad.

La advertencia de Martin que todos nos tomamos a risa cobró más sentido cuando comprobamos que estaba en lo cierto. La gente incluso peleaba por coger la última caja del juguete de la temporada. Los niños, con abrigos a la altura de las rodillas, andaban correteando de un lado a otro, acalorados y con el rostro enrojecido a causa de las carreras que se daban de

una punta de la tienda hasta donde estaban sus padres.

Era la zona más concurrida de todas, pero también había visto en varias páginas que era la que mejor decorada estaba. Los niños eran los que más disfrutaban de esta festividad y estaba todo pensado para ellos. Yo había crecido, pero en mi interior aún sentía esa necesidad de ser una niña, así que me sentí bien en la planta infantil. Si no hubiese sido porque había tanta gente, estoy segura de que hubiera sido la primera en sentarse en el regazo de Santa Claus a pedirle mis regalos.

—Es una pasada... —susurré mirando el techo y haciendo un leve barrido con la mirada.

—Y no has visto las otras plantas... Hay una con una esfinge preciosa que simula el interior de una tumba egipcia. ¡Y hubo un zoo en los sesenta! En la tienda había una zona para Christian, un león precioso que luego dejaron libre.

—¿Cómo es que sabes tanto de Harrods? —Quiso saber Noah, aunque era algo que nos preguntábamos todos.

—Trabajé aquí durante un par de años, pero me despidieron porque la hija del encargado terminó su carrera y, casualmente, encajaba en mi puesto, aunque nadie se lo creyó —se encogió los hombros—. Pero trabajar aquí está bien, aunque en Navidad doblásemos turno. Además, a mi hermana siempre le ha gustado venir por estas fechas. A veces no comprábamos nada, pero se recorría la tienda corriendo y se llenaba los bolsillos de caramelos de chocolate que le regalaban mis compañeras. Le guardaban las mejores chokolatinas y algunos peluches de sorteos que nunca llegaban a reclamar.

—Si me diesen trabajo aquí, no volvería a Barcelona ni a coger más ropa... ¡Unicornios! —exclamó Jimena en cuanto vio un peluche gigante, desviándose por completo de la conversación.

No solo tenía un tatuaje de una pequeña cabeza de unicornio, sino que también había decorado su habitación con el animal mitológico. Fuimos juntas a hacernos un tatuaje, cuando yo me hice una serpiente en la cadera. Para ambas, nuestro tatuaje significaba lo mismo: liberación. La sensación de sentirnos libres, de salirnos de la jaula, de no notar ataduras.

Martin fue tras ella con la excusa de que se iba a perder ante tanto tumulto y Noah y yo nos quedamos solos en la mitad de aquella sala sin saber qué decirnos. La última vez que estuvimos juntos y solos, dejamos que los sentimientos hablasen por nosotros; nos dejamos llevar por primera vez por aquello que verdaderamente queríamos hacer, sin pensar en las consecuencias ni medir lo que podía pasar. Y ahora, después de habernos hablado con los ojos, no podíamos hacerlo con palabras.

—¿Te apetece que hablemos fuera? —me ofreció—. Creo que aquí no vamos a oírnos bien.

Asentí con la cabeza y salimos de Harrods esquivando a niños y padres corriendo tras ellos para que no formasen un escándalo jugando con los juguetes de exposición.

—No sé, pero... Creo que tenemos una conversación pendiente, ¿no? —dije en cuanto conseguimos salir de allí.

Me froté las manos y las acerqué a mis labios para intentar calentarlas antes de ponerme los guantes rojos de nuevo y retomar la conversación.

—¿Cómo te sientes después de lo del otro día?

—Desconcertada.

—¿Por qué?

—Porque hacía tiempo que no actuaba tal y como lo que sentía. Quiero decir, que... siempre he sido muy impulsiva, pero —sacudí la cabeza— había dejado de serlo, y hace mucho tiempo. Ahora no sé qué somos, y eso me crea incertidumbre. Y no, no me vale saber que seremos la lluvia de Londres —susurré, sonriente, sorbiendo por la nariz a causa del frío.

Noah rio por debajo de la nariz y se acercó a mí para abrazarme por detrás. Comenzó a mover rápidamente sus manos de arriba abajo por mis brazos para hacerme entrar en calor, y cuando estuvo varios segundos así y yo sentía el efecto debajo de mi jersey, me giré para obtener una respuesta.

—No sé lo que somos, Aitana, no lo sé. Y no sé lo que vamos a ser, pero sí sé lo que fuimos. Y hemos sido dos personas que han amado y han sentido, que lo han dado todo y no han sido correspondidas. Nos han jodido, y lo sabíamos, pero les hemos dejado hacerlo porque nos habíamos enamorado como nunca. Y por eso tengo la certeza de que, pase lo que pase, va a salir bien. Llegará cuando tenga que hacerlo, pero no quiero adelantarme a nada si quiero seguir manteniendo la ilusión. O lo que quiera que sea esto. En algún momento le pondremos nombre.

—¿Y si sale mal?

—Si sale mal, volveremos a aprender para intentarlo de nuevo. Si sale bien, me dejarás decirte de nuevo que somos la lluvia de Londres.

No sabía muy bien de dónde sacaba siempre las palabras exactas para calmarme, pero siempre lo hacía. La respuesta idónea. La sonrisa a tiempo. El abrazo más grande. El que más reconfortaba, el que más anhelaba. Lo que necesitaba, aunque ni yo supiese exactamente lo que era.

—¿Qué hacéis aquí? —La voz de Jimena se escuchó detrás de nosotros—. Llevamos buscándoos un rato, estábamos a punto de llamaros por teléfono. Avisad la próxima vez que salgáis, esto es un maldito laberinto...

—Toma, Noah, lo que pediste... —soltó Martin con una mueca, dándole una pequeña cajita de terciopelo azul con un envoltorio transparente.

Noah lo miró con cara de pocos amigos y chasqueó la lengua para quitarle de mala gana la bolsa de las manos, sin decir nada al respecto.

—No sabes guardar un secreto, ya te vale.

—Ya te vale a ti, que no has sabido organizarte y me has tenido dando vueltas por la tienda buscándote.

No intercambiaron más palabras y Martin entró dentro de nuevo con Jimena. Mi amiga se mantuvo en silencio, pero me miraba sonriente sabiendo lo que iba a pasar en ese momento en el que yo no sabía lo que estaba sucediendo. Se despidió de mí con la mirada y una sonrisa y volví a mirar a Noah a los ojos.

—Es una tontería, pero creo que puede gustarte... —susurró dándome la caja junto a una carta con un papel envejecido que había captado toda mi atención—. Quiero que la carta la abras en tu habitación. Cuando más te apetezca, pero en tu habitación. Y no le des la vuelta, por favor...

Asentí y la guardé por el lado de la solapa, donde había un pequeño sello de lacre con un logotipo que no logré alcanzar a identificar. Abrí la caja segundos después con ganas e impaciencia por saber qué había dentro. En cuanto terminé de abrirla, una pequeña bola de nieve sobresalió de ella. En su interior había una pequeña escultura de Bywater Street y un diminuto Big Ben en el fondo que apenas se veía. Parecía hecha a mi justa medida para que el regalo fuese el perfecto para Aitana.

—Gracias, pero no tenías que haberte molestado... ¿Cómo sabías que...

—Tienes varias en tu casa y te has quedado mirando algunas cuando hemos entrado en Harrods. Además, Jimena me dio la idea. Martin me ha ayudado un poco para que no me pillases —sonrió llevándose la mano a la nuca.

—Gracias por estar.

—Y a ti por ser —me contestó.

Y así, con los labios separados por apenas unos milímetros nos fundimos en un beso a los pies de Harrods, con un villancico de Mariah Carey y a unos días de Navidad. Sintiendo el frío en las mejillas y sus manos en mi cintura. Con la lana de la bufanda rozando mi cuello. Y con la bola de nieve bocabajo para ver cómo nevaba en Bywater Street.

Capítulo 34 Aitana

Llegué a casa con Jimena después de haber cenado en un McDonald's de Oxford Street, quien había aprovechado para entrar en las tiendas de moda de Londres que aún no habían llegado a Barcelona. Intercambiamos pocas palabras debido al cansancio y subimos las escaleras poco a poco hasta que cada una entró en su habitación tras unos besos y una sonrisa de despedida.

Me puse el pijama rosa de conejitos y me senté en la cama, con las piernas cruzadas. Me di cuenta de que el libro de Virginia Woolf estaba abierto por una página con una frase subrayada a lápiz: «¿Qué más os puedo decir que os incite a entregaros a la labor de vivir?». No recordé en qué momento abrí la novela, así que la cerré desconcertada y cogí la carta que me había dado Noah.

MRS. A. MARTÍ.
The blue house, yellow bedroom
7, Bywater Street.
Chelsea,
LONDON

Miré las paredes de la habitación, en tonos amarillo pastel, uno de los colores favoritos de mi abuela y mi madre. Sonreí al ver el detalle que había tenido Noah. Era la carta de admisión a Hogwarts, esa que todos queríamos tener algún día en nuestras manos. La abrí despacio para no romper el lacre del sello y comencé a leer sonriendo:

Estimada Srta. Martí,

Nos complace informarle que, como ha demostrado los talentos necesarios, ha sido aceptada para hacer una visita a la Escuela de Magia y Hechicería de Hogwarts y Hogsmeade en Navidad. Encontrará adjunta una lista de todos los complementos y equipos necesarios para la visita.

La visita está programada para el día 31 de diciembre. Esperamos su confirmación para no más tarde del 29 de diciembre.

Suya sinceramente,

Minerva McGonagall,
Directora Adjunta

Una lágrima comenzó a amenazar con recorrer mi rostro, aún maquillado, dejando un reguero completamente limpio hasta mis labios. Desde que nos conocimos, me había dado cuenta de que había sido uno de los chicos más atentos que había tenido nunca en mi vida. Todo el que fuese fan de Harry Potter se moriría de la ilusión al recibir esta carta, más aún si se la

entregaban por sorpresa y a unos días de entrar en la época más bonita del año.

La coloqué sobre la cama y me levanté para coger de nuevo la bola de nieve que me había regalado Noah. Laagité en mitad de la habitación para ver cómo nevaba en su interior y me imaginé dentro de ella, caminando por Bywater Street y viendo la nieve caer sobre mis zapatos, tiñéndolos de color blanco. Deseaba que nevase en algún momento y, a juzgar por el clima de la ciudad, estaba segura de que pronto tendría la oportunidad de verlo y dejar las huellas en la calle sin salida de las casas de colores junto a las de Nemo cuando iba y venía de un porche a otro. Y las de Balú, el perro del chico de enfrente.

Arqueé una ceja y fruncí el ceño extrañada cuando vi que detrás de la carta había más texto en el que no había reparado la primera vez cuando la abrí.

Debido a que el mundo muggle ha descubierto recientemente la comunidad de magos, el Ministerio de Magia ha determinado que todas las cartas de Hogwarts deben enviarse por correo muggle hasta nuevo aviso.

Lamentamos que su carta no haya sido enviada por el tradicional correo con lechuza, pero Noah se ha ofrecido, tal y como lo haría Hedwig.

Sinceramente,

Percy Weasley
Subsecretario del Ministro de Magia

Cada día estaba más segura de que Noah era la pieza del puzle que tenía que completar.



—Jimena, pásame cuando puedas las rosas que hay en el almacén, por favor. Voy a rellenar los cubos de fuera, que algunas están algo marchitas.

Mi amiga me miró sonriendo y en apenas unos minutos ya tenía las flores en la puerta de la floristería. Contar con su ayuda durante estos días había sido clave, puesto que las ventas eran mucho mayores y la había necesitado para que atendiese a algunos clientes, mientras yo me dedicaba a estar con otros. Los ingresos habían superado los gastos y, por primera vez en varias semanas desde que se había ido Winter, había conseguido un gran beneficio. La tienda online funcionaba bastante bien y también había sido de gran ayuda para evitar cerrar el local de manera inmediata.

—Venir a Londres está siendo como una terapia —soltó.

Terminé de cortar el tallo de unas flores y me giré sobre mis talones para abrazarla antes de responder.

—Quiero pedirte perdón porque fui yo la que te dije cientos de veces que huir no era una

opción e igual eso influyó en que tardases en tomar tu decisión. Y mírate, es la mejor que podías haber tomado.

—Solo me aconsejabas lo que pensabas que era mejor para mí, Aitana. No te culpes, igual yo te hubiese dado el mismo consejo que tú a mí. Estoy segura de que también te he podido dar malos consejos.

Acaricié su pelo rubio y posé un mechón detrás de su oreja antes de limpiar una lágrima de mis ojos. Seguía sintiéndome culpable por influir en sus decisiones de manera errónea. Aunque ambas nos habíamos dado consejos desafortunados, este era crucial en un momento de su vida en el que nada parecía estar bien.

—No quiero que los días que me quedan aquí sean tristes, Aitana. No estés así, por favor. El día veinticuatro está a la vuelta de la esquina y quiero celebrarlo siendo un poco más feliz.

—Quiero invitar a Noah y a Martin a pasar la Navidad con nosotras. Podemos cenar juntas la noche antes, porque ellos no la celebran, y luego, el día veinticinco lo pasamos con ellos. ¿Qué te parece?

—Me parece genial, pero habrá que preguntar antes, porque Martin igual tiene que cuidar de Ridge, ¿no? Al menos me comentó que se dedicaba a ello. Noah sí tendrá el día libre, supongo —afirmó con una sonrisa.

Asentí con la cabeza y le escribí un mensaje a Noah preguntando por Martin, aunque ya me había comentado hacía unas semanas que estaría solo porque Callie se encargaría de cuidar a su padre. No tardé mucho en recibir como respuesta la confirmación de que Ridge estaría en casa de su hija en Irlanda, por lo que el plan seguía adelante. Quedamos en ir a comprar algo de comida para los cuatro y recé por encontrar algún pastel extravagante de los que hacía Dette, aunque ni siquiera se pareciese el sabor porque los de ella eran únicos.

—Se me acaba de ocurrir... —interrumpió Jimena.

Pausé la canción de Paris Jackson levantando una ceja. No me gustaba que me hablasen cuando tenía la música puesta, o cuando los auriculares estaban en mis oídos. Escuchar música era entrar en otro mundo del que no me gustaba salir salvo que fuese estrictamente necesario.

—Ya sé que te molesta para la música, pero se me acaba de ocurrir que podemos cenar en la terraza si no hace mucho frío. Tendremos unas vistas estupendas de la ciudad.

Agaché la mirada, avergonzada, pensando en la última vez que había estado en la azotea de noche, disfrutando de las vistas de Londres. Me sonrojé sin quererlo y lo supe porque mis mejillas ahora estaban más calientes que antes.

—¿Tienes algo que contarme?

—Cuando cerremos la floristería, sí. Ahora no... —dije entre dientes mientras entraba un nuevo cliente.

Capítulo 35 Noah

Todo estaba planeado para la cena de Navidad de esta noche en casa de Aitana. En ningún momento pensé en disfrutar juntos de un día como ese, pero después de haber recibido su mensaje no pude decirle que no porque realmente me apetecía. Después de que Aitana me preguntase, Martin me confirmó que no tenía planes y estaría solo todo el día, por lo que también se apuntó. No quería pasar el día de Navidad en soledad y su familia estaba en Irlanda en una cena a la que él no quiso asistir para evitar preguntas comprometidas sobre Ivy y su viaje a Glasgow.

Ambos habíamos ido a comprar un par de regalos, él uno para Jimena y yo otro para Aitana. Intenté preguntarle si le gustaba la chica, pero no obtuve respuesta. No eran más que simples amigos que habían conectado bien y no por ello debían gustarse o sentir algo el uno por el otro, por mucho que la gente se empeñase en que la amistad entre personas de distinto sexo no existía.

Con su compañía, el tiempo parecía ir más deprisa, porque Aitana y yo teníamos menos tiempo para estar juntos, para disfrutar lentamente de los minutos, de los labios del otro. No podíamos dormir y sentir la lluvia contra la ventana. Echaba de menos esas conversaciones sobre los temas más raros del mundo. Nuestras pequeñas peleas por ver quién era el rey del rock, el musical más emocionante de la cartelera o la película más emotiva de la historia del cine. Martin lo sabía, pero también se sentía bien con Jimena y quería aprovechar todo el tiempo que pudiese junto a ella, porque se sentía un poco mejor compartiendo algunas experiencias con la chica rubia.

Y yo no le culpaba, porque ambos queríamos lo mismo, y juntos estábamos haciendo lo que más necesitábamos: estar junto a otra persona a la que sentíamos como la parte ausente de nosotros, aunque de distinta manera.

¡Hola! Jimena y yo hemos comprado algo
de comida, pero pásate por algún
supermercado y comprad lo que vosotros
queráis.

Recibí un mensaje de Aitana que me hizo bajar el volumen de la televisión de manera instintiva y dejar todo lo que estaba haciendo en el momento, que no era otra cosa que elegir la ropa que me pondría esa misma noche. Estaba dudando entre un jersey de cuello alto gris o uno negro, que era mi preferido y el que siempre me ponía en ocasiones especiales.

Lo digo por si hay algo que no
os guste y os quedáis sin cenar.

Espero que nos sorprenda con un
pastel de kiwi con melocotón o algo así

Hemos comprado lo que siempre compramos
en España cuando celebramos
la Navidad, pero igual vosotros coméis

otra cosa típica. No he comprado pavo.

El pavo era una comida muy popular en Navidad en Gran Bretaña. Mi abuela lo cocinaba todos los años hasta que mi abuelo falleció. Lo acompañaba de salsa gravy, hecha con el jugo que el propio pavo liberaba durante su cocción. Yo intenté aprender más de una vez cómo se hacía, pero nunca fui capaz de descubrir cuál era el truco de mi abuela para que le saliese tan jugoso. Miré en internet algún sitio donde pudiesen prepararlo para esta noche, pero estaba seguro de que sería complicado.

Cansado de buscar sin éxito, avisé a Martin para que se preparase. Apenas quedaban dos horas para las nueve y estaba seguro de que habría bastante atasco; ya de por sí Londres era una ciudad muy concurrida y en días como hoy, en los que todos estábamos yendo de un lado a otro para estar con nuestros familiares, estaría más abarrotada de gente que de costumbre.

Dudé mucho qué ponerme, pero al final me decanté por un jersey burdeos encima de una camisa blanca a conjunto con unos pantalones oscuros. No era algo muy formal, pero me gustaba cómo me veía y estaba bastante cómodo. Miré por última vez en el espejo, me pasé la mano por el pelo y abandoné mi casa para ponerme el casco e ir a por Martin en mi Harley Davidson.

Intenté no esquivar muchos coches para evitar un accidente y respeté mi lugar detrás de cada vehículo. Tardé veinte minutos más de lo normal en ver la chimenea humeante de la casa de Martin. Después de un par de discusiones, Ridge aceptó irse a Irlanda con su hija el día de Navidad a cambio de cenar un poco de carne a la brasa antes de partir.

—¡Has llegado puntual! —exclamó cuando abrió la puerta.

—He salido temprano, ya sabes que suele haber bastante atasco por estas fechas...

Martin se encogió de hombros y se acercó hasta la moto para ponerse el casco justo después de despedirse de su familia. Llevaba un atuendo muy parecido al mío, pero él había optado por el color negro, a juego con la mitad de su brazo, cubierto de tatuajes. No hablamos durante todo el trayecto, ni cuando nos parábamos en algún semáforo. El gentío de la ciudad y el casco eran los impedimentos perfectos para no entablar conversación.

—¿Vamos a Chelsea? —preguntó chillando en mi oreja.

—¡Bywater Street! —contesté de la misma forma.

—¿Las casas de colores como las de Notting Hill?

Asentí con la cabeza y continué mi itinerario hasta que aparqué en Sloane Square, el único sitio no muy lejos de la casa de Aitana en el que encontré aparcamiento después de estar unos minutos dando vueltas escuchando la desesperación de Martin a mi espalda.

—Pensé que nadie vivía en esas casas y eran solo un atractivo turístico por la película de Julia Roberts —bromeó mientras se bajó de la moto encendiendo un cigarro.

Me reí ante su ocurrencia y puse mi mano para que me diera el mechero, que se me había olvidado en casa. Mientras encendía un cigarrillo me acordé de la promesa que le hice a mi madre el último día que estuve en Edimburgo. Sonreí y continué mi paso junto a mi amigo, que no dejaba de contarme algo sobre una remasterización de un grupo latinoamericano de los noventa que le encantaba.

—¿Has cogido el regalo de Jimena?

—¿Y tú el de Aitana?

Ambos nos asentimos el uno al otro y llamamos al timbre decididos. No sin antes terminar de acicalarnos en la puerta, mirando nuestro reflejo en el cristal de un macetero que colgaba de la ventana del salón.

—¡Los invitados! —exclamó Jimena con una sonrisa, que fue quien abrió la puerta.

Aitana apareció por detrás, secándose las manos en un paño de cocina. Me quedé

completamente quieto mientras la miraba de la cabeza a los pies. Llevaba el pelo suelto, con unas ondas que le caían por sus hombros al igual que el flequillo lo hacía con sus pestañas, como siempre. Acompañó su atuendo con un vestido rojo nada ceñido y de cuello alto y unas botas negras hasta la rodilla que realzaban su figura.

—¿Noah? —preguntó con una sonrisa—. ¿Me has oído?

Agité la cabeza de un lado a otro para salir de mis pensamientos y me acerqué a ella para darle un abrazo. Reparé en que Martin ya estaba sentado en el sofá, pero yo no fui consciente de que lo había pasado, ni del tiempo que había transcurrido desde que había cruzado la puerta.

—Te decía que puedes tomar asiento cuando quieras, que ahora sacamos la cena. Jimena —anunció, haciendo énfasis en el nombre—, ha propuesto que cenemos arriba, en la azotea.

La susodicha sonrió antes de subir las escaleras y Aitana me miró encogiéndose de hombros, lo que me hizo pensar que ya sabía lo que había pasado la noche que fuimos a la última planta de la casa. Martin seguía comiéndose unas patatas con vinagre de bolsa en el sofá mientras veía un programa americano bastante cutre.

Atravesamos de nuevo la puerta de forja y encontré una mesa bastante grande con cuatro sillas decoradas para la ocasión. En el centro de la mesa había un plato cuadrado con velas y unas flores disecadas en el pie. Nuestros nombres colgaban de las sillas, escritos con una letra preciosa en una cartulina blanca y los cubiertos ya estaban colocados. Además, una especie de carpa, como la que cubría los circos, protegía la mesa del frío que hacía.

—¡Está todo precioso! Muchas gracias por habernos invitado, después os ayudamos a recoger.

—Ha sido todo obra de Jimena, yo hubiese tenido ansiedad solo de pensar en subir todo aquí arriba.

Sonreí y le pasé el brazo por detrás del cuello para atraerla hasta mí y darle un beso en la mejilla.

—¡Un momento! —La voz de Martin se escuchaba junto a sus pasos, subiendo las últimas escaleras—. A ver... —manifestó, jadeando y llevándose una mano al pecho para coger aire—. ¿Dónde puñetas está el árbol de Navidad?

Jimena y Aitana se miraron ojipláticas, pero ninguna de las dos dijo nada. Ambas se quedaron calladas y sin saber qué decir. Martin, que era un gran creyente de la magia de la Navidad después de haber visto *Solo en casa* durante toda su vida y al haber trabajado en grandes campañas navideñas, esperaba ansioso y con los brazos cruzados la respuesta.

—Hace mucho tiempo que no ponemos el árbol de Navidad. Creo que... se nos ha olvidado, sí.

Me llevé una mano a la cabeza y agaché la mirada en cuanto lo escuché. Estaba completamente seguro de que Martin querría poner el árbol a toda costa y eso incluía queuviésemos que salir a buscar un abeto a estas horas de la noche por la ciudad, y en moto.

—Martin, no voy a ir a comprar ningún árbol de Navidad ahora —adelanté.

—A mí... Me hace ilusión que pongamos el árbol. Se me ha olvidado, es todo, pero ahora empieza una nueva etapa, ¿no? ¿Y si este año es mi año? ¿Y si tengo que ponerlo para empezar con buen pie? Llevo años sin celebrar la Navidad... Desde que murió mi madre no he encontrado ocasión para hacerlo, y cuando me he sentido con la fuerza suficiente pasó lo de Valeria, y luego lo de mi padre. Quiero poner el árbol de Navidad... Vale, sé que se me habría olvidado si Martin no lo hubiese dicho, pero ahora quiero hacerlo.

Miré a la dueña de aquellas palabras, que tenía los ojos vidriosos y estaba a punto de estallar en lágrimas.

—No se hable más entonces. Ahora venimos —afirmé antes de escuchar las palmadas de Aitana y ver la sonrisa de Martin.

Capítulo 36 Noah

No sabía ni dónde ir por el abeto, ni cómo lo íbamos a traer si el único medio de transporte que tenía era la moto. Martin aún estaba dentro de la casa, cogiendo la chaqueta que se había quitado y saliendo con prisa segundos después.

—¿De dónde vamos a sacar un abeto a las nueve y media de la noche del veinticinco de diciembre?

—Conozco a un hombre que los vende no muy lejos de aquí. Seguro que le queda alguno, mi abuelo siempre ha sido muy despidado y lo compraba ahí a última hora.

—¿Tan a última hora? —pregunté haciendo énfasis en la última palabra—. ¿Y cómo vamos a traerlo?

Saqué las llaves del bolsillo de mi pantalón y esperé que Martin se subiese detrás de mí para recibir sus indicaciones. Si era cierto que no estaba demasiado lejos, podríamos llegar pronto y así no alargar innecesariamente la cena.

—Si puede, nos lo trae con la camioneta, y si no... Conduces tú y yo lo traigo como pueda. No lo sé, Noah.

—¿No lo sé? —dije girándome para mirarlo con el ceño fruncido—. ¡A quién se le ocurre buscar el árbol de Navidad cuando llegas a una casa por primera vez! Yo soy incapaz de mirar a otro lado que no sean mis pies.

Arranqué y atravesé un par de calles hasta que llegué a una especie de parque salvaje que me hacía sentir en cualquier parte del mundo menos en Londres. Parecía el típico cementerio de coches usados que salen en todas las películas al mando de un señor bigotudo con camiseta blanca sin mangas y con manchas de grasa.

—¿Dónde me has traído? —pregunté extrañado mirando a todas partes.

—Al vivero de Austin.

—En el jardín de mi bar hay plantas con más vida que las que hay aquí, Martin.

—Guarda silencio si quieres llevarte un abeto de aquí. Austin suele tener muy malas pulgas, es un poco *Grinch*.

—¿Quién anda ahí? —Una voz bastante ronca hizo que diese un brinco del susto—. Hoy no es día de comprar abetos. ¡Ya es Navidad, por el amor de Dios!

Martin y yo guardamos silencio y nos acercamos a la pequeña caseta con paso lento. Mi amigo me indicaba con la mano que le restase importancia y cada vez con paso más firme conseguimos llamar. Para mi sorpresa, un hombre bien arreglado que no mediría más de metro y medio y muy delgado se asomó al otro lado de la puerta.

—¿Qué queréis? ¡Hombre, Martin! ¿Qué haces aquí? ¿Es que a Ridge se le ha olvidado comprar el árbol un año más?

—No es para mí, Austin. Es para... —frenó sin saber qué decir— para una amiga, sí. Ha venido de vacaciones a pasar la Navidad y no tiene nada de decoración. ¿Aún te queda algún árbol por ahí?

Levantó una ceja y nos miró de arriba abajo, sin sonreír un ápice. Mascó chicle de una manera un tanto molesta y nos apartó con la mano para comenzar a andar por un camino de tierra. Martin me miró y me indicó que lo siguiese, y yo, sin saber aún qué hacía en un sitio como ese en plena noche, le hice caso. Llegamos a un lugar donde solo había nuevas plantaciones y los árboles más grandes estaban bastante resecos.

—Lo que yo te decía, ese abeto está muerto —dije entre dientes.

—Tengo algunos, pero están bastante secos, solamente me queda este en buen estado, pero es pequeño; mide más o menos un metro. Lo normal es que mida más del doble.

A su espalda, se dejó entrever un pequeño árbol que parecía sacado de una casita de muñecas en comparación con los demás. No era muy grande, pero sí el perfecto para poder llevarlo en la moto.

—Nos lo quedamos —afirmó Martin en cuanto lo vio—. ¿Tienes la camioneta para llevarlo?

—Muchacho, no voy a sacar la camioneta del garaje para llevaros un árbol de los pequeños el día veinticinco. Si lo queréis os lo lleváis vosotros y os lo dejo por quince libras. Es mi última oferta.

—No se preocupe, nos lo llevamos nosotros. Quince libras está bien, pero quédese con el cambio —ofrecí dándole un billete de veinte libras—. Me ha sacado de un apuro y deberá cenar con su familia.

No me contestó a lo último que dije y nos entregó el árbol sin añadir nada más. Nos indicó el camino de vuelta y el torció el gesto hasta ir por otro lado del camino en el que, a lo lejos, también podía divisarse la cabaña. Nos subimos a la moto sin hablar mucho y en poco tiempo estábamos de nuevo en casa de Aitana.

Aitana

Salí disparada de la cocina cuando escuché el timbre. Solo había pasado una hora desde que se habían ido, por lo que se me pasó por la cabeza que no habían conseguido encontrar un árbol por ningún sitio.

En cuanto abrí la puerta, estallé en una carcajada. Noah venía completamente despeinado por haberse quitado el casco a toda prisa y Martin traía la ropa algo sucia de haber sujetado el árbol entre sus piernas durante el trayecto. Les sonreí a ambos y ayudé a Martin a cargar el árbol hasta el salón, donde quería ponerlo. No era demasiado grande, pero era perfecto para que no ocupase demasiado espacio.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Mejor no preguntes, era un sitio un tanto extraño.

—No es extraño, es que Austin es una persona muy huraña, pero le gusta su trabajo. Cultiva todo tipo de árboles durante todo el año.

—Cualquiera que sea el caso, ¿tenéis adornos para decorarlo?

—Creo que hay algo en la habitación de mi madre, pero no estoy segura —le contesté a Noah—. ¿Subes a ayudarme?

Jimena y Martin sonrieron de manera traviesa y no nos quitaron el ojo de encima hasta que subimos todos los peldaños y nos perdieron de vista.

—Justo ahí arriba hay una caja con varias cosas. Creo que hay bolas y alguna guirnalda...

Cogió la silla del tocador y se subió en ella para alcanzar la caja que le estaba señalando desde abajo. No tardó mucho en hacerse con ella, y con cuidado bajó de nuevo de la silla para ponerla sobre la cama.

—Creo que pesa más de lo que piensas, aquí no solo debe haber adornos de Navidad —concluyó quitándose una gota de sudor de la frente.

Abrió la caja extrañada para comprobar que Noah tenía razón. En un lado había, también en una caja, unas bolas pequeñas y unas luces que quedarían genial en un árbol tan pequeño. Al otro lado, descansaban cientos de cartas, un par de vinilos y bastantes libros cubiertos de polvo.

—¿Qué es todo esto...?

—Son cosas de mi madre. Algunas las recuerdo, pero otras no las he visto en mi vida — dije, sacando el vinilo de Lionel Richie—. Estas cartas las escribía cada vez que mi padre estaba de gira. Todas eran para Greyson.

—¿Greyson no era...

—Sí, su primer novio, por quien se vino a Londres.

Cogí una carta y le quité la fina cuerda que las ataba. Estaban manchadas por el paso del tiempo, y un poco húmedas por el clima de Londres. En ella hablaba de mí y de la promesa que le hice con trece años. Sin embargo, esta vez había fallado, porque no se me había olvidado en absoluto lo que hablamos aquel día en su habitación cuando lloraba en el sillón.

Lo primero que hice cuando pisé Londres fue ir a Lamb&Flag, el bar donde se conocieron y en el que Greyson tenía sus mejores amigos. Un chico de mi edad me puso en contacto con su abuelo, quien era íntimo amigo de Greyson, tal y como yo pensaba. Greyson no desapareció. Greyson murió de una enfermedad, pero nadie lo supo hasta muchos años después, cuando uno de ellos encontró su nombre en el cementerio de Newcastle, donde vivían sus padres.

Él no hizo más que alejarse de mi madre para que no se lamentase, para que no le tratase diferente y no sufriera por estar viviendo con él los últimos días de su vida. Era una decisión difícil, así que no pude juzgarle por lo que hizo, pero creía que mi madre sufrió de la misma manera por su desaparición, algo cercano a la pena que habría sentido de haber sabido que había muerto.

Limpié una pequeña lágrima que recorrió mi mejilla al acordarme de las noches de llanto de mi madre mientras mi padre estaba de concierto y cerré la caja cuando cogí la que estaba llena de bolas y adornos. Noah no preguntó nada, pero le expliqué lo que había pasado y me abrazó con fuerza. Y un abrazo largo, de los que te quedabas unido a la otra persona oliendo su perfume en su hombro.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Jimena cuando nos vio bajar de nuevo.

—He encontrado unas cosas de mi madre en la caja de los adornos de Navidad y se las estaba enseñando a Noah.

Martin cogió la caja de mis manos y la abrió para coger todo lo que había dentro. No era mucho, pero sí lo suficiente para decorar el árbol y no quedase vacío. Ya eran las diez y media de la noche, el tiempo apremiaba y si tardábamos en decorar el árbol, no llegaríamos temprano a cenar.

—Martin, ¿puedes quedarte tú con Jimena decorando el árbol? Yo me pondré con Noah a terminar la cena y la subiré a la azotea. Si nos ponemos los cuatro vamos a terminar muy tarde y el árbol tampoco nos necesita... —bromeé por su tamaño.



—¿De qué es el pastel? —preguntó Martin con una mano en el estómago justo cuando terminamos de cenar.

—De plátano y chocolate. Es una receta que Dette me ha dado por videollamada, pero no sé si me ha salido bien porque la conexión entre Londres y un rancho perdido de Texas con el mugido de una vaca de fondo no era la mejor de todas.

Noah rio, supuse que al acordarse de todas las combinaciones extrañas de Dette, pero esta era la más normal de todas las que habíamos probado.

—Todo estaba muy bueno, Aitana —admitió Noah—. La carne estaba muy jugosa y el postre delicioso. Muchas gracias por la cena, de verdad.

—Yo pensaba que todo iba a estar peor... —bromeó Martin.

—Sí, menos mal que no hemos contado con tu ayuda. Nos hemos asegurado de no morir después de la cena por intoxicación —secundó la broma Jimena.

—Por cierto, tenemos algo que daros. Solo es un pequeño detalle por Navidad, y por haber organizado todo esto.

Noah salió de la azotea para entrar con dos paquetes envueltos en papel de Harrods. Jimena y yo nos miramos con la boca abierta de la sorpresa, porque nosotras no habíamos comprado ningún regalo para ellos. Ni tan siquiera un detalle, como ellos lo habían llamado. Noah me dio mi paquete y Martin hizo lo mismo con Jimena, a quien le indiqué que lo abriese primero para que todos lo viésemos a la vez.

Se desprendió del papel y vio un peluche precioso y grande con forma de unicornio. Con colores muy vivos y un cuernecito cubierto de purpurina, supe que era el regalo perfecto para Jimena porque le encantaban. El pelaje era muy sedoso y pronto se lo llevó a la cara para abrazarlo con una sonrisa.

—¿Cómo sabía que te gustaban los unicornios? —quise saber.

—Me enseñó el tatuaje —contestó Martin con una sonrisa—. Y me habló de un pijama que tenía también de unicornios. No tenía pensado comprarlo, pero acompañé a Noah y no pude evitar dejarlo en la tienda.

—Muchas gracias, Martin, pero no tenías que haberte molestado... Es precioso.

Ambos se dieron un abrazo y después de un rato en el que fueron el centro de atención, centraron sus ojos en mí para que hiciese lo mismo que Jimena. Dentro del papel encontré una réplica de la primera edición de Cuentos de Navidad, de Dickens. Era una edición especial que habían publicado por su aniversario y que ya estaba agotada en todas las librerías.

—Pero...

—Era el último que quedaba en Harrods, pero lo conseguí. Martin conocía a la chica responsable de la sección y me lo guardó durante un par de días —comentó con una sonrisa.

—¡Muchas gracias, Noah! Te debo dos regalos.

—No me debes nada, Aitana.

—¿Ni un beso? —apostilló Martin.

—Eso sí —respondió sonriente.

Me acerqué a él y le di un beso bajo la mirada cómplice de Jimena y de Martin. De nuevo, Londres estaba siendo testigo de nuestro amor. Y de todo lo que sea que fuéramos, aunque todavía no estaba segura de qué.

Capítulo 37 Noah

Todos pensamos que la mejor opción era que durmiésemos en casa de Aitana, que fue la que propuso la idea. Nos quedamos cada uno en un lado del sofá y las chicas durmieron arriba, en sus respectivas habitaciones. Hoy todos tendríamos que ir a trabajar y volveríamos a la normalidad hasta, al menos, la celebración de fin de año.

—¡Buenos días! —exclamé cuando vi que Martin ya se había despertado. A la misma vez, los pasos de Aitana sonaban bajando las escaleras.

—Tengo que ir a abrir la floristería, pero podéis quedaros el tiempo que queráis, no os preocupéis, sé que Martin se acaba de despertar.

—Yo tengo turno de mañana en el bar, debería estar allí pronto si no quiero ver a Kate cabreada.

—Si me dejas... Yo prefiero quedarme aquí desayunando con Jimena —soltó Martin después de un bostezo—. Vete tú, dale mi casco y la dejas en la puerta de la floristería. Estoy seguro de que el metro estará petado de gente bebida y drogada después de Navidad, no es el sitio más seguro.

—Eso es cierto, sí. Te vienes conmigo, Aitana. ¿Estás lista?

Asintió con la cabeza y se miró de arriba abajo para responderme. Llevaba unos vaqueros con un jersey y las zapatillas que siempre se ponía para ir a trabajar, las violetas, que estaban algo manchadas de la savia de las flores.

—Chicos, nos vemos otro día —me despedí rápidamente.

—No sé si vas a volver a ver a Jimena —contestó Aitana—. Si quieres, le digo que baje para que puedas despedirte de ella.

—¿Cuándo se va?

—En un par de días. Tengo que llevarla al aeropuerto porque quiere pasar fin de año con su madre, que está sola en casa.

Martin nos miraba somnoliento, pero sabiendo a ciencia cierta lo que estábamos hablando. Desde el primer momento, ha sido más que palpable la conexión entre él y Jimena y estaba seguro de que aún estaba procesando la información que había recibido en apenas unos segundos. No querría dejar de ver a Jimena por nada del mundo. Se habían convertido en buenos amigos.

Aitana subió de nuevo y, al poco rato, Jimena la acompañó. A diferencia de Aitana, ella aún estaba despeinada y con el pijama de unicornios puesto. Los ojos no estaban del todo abiertos y no dejaba de bostezar y arrastrar los pies al bajar las escaleras.

—Noah se tiene que ir a trabajar y no creo que os veáis más, por eso he pensado que...

—Siento que la última imagen que tengas de mí sea esta, pero es que tenía mucho sueño —se revolvió el pelo rubio en un intento por peinárselo—. Me alegra mucho haberte conocido, pero me alegro aún más de que Aitana se pinte los labios de morado cuando te ve, así que gracias. Estaremos en contacto por WhatsApp, así que espero que no sientas que te has librado de mí tan pronto.

—Antes de que Aitana se pintase los labios de morado conmigo, lo hizo contigo, así que soy yo quien tiene que darte las gracias a ti. Gracias por haber venido, por darle ese ánimo que necesitaba y por estar ahí siempre. Eres la Monica de su Rachel, aunque a ella le guste más Phoebe.

Ambos se dieron un abrazo mientras yo les miraba. Eran dos personas importantes en mi vida. De esas que nunca se iban y que eran luz. De las que nunca se fundían y alumbraban sin esperar nada a cambio. Esos amigos que sabías que querías tener en tu vida para siempre y darías cualquier cosa para que nunca se fueran.

Como Ralph y Vanellope. O como Luca y Alberto.

Se despidieron entre risas, recuerdos y promesas de un futuro que sabíamos que tendríamos que cumplir tarde o temprano antes de irnos a Sloane Square, donde Noah tenía aparcada la moto.

—Han sido las mejores Navidades de mi vida. Después de las que vivía de pequeño, que mis padres siempre me hacían cientos de regalos y me los escondían en casa para que los encontrara con un mapa del tesoro.

—Me sabe mal no haberte comprado nada, pero créeme que tampoco he tenido mucho tiempo. El trabajo, la tienda online, la visita de Jimena, la cena...

—No tienes que excusarte, Aitana. No te preocupes en absoluto. No te he hecho un regalo para recibir otro, sino porque me apetecía, ¿de acuerdo?

Asintió con la cabeza y se sentó detrás de mí. Nunca le habían gustado las motos, o eso me había dicho en un par de ocasiones, pero yo la veía como una verdadera adicta cada vez que se subía. Le gustaba agarrarse fuerte a mi cintura y poner su mejilla sobre mi espalda, sobre la chaqueta de cuero que siempre llevaba en el hueco del asiento. Disfrutaba de las luces como si de un niño pequeño se tratara, y cada vez que parábamos en un semáforo, me acariciaba el cuello y me decía lo guapo que era.

No tardé en llegar a The Hawley Arms. Aún estaba cerrado, pero entré por la puerta de atrás, donde Eddie y Kate gestionaban las reservas para esta noche. Había mucha gente que quería salir después de Navidad, cuando más clientes había, según la jefa.

—¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad, Noah! Gracias por haber llegado un poco antes hoy. Eddie y tú os vais a encargar de llevar las mesas, yo estaré detrás de la barra. Si necesito ayuda, entrará Eddie. Noah, tú no te despegues de las mesas, se te da muy bien estar en contacto con el cliente y en varias reseñas de la página te recomiendan.

Ambos asentimos acatando las órdenes y nos pusimos en nuestros puestos para afrontar el día de la mejor manera posible, sin llegar a saturarnos mucho por la clientela, que comenzó a llegar en cuanto abrimos las puertas y yo no paré de dar vueltas de un lado a otro del bar hasta que echamos el cierre. Tuvimos que invitar a varios clientes a que se fueran porque era imposible encontrar el momento para bajar la persiana, pero después de un largo rato y algunas discusiones con gente más bebida de la cuenta, conseguí llegar a casa algo cansado.

Me tiré en el sofá y cogí mi móvil para revisar las redes sociales hasta que un mensaje de mi hermana me avisó de que era el momento de prestarle algo de atención. Me había enviado cincuenta y siete fotos de su estancia en Nueva York y por el grupo de la familia había comentado, desde el teléfono de mi madre, que ya habían llegado.

Harper se mostraba sonriente en todas las fotografías, ilusionada con el tutú rosa que se había llevado para conocer la ciudad de las estrellas. En una de las fotografías salía con una chica alta y rubia con un jersey rosa y una falda corta de cuadros. Logré identificarla gracias a un mensaje que recibí después.

¡Es Tiffany Road!

Sonreí y volví a ver la foto. Mi hermana se veía aún más contenta que en el resto de fotografías, si es que era posible. Ambas estaban juntas en Times Square y la cara de la cantante salía en algunas de las pantallas anunciando uno de sus conciertos de su gira internacional por Europa y parte de Asia.

—¿Todo bien por Nueva York? —le pregunté a mi madre en cuanto descolgó el teléfono—. Ya he visto las fotos que me ha enviado Harper.

—¡Todo genial, Noah! Te hemos comprado una taza con una vista aérea de la ciudad.

Todos coleccionábamos algo de cada viaje. Mi padre siempre optaba por comprar una postal con la pintura más famosa de la ciudad. Mi madre, sin embargo, prefería algo relacionado con la moda, y yo era de los que tenían un mueble en la habitación con cientos de tazas colgadas como trofeos.

—¿Harper se ha portado bien?

—Al principio estaba muy nerviosa, ¡sobre todo cuando se encontró a Tiffany! Pero le hizo mucha ilusión hacerse una foto con ella y ya después se quedó más calmada, presumiendo con sus amigas del colegio. ¡Incluso cantaron juntas el estribillo de su nueva canción!

Continuamos hablando sobre el viaje y yo le conté algo más sobre Aitana, después de su insistencia. Le conté cómo habíamos pasado el día de Navidad, el regalo que le había hecho y todo lo que habíamos pasado para conseguir un abeto a última hora. Mi madre se reía a carcajadas y me decía que, aunque sabía poco de ella, Aitana parecía ser una buena chica.

Colgué el teléfono minutos después y me metí en la galería para ver las fotos que nos habíamos hecho durante la cena. En algunas salíamos los cuatro, pero en otras había aprovechado un par de momentos para salir solo con Aitana. Pasé las fotos lentamente y fui consciente del mayor miedo que tenía: enamorarme de ella.

Si es que no estaba enamorado ya...

Capítulo 38 Aitana

Me vestí para llevar a Jimena al aeropuerto y salimos en cuanto estuvimos listas, con más tiempo de lo previsto para evitar que perdiese el vuelo. Iríamos en taxi y lo pagaríamos entre las dos; preferíamos tener un poco de intimidad que aguantar a borrachos en el metro que aún no habían llegado a casa después de un par de días de juerga desenfundada.

—¿Te has despedido de Martín para siempre?

—No es más que un amigo y creo que él piensa lo mismo hacia mí. Me siento muy bien, ¿sabes? Porque por primera vez no me están juzgando por mi físico ni me ha alabado por usar un vestido más estrecho a pesar de mis curvas. Nos lo hemos pasado genial y han sido unos días muy divertidos en los que no hemos parado de reír. Pero nada más. Hemos congeniado durante unos días y ya está. Es una amistad condenada a la distancia, no voy a salir de España, no es mi sitio.

—¿Por qué no arriesgas por primera vez?

—No me gusta tener la opción de perder.

—Tampoco tendrás entonces la opción de ganar.

—Si verdaderamente es una opción, volverá de nuevo. Y lo estaré esperando en un mejor momento de mi vida. Ahora creo que mi sitio no está en Londres ni en Nueva York, pero sí en un rinconcito de Malasaña. Creo que no estoy preparada para dar un paso tan grande como el que has dado tú, Aitana.

—Como quieras, Jimena. Tú sabes mejor que nadie lo que necesitas. Yo ya lo intenté y casi te dejo sin la oportunidad de ser un poco más feliz. Un día prometimos que no íbamos a reprocharle a ninguna de nosotras lo que hiciese y no quiero incumplir mi promesa. Al menos... ¿seguiréis hablando?

—Supongo. Aunque no sé si mantendremos la misma química que en persona. A fin de cuentas, ¿para qué voy a hablar con él a diario si después solo vamos a vernos una vez cada dos o tres meses? O en una de esas reuniones que haces con amigos del pasado para saber que han terminado casados, con dos hijos traviesos y un perro salchicha.

—Tú tienes la elección en tu mano, Jimena. Si crees que eso es lo más correcto, es lo que tienes que hacer.

El taxista nos miraba con la esperanza de que nos callásemos en algún momento, pero no pensábamos guardar silencio. Eran las últimas horas que íbamos a pasar solas y queríamos aprovecharlo al máximo, hasta la próxima vez que tuviésemos la oportunidad de compartir una temporada juntas.

Llegamos al aeropuerto en cincuenta minutos, un trayecto bastante largo que nos costó cincuenta libras gracias a un descuento que guardaba en la aplicación. Aún quedaban unos minutos antes de que saliese su avión y nos tuviésemos que despedir. Entramos en el aeropuerto y nos sentamos en una de las muchísimas sillas que había para que los pasajeros esperasen para saber cuál sería la puerta de embarque de su vuelo. Iba cargada de maletas y estaba un poco triste porque tenía que irse.

Yo también lo estaba, porque habían sido unos días frenéticos y muy intensos en los que no habíamos dejado de estar la una con la otra, pero ahora debíamos mostrarnos fuertes para que se fuese con todo bajo control y una sonrisa de oreja a oreja. A fin de cuentas, no era más que una visita que había llegado a su fin, algo que podíamos repetir cuando quisiéramos para

ponernos al día de todo lo que nos pasaba, comer palomitas y ver la serie de moda del momento.

—Jimena, muchas gracias por haber venido. Sé que lo has hecho porque lo has necesitado, pero a mí también me has sanado sin saber que necesitaba tu compañía. Te voy a echar muchísimo de menos, y no solamente por la ayuda en la floristería —bromeé—. Me encanta tenerte por casa y contar contigo para todo.

—Gracias a ti por hacerme un hueco en el número siete de Bywater Street. No prometo volver a venir para verte otra vez, porque quiero que vengas tú a Barcelona, pero sí te prometo hacerlo cuando pises la calle del Tallers —sonrió.

Prometí hacerlo y la miré mientras se iba, ondeando su cola de caballo rubia hasta la zona de control. Poco tiempo después, se despidió de mí con la mano e iba en dirección a la puerta que indicaba el panel de los vuelos salientes y próximas llegadas. En cuanto me aseguré de que estaba todo bien, me fui a la floristería para abrir el negocio un día más.

Había llegado algo más temprano de lo normal. Aún tendría que sacar los cubitos de las rosas a la puerta y preparar algunos pedidos que había recibido de la página web. Me decanté, primero, por limpiar un poco la tienda y, cuando ya estaba todo reluciente, adecenté el local para atraer a los clientes que se pasasen después de Navidad.

Según el estudio que había hecho estos días, podía crecer bastante si todo seguía como hasta ahora, pero tenía menos margen para caer en quiebra. Había invertido bastante dinero y, en el caso de que las ventas comenzasen a bajar, estaría más cerca de la ruina que antes. Sacudí la cabeza y eliminé la idea en un intento de ser positiva para hacer un par de arreglos florales hechos con nomeolvides.

¿Qué vas a hacer en fin de año?

Vi el mensaje de Noah en la pantalla de mi teléfono, pero no era el momento de dejar lo que estaba haciendo para contestarle. Pensé en la respuesta mientras terminaba el ramo. A decir verdad, ni siquiera había pensado en celebrar la despedida del año, aunque era la festividad que más me gustaba de las dos. Despedíamos el año para darle la bienvenida a otro nuevo lleno de metas, incertidumbre y días buenos. Todos empezábamos el año de buen humor, contando todo lo que hacíamos por primera vez en el año: la primera lectura del año, el primer polvo del año, la primera serie del año y la primera comida del año. Hasta que pasaban dos semanas y ya perdía ese toque especial todo lo que pasase.

Celebrarlo con Noah podía ser el inicio del que podía ser nuestro año, y esta vez no iba a tener más miedo por lo que pudiese pasar. Tal y como le había dicho a Jimena, debía tener en mis manos la oportunidad de ganar para comprobar que era el camino correcto. Siempre pensé que Gael lo era, hasta que comprobé por mí misma que me había equivocado, pero esta vez, las sensaciones que sentía eran completamente diferentes. Esta vez sentía una colonia de mariposas revoloteando en mi interior cada vez que estábamos cerca. La electricidad cuando nuestros labios se juntaban y el escalofrío en cada abrazo.

Le contesté diciéndole que no tenía plan y que podíamos vernos antes si le apetecía para acordar qué hacer. Había visto en internet que en Londres había sitios emblemáticos y bonitos donde disfrutar de coloridos fuegos artificiales. Al día siguiente, las calles se llenaban de personas por el London New Year's Day Parade, un desfile de acróbatas, animadores y músicos que tomaban el protagonismo de la ciudad. Me sabía bastante raro no tomarme las doce uvas, pero no era tradición en Londres y preferí vivir la experiencia británica al completo.

Quedamos en vernos mañana, después de terminar ambos de trabajar, y continué con el ramo que estaba haciendo hasta que Ridge, en compañía de una mujer pelirroja, atravesó la

puerta de la floristería pidiendo un ramo de rosas rojas para su difunta esposa. Mientras anotaba el encargo en mi pequeña libreta blanca, medité sobre el amor tan bonito que se tenían las personas mayores. El respeto y la fidelidad que se estilaba y lo mucho que me gustaría llegar a sentir las manos arrugadas de Noah algún día acariciando las mías.

Capítulo 39 Noah

Habíamos quedado en la Catedral de San Pablo a las siete de la tarde. Mi turno había terminado y ella ya habría cerrado la floristería, por lo que, aunque ambos iríamos directos desde el trabajo, nos daría tiempo a vernos antes del fin de año. Debíamos acordar qué compraba cada uno, aunque estaba seguro de que no haríamos una cena tan ostentosa como la que organizamos por Navidad. Tan solo seríamos ella y yo y podríamos apañarnos con poco; le propondría hacerlo en mi casa para que no tuviese que ofrecer la suya de nuevo.

Llegué a un banco cercano y me senté para tener a la vista a una anciana dándole de comer a las palomas que me hizo recordar de manera inmediata a la de la novela de Mary Poppins. Sonreí y me acerqué hasta ella para darle veinticinco peniques para la comida de las palomas y me quedé de pie, teniendo una vista mucho mejor del puente por el que estaba seguro de que vendría.

Al poco tiempo de estar esperando, vi cómo una chica morena con flequillo atravesaba el puente a toda prisa. Llevaba puesto el delantal de la floristería y la coleta estaba tan despeinada que la gomilla parecía que se iba a caer de un momento a otro. Sonreí por el desastre que se acercaba a mí, pero esa era la esencia de Aitana. Lo más real que había encontrado en mucho tiempo. Sin intentar aparentar cosas con las que no se sentía cómoda y haciendo solamente lo que la hacía feliz.

—¿Cómo vienes con el delantal puesto? —reí cuando ya estaba cerca de mí.

Se miró con la ceja arqueada sin dejar de jadear en ningún momento, intentando reponerse dando bocanadas grandes de aire. Apoyó sus manos en las rodillas y me indicó con la mano que esperase un rato a que estuviese mejor. Aún con la sonrisa, retomó la palabra segundos después.

—No me había dado cuenta de que me había dejado el delantal puesto, por eso la señora del metro me miraba raro. He venido con mucha prisa porque tenía unos encargos que hacer y quería dejarlos enviados hoy mismo.

—Está todo yendo mejor de lo que esperabas.

—Siendo sincera sí, pero temo que cuando termine la Navidad todo vuelva a la normalidad y tenga que rezar de nuevo por llegar a fin de mes sin pérdidas.

—Sea como fuese, estoy seguro de que encontraremos una solución. ¿Te apetece dar un paseo por esta zona de Londres? Hacía años que no venía por aquí, desde la última vez que vine a misa con mis padres a una ceremonia especial por el aniversario de algo que ya ni recuerdo. Por cierto, ¿qué te parece si celebramos la despedida de año en mi casa? Te puedes quedar a dormir si quieres.

—¿Es que no te apetece volver a tener unas buenas vistas de la ciudad? —preguntó riendo, dándome con el codo en el costado.

—En mi casa estaremos bien, y creo que habrá una fiesta cerca... —dije mirándola de soslayo y sonriendo de manera traviesa—. También, si te apetece, podemos pasar por Westminster. Es una zona ideal para ver los fuegos artificiales.

—Cenamos en tu casa y luego vamos para allá. ¿Martin puede venir o se tiene que quedar con Ridge? Acabo de hacerle un ramo de rosas rojas y venía con una chica alta y pelirroja.

—Es Callie. Martin se ha ido con ellos a Irlanda. Su tía había reservado una cena íntima en un restaurante de lujo de la ciudad. Supongo que vendrá después para el desfile, pero aún no estoy seguro.

—¿Tienes ganas de empezar un nuevo año? Quiero decir... ¿Eres de los que se ponen nuevas metas que después no cumple? Yo llevo tres años diciendo que me voy a apuntar al gimnasio, pero al final siempre lo pospongo.

—Yo siempre decía que iba a sacarme el carné de conducir, hasta que el año pasado lo cumplí por vergüenza de no apuntar en la libreta de Harper el mismo deseo desde hacía tres años. De no haber sido por mi hermana, aún lo estaría dejando para otro momento. Este año me he propuesto componer un disco. No va a venir ninguna discográfica a darme una oportunidad, pero es algo que me hace mucha ilusión.

Yo de pequeña quería escribir un libro después de ver Amélie, pero nunca lo conseguí. Escribía un par de folios y me cansaba. Un año mi madre me regaló por Navidad un ordenador portátil interactivo para niños que tenía un procesador de textos con el que comencé a cogerle el gusto a la escritura, pero al final lo dejé a la mitad cuando me pidió salir Marc, un chico del colegio que me gustaba y con el que siempre quedaba por la tarde para jugar.

Ambos nos reímos de los propósitos del otro. No porque nos parecieran ridículos, sino porque estaban dentro de la esencia que ambos teníamos. No éramos dos personas normales, sino que preferíamos lo extravagante, lo que a nadie le llamaba la atención, los pasatiempos más extraños y menos comunes. Escribir un libro y grabar una maqueta, como si yo fuese la próxima Jane Austen y él un componente de Los Beatles. Como si los sueños se pudiesen cumplir con la misma facilidad con la que los pensamos.

—Hay un mercado navideño a pocos metros de aquí. También tienen algunos puestos de gofres y crêpes, podemos pasarnos y ver si compramos algo para la cena de fin de año, ¿te parece? También podemos comprar algún delicioso postre.

—Será perfecto para seguir gastando mis ahorros en chorradas por Navidad —bromeó—. No te sientas mal, pero es que mi bolsillo parece tener un agujero por donde se escapan las libras.

—No te preocupes, que esta cena la pago yo. Demasiado hiciste en la anterior.

—¡No, no! Más bien quería gastar una broma, no estoy quejándome de la cena del otro día. Tuve la ayuda de Jimena y... bueno, ¡tú me compraste un regalo! No quiero reprocharte que me haya gastado dinero en ti, ¡ni mucho menos! Solamente ha sido una broma que...

—¡Aitana! —la frené cogiéndola del brazo con cariño—. No te sientas mal, sé que ha sido una broma, pero, de todas maneras, si he ofrecido mi casa es porque quiero hacer frente al pago de todo. La verdad es que me va muy bien en el bar. Según Kate, atraigo a muchos clientes y me paga un extra por ello. Y Robert no es muy bueno, así que no creo que se reduzca mi horario.

Llegamos al mercadillo sin apenas darnos cuenta de todo lo que habíamos andado y nos acercamos a varios puestos donde vendían algunos adornos e ingredientes para las recetas más típicas. La gente compraba lo justo para hacer un pudín a base de ciruelas y salsa de ron. Algunas abuelas se peleaban por las frutas más baratas del puesto y otras miraban desde lejos mientras murmuraban entre ellas.

—¿Te apetece que cenemos pudín? Eso sí sé prepararlo, me enseñó la madre de Christine. ¡Y la última vez me salió bastante bueno!

—¿Y si no me gusta? Tenemos que hacer otro postre, por si acaso. Yo voto por un pastel de fresa con nata y plátano —bromeé, como siempre, haciendo alusión a las mezclas de Dette.

Compramos todo lo necesario para hacer la comida de fin de año y un pequeño cascanueces que decoraría el salón antes de continuar andando hasta llegar a la tienda de George, cerca de su casa. Nos habíamos encontrado con varias personas paseando a sus perros; otros, sin embargo, tan solo paseaban mientras comían un helado. Nosotros comenzamos a hablar sobre películas; ella prefería la de los noventa, y yo prefería el cine mudo, pero ambos coincidíamos en algunos

títulos que cambiaron la historia del cine.

—¿Sabes que aún se conserva un videoclub no muy lejos de aquí? Se pueden alquilar películas durante dos semanas y entregarlas en un dispensador que tienen fuera, en la puerta. Yo no he ido nunca, pero sí que he ido a bastantes videoclubs cuando era pequeño, y me encantaba. Me pasaba horas decidiendo junto a mi padre qué película íbamos a ver el fin de semana.

—A mí también me encantaba ir de pequeña. Además, dentro había un quiosco enorme con gominolas y compraba kilos de sandías y cerezas dulces que solo me duraban el comienzo de la película.

Sonreí y le pasé el brazo por detrás de su espalda para atraerla hacia mí y caminamos hasta el videoclub del que le había hablado. Era uno de los más antiguos del país y el único que se conservaba intacto desde su apertura. Tenían películas muy variadas y aún traían las novedades más exitosas de las taquillas, según una página web.

—¿Te apetece que alquilemos Amélie? —propuse justo cuando entramos al local. La chica rubia nos miraba sonriente esperando que le pidiésemos ayuda.

—¡Pero si también tienen cintas antiguas, qué maravilla! ¡Y las cajas están vacías! Qué recuerdos... —susurró mirando las cajas azules que la chica tenía a su espalda, donde sí estaban guardadas las películas—. Y sí, me encantaría ver Amélie, la inspiración francesa que guarda me encanta. En realidad, casi todo el cine francés. Es lo más.

Consultamos con la encargada si la película estaba disponible y después de unos minutos buscando en una habitación en la que se podía ver una pila de cedés, salió con la carátula de Amélie en sus manos y el ceño fruncido. Tecleó un número larguísimo en su ordenador y nos sacó un pequeño recibo de una máquina que tenía a su lado y que nos dejó de mala gana encima del mostrador.

—Tenéis una semana para ver la película —nos aclaró rodeando la fecha en el tique—. Si queréis renovar el préstamo me escribís a este correo o me llamáis a este teléfono de aquí. Si alguien la ha reservado previamente, tenéis que traerla, así que evitad hacer la renovación horas antes por si tenéis que volver hasta aquí. No sería la primera vez.

Ambos asentimos ante las indicaciones de la chica y salimos del videoclub con una sonrisa, película en mano y una bolsa llena de gominolas, un capricho de Aitana en cuanto vio que la chica tenía cajas de chucherías disponibles para los clientes que alquilaban las películas.

Llegamos a su casa antes de lo previsto, pero con el tiempo perfecto para ver la película y volver a quedar después para devolverla. Apagamos las luces y preparamos el salón como si estuviésemos en una sala de cine. Acomodamos todos los cojines en el suelo y bajamos la persiana al máximo para que no entrase ni un resquicio de luz que pudiese molestarnos.

—Estar contigo es como cuando sale la canción que más te gusta en la radio del coche.

—Eso es un apunte muy alto —le dije bromeando.

—Casi hasta tocar el cielo.

Capítulo 40 Aitana

Me puse un vestido negro sobre el pecho sin quitarlo de la percha y lo arrojé sobre la cama junto a una montaña de otros muchos que había descartado en la última media hora. Ninguno me convencía lo suficiente para llevarlo esta noche. Me negaba a volver a ponerme el rojo, aunque sabía que era una apuesta segura.

Dette se ofreció a prestarme algo de ropa, pero descarté la idea con una sonrisa. Su estilo y el mío eran completamente diferentes. Nada de lo que ella tuviese me gustaría. Ni siquiera la falda amarilla de estampado de cerezas que tan divertida me parecía. A Jimena ya se le habría ocurrido algo, pero ahora mismo estaba ocupada haciendo no sé qué con su madre.

Agobiada, salí de la habitación y me fui hasta el baño para lavarme la cara en un intento por relajarme, pero mis planes cambiaron cuando vi la puerta de la habitación de mi madre. Aún no la había cerrado desde que cogimos los adornos de Navidad y, aunque nunca había estado abierta, ahora me gustaba tenerla así. La sentía más cerca. Entré, con nostalgia, y me senté encima de su cama con cuidado. Miré su tocador, el reposapiés verde agua y el armario de madera blanco, del que sobresalía un trozo de ropa del mismo color en el que no había reparado antes.

Me levanté de un brinco y abrí despacio la puerta. Detrás de ella,

había una falda corta blanca con un estampado naranja y morado junto a una blusa del mismo color con cuello de pico. Olía como huelen las cosas cuando llevan mucho tiempo guardadas, pero me encantaba. Estaba segura de que se lo había puesto en una de las tantas citas que tuvo con Greyson. Sonreí y me lo probé con cautela por si en algún momento se rompía por el paso del tiempo.

Sonreí al comprobar frente al espejo que tanto mi madre como yo teníamos la misma talla. El conjunto se ajustaba a mi cuerpo a la perfección y nadie podía decir que era del armario de mi madre y que lo habría estrenado allá por los años setenta. Me cambié y me puse algo más cómodo y, con la misma sonrisa, me dirigí al baño para terminar de acicalarme. No quise maquillarme demasiado porque nunca se me había dado demasiado bien. Lo único que sí pinté fueron los labios morados que me hacían sentir diferente y un pequeño delineado negro en los ojos.

Me hice una foto antes y se la envié tanto a Dette como a Jimena, y salí deprisa de mi casa para entrar en el primer metro que me llevase hasta la casa de Noah. Habíamos quedado mucho antes de la cena para hacer el pudín que me había prometido y encontrar sitio para ver los fuegos artificiales. Las entradas habían salido a la venta a principios de octubre, pero Niall, un amigo suyo de Edimburgo, no había podido venir después de sacarlas y nos las regaló.

Llegué antes de lo que esperaba y le pedí a Noah la ubicación para evitar equivocarme de casa. Era de las típicas que siempre me olvidaba de dónde vivían mis amigos y terminaba llamando a hogares ajenos. Así que después de haberme asegurado bastante bien de que estaba en su casa, llamé decidida, esperando encontrar a Noah al otro lado de la puerta.

—Has llegado antes de que lo pensaba —me dijo, con una sonrisa, en cuanto me vio llegar.

—Yo también me alegro mucho de verte —bromeé como respuesta—. Creo que he calculado mal el tiempo, espero no haberte pillado en mal momento. Al final, he tardado menos de lo que esperaba en elegir lo que quería ponerme para hoy y el metro ha llegado bastante

pronto.

—No, tranquila, estaba preparando la cocina para terminar de hacer el pudín. Solo hay que añadirle un par de ingredientes y meterlo en el horno. —Lo miré con la ceja arqueada—. ¿Qué? No me acordaba de que fuese tan laborioso. Si te hubiese esperado, probablemente no habríamos podido probar bocado. Hay que comérselo de un día para otro y cuanto más frío mejor, y ya vamos a comérmolo cuando nos dé la gana...

Le di un beso en la mejilla como muestra de mi pasajero enfado y entré a la cocina para ver lo que había preparado. Todo estaba cubierto de levadura y azúcar, por lo que supuse que no habría empezado a limpiar.

—Venga, va, voy a quedarme aquí limpiando todo este desastre y tú empiezas a poner la mesa —le propuse, viendo que no había nada preparado.

—Vale. Siento que... Bueno, que no esté tan bien organizado como cuando fui a tu casa, pero soy un poco desastre. He intentado hacer lo de los nombres en una cartulina y he desperdiciado media tarde para nada —concluyó señalando con la cabeza una mesa del salón cubierta de recortes.

—No te preocupes —sonreí—. Seguro que nos lo vamos a pasar genial, aunque no haya recortes de cartulina.

Cada uno nos centramos en nuestra tarea y, al poco tiempo, la mesa del comedor estaba llena de platos. Había un poco de pavo que había comprado listo para comer en una tienda cercana y algunas otras cosas que no había probado en mi vida, pero que me generaban curiosidad. Nos sentamos, uno frente al otro, y empezamos a disfrutar de la que sería nuestra última cena del año.

—Dicen que el pavo de Margaret es uno de los mejores de la manzana. Me ha costado mucho que me hiciese hueco. También he encargado esto —comentó señalando un plato con una especie de salchichas—. Se suelen servir junto al pavo, pero las he pedido por separado.

Continué escuchando más explicaciones sobre la comida que había encima de la mesa, con atención. Me gustaba muchísimo aprender sobre la cultura británica porque, aunque llevase viviendo aquí unos meses, en mi casa no dejaba de vivir como una española. Comimos lo típico de un día como ese y le agradecí enormemente todo lo que había preparado con tan poco tiempo de antelación.

Nos despedimos justo cuando terminamos de comernos todos los platos y los llevamos a la cocina para cambiarnos de ropa e irnos a Westminster. Allí estarían los fuegos artificiales esperando las campanadas del Big Ben para estallar mientras cientos de británicos comían gominolas y esperaban ansiosos la llegada del nuevo año.

—Estás guapísima... —me susurró cuando salí de la habitación de su hermana con el conjunto de mi madre.

—Lo he encontrado en el armario de mi madre, ni siquiera es mío —aclaré—. Pero me ha parecido precioso, aunque seguro que no me queda igual de bien que a ella.

—Seguramente tu madre estaría igual de guapa que tú hoy. Vas a ser el centro de atención de todo Westminster, porque todos van a querer ser hoy como tú —volvió a susurrar mirando las botas blancas con tacón que llevaba puestas.

—Si alguien quiere ser como yo hoy será por tener una compañía como la tuya.

Él se había decantado por un traje de chaqueta verde oscuro y una corbata roja que resaltaba sus rasgos morenos. Su piel aceitunada hacía un perfecto contraste con el conjunto que había escogido para una noche como esta.

—¡Noah, espera! Tengo algo que darte y prefiero que sea ahora, antes de irnos —volví a

intervenir sin darle tiempo a contestarme aún a lo otro.

Fui hasta la habitación para coger de la bolsa un regalo que le había hecho como gesto de agradecimiento por todo. Su madre, con sus consejos desinteresados, había hecho que la tienda reflatase en Navidad y tan solo esperaba que la próxima semana no volviese a tener pérdidas por haberse terminado la época festiva.

Había ido a una tienda de réplicas y esculturas bastantes famosas de Londres especializadas en la música. Me decanté, después de mucho elegir, por una réplica exacta en miniatura de la guitarra de Brian May. Me hubiese gustado comprarla a tamaño real, pero no tenía dinero suficiente para el regalo y hacer frente a todo lo que tenía que pagar el resto del mes.

Estaba dentro de una pequeña caja morada con el símbolo de Queen, que también compré en la misma tienda. Todas las que tenía, de miles de colores, guardaban relación con un grupo o cantante que había hecho historia en la música. Yo me decanté por elegir esa para él y otra en azul, aunque vacía, con la firma de Amy Winehouse en relieve.

—¡Aitana, es la guitarra de Brian May! ¡No me lo puedo creer! Pero ¿cómo has podido conseguir esto? Es... ¡Es increíble!

Era tan pequeña que podría cogerla con una sola mano sin apenas hacer fuerza y, justo en ese momento, me arrepentí de haberle regalado algo que parecía tan insignificante, por mucho que pareciese ilusionado.

—No ha sido nada... Bueno, literalmente no es nada. Es una miniatura que...

—¡Es una pasada! Voy a ponerla en mi estantería con todos mis libros y fotos. Y, por cierto, tenemos que hacernos una foto. Estás preciosa y debo ponerla aquí —comentó señalando los marcos en los que ahora solo había fotografías suyas.

Sin preguntarme antes, cogió la guitarra y puso el móvil en una superficie plana con el temporizador activado. No podíamos hacernos la foto de otra manera que no fuese así si queríamos que nuestro atuendo se viese, y estábamos realmente guapos y favorecidos como para que un selfie se llevase la atención de toda nuestra cara obviando todo lo demás.

Nos colocamos muy cerca, uno al lado del otro, y esperamos el sonido de la cámara del móvil para liberar la tensión de la sonrisa y el posado para la fotografía. Noah salió disparado hasta el teléfono para ver si había salido bien y volvió a ponerlo en su sitio para venir de nuevo a mi lado. Esta vez, y sin avisar, me cogió de la cintura y me besó. Fue un beso largo que duró hasta que ambos escuchamos el sonido de la cámara.

—Esta foto me gusta mucho más —sonrió dándole la vuelta al móvil para que yo también la viese.

Ambos salíamos con los ojos cerrados, pero con los sentimientos puestos en nuestro beso. No me di cuenta de que lo había agarrado de la nuca hasta que lo vi en la foto, y sus manos rodeaban mi cintura de una manera dulce y especial.



Con una sonrisa, nos fuimos a Westminster para ver los fuegos artificiales que tantas veces había visto por internet. Tardamos bastante en llegar debido al tráfico y a las personas que se dirigían a la misma zona, pero conseguimos llegar antes de que fuese medianoche.

Aprovechamos las paradas en el camino para enviarle un audio a Niall y agradecerle su regalo, pero tan solo recibimos un emoticono como respuesta que Noah interpretó como que estaba de fiesta y no podía hablarnos.

Las campanadas del Big Ben sonaron, avisando de que eran cerca de las doce. Tanto Noah como yo teníamos preparados nuestros móviles para hacer fotos, pero acordamos no hacer muchas para disfrutar mejor del momento. En cuanto el Big Ben terminó de sonar, fue secundado por los innumerables fuegos artificiales que adornaron el cielo de la ciudad.

—No sé si sabré quererte bien, pero sé que te quiero mucho más de lo que pensaba que se podía hacer... —musité, aún con el cielo estallando en mil colores.

Capítulo 41 Noah

Volver a la normalidad era duro para todos, pero si debía enfrentarme a cientos de clientes borrachos el día después de fin de año, era mucho peor. Aitana ponía fin a las Navidades el seis de enero, pero nosotros, en Gran Bretaña. No celebrábamos nada más. Kate y Eddie estaban trabajando cuando yo llegué; siempre había pensado que Eddie trabajaba demasiado, pero nunca quise saber por qué, ni tampoco inmiscuirme en los asuntos de la empresa.

Eddie y yo nos llevábamos bien, pero a veces nos sacábamos de nuestras casillas mutuamente. Sabíamos cómo hacerlo y, además, nos gustaba. Juntos formábamos un buen equipo, pero nada más, ni siquiera era una amistad verdadera. Eddie era introvertida y solo podía contar con ella en The Hawley Arms. Sin embargo, contra todo pronóstico, sabía que podía hablar con ella si necesitaba desahogarme.

Hoy saldría tarde de trabajar, pero no lo suficiente como para ver a Aitana antes de irme a casa. La floristería había vuelto a su horario habitual, ahora solo cerraba los martes y había reducido el horario que amplió para Navidad. Me alegraba que le fuese bien en su negocio, aunque fuese complicado. Nunca se lo había dicho, pero el local estaba en un lugar tan excesivamente caro que era muy difícil mantener los gastos que conllevaba abrir allí.

Cambié mis planes cuando recordé que, durante la estancia de Jimena, le prometí llevarla a un sitio especial. Un pub no muy lejos de mi casa con la fachada completamente cubierta de flores. Churchill Arms era muy conocido en la zona y Aitana disfrutaría muchísimo yendo allí. Aunque la idea original de montar una floristería no fue suya, había terminado amando las flores tanto como su madre. Tenía la casa repleta de ellas y se sabía el nombre de hasta las más extrañas, incluso dónde crecían muchas de ellas.

Le envié un mensaje diciéndole que pasaría por allí, pero que preparase algo de abrigo para subirse en la moto. Me contestó de manera escueta y con bastantes signos de interrogación que denotaban la incertidumbre que le provocaba no saber qué íbamos a hacer. A mí me gustaba sorprenderla, saber que podía darle siempre algo diferente. De lo contrario, la relación, cualquiera que tuviésemos, sería muy aburrida.

Y es que aún seguíamos sin saber lo que había entre nosotros. Ambos teníamos claro que sentíamos algo, pero ninguno de los dos sabía muy bien el qué. O lo sabíamos y no queríamos admitirlo. Aitana me confesó la noche de los fuegos artificiales que me quería, y yo no supe cómo contestarle. Más bien no fui capaz de hacerlo, porque me moría de ganas de decirle que yo también, pero me acobardé, una vez más, y puse un escudo para proteger mis miedos.

—¡Noah, dónde está el cóctel de la mesa cuatro?! —La voz de una Eddie bastante enfadada sonó delante de mis narices. Ni siquiera sabía que estaba ahí hasta que el grito me hizo salir de mi ensimismamiento.

—Lo siento, Eddie... Yo...

—¿Lo siento, Eddie?! Noah, todos estamos de resaca, ¿vale? Pero tenemos que trabajar. Y no puedo estar esperando media hora a que me sirvas un maldito cóctel para el que siempre tardas diez segundos, ¿me oyes? ¡Ponte a trabajar si no quieres que me queje a Kate!

La miré con una ceja arqueada y preferí guardar silencio para no empezar ninguna disputa.

—Aquí tienes el cóctel —dije, efectivamente, unos diez segundos después—. ¿Necesitas algo más que no te haya servido?

—Dos tequilas y un mojito para la mesa dos. ¡Marchando!

Repetí la acción de guardar silencio y acatar sus órdenes una vez más. Hoy me tocaba estar en la barra mientras ella iba dando tumbos de un lado a otro. Normalmente era mi sitio, pero hoy no nos hacía falta atraer a más clientes porque teníamos el local casi al completo. La gente, borracha, no dejaba de consumir alcohol hasta que Kate tenía que echarlos por miedo a que hiciesen alguna tontería o armasen algún escándalo. Ya habíamos tenido problemas con la policía por temas parecidos y Kate no quería que cerrasen el local.

Cuando conseguimos echar a todo el mundo, eran más de las seis. No habíamos cenado y tenía que recoger a Aitana en menos de media hora. Le escribí para que supiese que llegaría más tarde y saqué un bocadillo del almacén para mí y otro para Eddie. Kate había preferido comer con un antiguo compañero del colegio en un bar cercano. Kate era una mujer soltera, que no sola, que siempre disfrutaba de la compañía de algún chico guapo que la hiciera sentir bien.

—Siento lo de antes —soltó Eddie de repente, dándole el primer mordisco al bocadillo que había traído para ella.

De nuevo, y como me solía pasar cada vez que hablaba, me quedé callado y sin intención de contestar. Eddie era tan fría que rara vez pedía perdón por sus actos. Era de las que pensaba que si hacía algo, era porque así lo sentía, y no debía lamentarse por actuar acorde a sus pensamientos.

—Creo que no has conocido a la mejor Eddie de todas las que han vivido en mí. A veces pago contigo mis enfados, pero eres, después de mi perro, la persona con la que más tiempo convivo, ¿sabes? Creo que no te lo mereces, pero no soy capaz de controlarlo.

—Yo..., no sé qué decir. A veces eres simpática, otras veces es mejor no hablarte... Y sé que puedo contar contigo, pero siempre aquí. No espero que me ayudes fuera del bar, quiero decir... Que no vamos a ser amigos, ¿me entiendes? Eres buena compañera, pero nada más. Más que escucharme cada vez que me desahogo, creo que me oyes. Aunque a mí me sirve.

—Mi novia y yo lo hemos dejado hace poco y aún no lo asimilo. La sigo viendo, porque me gusta, y mucho. Estamos enamoradas, pero sé que no es el amor de mi vida. Porque los amores de tu vida no hacen lo que hace ella. Los amores de tu vida no te dejan así como así. Ni tampoco se van con otras personas, ni... Es una relación tóxica y...

—Te entiendo —la interrumpí, poniendo un brazo sobre su hombro con la intención de que tomase aire y se relajase—. Yo también lo pasé mal con una ruptura, y cualquier consejo que pueda darte sonará a chiste. Si te sirve de consuelo, deja que las cosas sanen solas.

—Perdón si en algún momento...

—No ha sido nada, Eddie. Estoy seguro de que en el fondo hemos pasado más momentos buenos, que malos.

—Y gracias por el bocadillo. Estás en todo. Aitana tiene mucha suerte de haberte encontrado. Si yo no fuese lesbiana, seguro que también me habría enamorado de ti —sonrió, limpiándose una leve lágrima que salía de sus ojos después de haberme contado su historia—. Mañana nos vemos de nuevo. ¡Y gracias!

—No hay de qué. Mañana volvemos a la carga. Un beso, Eddie.

Nos despedimos y cerré el bar por ella para que pudiese irse pronto. Al principio, Kate no se fiaba de otra persona que no fuese Eddie para bajar la persiana, pero con el tiempo me he ido ganando su confianza y ahora ambos tenemos copia de las llaves. Nos turnábamos en función de si uno quería irse pronto o no le importaba quedarse un poco más.

Cogí la moto y fui a recoger a Aitana. La floristería ya estaría cerrada, pero seguro que aún estaba dentro haciendo cualquier cosa relacionada con el negocio. Cuando llegué y vi que los cubos de flores no estaban en la puerta, confirmé mi teoría y llamé a la puerta, esperando que una

chica con un delantal manchado me abriese con una sonrisa. Sin embargo, me encontré algo que no era lo que estaba en mis planes.

Su gesto de haber llorado la delataba. Tenía los ojos rojos e hinchados y la cara sucia, por el trabajo. Las lágrimas habían dejado un reguero completamente limpio, haciendo un contraste bastante extraño. Aún respiraba con dificultad e hiperventilaba despacio, con la intención de que no me diese cuenta de que había pasado un mal momento. Dudé si preguntarle o no entrometerme, pero decidí que lo mejor era hacerlo cuando caí en la cuenta de que ambos éramos importantes el uno para el otro.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué has llorado? —pregunté después de un rato.

Aitana calló y se quedó en silencio sin decirme nada hasta que insistí un par de veces más, pegando su rostro al mío para generarle algo más de confianza.

—Las ventas. Las malditas ventas, Noah.

—Pero iban bien, ¿no?

—Iban bien, Noah, iban. Ya vuelven a bajar otra vez, justo en el momento en que nadie compra flores para agradecer, regalar o decorar algo. Y sí, ya sé que es muy pronto, que no puedo tener siempre ventas y que quizá sea una racha. Pero son muchas rachas, ¡muchas! Solo he ganado dinero de verdad en Navidad desde que abrí la tienda.

—¿Quieres cambiarte de ropa, lavarte la cara e ir a un sitio precioso que te va a encantar? Allí hablamos de lo que quieras, pero con un café delante seguro que ves las cosas de otra manera.

Capítulo 42 Aitana

Vivir en Londres significaba tener que ir en metro constantemente de un lado a otro. En Londres, o en cualquier gran ciudad, por supuesto. Aunque Barcelona también lo era, no tenía que ir de una punta a otra cuando quería hacer algún plan. Fuimos hasta Kensington, muy cerca de donde él vivía, pero no sabía con certeza a dónde iríamos. Tampoco pregunté, porque a Noah siempre le gustaba mantener la sorpresa hasta el final.

Doblamos la esquina y vi un pub cubierto de flores que me hizo abrir la boca de la sorpresa. Indudablemente iba a ser mucho mejor que hablásemos de todos mis problemas ahí que en la floristería.

—Te dije que te tenía que traer a un sitio especial, y no se me ha olvidado. Aquí se van a tomar mejor las decisiones... —dijo sonriente.

—Sí, estoy segura. Dos cafés con leche, por favor —paré para pedir las bebidas—. No es más que eso, las ventas han bajado.

—No puedes pretender tener las mismas ventas todos los días. Un negocio tiene ingresos variables, Kate no gana lo mismo un martes que un viernes o un sábado. Hay meses peores y otros mejores. El principio del mes está siendo genial, pero creo que luego será peor porque la gente tiene más gastos. Febrero también va bien, septiembre es un mes duro... No he estado esos meses en el bar, pero sigo el libro de cuentas para ayudarla con Eddie. Tienes que aceptar que son momentos, y los momentos, a veces, duran un instante —sentenció con gesto serio, dándole un sorbo al café que acababa de llegar a la barra.

—Lo sé, soy consciente de ello, pero... —comenté sacando de mi bolso un pequeño cuaderno de notas—, mira las ventas de los últimos meses. Vine aquí en septiembre, y Winter se fue de la floristería más tarde. Según me ha dicho Dette, que es astrofísica, y no, yo tampoco lo sabía, las ventas han bajado un setenta por ciento con respecto al año pasado. ¡Un setenta por ciento, Noah! ¿Sabes cuánto es eso? ¡Muchísimo! No han superado el cincuenta por ciento desde que vine a Londres. En Navidad he tenido más ingresos que gastos, pero si tienes en cuenta este pico —rodeé con el boli encima de mi libreta— de pérdidas, realmente no he ganado nada.

—Vale, sí, tal vez tengas razón... ¿Por qué han bajado tanto las ventas si antes iba bien? ¿No sería buena idea preguntarle a Winter si puede darte algún consejo? A fin de cuentas, ella también estuvo trabajando aquí junto a su madre y seguro que sabía qué hacer para que todo fuese bien.

—No hablo con Winter —susurré—. No me coge el teléfono y nunca más la he visto. He pasado por su casa un par de veces, pero no me ha abierto la puerta y las luces estaban encendidas. No creo que quiera hablar conmigo de algo que tenga que ver con el negocio. No sé por qué, pero...

—Lo descartamos, entonces. ¿Y qué tal si aumentas algo más tus ofertas? No sé... prueba a vender algo más, agrandar el local...

—No puedo arriesgar ni invertir más dinero, Noah. Comprar más material significaría gastarme una cantidad de dinero que no sé ni cuándo ni cómo voy a recuperar. Ya he hecho una gran inversión con la tienda online y no ha salido como esperaba. Al menos he recuperado el dinero que le pagué a la chica que se encargó de todo eso, pero no he conseguido ningún beneficio extra. Los pedidos online también han bajado respecto a hace una semana.

—Algo se me ocurrirá, estoy seguro. Dale un sorbo al café, se te va a quedar frío y aún no

lo has probado.

Hice caso a lo que dijo y guardé la libreta de nuevo en el bolso para no ver más aquellos números que Dette me había hecho en una de sus tardes libres. Si antes de conocer esos porcentajes me agobiaban los datos, ahora mi ansiedad era mucho mayor. No era capaz de pensarlo con claridad, y tampoco de verbalizarlo, pero la idea de volver a Barcelona latía con más fuerza.

La vida allí era mucho más barata, por lo que podría encontrar trabajo en cualquier sitio, incluso volver a la cafetería donde trabajaba antes de que una chica me quitase el puesto por hacerle la pelota al jefe. Tenía mi casa, la casa donde había vivido toda mi vida con mis padres, una familia compuesta de personas que yo misma había elegido y un entorno que conocía mucho mejor que el de Londres.

Hice un cálculo mental rápido en el que no me detuve más de dos segundos. Seguramente podría ahorrar mucho más dinero allí, teniendo un nivel de vida más bajo y percibiendo un alquiler por el local. Era el sitio perfecto para ganar dinero con un arrendamiento, aunque me daba pena ponerlo en otras manos y White Roses desapareciera para siempre.

—¿Te pasa algo?

La voz de Noah me hizo volver a la realidad. Sorbí por la nariz para aguantar mis ganas irremediables de llorar y negué con la cabeza para seguir bebiendo café, que ya estaba completamente frío y aún me quedaba la mitad.

Barcelona y Londres. Londres y Barcelona. Y una chica a la que le costaba muchísimo tomar decisiones.

Noah

Me despedí de ella cuando noté que no tenía más ganas de estar allí, pero no sabía cómo decírmelo. Solo hacía darle vueltas al café y hacer sonar la cucharilla de un lado a otro de la taza, siendo el centro de atención de varias personas molestas por el ruido. Ella no insistió en quedarse, y yo tampoco quería que lo hiciera; tener un negocio conllevaba ciertas responsabilidades para las que Aitana estaba preparada, pero cansada de hacer frente ella sola.

—¿Nos vemos otro día? ¿Qué tal mañana...

—Yo te llamo, ¿vale? —me interrumpió con una sonrisa triste.

—Cuando quieras. Voy a estar ahí cuando me necesites. Y recuerda, no debes pensar en el trabajo a cada rato, ¿de acuerdo? Dale una vuelta cuando creas que debes hacerlo, pero no le dediques todo tu tiempo a algo que no lo merece. Lo más importante eres tú, trabajos vas a encontrar muchos.

—Era el sueño de mi madre...

—Tu madre cumplió su sueño. Vivió aquí, en Londres. Atendió, estoy seguro, a cientos de clientes con esa falda tan preciosa que llevabas en fin de año. Su sueño se cumplió, tú solo has ayudado a que perviva. Hasta que no ha sido posible.

Volvió a sonreír con la misma tristeza de antes y giró sobre sus talones en dirección a la parada de metro más cercana. Allí tomaría el primer vagón que la llevase a casa para seguir pensando en lo agobiante que era la situación en la que andaba inmersa desde hacía una temporada. Salí de la cafetería y pateé una lata del suelo mientras me encendía un cigarrillo. Tenía que hacer algo por ella, algo que...

Tal vez Winter no quisiera hablar con Aitana, pero no debería tener ningún inconveniente en hablar conmigo; ni siquiera nos conocíamos y no habíamos podido hacernos nada ofensivo el uno al otro. Busqué en el perfil de Aitana alguna foto con Winter, hasta que encontré una historia

en destacados. Me metí en su perfil y tecleé un mensaje que pronto recibió respuesta. Me daba su número de teléfono para hablar con ella sobre algo de la floristería.

—¿Sí? —escuché a la chica al otro lado de la línea después de tres toques.

—Buenas tardes, soy Noah. Un cliente de White Roses, me preguntaba si...

—¿White Roses? Perdona, creo que ha habido un error, mi floristería se llama Sunflowers, en Pearman Street.

Guardé silencio y separé el teléfono de la oreja para corroborar que, efectivamente, no me había equivocado con el número al que había llamado. Puse la llamada en espera y volví a mirar la foto, pero salía su nombre y la floristería detrás, junto a Aitana. Era imposible que fuese un error.

—Eres Winter Collins, ¿verdad? Y tu madre se llama... Lilly Collins. Creo que no me he equivocado y estoy llamando a quien quiero llamar.

—Sí.

—¿Y has trabajado en White Roses?

—Sí, pero pensaba que eras un cliente de Sunflowers. No quiero hablar de la tienda de Aitana. Lo siento, pero tengo que colgar.

—¡Espera, espera! Por favor, espera. Solo quiero hacerte una consulta y estoy seguro de que podrás resolverla. Aitana está sola al mando de la floristería, y... las ventas han bajado bastante. Cuando tu madre y tú trabajabais allí, las ventas eran mejores. ¿No podrías darme algún consejo para Aitana?

Sé que sonaba muy atrevido, y más aún después de haberme enterado que había abierto una floristería. Las piezas comenzaban a encajar y es que, desde que se había ido Winter, todo había empeorado porque había abierto una floristería no muy lejos de la de Aitana. Probablemente habría aprovechado todos los clientes que había conseguido durante todos los años en los que Aitana no sabía de la existencia de White Roses para tener más ventas que ella y asegurarse que todo fuese bien.

—Para llevar un negocio tienes que ser responsable. No puedes abrir cuando te dé la gana, tarde y mal. Ahora ha conocido a un chico y lo tiene todo completamente descuidado, los clientes no están contentos con su trabajo y Aitana no es una persona muy simpática. Yo hice todo el trabajo sucio y ella llegó para quitarme el dinero.

—Creo que te ofreció quedarte ahí trabajando... Ella no te echó, aunque podría haberlo hecho, te fuiste tú.

—Me dejaba quedarme ganando el mismo sueldo que tiene cualquier persona. No puedo conformarme con eso después de haber llevado la gerencia de la tienda. Mi madre me había advertido y pensaba que iba a estar preparada para darle las llaves, pero no. Ahora he abierto mi propia floristería y tengo a todos mis clientes allí.

Todo lo que había dicho en apenas un minuto era mentira. Aitana no era antipática y tampoco abría cuando le daba la gana. Había creado un perfil de ella completamente erróneo y estaba seguro de que así se lo había transmitido a los demás para que siguiese perdiendo clientes como lo estaba haciendo.

—Te estás equivocando. Y no creas que tienes la capacidad suficiente para engañar al karma.

Colgué y no le di la oportunidad de explicarse, aunque tampoco me hacía falta. El verdadero problema de Aitana era Winter, que le había fallado y no podía confiar en ella. Ahora, la decisión estaba en mí. ¿Debería decirle que por más que lo intentase alguien la boicotearía a sus espaldas?

Capítulo 43 Aitana

Odiaba los lunes. Me gustaría más si empezaran más tarde. Era una frase de Garfield, pero también podía ser aplicable a un día como hoy. El jueves quedé con Noah y prometí que lo llamaría, pero aún no lo había hecho. Quizá el inicio de una nueva semana era suficiente para ver las cosas desde otros ojos, pero me temía que no iba a ser diferente a otros días.

Fuera llovía mucho y no me apetecía en absoluto enfrentarme a un nuevo día en el que nada iba a ser como esperaba. Para bien o para mal, nada salía como imaginábamos y es un hecho que me costaba admitir porque me gustaba tenerlo todo bajo control. Me vestí a desgana y le negué con la cabeza a Dette a través de la ventana. No tenía muchas ganas de desayunar con ella, prefería estar sola y no pagar con nadie mis enfados y malos días.

El paraguas no me cubría por completo, pero sí lo suficiente como para no llegar completamente mojada a la floristería. Por el camino, volví a pensar en la posibilidad de irme a Barcelona, pero negué con la cabeza y deseché la idea para no seguir pensando en lo mismo. Ahora, lo que necesitaba era explicarle a Noah la situación, mis pocas ganas por irme, pero la necesidad que tenía de hacerlo. Pensé en cómo iniciar la conversación, cómo decirle que cabía la posibilidad de que no nos viésemos nunca más, de que todo se esfumase en cuestión de segundos. De que los sentimientos que nos habíamos negado a sentir ahora debían desaparecer de la peor de las maneras, de la forma más fugaz. Lo llamé por teléfono en cuanto entré al metro y esperé, mirando cómo la gente comenzaba a organizar su día.

—¿Qué tal si nos vemos luego en The Hawley Arms? No hagas muchas preguntas.

—Perfecto. Te espero a las diez aquí, que es cuando termina mi turno, ¿te parece bien?

—Nos vemos entonces. Un beso.

Colgué sin darle tiempo a decirme nada más y, cuando quise darme cuenta, estaba levantando la persiana para sacar, de nuevo, los cubos de flores a la puerta. Eché de menos a Jimena, sobre todo en un día como hoy en el que ella se habría ofrecido a hacerlo para después consolarme en el almacén. Sonreí con nostalgia y abrí la agenda para ver si tenía algún encargo. Solo uno, a diferencia de hace unos meses, que podía tener más de veinte. Lo preparé con mimo y esperé a que la chica viniese a recogerlo. Según había apuntado, estaría aquí en menos de una hora, así que me puse a hacer inventario mientras llegaba.

Escuché la campana de la puerta poco tiempo después y salí, aún con el trapo en la mano, a atender a la chica. No tendría más de treinta años y vestía una gabardina negra muy elegante, a juego con unos tacones rojos. Apostaba lo que fuera a que era la directora de alguna empresa importante de la ciudad.

—¡Buenos días! ¿Está listo lo que encargué por la página web? Sé que lo hice bastante tarde, pero...

—Sí, claro —contesté, sonriente, haciéndole entrega del ramo en cuestión—. Son treinta y cinco libras, si es tan amable. ¿Con tarjeta o en efectivo?

—En efectivo, por favor. Y muchas gracias por la rapidez. Normalmente voy a otra floristería cerca de aquí, pero no podían atenderme. Ahora vendré a esta, me has sacado de un gran apuro y allí no siempre están los encargos a tiempo con tantos clientes.

La miré extrañada. No tenía constancia de que hubiese alguna otra floristería cerca de aquí, hasta ahora White Roses era la única. Aunque, a decir verdad, tampoco me había interesado mucho en buscarlo por internet porque, hasta ahora, no me había hecho falta. Tecleé en mi

teléfono y encontré una en una calle cercana: Sunflowers. Entré en la web y abrí la boca sorprendida, sin creer lo que estaba viendo.

En el típico apartado donde se indicaba quién estaba detrás del negocio, aparecía una imagen de Winter. Delgada y rubia, miraba a la cara con sus bonitos ojos azules mientras apoyaba la cabeza en su mano izquierda. En la espalda le caía un lazo de gasa azulado que combinaba con sus iris a la perfección. Comencé a leer la biografía y todo encajaba con el motivo de su ausencia. Estaba enfadada porque la habían despedido de su anterior trabajo, y perdida y sin saber qué hacer, inició un nuevo proyecto.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue cerrar mi tienda e ir a la suya a poner las cosas en su sitio, pero no tuve la fuerza necesaria para hacerlo y dejé a un lado la idea de formar un escándalo innecesario. Yo nunca he sido así y siempre me había gustado solucionar las cosas hablando, aunque ahora fuese lo último que me apeteciese.

Cerré los puños con fuerza, respiré intentando tranquilizarme y conté hasta diez un par de veces y continué con el día, intentando no prestarle mucha atención a lo que me decía mi cabeza. Miré el reloj hasta tres veces para comprobar que aún no era la hora del cierre. Tenía ganas de estar con Noah, de ir a Hawley Arms y contarle todos mis planes, por mucho miedo que me diese. Era la única alternativa que veía en una situación como esta.

Cuando miré mi muñeca por cuarta vez y vi que todavía habían pasado diez minutos, comencé a recoger con prisa los cubos de fuera y a planificar la breve agenda de mañana. Por poco trabajo que pudiese tener, me gustaba tenerlo todo bien organizado, aunque la mayoría de las veces no lo cumpliese. Terminé pronto, y sin cambiarme de ropa, me dirigí hasta la estación de metro que me acercaba a Camden Town.

—¿Y esta cara? —preguntó Noah justo cuando me vio entrar por la puerta—. ¿Qué te pasa? Ni siquiera has ido a ver el cuadro de Amy.

—No me apetece.

Vi de soslayo cómo Eddie y Noah se miraban con las cejas levantadas y los ojos abiertos, pero ninguno de los dos dijo nada y les agradecí con la mirada que no lo hicieran. Estaba cómoda estando en silencio y me abriría cuando estuviese a solas con Noah y preparada para asimilar y verbalizar lo que sentía. Le pedí a Noah que me pusiese un café con leche cargado y lo moví con la cucharilla, siendo el único ruido del local por unos instantes.

Ni siquiera miré al chico con rastas que estaba a mi lado, ni tampoco a la mujer rubia de la terraza que hablaba por teléfono en voz muy alta. Solo supe que estaban ahí cuando me llamaron la atención porque les molestaba el sonido que estaba haciendo. Levanté la mirada al mismo tiempo que los hombros y arqueé una ceja como señal de que no iba a parar de hacerlo antes de ponerme los auriculares inalámbricos.

Puse una lista de reproducción perfecta para días como este en los que todo iba mal y las nubes habían hecho un boceto perfecto de una tarde lluviosa en Londres.

Y tomé aire para pensar la manera perfecta de decirle a Noah que quizá no nos veríamos más.

Capítulo 44 Noah

Terminé de fregar el último vaso con la mente inmersa en otros asuntos. Aitana estaba muy rara, Eddie me había dado un par de codazos para advertirme de la situación y yo asentí con la cabeza, sabiendo que después tendría que mantener una conversación con ella.

—¿Y bien? —pregunté sentándome a su lado mientras ella seguía escuchando música con sus auriculares.

—Llevo dos días pensando cómo decirte lo que pienso y sigo sin saberlo. He hecho algunas cuentas y las pérdidas van a seguir en aumento, a menos que Winter cierre su floristería.

Tragué saliva y la miré directamente a los ojos. Lo sabía y, en parte, me alegraba de que se hubiese enterado por sí misma, sin tener que decírselo yo, porque no sabría cómo decirle que dejase de luchar por algo que no le iba a dar los frutos que quería con los recursos que tenía.

—Winter no va a cerrar, así que yo, sin hacer ninguna inversión, no voy a remontar White Roses. La vida en Barcelona es más barata. Es cierto que aquí no pago alquiler, al igual que allí, pero mi sueldo en Barcelona sería más que suficiente para el estilo de vida que podría llevar. Para vivir en Londres debería tener dos trabajos. Antes, con ayuda de la floristería y de los ahorros de mi madre, podía estar bien, pero los ahorros se están acabando. No tendría mucho tiempo para pluriemplearme y vivir, así que creo que lo más correcto sería volver a Barcelona. He hablado con una compañera de la cafetería en la que trabajaba, y aunque allí no hay trabajo para mí, me ha conseguido una entrevista en una panadería cerca de casa —sorbió por la nariz—. Solo que... no nos volveríamos a ver.

Guardé silencio, asumiendo toda la información que me estaba dando en tan poco tiempo. Si dijese que quería que se fuera a Barcelona estaría mintiendo, pero tal vez yo haría lo mismo si estuviese en su situación, así que la entendía. Me gustaría no hacerlo, pero era una realidad. La ligera idea de tener una relación a distancia pasó por mi cabeza tan rápido como la de que en ningún momento habíamos puesto una etiqueta a lo nuestro. No podíamos mantener aquello que no sabíamos que teníamos.

—¿Es lo que quieres?

—Quiero estar aquí, pero no puedo.

—Si crees que es la mejor decisión, tendrás que tomarla.

—¿Tú qué opinas?

—No es algo que me concierna a mí. No tienes que pensar en mí para tomar una decisión importante. Londres va a estar aquí, y estará siempre que quieras volver. Si ahora tu lugar está en Barcelona, tienes que irte. Yo estaré bien estándolo tú.

Mentí, porque me moría de ganas de decirle que yo quería que se quedase. Que podríamos vivir juntos y encontrar una estabilidad entre los dos, pero me callé. Me callé porque creí que lo mejor era que se fuese tranquila, sin remordimientos, sin tener que mirar por el bienestar de alguien más que no fuese ella.

—Aún no he tomado una decisión. Me resulta tan difícil abandonar Londres... Me encantaría hablar con mi madre, decirle que lo he intentado, que he querido vivir en una revolución londinense igual que ella. Que he hecho de The Hawley Arms mi propio Lamb&Flag, pero que no he sonreído como ella.

—Estoy seguro de que tu madre estará feliz. Pero seguro, ¿eh? Porque lo has hecho. Has venido, has abierto la floristería, has encontrado a Greyson y has intentado reflatar su negocio.

No sonreirá tanto si sabe que Winter y Lilly no te han ayudado, que su amiga no ha cumplido su promesa y ambas te han dejado cuando menos lo esperabas.

—¿Crees que no estará decepcionada conmigo?

—Creo que solo lo estará si te quedas con las ganas de hacer algo por miedo a fallar.

Sonrió y sus ojos comenzaron a llenarse de incipientes lágrimas que pronto recorrieron sus mejillas sonrojadas del frío. La cogí por el mentón y levanté su rostro hasta que nuestros ojos entraron en contacto durante unos segundos. Limpié sus lágrimas con mis dedos y la besé con dulzura. Lentamente, sin prisa. Como si nadie nos estuviese mirando, como si solo estuviésemos ella y yo en Londres. No oímos los coches, ni los gritos de Eddie a algunos clientes que andaban borrachos de un lado a otro.

Solo escuchábamos el sonido de la lluvia retumbando en el suelo de la terraza. En las sombrillas aún abiertas y en las mesas de cristal. Separamos nuestros labios cuando anhelábamos mirarnos a los iris del color del café. Acaricié su flequillo y lo retiré de sus pestañas por enésima vez.

—Solo avísame cuando tomes una decisión, ¿vale? No me perdonaré no haberme despedido de ti.

—Claro que lo haré.

Quería preguntarle miles de cosas. Si volveríamos a hablar. Si vendría a Londres a verme cuando pudiese. Si podría quedarme en su casa de Barcelona cuando fuese. Si éramos novios. Si éramos amigos con derecho a algo más. Si me esperaría. Si se besaría con alguien que no fuese yo. Si volvería a montar en moto y a tener conversaciones sobre los reyes de la música con alguna otra persona que no fuese Noah Holdem. Pero no dije nada, porque ella tampoco hizo ninguna pregunta y no quise sonar como un idiota que no se enteraba de lo que pasaba entre nosotros.

Me quedé con la duda y la invité al café que se acababa de tomar. Le dejé el dinero a Eddie en la barra y le susurré que cerrase por mí para tener la tarde libre. Asintió con la cabeza y agitó su mano en señal de que no me preocupase. Mientras salíamos, intenté valorar en mi cabeza algún sitio en el que pudiésemos relajarnos y en el que Aitana disfrutase. Descarté en un suspiro irnos a mi casa, estaba cansado de refugiarme siempre allí y en Bywater Street.

—Coge la chaqueta y tu casco —le dije ofreciéndole el que siempre usaba ella y ni siquiera sacaba de debajo del asiento—. Ya sé a dónde vamos a ir.

No le dije nada más y arranqué la moto en cuanto sentí sus manos en mi cintura apretando con fuerza. Tenía razón en que, en un horario normal, el lugar al que iríamos estaría cerrado, pero hoy había un horario especial en Minalima, según ponía en internet. Era el sitio perfecto para disfrutar lo más cerca posible del mundo de Hogwarts que tanto le gustaba a Aitana.

Llegamos en menos de media hora, y a juzgar por la inmensa cola de personas que había en la puerta, debíamos darnos prisa si queríamos entrar en el último pase. Aparqué en el primer hueco libre que encontré y nos bajamos a toda prisa para correr hasta allí. El chico nos indicó que éramos los últimos y varias personas se giraron, algunas enfadadas y otras un tanto tristes.

—¿Qué es esto?

—El Soho —bromeé haciendo alusión a la zona de Westminster en la que estábamos.

—¡No bromees!

—¡No lo estaba haciendo! —exclamé imitando su timbre de voz mientras ella me miraba con los brazos cruzados y palmeando un pie contra el suelo—. Estamos en la casa de Minalima. Es una especie de tienda-museo de Harry Potter.

Aitana me miró boquiabierta y se puso de puntillas para ver algo más allá de las cabezas

que teníamos delante de nosotros, pero no se veía nada que no fueran personas nerviosas por entrar, dando pequeños saltos y gritando por ser los primeros.

—Me va a costar acostumbrarme a estar sin ti si me voy.

—En Barcelona tienes a Jimena.

—Jimena se irá a vivir a Madrid pronto. Creo que ha empezado un curso a distancia de socorrismo para asegurarse trabajo este verano. Dice que todo le va bien y ha encajado bien con sus compañeros —sonrió—. Se lo merece, es la única verdad. No puedo estar triste por no tener su compañía, porque sé que va a estar bien allí.

—Y tú no eres quién para decirle que prefieres que se quede en Barcelona ahora que planeas irte tú, ¿verdad?

—Exacto.

—Pues eso me pasa a mí contigo.

Capítulo 45 Aitana

Por un momento, después de haber quedado con Noah en el museo de Harry Potter, me arrepentí de tener la decisión casi tomada. Luego corroboré que era la mejor cuando, en la siguiente semana, solo hice sesenta libras de caja. Manteniéndose esa media, solo ganaría unas doscientas cuarenta libras al mes y los recibos mensuales suponían más del ochenta por ciento de esos ingresos.

—Según este gráfico, y si los gastos variables se mantuviesen como hasta ahora, te quedarían unas cuarenta libras al mes para poder vivir, pagar recibos de la casa y comer —indicaba Dette rodeando unos números en la libreta bajo la atenta mirada de Jimena, que estaba al otro lado de la línea, en videollamada.

—¡Pero eso es una miseria! Qué digo una miseria... ¡Es imposible vivir con tan poco dinero! —exclamó mi amiga completamente indignada.

—En cambio, si te mudas a Barcelona y el sueldo de la panadería es el mismo que el de la cafetería, suponiendo que los recibos de luz, agua y gas no superen los trescientos euros, tendrás unos mil euros para vivir y comer.

—Menuda diferencia... —susurré sorprendida. Me fastidiaba esa disparidad porque la decisión, entonces, estaba más que clara y evidentemente no era la que mi corazón quería tomar en ese momento. Me daba miedo volver a empezar. Tener que conocer a más gente después de haber descubierto los pasteles extravagantes de Dette, las ocurrencias de Martin y el amor de Noah. El que siempre le ponía a todo lo que hacía y no solamente el que derrochaba cuando nos veíamos.

—Supongo que...

—Debes irte a Barcelona. Al menos hasta que puedas ahorrar un poco para volver a intentarlo —continuó Dette—. Estar al mando de un negocio no es fácil. Ni barato.

—No sé si querré volver a intentarlo.

—¡Supones que tienes que venirte a Barcelona! —claudicó Jimena con algo de retraso debido a la conexión que tenía desde el piso compartido de Madrid—. ¡Tengo que colgar, chicas! Luego me contáis qué tal.

Nos despedimos de ella y continuamos haciendo cálculos sin su presencia, intentando que cuadrasen de algún modo, sin éxito. Ya tenía la opinión de todos y coincidíamos en que lo mejor era volver a Barcelona, al menos por un tiempo. No quería preguntarle a Noah qué iba a pasar con nosotros porque no quería ser la idiota que no sabía lo que éramos. No sabía con seguridad si estaría esperándome cuando volviese, ni tampoco si continuaríamos nuestra relación a pesar de la distancia. No quería decirle que podía venirse conmigo a Barcelona a empezar de cero porque sabía que era una decisión muy complicada y demasiado egoísta, pero tampoco quería que estuviésemos separados tanto tiempo.

—¿En qué piensas?

—Nada importante.

—Vamos, Aitana, estaba hablándote y ni siquiera me has contestado. Tienes la mirada perdida y no has dicho nada desde que Jimena se ha ido. Si no quieres contármelo, no pasa nada, pero no lo niegues.

—Me da miedo lo que pueda pasar con Noah.

—¿Qué?

—No sé qué somos, Dette. Tampoco nos hemos atrevido a dar un paso más y decir que somos pareja. No sé si esperará a que vuelva, o si preferirá que lo que tenemos se quede aquí.

—¿Qué tenéis?

—Magia. Esa es la palabra. Lo único que tenemos es magia. Me mira y sé qué quiere decirme. Y sabe lo que necesito cuando estoy llena de dudas. Me complementa como la pieza de un puzle, ¿sabes? Me ha hecho olvidarme de todo el daño que me hizo Gael, de un plumazo, como si no hubiese pasado nada entre aquel chico y yo.

Dette no dijo nada al respecto y siguió mirándome, con la cara apoyada en su mano. Cortó un trozo de pastel de cereza que me había preparado porque me había visto de mal humor; asentí con una sonrisa cuando me la ofreció y di el primer bocado sin que aún se hubiese pronunciado.

—Tenéis que hablar, Aitana. Da igual si quedas como una idiota, pero serás una idiota sin dudas, con todas las preguntas resueltas y sabiendo qué hacer en esta nueva etapa de tu vida.

—¿Crees que en algún momento volveré?

—¿Sinceramente? Lo dudo. Te vas de Londres porque no hay opción de quedarte. Cuando vuelvas a Barcelona y hagas nuevos amigos, no querrás volver, así como no querías venirte al principio.

—Quizá tengas razón. ¿Crees que debería llamar a Noah?

—Creo que no tendría que ser una conversación por teléfono. Deberíais veros en persona, pero es vuestra elección.

—¿Te importa si... —le dije intentando que me dejase sola para ver a Noah.

—¡Claro! Luego me cuentas si te apetece, ¿vale? Te espero en mi casa. Quédate a dormir si quieres—sonrió.

Asentí con la cabeza y acepté su plan, que sonaba demasiado bien para dejarlo escapar. Le envié un mensaje a Noah y lo llamé desde mi teléfono fijo, pero no obtuve respuesta. Esperé unos minutos y realicé un segundo intento en el que sí recibí un mensaje de su parte. Terminaba

su turno en un par de horas y aunque fuese sábado, tenía la noche libre.

Subí a mi habitación y elegí unos pantalones azul marino y un jersey del mismo color a juego con unas deportivas y una blusa blanca de manga larga. Hacía demasiado frío y lo terminé acompañando de un abrigo bastante grueso que mi madre había dejado en su armario. Salí andando hasta la casa de Noah, que estaba a unos cuarenta minutos, pero me dio igual dar tal paseo con el fin de aclarar mis ideas. En Londres no tenía tiempo suficiente, pero en Barcelona salía a correr por el centro cada vez que algo iba mal o necesitaba un respiro.

No fui demasiado rápido y preferí disfrutar del invierno de Londres. Ya estábamos a mediados de enero y pronto sería mi cumpleaños, aunque nadie lo sabía salvo Jimena. Pasé detenidamente por varios escaparates pensando en el autorregalo que todos los años me hacía y sonreí con tristeza en vista de que este año no iba a ser posible. Vi cientos de libros que me llamaban la atención, un vestido rojo ajustado que me quedaría muy bien y unos tacones altos que me estilizarían demasiado.

Sacudí la cabeza, dejando a un lado cualquier ilusión que pudiese hacerme, y seguí caminando hasta que giré la esquina que me llevaba a la casa de Noah. Aún quedaba una media hora para que llegase, pero me había dicho que tenía un juego de llaves escondido en la maceta de al lado del felpudo. Hice caso a sus indicaciones y abrí la puerta para esperarlo dentro. Tuve el impulso de mirar las fotografías de la casa, pero me controlé y me senté en el sofá con un libro con el nombre de Nancy Wilkison, el apellido de soltera de su madre, escrito con lápiz en la primera página.

Inmersa en los capítulos, escuché el sonido de las llaves al otro lado de la puerta. No podía ser otro que Noah, así que me levanté de un respingo del sofá y dejé el libro encima de la mesa para ir al recibidor.

—¿Llevas mucho tiempo esperándome?

—No demasiado. He cogido prestado un libro de tu madre y el tiempo se me ha pasado más rápido.

—Vienes a avisarme, ¿verdad? Te dije la semana pasada que lo hicieras si te ibas a ir — continuó, cabizbajo.

—Creo que... me iré la semana que viene. Estaré mucho mejor allí que aquí. Voy a echarte mucho de menos, pero...

—Te entiendo. No hace falta que me des explicaciones. Estos meses han sido suficientes para que sepas cómo funciona la floristería y ver si puedes llevarlo o no.

—Sí, supongo que...

—Supongo que lo nuestro... No sé si estoy preparado para una relación a distancia. Me gustaría intentarlo, pero tengo miedo de quedar como un idiota por no saber lo que tenemos. ¿Me vas a esperar en Barcelona?

—¿Y tú en Londres? ¿Volveremos a vernos pronto? Si tú estás trabajando y yo también... Supongo que no podremos hacernos visitas durante mucho tiempo. ¿Y si te enamoras de alguien mientras estamos separados? ¡Sería lo más lógico! Si yo me enamoré de ti...

Frené en seco en cuanto fui consciente de lo que acababa de decir. Sin darme cuenta, había afirmado con mucha seguridad que estaba enamorada de él. Siempre me decía a mí misma que tenía que controlar mis impulsos y no decir todo lo que pensaba cuando entraba en un cuadro de nervios, pero me era imposible.

—¿Has dicho que... estás enamorada de mí?

—Sí, creo que lo he dicho en lugar de pensarlo.

—Yo también estoy enamorado de ti.

—No van a cambiar las cosas.

—Lo sé, pero puede ayudar a que tomemos una decisión.

—No. Tú no estás preparado para una relación a distancia.

—Pero quiero intentarlo.

—Intentarlo no me asegura que vaya a salir bien.

—Nada te asegura que vaya a salir bien, Aitana. ¿Quieres que te diga que estoy preparado y todo va a salir bien para que luego no sea así y hacerte daño? Lo siento, pero no puedo hacer eso. Nunca he tenido una relación a distancia, así que no sé cómo lo voy a llevar.

—No sé si quiero... —sorbí por la nariz— correr el riesgo de que salga mal.

—En cada decisión hay un mínimo de riesgo.

—Lo sé, pero...

—Pero tienes miedo de que pase otra vez lo mismo. Aitana, no... no estoy dentro de tu cabeza, ¿vale?, pero yo no soy Gael. Y tú también lo sabes. Sabes que jamás me comportaría como él, y tampoco te dejaría así como así.

—Soy una cobarde, Noah.

—No te culpes. Eres la persona adecuada, pero igual no es nuestro momento.

—No es nuestro momento... —susurré.

Nos quedamos en silencio, uno frente al otro, queriéndonos abrazar, pero sin dar el paso para hacerlo. Ambos sabíamos que esto no era más que el final de algo que podría haber sido, pero no fue. Y no lo será porque fui una cobarde, una cobarde como Greyson cuando dejó a mi madre esperando en Westminster a que llegase.

—Ven aquí, anda —soltó él antes de darnos un abrazo envuelto en lágrimas.

Capítulo 46 Noah

De todas las cosas que podrían haber pasado, ha sucedido justo la última de la lista. Habíamos entrado en un punto de inflexión en el que no sabíamos cómo continuar. Ambos queríamos estar juntos, pero ella quería que le prometiera que todo iba a salir bien y yo no era capaz de hacerlo. No podía pensar en que la promesa podía romperse. En que podía decepcionarla. En que esa sonrisa se pudiera ir por mi culpa. En que podría romperle el corazón.

Después de la conversación que tuvimos la semana pasada, solo habíamos hablado para decirme que había comprado el próximo billete de avión directo a Barcelona. Se iba hoy, en unas horas, y ni siquiera habíamos sido capaces de despedirnos como era debido. No me atreví a ir a su casa, pero tampoco quería dejarla sola. Prefería demostrarle que podía contar conmigo para todo lo que necesitase y que estaría ahí si me llamaba. Pero no quería condicionar su decisión presentándome en Bywater Street.

Pero sí podía ir al aeropuerto.

No dudé mucho en cambiarme de ropa. Dette me había escrito para decirme que Aitana le había pedido estar sola, pero no podía dejar que nuestros corazones se fuesen estando rotos. Porque estaba jodidamente enamorado de ella. Hasta las putas trancas. Hasta pensar que no podría quererme a mí mismo de la manera en que la quería a ella. Porque era la persona que había llegado para ponerlo todo patas arriba sin pedir permiso. Y tenía que gastar la última bala como fuese.

El trayecto en moto se me hizo corto porque por mi cabeza no dejaban de pasar todos los momentos que habíamos vivido juntos. La primera vez que nos vimos en Camden Town, cuando nos encontramos en el metro. O cuando compramos la cerveza de mantequilla y pedimos unas pizzas en su casa. Todas las visitas a la floristería. La magia de querer hablar conmigo solamente por teléfono fijo desfasado. Los paseos en moto. Las Navidades más especiales de todas. La noche en la azotea a la luz de la luna.

Noté cómo mis ojos se ponían vidriosos y tomé aire en un semáforo para evitar que se me nublado la vista y tener un accidente a apenas unos metros de llegar a mi destino. La busqué con la mirada, pero no encontré a ninguna chica que tuviese el mismo pelo que Aitana, ni su maleta amarilla de patitos que tanta gracia me hizo cuando la vi en su habitación.

Me senté en uno de los bancos que había en el aeropuerto y entré en mis redes sociales para ver si había subido algo nuevo, pero Aitana no era la típica persona que compartía todo lo que hacía, por lo que no encontré nada que fuese de ayuda. Estuve esperando durante más de diez minutos hasta que me levanté para ver en la pantalla que aún faltaba casi tres cuartos de hora para que saliese el avión con destino Barcelona.

Aitana debería llegar pronto, o no tendría tiempo suficiente para embarcar. Miré hacia todos lados, hasta que encontré a una chica morena con un jersey azul que supe solo podía ser ella. Lo confirmé cuando vi el lazo de su coleta y la maleta, haciéndome sonreír. Joder, Aitana, qué bonito era encontrarte.

—Aitana... —dije detrás de ella.

—Noah... —susurró despacio—. No hagas esto más difícil, por favor... —terminó contestando y acercándose a mí para apoyar su cabeza en mi pecho, completamente derrumbada.

—Necesitaba verte antes de que te fueras.

—Y yo a ti, pero...

—En el fondo todo esto es por mi culpa, porque soy yo el que no puede asegurarte la felicidad que tanto necesitas.

—También es un poco mía, por no querer asumir ningún riesgo. Ha sido difícil cerrar White Roses y despedirme de Dette, pero aún lo es más despedirme de ti. Voy a echarte mucho de menos y solo quiero darte las gracias por haber hecho mi estancia en Londres algo más agradable de lo que pensaba que iba a ser. Sin ti, todo habría sido diferente.

—Tú también has hecho todo más agradable. Me he apoyado en ti siempre que lo he necesitado. Al igual que tú, vine sin saber muy bien lo que iba a hacer, y he sido muy feliz contigo estos dos meses.

—Llevas haciéndome cosquillas en el corazón desde que te conocí —confesó en un susurro.

—*Ryanair announces the final boarding call for flight 781, nonstop service to Josep Tarradellas airport, now boarding through gate two.*

—Supongo que tienes que irte... —murmuré al escuchar el último aviso para embarcar en el avión.

—Supongo que sí... —contestó girándose para dirigirse a control.

—Aitana... —musité cuando dejé de sentir su mano en la mía—. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero mucho, Aitana. Te quiero como se quieren las cosas bonitas.

—Y yo a ti, Noah. Y yo a ti...

Ambos nos acercamos para despedirnos con un beso que duró más de lo esperado. Noté cómo acariciaba mi nuca mientras yo hacía lo mismo con su cintura. Introduje la mano por debajo de su jersey, haciéndola estallar en un escalofrío y nos separamos segundos después, algo disgustados.

—Voy a perder el vuelo.

—Vete ya. Vete y no te des la vuelta. No me mires porque si lo haces, iré a por ti y no seré capaz de soltarte.

—Gracias por haberme ayudado a volver a pintarme los labios de morado.

—Gracias a ti por haberme elegido entre tantos.

Hizo caso a lo que le dije y se fue sin remordimientos. Sin volver a cruzar nuestras miradas, sin que tuviésemos contacto alguno. Pero era lo que necesitaba para no ir a por ella y decirle que se quedase. Que si ella quería una promesa, iba a hacerle todas las que quisiera.

Yo también me giré, y ahora solo era capaz de escuchar sus pasos. Eran firmes, pero tenían miedo. Miedo de lo incierto, de lo nuevo, de lo que estaba por llegar. El mismo miedo que tenía yo cuando me senté en la moto, me puse el casco y la chaqueta que olía a ella y recorrí Londres en un paseo de más de dos horas.

Notaba cómo el móvil vibraba en mi bolsillo, pero no le hice el más mínimo caso. Sería mi madre, que habría enviado algún mensaje que ahora mismo no tenía muchas ganas de leer. No paré ni un segundo y seguí mi camino hasta que la aguja de la gasolina me indicó lo contrario.

Quería huir, escapar, coger el primer avión a Barcelona y vivir con ella, abandonarlo todo. Dejar mi trabajo, olvidarme de Kate. Y de Eddie. Y de Londres, de todas las calles.

Quería estar con ella y me iba a costar vivir sin su flequillo rozando las pestañas.

Capítulo 47 Aitana

El portal estaba más descuidado de lo que recordaba, aunque no había pasado ni un año desde que me había ido. Las persianas estaban rotas y en una de las esquinas descansaba un gato negro que no había visto nunca a pesar de haber vivido bastante tiempo allí. Corroboré en el buzón que Romina seguía viviendo encima de mi piso para ir a su casa y preguntar qué había pasado con las cuotas de los últimos meses, que no eran baratas precisamente.

Sonreí al leer su nombre en la placa y subí por las escaleras hasta el cuarto piso. La maleta hacía bastante ruido, pero no me preocupé porque a media mañana todo el mundo estaría trabajando y casi nadie se quejaría, salvo Georgina, una italiana dura de roer a la que siempre le molestaba toda clase de ruidos y que había venido a terminar su carrera en Pompeu Fabra.

La chica de pelo azul y ojos del mismo color me recibió al otro lado de la puerta después de unos minutos. Aún estaba en pijama, y a juzgar por su pelo enmarañado y los dos bostezos que me hicieron ver su piercing en el frenillo, apostaba a que se había despertado con el sonido del timbre.

—¿Aitana? —preguntó con voz ronca sin dejar de frotarse los ojos a causa del sueño.

—Yo también me alegro de verte, Romina —dije con ironía.

—No es que no me alegre, ¿eh?, pero es que son las... —consultó la hora desbloqueando la pantalla de su móvil— once de la mañana. Me acabo de ir a la cama, ayer estuve trabajando en la discoteca pinchando hasta las nueve y estoy un poco cansada.

—No quiero robarte mucho tiempo. Es solo que... ¿no ves todo esto muy cambiado? Quiero decir, parece un barrio marginal, o algo parecido.

—Ah, sí. Bueno..., hemos tenido problemas con la comunidad. Jordi se ha largado del segundo piso dejando a deber los dos años que debía y Joan ya debe unas... seis cuotas. Por mucho que Arnau, el del cuarto, el nuevo presidente, ha intentado cubrir gastos, es imposible.

—Entiendo... —comenté por lo bajo, no muy convencida—. Bueno, estoy en casa de nuevo, si necesitas algo me avisas, ¿vale?

Romina asintió con la cabeza y cerró la puerta segundos después. No éramos amigas, pero era la única chica de mi edad en todo el vecindario, y aunque hacía vida nocturna debido a su trabajo, nos habíamos encontrado un par de veces y era bastante simpática. No salíamos de fiesta juntas, pero era la chica perfecta a la que pedir sal o azúcar cuando no te quedaba.

Llevé la maleta hasta mi habitación y la abrí sobre la cama para ir colocando toda la ropa en su sitio. Algunos jerséis olían al detergente que compraba en Londres, y eso hizo que me acordase, de manera inevitable, en el esfuerzo que había hecho por no cerrar la floristería. Había puesto todo de mi parte para intentar conseguir ganancias, invertí los pocos ahorros que me quedaban en la tienda online que, al principio, fue muy bien. Pero tal vez mi desánimo fue la excusa perfecta para Winter.

Todos, al fin y al cabo, llegábamos a tener competencia en algún momento, pero lo importante era no solamente hacerse notar, sino sobrevivir y no morir en el intento. Puede que con más empeño hubiese durado más tiempo, pero estaba en una guerra que no me correspondía y sin armas suficientes para batallar, así que me retiré sin cantar victoria. Cerré la persiana del local con lágrimas en los ojos, pensando en Ridge y en todos los clientes que habían confiado en mí. En la ilusión de mi madre cuando la abrió y en la foto que tenía en casa el día de su inauguración. Recordé el primer día que llegué buscando a Lilly con apenas cinco libras en la

cartera y encontrándome con una chica de mi edad de la que no conocía ni el nombre. Recordé todos y cada uno de los ramos que había preparado y los días en los que Jimena me ayudó a colocar los cubos de flores en la puerta durante su estancia en Londres.

Coloqué el cartel de cierre temporal y me marché sin mirar atrás, de la misma manera que me había despedido de Noah en el aeropuerto. Mirando hacia delante. Pensé, mientras me iba, en traspasarlo para obtener una renta que me ayudase a conseguir ahorros para volver pronto a Londres, pero supe que no era buena idea. Nadie iba a querer continuar con una floristería para mantenerla y quitársela yo en cuanto me apeteciese.

Nadie salvo yo iba a cuidar bien ese lugar, darle el cariño que merecía, al menos una parte del que mi madre hubiese deseado. No estaba dispuesta a dejarlo en manos de cualquiera con tal de ganar dinero. No solamente era un negocio, sino la vida de las Brown. Y era algo que debía perdurar en el tiempo fuese como fuese. Estando abierta o cerrada.

El sonido de mi móvil hizo que dejase de colocar camisetas mal dobladas y cogiese la llamada de Noah. Una foto que nos hicimos en el Soho cubría la pantalla y su número esperaba impaciente mi voz al otro lado de la línea. Por un momento dudé. No estaba segura de si sería lo suficientemente fuerte como para escucharle a tantos kilómetros de distancia. Sabiendo que no nos separan precisamente unas pocas estaciones de metro o un buen paseo pisando charcos.

—¿Qué tal? —pregunté en cuanto descolgué.

—Bien, ¿y tú?

Sabía que me estaba mintiendo. Lo hacía porque estaba escuchando el sonido del motor de su moto cuando se apagaba y el tintineo de las llaves chocando con el casco al quitárselo. Aún no había llegado a casa y había tenido tanto tiempo que solo barajé la posibilidad de que se hubiese dado un par de vueltas por Londres para desahogarse, como siempre hacía cuando se sentía agobiado.

—Aún estoy colocando ropa, pero el vuelo ha sido bastante tranquilo y ha ido bien. Luego tengo la entrevista en la panadería que te comenté, así que espero tener suerte y me contraten.

—He pasado por la floristería y... Se me ha hecho un poco raro verla cerrada con ese cartel. Charles y yo lo hemos comentado con un poco de nostalgia. Dice que no es la primera vez que ve cerrar pequeñas tiendas por la zona.

—Lo sé —apreté los puños reprimiendo las lágrimas—. Pero no quiero alquilarla, no por ahora. Necesito darme un tiempo con todo lo relacionado con el local y después ya veré qué hacer. Lo que más me gustaría del mundo es retomarla. En el fondo, me estaba gustando el puesto.

—Uno siempre regresa al lugar donde fue feliz.

—¿Por eso he vuelto a Barcelona? —bromeé para que la conversación no fuese demasiado triste.

—Tal vez, sí —contestó riendo—. Supongo que, entonces, va a ser verdad que no somos nada, ¿no?

—No tengo una respuesta para eso, pero lo más lógico es pensar que sí, que no hay nada más que una amistad. Aunque me hubiese gustado que fuese diferente. Me jode haberme enamorado de la persona correcta en el momento equivocado. Me jode haberme entregado tanto para no poder recibir lo mismo. Y no te culpo, de veras. Es el tiempo, la vida, no sé, la que no me da lo que yo le entrego.

—¿Estás deduciendo entonces que no es nuestro momento y no lo será nunca? Tal vez la vida te devuelva en algún momento todo lo que dices que estás entregando.

—¿Y si no?

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no puedes tenerlo todo bajo control. Respeto tu opinión y tu decisión de que no estemos juntos, pero el ser humano no es capaz, todavía, de ver el futuro. No puedes tomar una decisión cien por cien convencida de que algo va a ir como esperas, porque siempre, hasta en el más remoto de los casos, puede haber un desencadenante que lo cambie todo. Te gusta adelantarte, cubrir el problema, preocuparte en el más amplio significado de la palabra. Ocuparte antes de las cosas. Y es algo que nunca, jamás, va a hacerte bien. Lo siento si suena mal, pero no te lo tomes como una regañina ni ataque personal, tampoco pretendo que le des una oportunidad a lo que sea que podríamos haber tenido, solo que liberes tensiones y te dejes llevar por lo que sientes en ese momento. Es todo.

Guardé silencio y dejé que los segundos corriesen libremente sin ser yo la que interrumpiera. Escuchaba la respiración de Noah, más agitada de lo normal, como si hubiese dicho en todo lo que pensaba, sin filtro. Y se lo agradecí, porque era la única manera que tenía de seguir creciendo. De aprender de mis errores y de ser yo misma, en una versión mejorada.

—Llevas razón, Noah. Debería dejar a un lado el control, pero es algo que realmente no puedo evitar. Voy a seguir ordenando la ropa, que la entrevista es en unas horas y aún no sé qué ponerme, ¿vale? Luego te escribo y te cuento qué tal todo. Un beso.

—Un beso. Luego hablamos. Y siento si te ha molestado algo.

—En absoluto —concluí sonriendo.

Era cierto que no me había molestado, pero me daba miedo que me conociese tan bien. Que supiese a la perfección lo que tenía que trabajar en mí para estar mejor conmigo misma. Y me daba tantísimo miedo que tuve que poner en una balanza si era conveniente que siguiésemos hablando. A fin de cuentas, tanto él como yo debíamos dejar a un lado lo que sentíamos para poder olvidarnos.

Aunque mi corazón me pedía que no, que por favor no olvidase a aquel chico de pelo medio rizado y ojos marrones que siempre olía a tabaco mentolado. Pero no querer asumir los riesgos traía consigo una serie de consecuencias, y la primera era olvidar los sentimientos para empezar una nueva vida en todos los sentidos posibles. Estaba en una guerra en la que no encontraba ningún líder; ni la mente ni el corazón estaban dispuestos a llegar a ningún acuerdo.

Yo quería a Noah, y Noah me quería a mí, pero ni yo quería asumir el riesgo de que pudiese salir mal, ni él podía prometerme que estaba preparado para una relación a distancia que nunca antes había tenido. Estábamos en un punto en el que solo podíamos hacernos daño, porque él no podría darme lo que necesitaba y yo no estaba dispuesta a arriesgar de nuevo por un chico.

Escribí un mensaje de despedida que borré y reescribí hasta tres veces. Llegué a un mensaje convincente al quinto intento y cuando estuve a punto de darle al botón de enviar, me arrepentí y lo dejé en el bloc de notas para enviarlo en cualquier otro momento. Por un instante, le hice caso a Noah y liberé mis tensiones pensando en que dejarme llevar podía ser, en este caso, la mejor opción.

Aunque también la más arriesgada.

Ahora era mi corazón lo que estaba en juego.

Capítulo 48 Noah

Llegué a The Hawley Arms más temprano de lo habitual, pero tampoco tenía gran cosa que hacer en casa y así ayudaba a Eddie en su turno de mañana. Aunque le había costado mucho, estaba mejor después de haber roto definitivamente con Linda. Había apostado por ser ella y no depender de nadie más para conseguir su felicidad.

—Buenos días —comenté justo cuando entré—. ¿En qué te puedo ayudar hoy, Eddie?

—Últimamente vienes demasiado temprano y Kate no te paga por hacer estas horas extraordinarias. Ni siquiera sabe que vienes porque aún no he coincidido con ella para decírselo.

—Desde que Aitana se ha ido a Barcelona no tengo nada que hacer y prefiero venir aquí para no pensar en ella. Han pasado dos semanas desde que se fue y sigo viéndola por todas partes. En los vinilos de mi casa, en un libro que empezó antes de irse y que sin querer manchó de chocolate, en el color azul y en las flores que veo por toda la ciudad.

—La echas mucho de menos, ¿verdad?

—Más de lo que imaginé. Seguimos hablando, pero con menos frecuencia que antes. Creo que los dos tenemos el mismo miedo de no poder olvidarnos, pero ninguno se atreve a dar el paso de dejarlo todo y hacer como si nunca nos hubiésemos conocido. Porque en el fondo no queremos. O eso quiero pensar. No me imagino una vida sin saber de ella.

—Entiendo. No sé muy bien qué aconsejarte porque nunca se me han dado bien los consejos ni el amor. He estado dos años en una relación tóxica, así que no soy la más indicada para decirte qué hacer.

—No te preocupes. ¿Voy a hacer la compra o mejor hago la lista para que vaya Kate? —pregunté cambiando de tema rápidamente después de asomarme al almacén.

—Creo que preferirá hacerlo Kate. Casi que prefiero que hagas inventario, pero tampoco te esfuerces mucho porque nadie te paga por ello, ¿de acuerdo?

—No pasa nada. Si, además, me siento en deuda con Kate. Sé que no estoy dando todo de mí y no me ha dicho nada al respecto. Aún sigue llevándome algún táper con comida cuando va a su terapeuta, aunque no debería.

—Kate es un poco mandona, pero empatiza con todo el mundo. Ni en mis peores momentos me ha querido sustituir por otra persona y siempre me ha ofrecido un descanso en el caso de que lo hubiese necesitado. De todas maneras, nos vendrá bien un respiro a todos, sueles traer demasiados clientes —sonrió.

—Gracias por apreciar mi trabajo y no culparme por mis malos momentos.

—No soy quién para hacerlo.

Continué con las labores que Eddie me había encomendado hasta que Kate llegó y me miró con la ceja arqueada, preguntándose, seguramente, qué hacía allí a aquella hora.

—¿Noah?

—Ya, ya sé que no debería estar aquí, pero... Bueno, digamos que necesito desconectar y no pasar tiempo en casa. Prefiero venir y cumplir con mi trabajo, que ya sé que no está siendo de lo mejor últimamente, que quedarme en el sofá viendo cualquier serie insulsa.

—Si te sientes mejor estando ocupado, no seré yo quien te lo impida, pero no debes hacer horas extraordinarias. Eddie, cuando venga antes de su hora, apúntalo para pagárselas, ¿de acuerdo? Aquí nadie trabaja gratis. ¡Ah, por cierto! Llama a tu madre, la tienes bastante preocupada porque dice que no le coges el teléfono y que cuando lo haces, eres demasiado

escueto con ella. Harper lleva días queriendo hablar contigo y tu madre nunca encuentra el momento.

Asentí con la cabeza. Kate y mi madre eran buenas amigas y no me extrañaba en absoluto que hubiesen hablado estos últimos días de mi estado de ánimo. Sé que mi familia no era culpable de nada, pero no me sentía con ganas de mostrarme de una manera diferente con ellos. En definitiva, con quienes pagábamos todos nuestros vaivenes era con la gente de nuestro entorno, con quienes compartíamos todo. Nuestros momentos felices y los más angustiosos.

Le quité a Eddie el bolígrafo con el que iba a apuntar las horas extraordinarias y me fui a la puerta, cigarrillo en mano, para llamar a mi madre, tal y como me había pedido Kate. No era lo que más me apetecía, pero sabía que tarde o temprano tenía que hacerlo.

—¿Estás trabajando? —pregunté en cuanto escuché que había cogido la llamada.

—Acabo de salir a almorzar con Brooke. ¿Qué pasa? ¿Has hablado con Kate?

—Sí, bueno... No me pasa nada, ¿vale? Es solo que... estoy un poco agobiado con el trabajo. Sí, es el trabajo. Hay demasiada gente y...

—¿Estás seguro de que no es nada más?

—Promesa de Holdem —mentí sintiéndome mal por hacerlo.

—Estaré aquí si quieres contarme algo, ¿de acuerdo? No quiero que estés mal en una ciudad que apenas conoces. Si necesitas volver a escapar, ya sabes que puedes volver a Edimburgo cuando quieras, sin avisar.

—Estoy bien aquí, mamá. No os preocupéis por mí.

—Voy a almorzar, cariño. Dale un beso a Aitana de mi parte, y otro a Kate y Eddie. Cuando termines tu turno, llama a papá. Está en casa con Harper y quiere hablar contigo de no sé qué famosa que ha subido un nuevo videoclip.

—De acuerdo —sonreí.

Me terminé el cigarrillo, aún en la puerta, y entré cuando ya me había cansado de estar de pie. Eddie seguía con sus labores y Kate se había ido a reponer el almacén con la lista que había hecho hacía un rato. Busqué la complicidad de mi compañera con la mirada y pensé en ofrecerle salir después de trabajar. Ella estaba tan sola como yo y ambos estábamos en proceso de superar una ruptura. Tal vez era el momento de iniciar una amistad más allá de la puerta del bar.

—Eddie..., me preguntaba si haces algo esta noche —me miró con una ceja levantada—. ¡No! No es lo que estás pensando. Solo quiero distraerme un poco y conocer algunos sitios más en Londres. Ya sabes, no pensar en Aitana.

—Vale. Me vendrá bien a mí también, así que te espero aquí a las nueve, ¿te parece bien? No tardes, o hago una llamada y me voy sin ti a donde sea que vayamos a quedar —advirtió con su dedo índice rozando mi nariz.



Eddie me sorprendió acudiendo a nuestra no cita. Por un momento pensé que anularía minutos antes de quedar, pero no fue así. Llevaba un pantalón vaquero y una camiseta roja ajustada que combinaba con sus zapatillas. La miré de arriba abajo, incrédulo, y le di un toque en la espalda para que se girase, esperando no haberme equivocado de persona, por mucho que su

pelo fuese inconfundible.

—Pensaba que no ibas a venir.

—Soy un poco vaga, pero siempre cumplo con mi palabra. ¿Tienes algún plan? Aquí cerca hay un bar de un buen amigo mío en el que siempre hay buen ambiente. Seguro que nos lo pasamos bien, ¿te apetece? —dijo, sin levantar la mirada de su móvil, hablándole al susodicho.

Asentí con la cabeza, no muy convencido, y seguí sus pasos mientras me adelantaba que había estado conociendo a una chica a través de las redes sociales. Se llamaba Debby y vivía no muy lejos del centro de la ciudad. Eddie estaba convencida de que podría ayudarla a olvidar del todo a su ex, aunque yo no estaba muy de acuerdo. A diferencia de ella, yo prefería cerrar una herida y dejar que cicatrizase antes de coger un nuevo cuchillo.

—Mira esa chica rubia de allí —soltó, de repente, una vez hubimos llegado al bar. Lleno de gente, ni siquiera me había fijado en nadie más que no fuese yo mismo.

—¿Qué?

—No deja de mirarte.

—Será que me he puesto el jersey del revés —comenté sin darle importancia alguna.

—Igual quiere que la invites a una copa.

—No pienso invitarla a una copa, Eddie.

—¡No seas maleducado!

—¿Maleducado yo? Probablemente esa chica quiera que la invite a una copa, hablemos un poco de qué hacemos aquí, si estudio o trabajo, y esperará a que le ofrezca la última copa en mi casa. Me niego. No voy a hacerlo.

—Si sigues así, nunca vas a olvidar a Aitana. Tienes que superarla. Lo sabes, ¿verdad? —masculló antes de darle un sorbo a su copa, haciendo un ruido un tanto extraño que parecía ser solo para llamar mi atención.

—No quiero olvidar a Aitana. O al menos por el momento. Y de querer olvidarla, no lo haría con otra chica. No me gusta hacerle daño a los demás. Cuando la olvide, será el momento de conocer a otra persona —contesté tajante.

—¿Cómo piensas continuar tu vida con alguien con la que apenas ves? ¡Y tampoco habláis! Ya sé que tenéis miedo de crearos una dependencia absurda, pero... no sois nada y no tienes que serle fiel. Igual ella está en Barcelona con un chico como Liam Hemsworth cenando en un restaurante precioso con vistas a lo que quiera que sea famoso en su ciudad.

—Eso no significa que yo tenga que hacer lo mismo. Somos dos personas diferentes, con maneras de sentir y pensar diferentes. En cualquier caso, lo dudo, porque sé que me quiere casi tanto como la quiero yo a ella y nos echamos de menos muchas más veces que de más.

—Como quieras. Ya te dije que no soy muy buena dando consejos, por mucho que lo intente. Solo te digo lo que pienso y lo que yo haría, pero puede que no sea lo mejor.

—Creo que es una de las peores opciones. Ya te lo he dicho, no quiero utilizar a nadie para olvidar a otra persona. Puedo crear falsas ilusiones o hacer estúpidas promesas que sé que no voy a cumplir.

—No me meteré más en tus asuntos si eso es lo que quieres, pero al menos déjame decirte que deberías dejar de hablar con ella.

No dije nada más y le di un largo trago a mi copa. El alcohol comenzó a quemar bajando por mi garganta hasta que llegó al estómago como una maldita bomba. Como la bomba que era Aitana. Porque mi mente sabía que no tenía que seguir hablando con ella, y mi corazón era el que prefería ponerse una venda y seguir con lo que fuera que tuviésemos.

Y por una vez, le hice caso a mi mente.

Capítulo 49 Aitana

Los últimos mensajes que le había enviado a Noah no habían tenido respuesta, y las llamadas habían saltado al contestador automático. Estaba desconcertada porque, a pesar de que sabía que la mejor opción era no mantener contacto, me resignaba a pensar que me había dejado de hablar así como así, sin darme ninguna explicación.

Me tiré en el sofá en el único día libre que tenía en la panadería. Aunque tenía el sueldo que esperaba, trabajaba muchas más horas que en la floristería, porque también acudía los fines de semana y solo descansaba los lunes. Tenía el salón bastante desordenado, y a pesar de llevar casi todo el mes en Barcelona, aún no había sido capaz de sacar las cosas de algunas cajas que le pedí a Dette que me enviase por correo.

La casa de Bywater Street era mucho más grande que la de la calle del Tallers, por lo que, por muy ordenada que siempre hubiese sido, no tenía apenas hueco para poner todos los libros y enseres que había ido acumulando con el paso del invierno en Londres. Contaba con la tranquilidad de que nadie venía a hacerme ninguna visita. Jimena seguía en Madrid y Romina solo subiría en el caso de que le faltase azúcar para echarla al agua después de venir resacosa de alguna discoteca, cosa que no ocurriría hasta el próximo el jueves por la noche.

La última conexión de Noah era de hacía dos horas, pero aún no había respondido al último mensaje que le había enviado ayer. Tampoco me había comentado la foto que había subido a mis redes, y siempre lo hacía, aunque saliese acompañada. Intenté reprimir las lágrimas en vano. Pronto recorrieron mi cara hasta llegar a mis labios, que hoy no estaban de color morado.

En Barcelona estaba mejor, pero me faltaba lo único que tenía en Londres.

Y ahora podía decir que era amor lo que estaba sintiendo. Sin miedo a nada, ni siquiera a sentir. Ni a equivocarme. Ni a arriesgar. Pero ya era demasiado tarde y me había servido para darme cuenta de lo efímero que podía ser cualquier momento y la importancia de tomar una decisión a tiempo. Volví a llamar a Noah, pero el intento de hablar con él quedó en eso y no pudimos mantener la conversación que esperaba.

Me quedé recorriendo la agenda de contactos durante unos segundos. A excepción del número de Noah y el de Jimena y Tanisha, solo tenía el de Martin, el de Romina y un par de amigos más con los que no hablaba hacía años. Antaño también tuve el de mi madre, incluso cuando falleció, pero pronto le dieron el mismo número a otra persona y ya perdió sentido.

Después de pensarlo durante unos minutos, pulsé el nombre de mi amiga y esperé pacientemente a que contestase al otro lado de la línea. Necesitaba hablar con alguien y era inútil engañarme a mí misma.

—¡Jimena! —sorbí por la nariz cuando descolgó.

—¿Qué te pasa?

—Nada importante.

—Si no fuese importante, no me hubieses llamado.

—Es Noah —admití—. Ha dejado de hablarme, así, de repente, y no sé por qué. Los dos sabíamos que iba a ser complicado seguir manteniendo el contacto y, si ninguno de los dos quería arriesgar y empezar una relación a distancia debíamos olvidarnos, pero no de esta manera. No así.

No escuché la voz de Jimena, pero la llamada seguía su curso porque el contador de minutos seguía sumando segundos. Escuché el murmullo de otra persona que no era mi amiga y

me resultaba un tanto familiar, pero esperé a que hablase de nuevo para interrumpir.

—¿Jimena? —pregunté viendo que no obtenía respuesta.

—Lo siento, Aitana... A ver, yo... No sé cómo decirte esto... Estoy aquí, en Madrid, con Martin. Dice que ha hablado con Noah.

—¿Con Martin? ¿El nieto de Ridge? ¿El amigo de Noah? ¿Qué hace Martin contigo? Mejor aún, ¿qué hace en Madrid? ¡No estoy entendiendo nada! —grité levantándome del sofá de un brinco, haciendo aspavientos con las manos.

—Ridge ha decidido irse a casa de su hija y Martin me llamó hace poco preguntando si vivía en Barcelona porque quería hacerme una visita. Quedamos en Madrid y se ha quedado unos días en mi casa, ya le he enseñado Gran Vía y anoche estuvimos comiendo por Sol con unos amigos del trabajo.

—Te preguntaré en otro momento porque tengo cientos de dudas, pero ahora solo quiero dar respuestas a la que tengo yo. Puede que sea una amiga egoísta, pero...

—Espera, pongo el altavoz —interrumpió Jimena—. ¡Hola, Aitana! —dijo Martin segundos después—. Verás, hace unos días que no hablo con Noah, pero me dijo que había tomado la decisión de no hablarte más por el bien de ambos. Me dijo que necesitaba olvidarte para empezar una nueva vida y lo mejor era que cada uno siguiera su camino sin el otro.

Callé y respiré hondo antes de contestar. No podía ser. Noah no era de los que huían. Ya no. Noah se quedaba hasta el final. Todos nuestros recuerdos empezaron a agolparse en mi cabeza, como si fuese una película en la que no podía darle al botón de pausa. No nos lo merecíamos. Nuestra historia no se merecía un final así. Tan rápido. Tan inesperado.

—Me debe una conversación.

—Igual las formas no han sido las mejores, Aitana, pero te aseguro que ha sido porque no ha sabido hacerlo mejor. Pensará que alejándose te hará menos daño.

—Pues ha pensado muy mal, y no tengo ninguna manera para hacerle ver que ha terminado rompiendo mi corazón como me prometió que no haría.

—Es mi amigo y sé que le dolerá el doble que a ti el saber que te ha hecho daño. No te lo haría jamás, porque sé que te quiere, pero, de verdad, no es consciente del poder de sus actos. He intentado hablar con él hace un rato y tampoco me ha cogido el teléfono.

—¿Crees que debo olvidarme de él para siempre?

—Si tú no quieres arriesgar y él no puede asegurar que vaya a salir bien, sí. Creo que debes olvidarte de él para siempre. O al menos hasta que alguno de los dos dé el paso de tirarse al vacío.

—Es tarde para saltar al vacío a sabiendas de que puedo caer y llenarme de heridas.

—Nunca es tarde para luchar por aquello que quieres. ¿Quién iba a apostar porque mi abuelo se fuese de casa y yo viajase a Madrid al día siguiente? Salté al vacío y aún no me he hecho ningún rasguño. A veces, pensar que puede salir bien solo hace mejorar las cosas.

Bufé aún con el teléfono en la oreja y maldije en voz alta por los impedimentos que habían llegado a mi vida en apenas unos meses. Había tenido que abandonar Barcelona cuando estaba mejor que nunca, empezar una nueva vida en Londres y conseguir amigos en los que confiar. Intentar mantener un negocio con bastantes pérdidas y abandonar Londres cuando ya estaba bastante acomodada para volver a Barcelona justo cuando mi mejor amiga decidía mudarse a Madrid.

—Maldita sea.

—¿Qué? —cuestionó Martin.

—¡Que todo esto es una mierda! —continué desesperada—. Las cosas podrían ser un poco

más fáciles, ¿no crees? Tomas una decisión acertada y vienen cosas bonitas. Y ya está, sin tener que medir las consecuencias, sin intentar hacer malabares para sobrellevar un negocio y sin renunciar a la persona que parecía darme todo lo que necesitaba.

—Todo va a salir bien, estoy segura. Ponte un capítulo de *Friends* y me vuelves a llamar esta noche si lo necesitas, ¿de acuerdo? Te quiero infinito, amiga.

Colgué y le hice caso. Encendí mi ordenador y elegí un capítulo al azar, aquel en el que Joey aprendía francés sin mucho éxito con ayuda de Phoebe. Reí por lo bajo, enfadada conmigo misma, y fui a por unas gominolas que había comprado hacía poco en la tienda de ultramarinos de Inés, debajo de mi casa.

Desconecté de todo y borré el número de Noah. Hoy terminaba algo, pero solo iba a ser el primer día de mi segunda vida.

Capítulo 50 Noah

Tal vez había sido la decisión más dura que había tomado en mi vida, la más importante y la menos meditada. Me habían llegado los últimos mensajes de Aitana, y aunque me costó no hacerlo, pude no responderle. Me quedé con las ganas de decirle que la echaba de menos, igual que ella a mí. Que la seguía queriendo y que no me había olvidado de ella, que era lo que quería, pero no lo que sentía.

Martin también me había llamado, pero tampoco le había cogido el teléfono, al igual que a mi madre, que ya eran dos las llamadas perdidas que acumulaba en el registro de mi teléfono. Kate me había adelantado las vacaciones de la semana de Pascua para que pudiese descansar y despejar ideas, por más que intenté que no lo hiciese y dejase de sentir compasión por mí.

Bajé las escaleras en dirección al salón, un día más, para encender la televisión y tener así un sonido de fondo mientras hacía otras cosas que me sirviesen de distracción, hasta que el sonido de mi móvil me hizo volver a la realidad. Mi madre volvía a llamarme por tercera vez en el día y esta vez, por verdadero miedo, opté por coger la llamada para ver si era algo importante.

—¿Mamá?

—Por el amor de Dios, Noah, ¡por fin has cogido el teléfono! ¿En qué estabas pensando al dejarnos a tu padre y a ti tantas horas sin noticias tuyas? ¿Es que te crees que podemos estar en vilo esperando a que quieras coger el teléfono? ¡Harper incluso ha mirado vuelos con papá para ir a verte mañana mismo! ¡Harper mirando vuelos, por el amor de...!

—Lo siento, no me apetecía hablar con nadie.

—No es malo estar mal, Noah. Pero podrías avisar y así estamos más tranquilos. ¿Qué ocurre? ¿Por qué no quieres hablar con nosotros y Kate ha tenido que darte vacaciones?

—Aitana se ha ido a Barcelona —reconocí en un susurro, con pocas palabras—. Y no sé si va a volver, pero... la echo mucho de menos, más de lo que pensaba. ¿Recuerdas que le diste consejos para reflotar el negocio? Pues los siguió y al principio fue bien, pero pronto terminó yendo todo igual que antes. Su amiga la ayudó con un estudio y no sé qué porcentaje de pérdidas tenía, pero te prometo que era muy elevado. Además, su antigua trabajadora y amiga ha montado una floristería cerca de la suya para arrebatarle los clientes que conocía desde hacía años.

Seguí contándole todo lo que había pasado mientras sorbía por la nariz en cada intervención. Le conté la historia de Winter, el cuidado que había tenido con el local junto a su madre y la inauguración de Juliet y Greyson. Comenté, además, el interés que había puesto Aitana porque todo saliese bien, pero, desesperada, tuvo que coger el primer vuelo de vuelta a su ciudad, donde el nivel de vida era más barato y el sueldo mucho mayor del que le quedaba después de mantener el local.

Mi madre me escuchaba atentamente y yo me desahugué como nunca lo había hecho con ella. Ni siquiera entendía los gritos de Harper que escuchaba, pero sabía que estaría reclamando la atención de mi madre, porque siempre lo hacía cuando estaba ocupada, haciendo que estallase de los nervios en una regañina.

—Noah, no has hecho bien en dejar de hablarle sin darle ninguna explicación, por mucho que estuviesen las cosas claras entre vosotros. Tienes que pedirle disculpas por ello, lo más normal sería que estuviese pasándolo mal. Tú estás sufriendo por no hablar con ella a pesar de ser el que ha decidido dejar de hacerlo. ¿Cómo estará ella sin haber tenido poder de decisión sobre la situación? ¿Sin saber qué ha hecho mal para que hayas desaparecido de la noche a la

mañana sin decirle nada?

—Mamá, no he sabido hacerlo de otra manera. No es excusa, lo sé, pero si hubiese sabido de un camino en el que me asegurasen no hacerle el más mínimo daño, lo hubiese tomado con una venda en los ojos y completamente descalzo.

—Yo te he enseñado a luchar por lo que quieres, así que lucha por ello y no te des por vencido tan pronto. Ve a por todas, Noah, quema hasta el último cartucho que tengas en la recámara. Y cuando no tengas más y pienses que todo está perdido, solo entonces podrás darte por vencido. ¿Aún te queda algo por hacer?

—Siempre puedo ir a Barcelona...

—Ni lo dudes. Yo te ayudaré a pagar el billete. Cuando lo tengas todo listo, me avisas y te hago una transferencia. Si crees que aún tienes la más mínima oportunidad de recuperarla, ve a por ella y demuéstrole que la quieres. Del resto me encargo yo, hay algo en mi oficina que puede interesarle a su negocio, ya te lo contaré con más detalle.

Me despedí de mi madre e inmediatamente después me puse en contacto con Jimena para que me diese su opinión. Sabía que Martin había viajado a Madrid, pero no imaginé que estarían juntos casi a las diez de la noche, aunque en España fuese la hora de cenar. La rubia me dijo que había hablado con Aitana y que aún estaba esperando la respuesta a los mensajes que me había enviado. Sentí cómo se me encogía el corazón y cómo el sentimiento de culpa me iba invadiendo hasta terminar asumiendo, en silencio, el daño que le había causado.

Había sido poco más de un mes el tiempo que habíamos estado separados, sin tener contacto el uno con el otro y sin saber lo que pasaba por nuestras cabezas. Martin no apoyaba la idea de que fuese, pero Jimena me dijo que lo hiciese. Que lo dejase todo atrás y pillase el primer vuelo a Barcelona ahora que estaba de vacaciones. Aitana se alegraría de verme, aunque se mostrase tan insegura como siempre y enfadada por mi desaparición.

Decidido, colgué la llamada y hablé un poco más con Martin antes de mirar cientos de páginas en las que ofrecían vuelos a Barcelona por precios de risa. Me decanté por una oferta que tenía buenas opiniones y una aerolínea que aseguraba que el ochenta por ciento de sus vuelos siempre llegaba a tiempo.

Solo había un aeropuerto en la ciudad, por lo que no podía escoger el que estuviese más cerca de la casa de Aitana. Tenía la dirección apuntada en una servilleta con un boli que apenas pintaba, pero era el primero que había encontrado mientras hablaba con Jimena. El aeropuerto no estaba muy lejos de su apartamento, y en menos de veinte minutos, si todo salía bien, estaría llamando a su puerta. Sus días libres eran los lunes, el resto trabajaba en horario de mañana y tarde en la panadería, por lo que opté por salir este mismo viernes y quedarme allí hasta su día de descanso.

Si no conseguía solucionar las cosas con Aitana, al menos podía ver algo de la ciudad para no sentir que había sido un idiota por viajar para nada. Miré los billetes y los compré inmediatamente después de ver un alojamiento a buen precio, aunque no había vuelos disponibles hasta el sábado. Era un albergue compartido, pero no me importó mucho porque solo pagaría unos treinta euros por las dos noches que, al cambio, eran poco más de veinticinco libras.

Informé de mi viaje tanto a mi madre como a Eddie y Kate. A pesar de estar de vacaciones forzosas, les comenté que podían llamarme siempre que me necesitasen, porque iba a estar disponible. Eddie me confesó que no le gustaba mucho mi idea y Kate me dio el mismo consejo que mi madre, como si estuviese escuchando de nuevo la conversación que había mantenido con ella.

Seguí pidiendo consejos hasta que el sábado me desperté ansioso antes de escuchar el

despertador. Siempre que tenía algo que hacer, me despertaba mucho antes del aviso, como si mi cuerpo supiese que no podía quedarse dormido y se despertase antes de tiempo como un sistema de protección para la impuntualidad. La maleta de mano ya estaba preparada y solo me quedaba desayunar algo y esperar a que Eddie pasase a recogerme; se había ofrecido a hacerlo después de oír lo que tenía que pagar por dejar la moto en el aparcamiento de larga duración.

—No pensaba que fueras a ponerte tan guapo —insinuó Eddie con una sonrisa graciosa cuando le abrí la puerta.

Había cogido la chaqueta que siempre usaba Aitana cuando se subía a la moto, porque aún olía a su perfume de Chanel, con unos vaqueros desgastados y unas zapatillas blancas como mi camiseta, que ya debían tener un par de años.

—Ha sido lo primero que he pillado, estoy un poco nervioso y no he prestado mucha atención a cómo me quedaba el atuendo. Ya sé que suena un poco tópico, pero...

—Yo no hubiese hecho lo que estás haciendo tú, así que... Supongo que estáis destinados a estar juntos. Y que os queréis. No todo el mundo coge un avión sin saber qué va a encontrar en el destino.

Sonreí y salí de mi casa con una pequeña maleta negra con poca ropa y el billete de avión, habiendo pagado una tasa extra por si tuviese que cambiar las fechas y venirme antes. No estaba muy seguro de lo que estaba haciendo y lo único que esperaba por parte de Aitana era la misma apatía que yo había mostrado con ella. Aunque no fuese verdad, aunque me muriese de ganas por estar como antes y tocarle el pelo mientras me hablaba y miraba sus ojos marrones.

No había tomado la mejor decisión al irme como si nada me importase, ¿pero realmente debía luchar ahora por ello? Tal vez era ella la que no quería que lo intentásemos, porque yo ya me había encargado de decidir por ella haciéndole daño, más del necesario y más del que debía. Yo, que precisamente era quien hacía meses tenía el corazón roto en mil pedazos por culpa de una chica que no supo valorarme como merecía. Yo, tiempo después, había hecho lo mismo a otra chica. Le había roto el corazón, a pesar de saber que era el dolor más intenso que había sentido en mi vida. A pesar de tener la incertidumbre de no saber qué pedazo seguir.

—Eddie, ¿crees que querrá verme? —solté, de repente, cuando estábamos a punto de llegar al aeropuerto.

—No lo sé —respondió—. Yo no tendría mucho interés en hacerlo, aunque soy Eddie Walter, no Aitana. Puede que esté dispuesta a escucharte, pero no esperes que quiera perdonarte y que las cosas vayan como si nada hubiese pasado. Porque sí ha pasado, Noah.

—Estoy preparado para cualquier reacción, Eddie —anticipé—. O eso creo, porque voy con la intención de que todo vuelva a la normalidad. A lo que teníamos hace un mes, ¿sabes? Y sé que eso es muy difícil.

—No puedes hacer lo que se te antoje. Si no has querido cuando has podido, tal vez y solo tal vez —enfaticó— no vas a poder cuando quieras. Una relación, ya sea sentimental o no, depende de dos personas. Y no siempre esa persona puede querer lo que quieres tú. Es por eso por lo que tienes que anteponerte, mirar por el bienestar de la otra persona antes que por el tuyo. Y ahí se encuentra el equilibrio, porque ella mira por ti y tú miras por ella, por lo que no hace falta que ninguno de los dos mire por sí mismo.

—Me están dando ganas de no coger el avión.

—Pero ¿qué dices?

—Creo que voy a hacer el tonto presentándome en su casa de imprevisto sin haber mantenido antes una conversación.

—Noah, ve a su casa, llama a la puerta y enséñale que hay que arriesgar para conseguir las

cosas. Justo lo que ella no quiso hacer por miedo a fallar.

Me callé y asentí con la cabeza para bajarme del coche y coger la maleta del asiento trasero. El aeropuerto estaba lleno de gente, por lo que no tuvo la oportunidad de aparcar, así que tuvo que dejar el coche en doble fila para que cogiese mis cosas. Nos despedimos con una sonrisa y le agradecí que hubiese venido hasta el aeropuerto.

Cuando era pequeño siempre soñé con ser piloto, pero nunca supe que se me daría tan mal estudiar, y por eso lo dejé en cuanto tuve la oportunidad. Quería montar en aviones, aunque nunca había montado en uno, y experimentar todo lo que veía en las películas animadas que tanto me gustaban. Surcar el cielo, ir de una punta del país a otra en cuestión de horas. Ser libre como un pájaro.

Veinticinco años después, dependía de los aviones para gran parte de lo que hacía en mi vida y lo tenía implícito como un medio de transporte más, sin que fuese necesario un viaje o una larga distancia. Sonreí, diciéndole al Noah del pasado que aprendería a disfrutar de los aviones de la manera más insospechada, y con paso firme me fui hasta la puerta de control para escanear mi código de barras.

Aitana, voy a arriesgarlo todo a un número.

Y solo quiero que en la ruleta la bola caiga en ese número.

Capítulo 51 Aitana

Me habían despedido. Otra vez habían conseguido arrebatarme el trabajo de las manos. Y esta vez no era Winter la culpable. Lo que me hizo pensar que quizá la culpa no era del resto, sino que yo no estaba preparada para trabajar en ningún sitio. Andrea, la jefa, me había comentado que me había admitido por hacerle el favor a Elsa, mi compañera de la cafetería, pero que no tenía dinero suficiente para pagar mi sueldo. Me había hecho un contrato con periodo de prueba que había terminado después de varias prórrogas que no consideraba muy lícitas y por las que no rechisté.

Me había puesto un capítulo de *Friends* y había cogido una tarrina de medio kilo de helado de vainilla, mi favorito, con sirope de fresa, y comenzaba a hundir la cucharilla hasta que tocaba el fondo del recipiente y después lo miraba con lástima por haberse acabado tan rápido. A mí no me gustaba el helado en invierno como a Ginger, pero hoy me apetecía. Me manché el pijama un par de veces, lo miré sin ganas y sin intención de limpiarme y continué viendo el capítulo. Ni siquiera llamé a Jimena para contarle lo que había pasado, pero sabía que me pasaba algo porque me había dicho que no me hablaría en unos días.

Cambié el capítulo en cuanto terminó y fui a por algo de chocolate ya que se había terminado el helado. Con el frigorífico abierto y mis ojos buscando la tableta de Nestlé, el timbre hizo que saltase de un brinco del susto. Nunca tenía visita y Romina, a juzgar por la hora, estaría pinchando en cualquier discoteca de la ciudad, por lo que la única vecina que venía a verme no estaba al otro lado de la puerta. Y tampoco esperaba ningún paquete.

De manera instintiva miré por la mirilla, pero me topé con la gruesa madera en mis narices; se me había olvidado que el piso era tan antiguo que las puertas aún no habían sido renovadas por otras con las que se pudiera ver quién estaba llamando antes de abrir. Con cuidado, asomé la cabeza por el resquicio de la puerta, espacio suficiente para ver quién era sin ser atacada o increpada por algún vendedor de enciclopedias dispuesto a ganarse su comisión.

Su perfume era inconfundible, y el parche de la calavera en el pecho de la chaqueta de cuero que siempre me ponía, también. Cerré la puerta nerviosa y pegué mi espalda a ella, pensando que la mente me había jugado una mala pasada porque Noah no podía estar llamando a mi puerta un sábado a las diez de la noche. Volví a repetir la acción para encontrarme con él de nuevo, que sin sonreír me miraba, esperando que lo dejase pasar.

—No puedes estar haciéndome esto... —susurré cuando me calmé y abrí la puerta—. No puedes desaparecer y venir a mi casa así, Noah. No puedes. Me haces daño con tus actos, ¿entiendes?

Solté todo lo que tenía en la mente sin medir mis palabras. Me había pasado un poco, pero había guardado tanto rencor dentro de mí que era incapaz de recibirlo de otra manera. Todavía no era consciente de cómo había llegado hasta aquí, a mi casa, si hacía un rato estaría paseando por las calles de Kensington.

—Lo siento. Solo puedo pedirte perdón. Sé que no lo he hecho bien, pero no he sabido hacerlo de otra manera. Y sé que no es ninguna excusa, pero es lo único que siento.

—No puedes ir por ahí haciendo cosas sin medir las consecuencias de tus actos.

—¿Es que tú no has hecho nada pensando que era lo mejor sabiendo que puedes haberte equivocado? ¿Siempre has tomado decisiones acertadas? ¿Nunca le has hecho daño a alguien sin querer? ¡Joder, Aitana!

—¡No! —grité—. ¡Nunca le he hecho daño a nadie!

—Permíteme que lo dude. Y no te lo tomes como un ataque, porque no lo es, pero todos hemos hecho cosas que pueden dañar a los demás. Igual tú, sin quererlo, dañaste a Jimena diciéndole que lo mejor no era huir cuando era lo único que necesitaba para tomar una decisión.

Me quedé en silencio porque me daba rabia admitir que podría tener razón y calmé mi respiración poco a poco. Él seguía sin entrar en casa y estaba segura de que mis gritos podrían haberse escuchado en todo el vecindario, pero no me importaba en absoluto. Tras ese pensamiento, volví a darle la razón a Noah, porque no estaba midiendo las consecuencias y estaba haciendo lo que sentía.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Quién te ha dado mi dirección? ¿Por qué has venido después de un mes sin hablar conmigo? ¿Por qué no me diste ninguna explicación? ¿Qué has hecho con tu trabajo?

—En avión. Jimena. Porque quiero decirte que puede salir bien. Porque no sabía si era buena idea. Estoy de vacaciones —respondió a mi batería de preguntas de manera directa y escueta.

Sonrió y eso hizo que mi corazón se ablandase un poco. Le dije que pasase y, sin decir nada más, entró hasta la altura del salón. En el sofá descansaba la tarrina de helado derretido y el bote de sirope de fresa abierto. El frigorífico había comenzado a emitir un pitido para que lo cerrase y miraba todas las manchas de mi pijama.

—También te has manchado la boca —masculló señalando mis labios.

Fui al baño a paso ligero y me miré en el espejo. Estaba completamente despeinada y la comisura de los labios estaba llena de helado de vainilla. El pijama, de una fina tela y con botones, estaba demasiado sucio como para salir de nuevo con él puesto, así que fui a la habitación, me puse un pijama limpio y saqué de una de las cajas las enormes zapatillas de unicornio que tanto me gustaban. Cogí una goma del pelo para hacerme una coleta alta y salí de allí después de haberme pellizcado los pómulos para que se enrojecieran un poco y no se notase mucho la palidez propia de estar sin salir de casa durante días.

—Siento todo el desorden, pero aún no he tenido muchas ganas de sacar todas las cosas de las cajas.

—No te preocupes.

Ninguno de los dos sabía qué decir, por lo que nos sentamos en el sofá en silencio mientras el capítulo que tenía puesto seguía reproduciéndose aunque no le estábamos prestando demasiada atención. Probablemente teníamos las mismas preguntas, pero ninguno era capaz de formularlas.

—He estado pensando mucho —confesó rompiendo el hielo—. Y creo que no podemos estar así. Separados, me refiero. Sé que aquí estás mejor y que... bueno, que en Londres las cosas no iban como pensabas, pero quiero intentarlo contigo y sé que va a salir bien. No sé si estoy preparado, pero va a salir bien. Y no voy a hacerte daño. Te lo prometo.

—No hagas promesas que no sabes si puedes cumplir —zanjé mirando mis pies—. He sido una idiota por pedirte que me dijese que todo iba a ir bien, porque sé que no lo sabes, al igual que yo. Todo ha sido culpa mía, ¿entiendes? Porque no he querido arriesgar por esto cuando debería haberlo hecho. Aquí las cosas tampoco van tan bien como piensas. Me acaban de despedir, y aunque sé que puedo encontrar trabajo pronto en otro sitio, no quita que no me encuentre con mucho ánimo.

—Siento mucho lo de...

—No lo sientas, creo que el destino me está enseñando a jugar mis cartas mejor de lo que pensaba que lo hacía. Siento que es tarde para lo que sea que pudiésemos tener, y me duele

admitirlo, pero las cosas se han enfriado.

Estaba mintiendo, porque nada se había enfriado, porque seguía sintiendo por él lo mismo que cuando decidí irme de Londres. Porque mi corazón había dado un vuelco cuando había vuelto a oler su perfume. Porque lo quería, y me moría de ganas por sentarme a horcajadas encima de él para llenarlo de besos y abrazos, pero me resistía. Me resistía porque, al igual que él pensó que lo mejor para los dos era no hablar, ahora yo consideraba que lo mejor era que cada uno siguiese con su vida ya que lo habíamos intentado. Empezaríamos, quizá, alguna relación con otra persona y nos olvidaríamos pronto el uno del otro.

—Dime, por favor, que no lo estás pensando de verdad.

—No lo pienso de verdad —suspiré—, pero es lo mejor para los dos, para que sigamos viviendo. No quiero que renuncies a tu vida para venirte a Barcelona. No sabes español, no tienes nada que te ate aquí y yo no quiero que estés aquí solo por mí.

—Tú tampoco podrías venirte a Londres en esas condiciones, pero te quiero. Te quiero mucho más de lo que pensaba, Aitana. Vamos a intentarlo —sollozó—. Vamos a intentarlo una sola vez, solo una, te prometo que puede salir bien.

—¡No va a salir bien, Noah! ¡Es imposible que salga bien! No nos pueden separar casi mil quinientos kilómetros. No voy a llevarlo bien, y tú tampoco. ¿Qué vamos a hacer? No quiero estar viéndote en una videollamada, ni tampoco irme a dormir sin que estés cerca de mí. No, no te pido que vivamos juntos, estábamos bien en Londres. Cada uno tenía su espacio y nos veíamos cada vez que queríamos. Quedábamos con Martin y Dette, comíamos dulces extraños y conocíamos rincones de Londres que no salen ni en las guías para turistas.

—¿Y si encontramos una solución para volver a lo de antes? ¿Arriesgarías?

Me quedé en silencio y pensé la respuesta por un instante. Quería arriesgar. Quería pensar que todo podía salir como creía de una vez por todas. Porque siempre le había dicho a los demás que se tirasen a la piscina, aun sabiendo que no había agua. Y esta vez quería ser yo la que se pusiera el bañador para tirarse de cabeza. Sin pensar en nada más que en el momento. En mí. En lo que necesitaba.

—Esta vez sí... —susurré.

Se acercó a mí y me besó. Solo se separó de mis labios para pedirme perdón de nuevo. Yo negué con la cabeza; no quería que lo hiciese más, y por mucho dolor que tuviese dentro, una parte de mí sabía que me quería y que su última intención era hacerme sentir así. Le besé, esta vez yo, para volver a sus labios y hacer que mi corazón latiese con más fuerza, que mi pecho se oprimiese de la angustia por haber estado separados. Para sentir que todo había vuelto a su sitio. Que todo era como antes.

—Saldrá bien —me dijo.

Y confié en él. Como siempre había hecho.

Capítulo 52 Noah

No me lo pidió y no me ofrecí, pero la medianoche comenzó a caer y el sueño nos venció en el sofá. Desperté con su cabeza en mi pecho y su pelo acariciando mi estómago. Aún sentía su respiración sobre mí y era incapaz de hacer que se echase a un lado para levantarme. Me incorporé como pude y retiré el flequillo de sus ojos con cuidado para que pudiese dormir mejor.

Me iría mañana, por lo que todos los cartuchos que decía mi madre que tenía que quemar tenían que prender fuego ya, a pesar de que todo estaba cubierto de sombras y dudas. Fijé mi mirada en ella y me pregunté por qué no la había cuidado si quería tenerla conmigo, por qué había sido tan cobarde y por qué sonreía mientras dormía. Parecía imaginar todas las formas en las que imaginaba nuestra vida, o tal vez tumbada en su azotea de Londres contando las estrellas del cielo mientras escuchaba a Winehouse.

Solo supe qué estaba pasando por su cabeza cuando se despertó y me miró con los ojos vidriosos. Levantó su cabeza de mi abdomen y volvió a colocarla, con el pelo despeinado y roncando de la misma manera que haría Nemo si estuviese correteando por la cocina. Le puse un mechón de pelo detrás de la oreja y la abracé con fuerza mientras una lágrima comenzó a salir de mis ojos. No le permití que hiciese un gran recorrido por mis mejillas y en cuanto noté el lagrimal mojado, puse mis dedos pulgares para frenar el llanto.

—No sé si he hecho bien en venir a tu casa, Aitana. Creo que puedes estar incómoda o...

—Era lo que necesitaba, aunque hace unas horas lo hubiese negado rotundamente. Quería verte, porque nunca hay suficientes despedidas para aprender a decir adiós. Y aunque lo he dicho muchas veces, aún no me acostumbro. Tal vez es que no quería hacerlo, y si te digo que me arrepiento de haber apostado por esto, te estaría mintiendo.

—Mañana me voy. No he venido por muchos días porque no sabía si te iba a sentar bien y pagué un albergue al que ni siquiera he ido. No quiero que esto condicione nada, pero quiero que lo sepas, porque no voy a huir por la puerta de atrás de nuevo.

—¿Qué te parece si te llevo a un sitio especial y hablamos allí de lo que podemos hacer con nosotros?

Asentí y noté cómo se levantaba de encima de mí para ir a su habitación. Yo había dejado la maleta en el albergue, por lo que la única ropa que traía era la que llevaba puesta: unos pantalones vaqueros rotos y un polo de manga corta, abierto hasta la mitad del pecho. Ni siquiera me había afeitado ni cortado el pelo antes de venir, así que me lo alboroté con la mano y me fui a la cocina para esperarla. Me senté sobre la encimera y cogí un cruasán empaquetado que había en una especie de frutero lleno de dulces mientras miraba las fotografías del frigorífico con cientos de imanes de diferentes ciudades.

Justo cuando di el primer bocado, una Aitana con el mismo vaquero y jersey azul que cuando la conocí en Camden Town apareció por la puerta. Apenas llevaba maquillaje, pero estaba mucho más guapa así que de cualquier otra forma. Se había dejado el pelo suelto y el flequillo estaba desordenado, dándole un aire desenfadado que la hacía ver como la chica más guapa que había visto nunca.

—¿Vamos?

De sus manos colgaban unas llaves de Volkswagen que me hicieron enarcar una ceja de manera automática antes de sonreír. Nunca la hubiese imaginado detrás del volante.

—Sí, tengo coche —rio—. Solo que no me lo llevé a Londres. Confieso que hace bastante

tiempo que no conduzco, así que es mejor que te pongas el cinturón, por si acaso. No quiero ser responsable de ningún accidente —terminó diciendo entre risas.

Ambos sonreímos y salimos hasta el garaje, donde descansaba un pequeño Beetle impoluto de color verde menta con una pequeña letra de flores secas colgando del retrovisor. Nos subimos y salimos de allí rápidamente hasta que entramos en el centro de Barcelona. Ella iba concentrada en la carretera y en la infinidad de coches que conducían sin respetar las normas, y yo miraba por la ventana cada lugar por el que pasábamos haciéndole preguntas más propias de turistas.

—Vamos al mirador al que mi madre iba a escribirle cartas a Greyson. Ahora hay un columpio en uno de los árboles y normalmente hay mucha gente, pero aún es demasiado temprano. Es el momento perfecto para no encontrarnos con demasiados curiosos.

—¿Ibas mucho? Al mirador, digo.

—Al principio iba ella, pero una vez le dije que pasaba mucho tiempo en casa sola. Era pequeña y mi padre se iba de gira constantemente con su grupo por los pueblos más inhóspitos de España a cambio de unas pocas pesetas. Mi madre, siempre que se encontraba sola, iba allí a escribirle a Greyson, como si fuese a hablar con él de algún modo. Un día me llevó, pero yo preferí coger el ordenador con la batería cargada para escribir ese libro que siempre había intentado crear y al que nunca le he puesto fin.

—Tu padre era fan de la música y tu madre lo era de escribir. Sin darnos cuenta, nos hemos convertido en ellos. Aunque yo ya haya abandonado el sueño de componer alguna canción y escucharla en la radio, tú siempre podrás escribir una bonita historia de amor. O de lo que quieras. Porque estoy seguro de que sería un éxito.

—El sueño de mis padres fue lo que verdaderamente los separó. Cada uno se centró mucho más en cumplir los suyos propios que en pensar en el del otro. Y todo se terminó yendo al garete, ambos se acostumbraron a perder estando al lado del otro y sus corazones comenzaron a funcionar sin latido.

—Nuestros corazones nunca han dejado de latir.

—Por eso estás aquí, ¿no? Porque no hemos podido dejar atrás algo que no debería habernos atormentado en el presente, pero que no ha dejado de rondar en nuestras cabezas sin que pudiésemos controlarlo.

—Me ha tocado pensarte muchas más veces de las que imaginaba y eso ha hecho que quisiese luchar por esto, por muy mal que lo hubiese hecho —susurré—. Y te prometo que he llegado para irnos juntos a Londres. Porque es nuestra ciudad. Es nuestro lugar y nuestro hogar, es la ciudad que nos ha hecho estallar, latir y entrar en erupción.

—Sé que es nuestro lugar. Que Camden Town fue cómplice de nuestro primer encuentro. Y las estrellas que alumbran el Big Ben de la primera vez que el amor nos hizo a nosotros. La cerveza de mantequilla y las pizzas que tomamos el primer día que estuvimos en mi casa. La noche con el tocadiscos, la mañana que nos llamó tu madre porque la habíamos llamado la noche anterior. La vez que fuimos a comprar vinilos y cuando se me antojó poner un árbol de Navidad el mismo veinticinco de diciembre, casi rozando la medianoche. Sé que todo eso somos nosotros y nosotros somos todo eso, pero no puedo irme sin ninguna opción, sin una solución a mis problemas económicos.

»He buscado soluciones por todos lados, pero aún no he encontrado ninguna convincente y estoy cansada de no obtener resultados. Puede que me haya rendido antes de llegar a la meta, pero la línea del final de la carrera está demasiado lejos y las piernas no me responden más. Ahora vamos a disfrutar de estas vistas de Barcelona, porque mañana volverás a respirar el olor a petricor de Londres.

—No puedo estar sin saber qué va a pasar con nosotros —me resigné.

—Dame una opción. Una sola. Aunque sea un clavo ardiendo y tengan que incendiarse mis manos, voy a aferrarme a él. Ahora sí, Noah, ahora sí estoy dispuesta a hacerlo.

Subió el freno de mano y sacó las llaves del contacto del coche. El adorno del retrovisor no dejaba de moverse de un lado a otro y, con la mirada puesta en él, sentí cómo Aitana se acercó a mí para besarme de nuevo antes de pasar la que podía ser nuestra última tarde juntos.



Capítulo 53 Aitana

Me senté en el columpio que todo el mundo fotografiaba para subirlo a las redes sociales y le pedí a Noah que me columpiase despacio y sin mucha fuerza. Sentí la brisa de Barcelona en la cara de aquel domingo a las diez y cerré los ojos para disfrutar del momento por primera vez en mucho tiempo. Volví a mi niñez, a cuando nadie había conocido el mirador y venía con mi madre con una libreta a crear personajes que nunca habían visto la luz.

No emití palabra y dejé que el tiempo corriese como si sobrara, como si no estuviésemos luchando contrarreloj para buscar una solución a nuestro problema. No quería que se fuera sin ella, no quería que nos quedásemos de nuevo sobre un abismo, como estaba yo encima de todas las calles de Barcelona. De hacerlo así, volveríamos al punto de partida, sin nada que hacer y con una distancia que impedía que nuestra relación fuese como la de los demás.

—Aitana... —dijo sin dejar de empujarme y sin que nuestras miradas se cruzasen—, creo que tengo una solución para tu floristería, pero no sé si saldrá adelante.

Bajé un poco mi pierna para hacer de freno y paré el columpio en seco cuando lo escuché. Me bajé de un brinco y me giré para mirarle a la cara. Estaba sonriente, como si hubiese encontrado de verdad alguna alternativa para que pudiésemos estar juntos.

—¡Suéltalo ya! —ordené.

—¿El adorno del retrovisor de tu coche lo has hecho tú?

—¿El de las flores secas?

—Sí.

—Sí, lo he hecho yo.

—Entonces tengo la mitad de la solución.

—¡Pero dime qué es!

—La empresa de mi madre está buscando formar un holding con varias empresas del país. Algunas son muy grandes, pero también quieren invertir en otras más pequeñas. Está claro que solo con la venta de flores White Roses no va a interesarles, pero sí pueden invertir si abres un poco el mercado. Ellos se encargarían de asumir los gastos y riesgos, aunque también se llevarían parte del beneficio.

»Además de vender flores, puedes hacer adornos de decoración, como el del retrovisor. Letras hechas de flores, marcapáginas, láminas de flores disecadas... Mi madre me comentó algo cuando le conté que habías regresado a Barcelona. El proyecto aún no era seguro y solo lo sabían los directivos de cada departamento. Ahora parece que se ha confirmado y me acaba de enviar un mensaje preguntando por tu tienda.

Escuché con atención lo que me estaba proponiendo Noah. Me fiaba de su criterio, pero también de su madre. Algo me decía que podíamos tener una buena relación, aunque mi negocio estuviese en juego, porque no dudó en ofrecerse cuando necesitaba ayuda sin esperar nada a cambio. Analizó la clientela e hizo un estudio de mercado que me facilitó las ventas previas a Navidad y gracias a ella pude ingresar lo suficiente como para estar tranquila durante el mes de diciembre.

—¿Y tu madre estará de acuerdo?

—Ha sido ella la que me lo ha propuesto, pero la decisión está en el consejo de administración. Es a ellos a quienes hay que convencer de que tu negocio puede aportar dinero y beneficios a la empresa. Estoy seguro de que volverá a hacer un estudio más exhaustivo y lo

presentará como el próximo reflote del año. Joder, está al lado del Big Ben, y si no fuese por la mala publicidad que ha ido haciendo Winter, todo iría bien.

—Pero... ¿por qué no me habías contado lo de Winter si lo sabías? He estado intentándolo todo como una idiota hasta que me enteré unos días antes de venirme a Barcelona. Fue el detonante de todo...

—Lo descubrí unos días antes que tú y estabas liada. Ni siquiera hablamos por teléfono esos días y no quería hundirte más de lo que ya estabas. Saberlo no hubiese supuesto nada positivo ni negativo, ibas a cerrar igualmente. En cualquier caso, deja a Winter a un lado. ¿Qué me dices del resto?

—Yo... Bueno, debería decir que me lo tengo que pensar, ¿no?

Noah se encogió de hombros y sonrió, esperando todavía una respuesta mientras buscaba en la agenda el número de teléfono de su madre.

—Vale. Sí. Dile que sí. Que presente la idea en el consejo ese. Si necesita algo, que me llame, que le doy toda la documentación necesaria. ¿Cuánto tardaría? ¿Podré abrir pronto? ¿Crees que merecerá la pena? ¿Hay muchas posibilidades de que salga mal?

—Si no lo supiese, no te lo habría ofrecido, Aitana. Ellos se encargan de todo y podrás invertir con su dinero. Son todo ventajas, el porcentaje de beneficios que se quedarán será mínimo, así intentaré que lo haga mi madre. Y, además, vas a incorporar unas novedades que otras floristerías —añadió haciendo hincapié en la última palabra— no tienen. Se te dan muy bien las manualidades y a Jimena también, así que si en algún momento necesita trabajo puede encargarse ella de la tienda online, que aún sigue en activo. Desde Madrid, podrá hacer los envíos y los pedidos, y se le da muy bien envolver las cosas y ponerlas bonitas para los clientes.

—Puse la página web en mantenimiento, pero estas dos últimas semanas solo ha recibido diez visitas, así que no creo que hubiese generado tampoco muchas ventas. Si esto no sale bien, asumiré la derrota, pero... voy a intentarlo otra vez.

—Mi madre siempre dice que hay que quemar todos los cartuchos cuando queremos conseguir algo.

—Creo que ya no me quedan muchos.

—Eso pensabas cuando viniste a Barcelona. Siempre quedan los de la recámara. Si no fuese por ellos, ni yo estaría aquí ni tu tendrías ganas de volverlo a intentar. ¿La llamo entonces?

—Adelante.

Le dio al botón verde inmediatamente después para iniciar la llamada y esperó con paciencia unos segundos a que su madre cogiese el teléfono. Tras no mucho tiempo de espera, escuché a Noah explicarle la situación y mis ganas por volver a Londres.

—Sí. Ella se encargaría de todo, solo necesita financiación. Vale. Hemos pensado que puede hacer productos artesanales con flores, se le da bien. De acuerdo. ¿El martes? Perfecto. ¿Necesitas algunos papeles? Entiendo. Estamos en Barcelona. Sí. Todo bien. Ya te contaré, mamá. Ahora... Sí, exacto. En un mirador. No, no lo creo. Vale. Hasta luego, mamá. Y gracias. Ya, pero te lo digo. Te quiero.

»El viernes tiene la próxima reunión con el consejo de administración y presentará un informe con tu tienda —comentó, esta vez a Aitana—. Va a alterar algunos datos para que sea más atractiva y la seleccionen. Dice que hará todo lo posible para ayudarte y que, si consigue que entres en el holding, le debemos una visita a Edimburgo antes de la próxima Navidad.

—Te prometo que no sé cómo voy a agradecerle todo lo que está haciendo por mí. Nunca nadie me había ayudado tanto como lo estáis haciendo vosotros. Por primera vez siento que tengo una familia.

—No es más de lo que mereces, Aitana. Todos queremos que seamos felices de una vez por todas.

—De lo que nos merecemos. Porque esto también es un aliciente para que volvamos a estar juntos. Y si el consejo de administración acepta mi floristería...

—Volvemos a Londres a ser felices de nuevo. Pero no estés pensando en ello hasta el martes. Vamos a disfrutar de lo que queda de día, ¿vale? Podemos ir a comer por el centro y me enseñas algo de Barcelona. Mi avión sale mañana a las doce del mediodía, así que tendrás que quedarte aquí hasta tener noticias. Dime tu correo electrónico y así mi madre puede ponerse en contacto contigo de manera oficial como gerente de su empresa y no como Nancy Holdem, madre de Noah.

Le envié mi correo electrónico a través de WhatsApp para que se lo reenviase a su madre. No dejaba de ser una decisión bastante apresurada, pero por una vez desde que empezó mi segunda vida, he querido volver a guiarme por los impulsos que antes dominaban mi corazón. Nunca me fue del todo mal haciéndole caso y tras la muerte de mis seres queridos, me había refugiado tanto en mí que no había sido capaz de volver a ser lo que fui.

Hicimos un recorrido por la Sagrada Familia y el Barrio Gótico y le enseñé los sitios que más me gustaban del centro. Hizo mil fotografías y aprovechamos el momento para hacernos algunos selfies en los que salíamos bastante mejor de lo que esperábamos, porque no eran unos perfiles favorecedores. Comimos calçots y crema catalana y nos comimos un polo de crema de avellanas cubierto de chocolate blanco y galleta.

Recordamos nuestras profundas charlas y el paso de las horas cuando estábamos juntos. Había sido tanto el amor que nos habíamos dado, el que nos había cambiado el uno al otro, que esto no era más que una nueva experiencia que habíamos vivido juntos. El viento nos había alejado, pero se le había olvidado que en Barcelona hacía un poco de frío y nos había juntado de nuevo, sin previo aviso. Nos emocionaba la idea de que pudiésemos volver a pisar charcos en Londres, contar estrellas iluminadas por el London Eye, compartir la chaqueta de cuero en cada viaje de moto. Los desayunos con Dette, las ocurrencias de Martin, los días malos de Eddie y las pisadas fugaces de Nemo.

—Gracias por haber venido, Noah. Está siendo maravilloso...

—Estuve a punto de no bajarme del coche de Eddie por miedo a que no quisieses verme, pero he venido hasta aquí para demostrarte que voy a arriesgarlo todo por ti. Porque quiero hacerlo, porque me apetece y porque sé que va a salir bien.

—No me hace falta que me prometas que todo va a salir bien, porque ahora lo sé. Pero si no sale como quiero, no voy a llorar, Noah, porque lo habremos intentado. Y he tenido mucha suerte de encontrarte. He ganado sin jugar ningún juego, he ganado una persona que me quiere sin buscarlo, sin planearlo. He topado con el cincuenta de mi cincuenta.

—Soy el cincuenta de tu cien, tú eres un cien por ti misma. Yo solo puedo ser un complemento de ti, tal vez el que mejor te complementa, pero no dejo de ser eso.

—Lo que más me gusta de ti es que no dejas de hacerme saber lo importante que soy para mí misma —sonrió—. ¿Vas a quedarte a dormir conmigo? No quiero que vayas al albergue para una sola noche.

Asintió y continuamos nuestro camino por los rincones de Barcelona que aún no habíamos visto y nos fuimos a mi piso cuando anocheció. No tenía mucha comida, pero sí unas croquetas precocinadas congeladas y unas pizzas del supermercado para salir del apuro y no tener que ir a comprar o pedir algo a domicilio. Preparamos la cena juntos mientras de fondo se escuchaba la televisión con un programa americano que ni siquiera conocía y que Martin seguro que adoraba.

Fue una noche de sofá y manta, vimos cuatro películas sin saber de qué iba ninguna porque preferimos dejarlas a un lado y dejar que el amor hiciese de las suyas una vez más. Romper con la tensión sexual que había entre nosotros desde que nos habíamos vuelto a ver y darle rienda suelta a nuestros sentimientos, a todos y cada uno de los que habíamos reprimido durante este tiempo.

Y volvimos a sentirnos uno solo. A pesar de ser dos.

Capítulo 54 Noah

El despertador me hizo volver a la realidad, pero aún sentía algunos mechones de Aitana haciendo cosquillas en mi cara. Le gustaba dormir con el pelo suelto y se despertaba con verdaderos nudos que la hacían parecer única e inocente. Solo ella era capaz de verse bonita incluso recién despierta. Comencé a besarle el cuello despacio para despertarla; tenía que estar en menos de tres horas en el aeropuerto y aún tenía que recoger mis cosas.

—Vamos, Aitana. Tengo que ir al albergue, voy un poco tarde y se me va a pasar la hora — La escuché ronronear en lugar de una respuesta clara que me hizo sonreír de manera inmediata y volví a acariciar su pelo—. Venga...

—Cinco minutos más, por favor, necesito... —masculló con cara somnolienta—. Despiértame dentro de cinco minutos...

—No puedo, Aitana. Vamos... —dije, de manera cariñosa—. Vuelvo a Londres dentro de unas horas.

Se calló y levantó la cara de la almohada con rapidez, como si le hubiese dado la peor de las noticias y no supiese que me tenía que ir después de haber pasado la mitad del fin de semana juntos. Vi cómo sus ojos se pusieron vidriosos de un momento a otro y cómo me miraba con gesto triste a punto de romper a llorar sin consuelo, de esa forma en que ella sentía, con el corazón y con las ganas.

—No quiero que te vayas.

—Tengo que hacerlo, tengo que volver al trabajo mañana y tú, con suerte, necesitarás tiempo para empaquetarlo todo y volver a Londres en un par de semanas. Aún tienes todo guardado en cajas, así que no creo que te lleve mucho tiempo, ¿no? —bromeé.

—¡No te rías! —exclamó levantándose de la cama y abriendo el armario de par en par.

Mientras elegía la ropa que iba a ponerse, admiré desde la cama el conjunto de lencería de encaje color burdeos que llevaba puesto y que le sentaba de miedo. Combinaba bien con el color aceitunado de su piel y su melena morena con toques dorados que rozaba la línea de sus braguitas. Pensé en lo bonito que había sido encontrarla y negué con la cabeza antes de levantarme y recoger mis cosas. Llevaba una camisa de su padre que me había dejado después de ducharme y ahora me pondría la misma ropa de ayer.

—Llévame al albergue y nos vamos directos al aeropuerto, ¿vale? No quiero entretenerme mucho, que no quiero perder el vuelo.

—No te preocupes, haremos lo que quieras. ¿Tendré noticias de tu madre por correo electrónico, entonces?

—Sí, exacto. La reunión es a las nueve, pero no creo que espere a que termine para decirte algo. Estoy seguro de que te adelantará lo que sea por correo. No estés nerviosa, todo va a salir bien, o al menos lo vamos a intentar, ¿vale?

—Estoy un poco nerviosa porque... Bueno, porque quiero que estemos juntos, claro, pero también quiero que la herencia que me dejó mi madre continúe de la manera que ella quería. Era su sueño, se murió habiéndolo cumplido, pero no quiero que ahora se apague.

—Tu madre estaría orgullosa de tener una hija como tú, Aitana. Luchas por sus sueños como si fueran tuyos y hace años que falleció. Sabes que no lo verá con sus propios ojos, pero no pierdes la esperanza de que lo sienta de alguna manera.

Terminó de vestirse y le gasté un par de bromas sobre el desorden del piso para evitar que rompiese a llorar al recordar a su madre. Estaba seguro de que la mía iba a hacer lo que estuviese

en su mano por Aitana, y, en parte, por mí. Porque sabía lo feliz que era a su lado y lo que ansiaba estar con ella de nuevo, como antes. Si para ello tenía que engañar a su empresa con números y ventas irreales, lo haría, aunque después tuviese que invertir con su propio dinero para que esos datos fueran reales y su empresa no se viera afectada.

Aitana me avisó de que ya estaba lista cuando reflexionaba en el sofá sobre todo lo que había pasado en las últimas horas. Me levanté de un brinco y nos dirigimos al albergue a recoger la pequeña maleta de mano que me había traído con algo de ropa que ni siquiera había llegado a usar, porque no estaba en mis planes quedarme con Aitana desde el primer día que vine a verla. No hablamos mucho por el camino y puso la radio para escuchar los últimos éxitos de los cantantes de moda que tan poco le gustaban, y bromeó con la idea de tener un tocadiscos en el coche para escuchar el sonido de la aguja mientras conducía.

La mujer, que ya era de una edad bastante avanzada, me miró con cara de pocos amigos cuando pedí mi llave después de dos días para recoger mi equipaje. El pago ya lo hice por adelantado a través de la aplicación con la que había reservado, así que solo tendría que ir a la habitación 212 y podría salir al aeropuerto con más de una hora de margen.

—Nos podemos ir ya. Me ha dado un poco de miedo la cara de la señora cuando le he pedido la llave... —confesé sonriente.

—La mujer habrá pensado que has sido un inquilino un tanto raro porque has pagado por tener tu equipaje a salvo para dormir en otro sitio.

Reímos y nos fuimos. Aunque estábamos llegando, Aitana no estaba tan triste como antes, lo que me hacía pensar que al menos se estaba reconfortando con la idea de que el viernes todo diese un giro y cambiasen nuestras vidas. Era la única manera de mantener la cordura; nos veríamos dentro de poco y no tendríamos que volver a separarnos.

—No seas negativa, ¿vale? —pedí cogiéndole el mentón y pegando su nariz a la mía—. Todo va a salir bien, y si no, no es más que un plan que podemos desechar para elaborar otro. Mi madre va a hacer todo lo que pueda y eso es más que suficiente para que tengamos confianza en esto. Te quiero, Aitana, y te voy a querer siempre, pase lo que pase. Te voy a querer enfadada, te voy a querer triste y te voy a querer en Barcelona. No te olvides nunca de eso, por favor, porque estoy dispuesto a todo por ti y no voy a huir.

—Gracias por tu ayuda, Noah. Gracias siempre, por todo. No has intentado escabullirte cuando te confesé mis miedos después de una relación tormentosa. Ni cuando te dije que me costaba mucho conciliar el sueño y movía los pies cuando dormía. Ni cuando viste en mí una chica derrotada y sin ningún hombro sobre el que llorar. ¿Sabes una cosa? Llevo toda la vida buscando algo: mi libertad. La libertad que dejé de sentir cuando se oprimía mi pecho cada vez que pensaba en mi madre, o en el descuido de mi padre, o en Ginger. La presión de no tener compañía, de estar sola y de no saber con quién contar para tomar ciertas decisiones. Y tú me has enseñado a ser la protagonista, no un personaje secundario.

—Te espero en Londres —susurré acercándome a ella aún más para besar su frente con ternura—. Eres la mujer más fuerte que conozco y estoy orgulloso de que hoy te hayas pintado los labios de morado.

Nos dimos un último beso en los labios y me fui, sin soltarla, hasta que no tuve otra opción que sentir cómo se resbalaban sus dedos por la palma de mi mano. Me giré para despedirme de ella, le lancé un beso, y me marché con una sonrisa.

Porque confiaba en que todo iba a cambiar.

Capítulo 55 Aitana

Sentir que el viernes podía cambiar todo y estaba casi a la vuelta de la esquina me hacía temblar de la emoción y maldije para mí misma que aún quedasen un par de días para saber la respuesta del consejo de administración de la empresa de Nancy. Ya le había contado todo a mis amigas, y tanto Jimena como Dette me dijeron que era la mejor decisión que había podido tomar para intentar que todo volviese a la normalidad. Martin también consideraba que había hecho bien, y salvo la opinión de Romina, que a decir verdad tampoco me importaba demasiado, todos pensaban lo mismo que yo.

Por primera vez, no me metí en las redes sociales de Sunflowers, y aunque tenía ganas de ver cómo le iba, me resigné a regalarle una visita más. Porque no se lo merecía el trato que pudiera darle. Siempre la había considerado una hermana menor a la que tenía que cuidar, una persona dulce e inocente que miraba por el bien de la floristería. Nunca esperé encontrarme otra cara que no fuese esa, y quizá eso me hizo entender mejor aún a Noah cuando Zac le decepcionó.

Aunque ya había tomado muchas decisiones en mi vida, nunca me había acostumbrado a ellas. Y después de mucho tiempo, seguía sin saber cómo llevarlas a cabo, sin que me afectasen, sin dejar que me pusieran triste y me calasen hondo. Hasta hoy. Porque hoy decidí que si Winter iba a tener su propia floristería, yo iba a hacer todo lo posible por tener también la mía. Y por qué no decirlo, ser mejor que ella, mejor que la tienda que ella tenía en una de las calles traseras del London Eye.

Hoy renuncié a muchas cosas. Y también renuncié a quedarme con el pijama de botones manchado mientras comía helado y veía, por enésima vez, un capítulo de *Friends*. Romina estaría pinchando esta noche en una de las mejores discotecas de la ciudad y me había conseguido una entrada gratuita.

Al principio dudé, porque no me gustaba celebrar las cosas antes de que sucedieran. Solo pensaba en que era un aliciente para que todo saliera mal y era una de esas personas que pensaba que todo debía seguir un ritual para que las cosas saliesen como quería. De pequeña, si había aprobado un examen con un bolígrafo en concreto, lo utilizaba hasta que la última gota de tinta se derramaba por la hoja. Y a pesar de haber crecido e intentar aprender que las cosas solo dependían de mí, seguía manteniendo esa costumbre.

Desempolvé, literalmente, uno de los conjuntos que me ponía cuando no era Aitana Martí, sino Victoria Beckham en mi grupo de Spice Girls. Una falda de tubo blanca con cordones en el lado izquierdo, muy por encima de la rodilla y un top anudado al cuello, dejando al descubierto parte de mi abdomen y la figura de mis pechos. Me miré en el espejo y me sentí guapa. Pero me sentí guapa como las veces que lo hacía cuando, luego, salía con Valeria, Jimena y Tanisha a tomar unas copas.

No sabía qué canción sonaba de fondo, pero el ritmo me hacía sentir como en una película norteamericana. Sin dejar de mirarme al espejo, me puse un par de pendientes y llené mis brazos y dedos de anillos y pulseras. Revolví mi pelo llevando mi cabeza casi al suelo y me levanté con la melena despeinada, pero con un aire desenfadado que me gustaba.

—Estabas equivocada, Aitana. Ahora sí. Ahora sí es el primer día del resto de tu vida. Y es la segunda que has querido elegir. Porque hay tantas vidas como queremos vivir y son esas las que tenemos que aprovechar como si fuesen a terminarse rápido.

Hablé conmigo misma en el espejo y, acto seguido, perfilé mis labios de color morado y me

lancé un beso. Me sentí como un ave fénix que resurgía de sus cenizas, como el pájaro al que tras varios años enjaulado, le abrían la puerta para que pudiera irse batiendo sus alas. Y salí de casa sintiéndome feliz por todo lo que había conseguido, por haber sido capaz de mudarme de ciudad sin que me temblase el pulso, pero muerta de miedo por ver cómo sería todo a partir de ahora. Por aprender a vivir sin mi familia, pero siendo feliz y estando alegre por ellos.

Y por quererme. Siempre por eso.

—¡Guau, Aitana! ¡Estás guapísima! —exclamó Romina, que aún no había llegado a su puesto de trabajo.

Los chicos me repasaban con la mirada sin ningún tipo de reparo, pero ignoré las pupilas que sorteaban mi cuerpo para dirigirme a mi vecina con decisión y haciendo sonar mis tacones de aguja. La Aitana de hacía unos años también se habría comportado así, pero no la Aitana que viajó a Londres. Ni la que se dejó el pelo largo para tapar su cara, o la que usaba jerséis anchos para ocultar su figura.

—Gracias, Romina. Me apetecía arreglarme un poco, eso es todo. Puede que sea la última noche que salga de fiesta por Barcelona.

—Eres la última Spice Girl que queda en la ciudad, así que recuerda que tienes que beber por todas ellas —me comentó con una sonrisa.

—Hecho.

Y tal y como prometí, me bebí una copa por Jimena y otra por Tanisha, pero la última y la más especial se la dejé a Valeria. A esa chica pelirroja con pecas que se había convertido en mi otra mitad, en mi verdadero cincuenta de mi cincuenta. O incluso en el setenta y cinco de mi veinticinco, porque siempre estaba ahí incluso cuando yo no podía dar más de mí. Y nunca me había pedido nada a cambio, ni siquiera que me comportase de la misma manera que ella, aunque lo hacía. Porque con ella todo era diferente y me sentía bien viendo la vida a través de sus gafas de pasta negra que tanto le gustaban y escuchando canciones de Amy con sus auriculares.

—¡Aitana! —gritó Romina desde su sitio cuando la fiesta estaba en su punto más álgido—. ¡Va por vosotras!

Segundos después, se escuchó un remix de *Wannabe* que todo el mundo disfrutó y bailó hasta el último minuto mientras que yo prefería cerrar los ojos. Y ver mi vida como en una película, compuesta de cientos de fotogramas. Los cumpleaños en el parque con mis compañeras de clase. Las noches de Reyes con mis padres. Mi primera actuación de fin de curso. Mi intento de tener un libro pegando folios en blanco. Mi primer día de colegio con una mochila azul de Winnie The Pooh. El momento en el que conocí a Ginger. La primera conversación con Jimena. Y el día en que Noah me ofreció un paraguas.

Y sin saberlo, no me estaba librando de la lluvia, sino de mis monstruos.

Capítulo 56 Juliet

En mi tocadiscos sonaba las Spice Girls y su clásico *Wannabe* que tanto me gustaba. La canción no solamente era un single superventas, Greyson, sino también una melodía que me hacía sentir viva y saltar por mi habitación con cada paso de baile. Hoy he estado en el médico y me ha prohibido que mi corazón vaya demasiado deprisa, porque dice que es peligroso para mi enfermedad, pero soy una kamikaze y sigo pensando en ti sin control alguno.

He pensado cientos de teorías sobre lo que te ocurrió, pero mi lado más pícaro solo hace pensar en que estabas casado y yo no era más que una joven con la que distraerte hasta que me fuera a España. Pero lo que no esperaste fue que me fuera a quedar por ti. Y que nos íbamos a enamorar, porque quiero pensar que tú estabas enamorado de mí, igual que yo de ti.

Pero ¿sabes una cosa, Greyson? No me importa en absoluto lo que fuese. Y tal vez sea la mujer más egoísta que hayas conocido nunca y por eso te fuiste, pero fui tan feliz que me alegro de haber compartido parte de mi vida contigo.

Sueño muchas veces con tu Ford Cortina, con tu olor y tus camisas arregladas. Con tus poemas y tus caricias a medianoche. La forma que tenías de contar las estrellas y tu sonrisa.

Y hoy no iba a ser diferente, te iba a recordar de la misma manera en que lo había hecho siempre. Pero hoy tengo algo más claro que nunca.

Te quise como si fuera posible.

Capítulo 57 Aitana

Actualizaba el correo electrónico cada segundo para ver si Nancy me había escrito, pero no tenía nada en la bandeja de entrada, ni en la de correo no deseado, donde se acumulaban muchos e-mails que siempre leía y respondía tarde. Nerviosa, me senté en el sofá a leer el periódico de hacía meses que tenía en el revistero que había junto a la chimenea eléctrica y ojeé unas noticias que ya no eran de actualidad, pero que podían resultar interesantes.

Me mordí las uñas, comí más crema de avellanas de lo que pretendía y leí el primer párrafo de tres o cuatro libros, esperando que me engancharan, sin éxito alguno, con solo leer las primeras palabras. El reloj marcaba las diez y ya había llamado a Noah para preguntarle qué tal había ido en el bar después de su llegada y el fin de sus vacaciones. Kate se había mostrado muy comprensiva con él y hacía unos días desde que el contacto con Eddie era mucho mejor que el que tenía en un inicio gracias a que la chica del pelo naranja ahora era un poco más feliz.

Dejé el móvil encima de la mesa y comencé a mirar lo que tenía en las cajas para saber qué tenía que empaquetar para la mudanza, en caso de que todo saliese bien. A excepción de la ropa y unos cuantos enseres personales, lo demás seguía en ellas y con el precinto puesto. Dette tuvo el detalle de escribir en el lateral lo que había dentro de cada caja, lo que me facilitaría mucho el trabajo en caso de que tuviese que volver a enviarlas para allá. Hablaría con Romina para poner su dirección como remitente por si se perdían, y estarían en Bywater Street en una semana.

Justo cuando estaba ordenando las perchas para saber lo que tenía que llevarme, el sonido característico de la aplicación del correo electrónico sonó desde el sofá. Fui corriendo hacia allí, resbalándome con las enormes zapatillas de conejitos, y bajé la barra de notificaciones para abrir el correo de Nancy. Intenté calmar mis nervios por si era un correo publicitario y cuando tomé aire, leí con detenimiento el remitente.

----Mensaje original----

De: Nancy Holdem [mailto:nancyholdem@raywachociety.com]
Para: aitanamb@energet.es
Asunto: Ok.

Buenos días, Aitana.

El consejo ha dado el ok. Vete a Londres cuando puedas, nos reuniremos allí en cuanto tenga un hueco. Avisa a Noah para intentar sacar los billetes y me des todo lo que necesito; si no, haremos una videollamada, pero es esencial que estés en la ciudad para hacer unas gestiones del local que solo podrás hacer desde allí.

Te dejo, sigo con la reunión.

Enhorabuena por formar parte de Ray Wach Society.

Un saludo.

Nancy Holdem.

Socia y directora de Marketing y Publicidad.

Leí el correo hasta en cinco ocasiones antes de hacer una captura de pantalla para enviársela a Noah, que me dijo que esperaba impaciente una respuesta. Salté por todo el piso y me sentí mal por los vecinos de abajo, dos ancianos que estarían preguntándose por qué había tanto ruido en mi casa cuando siempre había sido muy tranquila. Reenvié la captura a Dette y a Jimena, aunque ninguna de las dos estaba en línea, pero ya me contestarían muy contentas en cuanto tuviesen la oportunidad.

Me metí en la página de la compañía y compré el primer vuelo directo a Londres. El jueves estaría allí tanto para la reunión con Nancy como para ponerlo todo en marcha. Sentí la misma ilusión que cuando recibí la carta de mi madre de manos de Regina. La misma adrenalina y las mismas ganas de empezar con un nuevo proyecto que podría salir bien. Pensé en las opciones que me ofrecían los productos artesanales que podía hacer con las flores, centros de mesas y adornos decorativos que podía crear con el ingenio de Jimena.

—¿¡Me recoges el jueves con la moto en el aeropuerto?! —exclamé, feliz, en cuanto escuché que Noah había descolgado el teléfono, sin darle tiempo a decir nada más.

—¿Cómo dices?

—¿No has leído mi mensaje?

—Estaba hablando con Kate, dame un segundo.

Esperé a que entrase en la aplicación para que viese las capturas del correo de su madre mientras daba pequeños saltos de alegría sabiendo que en apenas unos días volveríamos a estar juntos.

—¡Enhorabuena, mi chica! Joder, ¡lo sabía! ¡Sabía que iba a salir bien! El jueves estoy a primera hora en el aeropuerto, ¡voy andando si hace falta! —admitió con alegría—. ¡Estoy súper feliz, Aitana! ¿Estás nerviosa?

—¡Mucho! Me da un poco de vértigo todo esto, quiero decir... confío mucho en tu madre, pero me da miedo que la situación me venga grande. Es una multinacional con varias empresas a su cargo, bastante importante y con gente muy capacitada llevándolo todo. No quiero que se arrepientan de la decisión, ni que tu madre se meta en ningún lío por haberme enchufado.

—No te preocupes. Si mi madre ha apostado por ti es porque sabe que podemos hacerlo, ¿de acuerdo? ¡Por cierto! ¿Has hablado con Dette y Jimena para decirles que vuelves? Seguro que se mueren de la ilusión porque lo hayas conseguido.

—Jimena creo que está trabajando en una piscina climatizada como socorrista, o al menos eso creí entender el otro día, aunque estaba tan agobiada que tampoco la escuché muy bien —confesé avergonzada—. Le he enviado la captura, pero no sé cuándo la verá. Dette estará haciendo algún pastel, o ha perdido el móvil debajo del sofá y aún no se ha dado cuenta. Ya sabes que es muy despistada.

—Tengo muchas ganas de verte, Aitana. Y ahora sí estoy seguro de que vamos a poder vivir como queremos. Es nuestro momento.

—Gracias.

—Gracias a ti por esperarme —respondió.



En apenas unos meses, me había subido en más aviones que en toda mi vida, pero todos ellos habían sido importantes para sumar cambios. La primera vez que fui a Londres lo hice con mucho miedo, y aunque me costó acostumbrarme a mi nuevo estilo de vida, terminé amándolo más que el que tenía en Barcelona. Siendo sinceros, Noah había sido un gran aliciente para querer volver, pero no el único. Barcelona no era como lo recordaba, o yo había crecido personalmente lo suficiente como para no verla con los mismos ojos.

Me bajé del avión en cuanto pude y los pasajeros cogieron sus maletas con bastante prisa. Yo era de las que, aunque tuviese muchas ganas de llegar, me quedaba esperando a que se bajasen todos los pasajeros para hacerlo con calma y no con el piko de una maleta molestándome en la espalda y metiendo presión por bajar rápido.

Busqué con la mirada a Noah cuando salí a la zona de llegadas y lo encontré después de unos minutos entrando por la puerta giratoria con prisa, mirando hacia todos lados. Llevaba el pelo despeinado y se sacudía las piernas sin parar, que las tenía algo mojadas a causa de la lluvia.

—¡Aitana! Lo siento, había mucho tráfico y he salido del bar más tarde de lo que pensaba. Dame la maleta. ¿Qué tal ha ido el vuelo? ¿Todo bien? —preguntó pasando el brazo por detrás de mi cabeza para darme un beso, emocionado.

—No te preocupes. El vuelo ha ido bien, algunas turbulencias al aterrizar, pero el despegue ha ido genial. Tengo muchas ganas de llegar, deshacer la maleta y recibir las cajas que Romina me ha enviado. Siento que aún no estoy acomodada en ningún sitio, como si fuese una nómada sin hogar —reí por lo bajo.

—Mi madre ha programado una videollamada a las siete. Le hubiese gustado venir, pero no ha encontrado ninguna combinación temprana que encajase con su horario de trabajo. Aún nos quedan dos horas, así que si te parece bien vamos a casa ya y te ayudo a limpiar y a poner todo en orden.

Subirme en la moto hizo que sintiese una sensación extraña por todo mi cuerpo. Noté cómo se erizaba mi piel poco a poco con el contacto del frío de su chaqueta y la brisa en mis pómulos, enrojecidos por el frío. El casco olía a su perfume y se juntó con el olor del petricor de Londres. Suspiré al volver a sentirme como en casa. Por volver a donde me correspondía, a donde quería y pertenecía. A volver a sentir de nuevo la vida.

—Te quiero —confesé al pararnos en un semáforo.

—Y yo a ti, Aitana. Siempre seremos la lluvia de Londres.

Epílogo Aitana

Seis meses después...

La primavera había dejado atrás el olor a tierra mojada y los fríos paseos en moto por todos los rincones de Londres. La floristería iba mucho mejor de lo que esperaba, y aunque ahora tenía que invertir más tiempo, había formado un buen equipo con Jimena. Desde Madrid, ella se encargaba de lo artesanal y enviaba los productos en un paquete precioso, mientras que yo atendía a los clientes que venían a por algún arreglo floral directamente a la tienda.

Con la nueva inversión que había hecho la empresa de Nancy, habíamos ganado mucho en clientes y habíamos mejorado el espacio. Teníamos beneficios suficientes para costear un sueldo para mí, otro para Jimena y para entregarle el porcentaje correspondiente que la empresa necesitaba. Estaba feliz de haber tomado la decisión que cambiaría el rumbo de mi vida y orgullosa de haber conseguido lo que siempre había soñado.

Noah y yo ahora vivíamos juntos en Bywater Street, sus padres habían pedido un traslado para estar más cerca de Noah y habían conseguido un puesto con unas condiciones más favorables que las que tenían en Edimburgo. Noah aún no se había acostumbrado a tener a sus padres a cuarenta minutos de distancia, pero Harper aún estaba más contenta por tener a su pelador de nueces cerca de ella para venir a visitarlo cada vez que le venía en gana. Y, a decir verdad, pasaba más tiempo en las casitas de colores que en la casa de pared enladrillada de sus padres. Pero era algo que, tanto a él como a mí, nos encantaba.

Habilitamos mi habitación para que se quedase cada vez que quisiese y nosotros preferimos quedarnos en la habitación de mi madre, que ya habíamos decorado con unas fotografías y láminas nuestras que me encantaban. Al principio, sentí que estaba en un sitio que no me pertenecía, porque en esa misma cama mi madre y Greyson habrían compartido todo su amor. Pero me acostumbré pronto, porque sentí que lo único que hacía con eso era darle una segunda vida a mi madre. Una segunda vida que se merecía más que nadie.

Jimena y yo nos veíamos con más frecuencia, Martin seguía yendo a Madrid de vez en cuando, y aunque habían intentado darse una oportunidad después de su amistad, ninguno de los dos estaba muy preparado para mantener una relación. Quedaron en volver a no ser algo más que amigos y formábamos un grupo divertido en el que nos lo pasábamos genial.

—¡Aitana! —La voz de Noah se mezcló con el sonido de la puerta después de haber llegado de trabajar—. ¿Qué tal ha ido hoy el día en la floristería?

Noah seguía trabajando en The Hawley Arms todos los días, menos los martes. Le había pedido a Kate ese día de descanso porque coincidía con el mío en la floristería. Yo cerraba a las seis y apenas en unos minutos estaba en casa, pero él no llegaba hasta las diez, o incluso hasta medianoche si era fin de semana. Ambos estábamos buscando un trabajo diferente para él, para que tuviésemos más tiempo para nosotros, pero, mientras tanto, estaba bien allí con Eddie y Kate, y ahora Robert le doblaba los turnos muchas veces, sobre todo cuando queríamos hacer algún plan con Harper.

—¡Demasiado bien! Hoy he hecho unas ciento treinta libras de caja —admití con una sonrisa—. Por cierto, antes de que se me olvide, me ha llamado tu madre para decirme que en un rato trae a Harper porque tienen una cena de negocios con tu padre esta noche. He comprado mango para hacer un pastel de los que a ella le gusta, y Dette me ha comentado que quiere venir a ayudarnos porque hoy no tiene nada que hacer.

—Veo que lo que queda de día va a ser bastante ajetreado, ¿no? ¿Habrá también una fiesta de pijamas? —comentó alzando una ceja. Odiaba las fiestas de pijamas en las que Harper y yo nos dormíamos pasada la madrugada.

—Si Harper se apunta...

—Harper se apunta a una guerra sin tener armas.

Noah soltó sus cosas y me besó antes de quitarse la chaqueta y poner las llaves en el vaciabolsillos. Se agachó para acariciar a Nemo, que vivía con nosotros después de que Sophie se mudase a Irlanda para abrir una nueva cafetería junto a su sobrina, y jugó con él un rato, tal y como lo hacía su hermana.

—Todo pasa, y todo llega...

—Aunque me ha costado conseguir lo que necesitaba.

—Pero lo has hecho.

Encontrar a Noah había sido el soplo de aire fresco que anhelaba. La tormenta de verano que llega para ponerlo todo patas arriba y la primera gota de lluvia que toca el suelo de Londres. La luz de la luna que alumbra las calles con la suficiente claridad para mirar las estrellas. La pieza de puzzle que se pierde y luego encuentras en un recoveco del sofá para terminar en lo que llevabas tanto tiempo inmerso. La llamada de una amiga en el momento exacto o encontrar el último disco de tu cantante favorito el mismo día de su salida a la venta.

Lo miré fijamente y me acordé de la carta de mi madre, de lo que un día dijo de Greyson: *Descubrí el amor verdadero. El de verdad. El que duele en cada despedida. Por el que lo dejarías todo. Por el que cometerías cualquier locura, hasta la más descabellada, la más pretenciosa.*

Y al igual que ella, yo también lo había descubierto, pero a diferencia de mi madre, yo había sido una montaña rusa. Y Noah siempre había padecido de vértigo.

Fin

Agradecimientos

Antes de empezar a contaros un poco más la historia de este libro, debo decir que *Ha nacido una estrella*, la famosa película de Lady Gaga y Bradley Cooper salió en 2018 y ni Aitana ni Noah, por cronología, pueden haber conocido la historia de amor que se forja entre ellos. Sin embargo, cuando la vi, supe que tenía que ser la película favorita de Aitana y me he permitido la licencia de añadirla a la ficción.

Soy cabezona, mucho. Y tenía que terminar este libro el treinta de noviembre porque era una de las fechas más especiales para mí. Se cumplen tres años desde que mi abuela decidió ser una estrella más en el cielo y yo quería hacerle un homenaje a ella, uno más de todos los que le he hecho con mis libros. Nunca me he obligado a escribir, así que siempre he ido a mi ritmo hasta que vi que si seguía yendo a mi bola, no iba a tener la novela para el día que yo la quería. Después de semanas incansables de trabajo, he terminado el libro. Le he puesto fin a mi quinta historia, la quinta trama que ha salido de mí. Aitana y Noah, Noah y Aitana.

Siempre he vivido enamorada de Londres, y ya desde pequeña soñaba con ir y vivir allí. No miento si digo que lloré la primera vez que tuve la oportunidad de pisar sus calles y ver el Big Ben. Y con toda la pasión que tenía por la capital británica, elegí esta historia para que fuese su escenario. Tenían que ser ellos. Aitana, una amante nata de la lluvia y Noah, una persona solitaria y con el corazón roto.

Siempre he aprendido algo de mis libros y quizá este sea el que más enseñanzas me ha dejado. Aitana lo ha perdido todo en su vida y, aun así, ha querido continuar y seguir con la misma alegría. Es cierto que ha tenido momentos en los que no quería luchar más, pero luego ha recordado que un día se pintaba los labios de morado y volvía con más ganas que antes.

Noah también me ha enseñado cosas, las más importantes: aceptar a una persona con todos sus inconvenientes e intentar ayudarla, no cambiarla. A Noah no le importó que Aitana tuviese el corazón roto en mil pedazos por las pérdidas familiares, sino que se esforzó por conseguir el mejor adhesivo para que volviese a brillar como lo hacía antes. Incluso aunque el suyo estuviese roto.

Y yo no tengo a Noah, pero sí tengo a personas que siempre me hacen brillar y a las que les tengo que dar las gracias por acompañarme en este nuevo proyecto:

A **Esther Abellán**, eres la Ginger de mi vida, la parte que me complementa, la que siempre está ahí. Contigo la vida siempre sabe mejor, con tu ayuda, tus consejos, nuestras noches eternas y conversaciones improvisadas a altas horas de la noche. Estuviste en mi primera novela hace ya cinco años y hoy sigo dándote las gracias por lo bien que te portas siempre conmigo. Te quiero, alpaca.

A **Toñi Fernández**, por ese prólogo tan bonito, por dedicar parte de tu alma en esta novela. Ya sabes que Aitana siempre ha sido tuya, un libro en el que me he dejado el corazón al mismo nivel que las manos. Gracias por ponerte en mi camino y no querer irte nunca, porque tú eres Jimena. La chica que siempre quiere encontrar la solución perfecta a los problemas que ni sé que tengo. Te quiero, supaina.

A **Maca Soler Alba**, por su apoyo fundamental y eterno en todos los procesos de mis novelas. Muchas gracias por estar ahí siempre, por estar en cada paso y en cada retroceso. Siempre acudo a ti cuando necesito echarme unas risas, porque la vida es eso, rodearse de personas que hacen tu vida mejor y tú eres una de ellas. Te quiero, bocadillo de escombros.

A **Rocío Mañana Bouzón**, te has convertido, como te he dicho muchas veces, en una pieza fundamental para mí. Me encanta enviarte audios, aunque a veces te deje en leído, y que nos contemos cosas que traspasan todo lo que tiene que ver con los libros. Espero que algún día Sevilla y La Coruña se unan para que podamos darnos el abrazo que tantísimo nos merecemos. Te quiero, galleguina pelirroja.

A **Rebeca Fernández, Rosariosete y Ainhoa Latasa**, por los juegos que hice en historias de Instagram y en los que participaron y ganaron. Sois simplemente la punta del iceberg de todo lo bonito que he conocido en Instagram y me alegro muchísimo de haberos conocido y que tengamos una conexión tan especial. Muchísimas gracias, siempre.

A **María José Valiente**, una lectora que siempre se merece un hueco en mis libros. Gracias siempre por esperarlos con ansias, por disfrutarlos tanto como yo cuando los escribo y por darle siempre una oportunidad. Si sigo en este camino es porque me encuentro a gente tan maravillosa como tú.

A **mis lectoras cero**: Silvia, (@silvia_mmmm) y Mónica, (@deboradora_de_libros). Habéis hecho un trabajo en tiempo récord y siempre os voy a estar agradecida por lo que habéis hecho por la novela. Simplemente, gracias.

A **mi madre**, por estar siempre ahí y no desistir. Por aguantar mis noches en vela mientras terminaba la novela, me daba fiebre, o simplemente no tenía ganas de dormir. Por darme los mejores momentos de mi vida. Por no utilizar marionetas para cumplir con todos los miembros de la familia. Por no desistir a pesar de que las circunstancias solo te obligaban a hacerlo. Por tu apoyo incansable. Por pensar que dejo de estudiar cuando quiero trasnochar para ponerme a escribir. Por enseñarme el valor de las cosas de una manera tan bonita como vivir con tu sonrisa. Por ser tú. Por quererme. Si volviera a nacer, volvería a elegirte. Te quiero muchísimo.

A **mi abuela**. Abuela, contigo quiero volver a los 101 dálmatas que había en la esquina de casa. Y que me compres un cuaderno de Winnie The Pooh que sabes que no voy a usar. Y fijo, mucho fijo para aguantar un verano lleno de manualidades fallidas. Quiero que luego vayamos a Polvillo a comprar el pan y antes de llegar a casa pasemos por *el Isra* a por naranjas para que me hagas un buen zumo para el desayuno. Quiero que no recojas el colchón del salón porque es verano y se está mejor viendo *Carita de ángel* y *Amy, la niña de la mochila azul* con el aire acondicionado puesto. Quiero que me cortes fresas y me sigas echando azúcar porque así están más dulcecitas. Pero, sobre todo, quiero que vuelvas. Te quiero, te quiero muchísimo. Ojalá pudiésemos volar con las estrellas

A mi **Noah particular**, al igual que mi protagonista, siempre te has empeñado en sacar la mejor versión de mí. Sin importarte nada más que lo que nos concierne a nosotros. Ambos fuimos Aitana y Noah en algún momento de nuestra vida: nos encontramos cuando más lo necesitábamos sin saber que otra persona sería la solución a muchos de nuestros problemas. Gracias por todo, te quiero muchísimo.

A **Lorena Pacheco**, por esta ilustración tan, pero tan bonita, que representa a la perfección la personalidad de Aitana Martí. Gracias por tu eficiencia y profesionalidad.

A mis **REPS**: **Cristina**, (@leyendo_entre_historias), mi isleña favorita de apoyo incondicional. **Susi**, (@corazondetintaweb), la chica con el feed rosa más romántico de Instagram. **Ainhoa** (@brlghteststar), mi ilicitana favorita que adora leer antes de ir a trabajar y los crepés de Sweet Lola, **Yadira** (@yadira.bing), la benjamina del grupo y chica del pelo de mil colores, **Lola**, (butterflybooks_), una ravenclaw murciana de pelo castaño con fotos preciosas. **Susana** (@ratoncibibliotecaria), la mejor educadora infantil de Málaga. **Lydia**, (@lydiaslibrary_), la madrileña que mejor habla inglés de la capital; **Roci**, (@rsbookspace), la

colchonera más guapa y romántica de todo bookstagram. **Nerea, (@entrepaginasdehistorias)**, la chica de los fanarts preciosos; **Ely, (@ratitaentrelibros)**, la gaditana adicta al café más mona de instagram y a **Noe, (@noelautnerstory)**, la gallega más linda de la comunidad.

Habéis estado siempre disponibles para brindarme toda la ayuda que os he pedido y os agradezco un montón todo vuestro apoyo.

Por primera vez, pero no la última, quiero dar las gracias a ***todos mis seguidores de Instagram*** que han estado ahí desde el primer momento. Por todo vuestro apoyo a través de una pantalla: Vicky P, Bárbara Fernández Blanco, Raquelita Gómez, Ely Belmonte, Manuel Torres, Cristina Segarra, Raquel C.G, Sara Sanz, Sara Summers, Yolanda Vicent, Sandra García y Patricia Zambrano.

Seamos agradecidos con las personas que nos hacen felices, ellos son los encantadores jardineros que hacen florecer nuestra alma.

Marcel Proust.

Pásate por aquí si quieres escuchar
la playlist de Noah y Aitana:



Pásate por aquí si quieres ver
el tablón de Pinterest con fotos bonitas:



Este libro terminó de escribirse
el día treinta de noviembre de 2021
aniversario de la salida a la venta de *Thriller*, single superventas de
Michael Jackson.

[1] Desde que he regresado a casa/Bueno, mi cuerpo ha sido un desastre/Y echo de menos tu pelo pelirrojo/Y la forma en la que te gusta vestir/¿No vas a venir?/Deja de hacerme quedar como una tonta/¿Por qué no vienes, Valerie?/Valerie.

[2] Miel en inglés.